

LA ISLA DE LOS MUERTOS

La leyenda de los no muertos se hace real en los parajes más inhóspitos de la misteriosa ciudad de Venecia.

JAMES BECKER

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[67](#)

[68](#)

[69](#)

[70](#)

[71](#)

[72](#)

[73](#)

[74](#)

[75](#)

[76](#)

[77](#)

[78](#)

[79](#)

[80](#)

[81](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

La Isla de los Muertos

James Becker

Traducción de Eva González Rosales



Libros publicados de James Becker

1. El primer apóstol
2. La piedra de Moisés
3. El secreto del mesías
4. La Isla de los Muertos

Título original: *The Nosferatu Scroll*

© James Becker, 2011

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español: © 2014, La Factoría de Ideas.C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500. Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91870 45 85.

www.lafactoriadeideas.es

informacion@lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9018-699-2

Epub realizado por La Factoría de Ideas Servicios editoriales

(servicioseditoriales@lafactoriadeideas.es)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Ningún libro es solo producto del trabajo de su autor: se trata, invariablemente, de un esfuerzo de equipo. En este caso, la chispa original surgió del ingenioso equipo de Transworld, y concretamente de mi dedicada y enérgica editora, Selina Walker. Le gustó la idea de que Bronson y Angela se mezclaran con los no muertos, que se desviarán de sus andanzas habituales por polvorientas cuevas, manuscritos antiguos y tablillas de arcilla. A mi brillante agente, Luigi Bonomi, de LBA, también le sedujo la idea, y todos pensamos que Venecia sería la ubicación ideal para la historia. Durante el proceso de escritura ambos me ofrecieron sus valiosas ideas y sugerencias, que mejoraron el libro inconmensurablemente.

Para Sally,
por siempre y por todo.

Prólogo

10 de mayo de 1741

Krumlov Zamek, Cesky Krumlov, Bohemia

—Ábrela.

La luz de las antorchas proporcionaba al rostro del sacerdote un tono inquietante, casi demoníaco, una impresión que se veía reforzada por la cámara en la que se encontraba. Era una pequeña habitación subterránea del castillo, ubicada junto a las jaulas de los lobos. Las cuatro parpadeantes antorchas, una en cada muro, no conseguían alejar todas las sombras.

En el centro de la cámara había una mesa maciza y, sobre ella, un enorme y vistoso ataúd de madera negra cuya tapa cerrada, abisagrada en uno de sus lados y asegurada con tornillos en el otro, se dividía en dos partes. El ataúd había llegado desde el palacio Schwarzenberg de Viena dos días

antes, y había sido llevado inmediatamente a la capilla de San Jorge, en el interior del castillo. Allí, abrieron la sección superior del ataúd para que el escaso puñado de dolientes que asistieron viera el delgado y blanco rostro del cadáver del interior.

La princesa había vuelto a casa por última vez.

Aunque se habían celebrado varias misas por el alma inmortal de la princesa Leonor Isabel Amalia Magdalena de Schwarzenberg por toda Bohemia, poca gente hizo el viaje hasta el extenso castillo (que no era una única estructura sino un complejo de enormes edificios de piedra gris y amarilla con tejados rojos) que se alzaba en la orilla norte del río Moldava.

Era allí donde estaba a punto de tener lugar su entierro, y había preparativos (preparativos importantes) que hacer.

Cuatro criados habían bajado el ataúd a la capilla de San Jorge. Entonces, uno de ellos dio un paso adelante en respuesta a las instrucciones del sacerdote y quitó los artesanales tornillos de

hierro que aseguraban la parte superior del ataúd. Hecho esto, volvió a retroceder.

—No. Quítalos todos —ordenó el sacerdote.

El hombre se sorprendió, pero sacó obedientemente los herrajes que mantenían cerrada la parte inferior. Mientras trabajaba, miraba al sacerdote de soslayo, preguntándose por qué el hombre que había desdeñado públicamente a la princesa mientras estaba viva se mostraba ahora tan preocupado por su cadáver.

El nombre del sacerdote era Bohdan Reznik. El apellido significaba «carnicero», y en verdad tenía aspecto de encontrarse más cómodo con un delantal manchado de sangre que con la sencilla sotana marrón oscura que vestía habitualmente.

Cuando llevaron al castillo el cadáver de la princesa Leonor Amalia, un miembro de su escolta caminó hasta el pueblo de Krumlov, encontró a Reznik en su casa y le entregó un pliego de pergamino doblado. El documento portaba tres sellos independientes, uno de los cuales era la característica marca del águila bicéfala de Carlos

VI, de la dinastía Habsburgo, que había reinado en Bohemia desde 1526.

Las instrucciones del pergamino eran claras, y para Reznik tenían sentido. Se fijó con satisfacción en que el autor de las directrices era el doctor Franz von Gerschstov: el médico favorito de Leonor Amalia y un hombre cuyas cualidades menos conocidas tocaban una fibra sensible en Reznik.

El criado quitó el último tornillo y se apartó del ataúd una vez más para esperar el resto de instrucciones del sacerdote.

—Levantad la tapa —ordenó este, y observó mientras dos de los sirvientes obedecían—. Ahora dejadme con ella. Debéis regresar en media hora.

El sacerdote no se movió hasta que los hombres cerraron la puerta de la pequeña habitación y se marcharon. Caminó por el suelo de baldosas hasta el ataúd y miró con disgusto la delgada figura de Leonor Amalia. Tenía las manos recatadamente colocadas sobre el pecho, la derecha sobre la izquierda. Su cuerpo exangüe estaba envuelto en

un largo vestido blanco; llevaba los pies descalzos.

Reznik buscó en el bolsillo de su sotana y sacó una navaja plegable con empuñadura de madera negra. La noche anterior había pasado varios minutos afilando la oscura hoja de acero.

Se santiguó y murmuró una oración, no por el alma inmortal de Leonor, sino por sí mismo: pidió perdón y protección divina por las acciones que estaba a punto de acometer. Levantó las manos de la princesa y le colocó los brazos en los costados. Entonces abrió la navaja, insertó la hoja bajo el cuello del vestido y, en un único y ágil movimiento, cortó las capas de tela hasta los pies de Leonor. A continuación apartó las dos mitades del vestido y miró su cuerpo desnudo. Su piel, que había sido tan blanca en vida, estaba moteada y descolorida y mostraba algunas manchas de lividez marrón y púrpura en los puntos en los que había empezado a descomponerse.

Pero aquel no era el rasgo más notorio. Lo que atrajo la atención de Reznik fue el corte

toscamente cosido que corría desde los pequeños y fruncidos pechos de la princesa hasta su pubis.

Su desnudez lo ofendía, pero tenía instrucciones. Su expresión de disgusto se intensificó mientras usaba de nuevo su navaja, esta vez para cortar cada uno de los rudos puntos que mantenían la piel y la carne de su abdomen cerrada. Cuando terminó con el cuchillo, insertó los dedos en la amplia incisión y, con poca dificultad, separó las dos secciones de tejido muerto. Estaba buscando algo, algo que debía encontrar en la cavidad pectoral, y en segundos supo que no estaba allí... Como era de esperar. Pero habían ordenado a Reznik que se asegurara por completo antes del entierro.

Asintió, satisfecho, se secó las manos en la parte delantera de su sotana y se alejó del ataúd abierto. Caminó hasta una esquina de la cámara donde había otra caja de madera, mucho más pequeña y sencilla, apoyada contra la pared. Era un hombre fuerte y levantó la caja con poco esfuerzo. La llevó hasta la mesa, la colocó junto al ataúd de la princesa y levantó la tapa.

Entonces caminó de nuevo hasta el muro y recogió una bolsa de cuero cuyo contenido repiqueteó mientras la llevaba hasta la mesa. Colocó la bolsa en el suelo, la abrió y sacó tres tiras de cuero que colocó a la misma distancia debajo la caja abierta.

Se acercó al féretro grande, cogió los restos mortales de Leonor Amalia y los soltó bruscamente en la caja más pequeña. Después de colocar la tapa, sacó un pequeño vial de líquido transparente de su bolsillo y roció su contenido sobre el cadáver mientras murmuraba una oración. A continuación cogió un martillo y un puñado de clavos de su bolsa y clavó una docena en la tapa de la caja para fijarla con firmeza a la base. Para terminar el proceso, se arrodilló y tensó las correas de cuero a su alrededor.

Reznik tomó aliento profundamente y después, gruñendo por el esfuerzo, levantó la pequeña caja de madera y la introdujo en el ataúd grande. Habría sido más fácil si hubiera esperado al regreso de los sirvientes, pero sus instrucciones

habían sido claras: cuando volvieran a la cámara, el ataúd debía estar sellado. Nadie debía saber lo que había hecho. Cerró la tapa y comenzó a colocar los tornillos.

Cuando los criados llamaron a la puerta, algunos minutos después, Reznik había terminado de asegurar la tapa y estaba esperándolos junto al féretro.

—Nos iremos del castillo a las ocho —les dijo—. Aseguraos de que el carruaje está listo y de que todo esté a punto para entonces.

Un par de minutos después de la hora señalada, Reznik salió al patio del castillo. Empezaba a anochecer y el enorme espacio abierto estaba sumido en profundas sombras; la única fuente de luz eran las parpadeantes llamas de las antorchas de los muros.

Un carruaje pintado de negro cuyas puertas lucían el emblema de la dinastía Schwarzenberg esperaba en el centro del patio. Dos yeguas negras estaban ya enganchadas y agitaban sus cabezas, con

tocados de negras plumas, impacientes. El conductor, también vestido de negro, estaba junto al vehículo. Como Reznik había ordenado (el pergamino que portaba le proporcionaba total autoridad), todos los criados del castillo, vestidos con las ropas más oscuras que poseían, guardaban silencio a un lado del patio para despedirse por última vez de su señora.

Reznik se acercó al carruaje e inspeccionó la parte posterior, detrás de los asientos. El ataúd estaba ya en su lugar; la brillante madera negra se veía deslucida por las correas de cuero que lo mantenían en su sitio, una precaución por el trasiego que el carruaje experimentaría sobre la tosca carretera rural que corría desde el castillo hasta la iglesia de San Vito, donde el cuerpo de la princesa descansaría eternamente. Reznik asintió, satisfecho: todas sus instrucciones se habían seguido al pie de la letra. Por último, subió al carruaje. El conductor se unió a él poco después.

Durante algunos minutos no ocurrió nada más, pero entonces el reloj del castillo dio las ocho.

Mientras la primera campanada resonaba en el patio, los criados que estaban junto a las grandes puertas de madera dieron un paso adelante, levantaron los cerrojos y abrieron las puertas. Solo entonces golpeó el conductor ligeramente las amplias grupas de las dos yeguas. Los caballos avanzaron obedientemente: sus cascos resonaron sobre el desigual empedrado del patio y el carruaje comenzó a moverse con un suave chirrido.

El cortejo fúnebre, si esa palabra podía aplicarse a un único carruaje con dos hombres y un cadáver, atravesó la amplia entrada y salió del castillo. La visión que recibió a los dos hombres más allá de los muros era tan espectacular como triste: la carretera que se alejaba, serpenteante, del castillo, estaba bordeada por mudas e inmóviles figuras que sostenían una rama ardiente. De hecho, desde las puertas del castillo parecía que un delgado lazo doble de fuego se extendiera ante el carruaje, iluminando la ruta final que tomaría el cadáver de la princesa.

Mientras el carruaje pasaba lentamente junto a ellos, Reznik observó a los individuos. Algunos de los portadores de antorchas eran aldeanos de la zona, pero los demás, quizá la mayoría, eran hombres y mujeres de fe: frailes y monjas que habían sido reunidos por Reznik para que su piedad y honradez prestara cierta dignidad (y protección) a los procedimientos. Todos inclinaban la cabeza respetuosamente al paso del carruaje, y después se santiguaban.

Y cuando el carruaje dejaba atrás las silenciosas filas, los portadores extinguían sus teas ardientes en cubos metálicos de agua que habían colocado junto a ellos para tal uso. El extremo en movimiento del lazo de fuego marcaba la posición del carruaje, mientras que, tras él, la oscuridad reclamaba de nuevo la tierra.

Un testigo imparcial se habría preguntado por qué estaba celebrándose así el funeral de una princesa de la dinastía Schwarzenberg. Ya era bastante inusual que el eclesiástico al mando fuera un sacerdote de pueblo en lugar de un obispo o

algún otro alto cargo de la Iglesia, pero era incluso más sorprendente la total ausencia de miembros de la familia Schwarzenberg o de representantes del resto de familias aristocráticas con las que los Schwarzenberg estaban relacionados o emparentados. Ni siquiera estaba presente el hijo de Leonor Amalia, José.

Era como si los únicos que apreciaran o respetaran a la princesa fueran los campesinos y aldeanos de Krumlov, pero incluso esa impresión era falsa. Los hombres y mujeres que bordeaban la ruta sosteniendo las antorchas habían sido reclutados por Reznik bajo amenaza de castigo.

Unos veinte minutos después de abandonar el castillo, el carruaje se detuvo ante las puertas abiertas de la iglesia de San Vito. Reznik bajó de su asiento y entregó una serie de instrucciones. Soltaron las correas que sujetaban el ataúd y seis monjes de constitución poderosa lo cargaron sobre sus hombros. Llevaron el féretro hasta el interior de la iglesia y lo colocaron sobre una mesa que había sido preparada ante el altar.

La misa fue corta (Reznik fue tan breve como pudo); casi todos los bancos frente al púlpito estaban vacíos. Los únicos asistentes llevaban hábitos de fraile o monja y habían sido convocados, al igual que los portadores de las antorchas. Cuando terminó con su deber, Reznik bajó del púlpito para supervisar el entierro.

Como era una Schwarzenberg, habría sido de esperar que la princesa descansara en la cripta familiar de la iglesia de los Agustinos en Viena, pero a Leonor se le había negado ese privilegio. En lugar de eso, Reznik condujo a la comitiva hasta una pequeña capilla lateral donde una enorme sección del suelo de piedra ya había sido levantada para cavar una profunda tumba que había sido reforzada con cemento arcilloso. Los seis monjes bajaron el féretro al suelo, donde tres firmes cuerdas habían sido colocadas con antelación. Entonces cada uno cogió el extremo de una de las cuerdas para levantar el ataúd del suelo y moverlo torpemente en el pequeño espacio hasta que estuvo sobre el agujero. Lentamente, lo

bajaron hacia la cavidad.

Reznik murmuró las últimas oraciones y después ordenó que las plañideras oficiales salieran de la iglesia. La última parte del ritual tendría tan pocos testigos como fuera posible.

El sacerdote caminó hasta el lateral de la capilla y cogió una tosca escalera de madera que colocó en la tumba abierta. Hizo un ademán para que sostuvieran una antorcha sobre el hueco y así poder ver lo que estaban haciendo. A ambos lados de la tumba había piedras planas y pesadas. Siguiendo las instrucciones del sacerdote, los monjes levantaron cada piedra entre dos hombres y la colocaron cuidadosamente sobre la parte superior del ataúd de madera negra, en dos capas.

El eclesiástico inspeccionaba el trabajo desde arriba y, cuando terminaron, les ordenó que subieran de nuevo. Su siguiente tarea exigía toda la fuerza que los monjes poseían. Reznik ya había dispuesto que se instalara un arco de madera con una polea resistente en el interior de la capilla para poder colocar una única losa pesada sobre la

tumba abierta, que quedaría así sellada por completo. Incluso con la ayuda de este instrumento mecánico, tardaron casi media hora en colocar la losa de un modo que satisficiera a Reznik y, a pesar del frío aire nocturno, el sudor corría por los rostros de los seis hombres.

Pero aún no habían terminado. El sacerdote les permitió un breve descanso para recuperar las fuerzas y después supervisó el desmantelamiento del arco de madera, cuyos componentes almacenaron a un lado de la capilla. Cuando terminaron, les ordenó que arrastraran tres pesados sacos de tierra, tomada del cementerio junto a la iglesia, para cubrir la losa que ahora tapiaba la tumba. Levantaron los sacos y esparcieron el contenido formando una capa plana sobre la losa.

Ya había terminado, por fin, el trabajo de los monjes. Volvieron a colocar las baldosas que habían levantado para poder cavar el agujero, pero dejaron espacio suficiente para la lápida que Reznik había encargado a un cantero de la aldea el

día anterior. Dos de los monjes levantaron la piedra y la colocaron cuidadosamente.

El sacerdote se posicionó a los pies de la piedra sepulcral y bajó la cabeza en una oración por última vez. Los seis monjes que lo habían ayudado se arrodillaron junto a la tumba.

La luz de la luna se vertía a través de una de las ventanas laterales de la capilla y sus rayos jugaban silenciosamente sobre la sencilla inscripción recién tallada en la piedra. En ella no se hacía mención alguna al apellido de Leonor Amalia ni a su condición social. Ni siquiera incluía el escudo de armas de los Schwarzenberg. Según las concretas instrucciones de Reznik, que a su vez seguía las órdenes indicadas en el pergamino, en la inscripción solo debía constar el nombre de la princesa y la fecha de su muerte.

«Hier liget die arme sunderin Eleonore bittet fur sie. Obut die 5 Mai A1741».

Una vez que el cadáver de Leonor fue entregado a la seguridad de la tierra, tenía dos tareas más que

realizar. El carruaje estaba ante la iglesia, y su conductor estaba esperándolo. Reznik subió al vehículo y pidió al hombre que regresara al castillo Krumlov.

Las puertas estaban aún abiertas, pero el patio se encontraba totalmente desierto. Solo tres hombres esperaban el regreso de Reznik y sus órdenes. El sacerdote bajó del carruaje y caminó hasta ellos.

Los tres llevaban túnicas que los identificaban como siervos de la dinastía Schwarzenberg, y dos de ellos iban armados con espadas cortas cuyas fundas pendían de sus cinturones. Fue a esos dos hombres a quienes Reznik se acercó primero.

—Es la hora —dijo—. Hacedlo ya. Matadlos a todos y tirad los cuerpos al bosque.

Los hombres asintieron, giraron sobre sus talones y desaparecieron en el interior del edificio.

Reznik se dirigió al tercer hombre.

—Muéstrame la pintura.

El siervo lo condujo hasta una larga galería en el interior del pasillo en cuyo extremo había colgado un retrato a tamaño natural de Leonor. El sacerdote

miró fijamente el pálido rostro de la princesa con una mueca de disgusto.

—Bájalo —ordenó.

Cuando el retrato estuvo apoyado contra la pared, Reznik sacó su navaja plegable y la abrió. Clavó la punta en el lienzo, a la izquierda de la cabeza de la princesa, y bajó en una línea vertical. Repitió la operación en la parte derecha de la imagen y después cortó una línea horizontal sobre la cabeza para unir los dos tajos anteriores. Agarró la solapa de lienzo que caía hacia delante y comenzó a cortar el lado restante.

Mientras su hoja sesgaba la imagen pintada del cuello de Leonor, el lúgubre aullido de un animal resonó a través del amplio y viejo edificio.

El siervo miró a su alrededor, alarmado, pero el sacerdote ignoró la interrupción. Terminó el corte final en el lienzo y retrocedió con la imagen pintada de la cabeza de la princesa en su mano izquierda. Miró a su alrededor y se acercó al candelabro más cercano, donde una antorcha ardía vivamente. La cogió y acercó la llama a una

esquina del cuadrado que había cortado al retrato. El lienzo era grueso y la pintura densa; durante unos segundos, solo humeó. Después prendió y la llama mostró una mezcla caleidoscópica de colores mientras los pigmentos de la pintura se consumían. Reznik dejó caer la última esquina del lienzo al suelo y observó el agonizar de las llamas.

—¿Hay alguna otra pintura de esa mujer? —exigió saber. Ni siquiera era capaz de pronunciar su nombre.

—Esa era la última. Todas las demás han sido destruidas.

Reznik asintió, satisfecho. Su labor había terminado. La princesa había sido enterrada en una tumba sin distintivos y él había hecho todo lo posible por eliminar todos los rastros de su vida, todos los recordatorios de su presencia, del castillo.

Sin mirar atrás, salió de la galería y un par de minutos después atravesó las puertas dobles que cerraban el patio de Krumlov Zamek. Sabía que jamás volvería a entrar en aquel condenado

castillo.

Solo esperaba que lo que había hecho fuera suficiente para detener el contagio antes de que arraigara en la región.

Pero Reznik estaba equivocado. En los siguientes años oficiaría casi una docena de enterramientos en los que tendría que usar su peculiar y arcano conocimiento, aunque en ninguno de ellos estaría involucrado otro miembro de la aristocracia.

Y, en su propio lecho de muerte, casi veinte años después, aceptaría por fin la verdad que había negado durante todos esos años.

Porque lo que ocurrió en los meses y años que siguieron al entierro de Leonor Amalia le demostró más allá de cualquier duda que ella no había sido el origen de la plaga, como Reznik siempre había creído, sino simplemente una víctima más.

En la actualidad

—Es realmente espectacular —dijo Chris Bronson al mirar por encima de su hombro la ciudad de Venecia.

Era el primer día de noviembre y Angela y él estaban en la popa de un *vaporetto* abarrotado que iba a llevarlos desde la parada de Fondamente Nove, en Venecia hasta la Isola di San Michele (la isla de San Michele), al otro lado de la laguna, para tomar parte en las celebraciones conocidas popularmente como el Festival de los Muertos.

Una fuerte brisa soplaba desde el sureste lo suficientemente fuerte para crear espumosas ondas alrededor del navío, pero el barco trazaba una estela recta a través de las agitadas aguas. Las luces de la ciudad empezaban a agujijonear la penumbra del atardecer, una negrura enfatizada por

los parches de niebla que estaban formándose sobre el agua. Venecia casi parecía un enorme e improbable crucero flotando silenciosamente sobre las frías y poco profundas aguas de la laguna.

—Sabía que te gustaría —dijo Angela al tiempo que lo tomaba del brazo para estabilizarse—. Sin embargo, no esperaba este viento. ¿Es el siroco?

Bronson negó con la cabeza.

—No. No en esta época del año. El siroco solo sopla en primavera y en verano.

—Bueno, esperaba que fuera una noche cálida y agradable, un último vestigio del verano, por así decirlo... Pero esto se parece más al inicio del invierno.

—Estamos en noviembre, ¿sabes?

Angela se estremeció ligeramente. Llevaba un par de pantalones negros (había supuesto que una falda sería mucho menos práctica para subir y bajar de los vaporetos durante la velada), una blusa blanca y una especie de túnica de lana a la que Bronson se había referido imprudentemente

como cárdigan solo para recibir un sonoro suspiro ante su manifiesta falta de sentido de la moda. Sobre esto, llevaba un abrigo azul noche de seda. A Bronson le gustaba: resaltaba el color de sus ojos, aunque no abrigaba demasiado.

Bronson siempre había considerado la moda un modo fácil de sustraer enormes cantidades de dinero a hombres ingenuos (y mujeres incluso más ingenuas) lo suficientemente inocentes para creer la basura que escupen los autodesignados «expertos». Él se vestía, invariablemente, pensando en la comodidad y funcionalidad: para elegir una camisa, abría un cajón y cogía la primera del montón. Escogía sus pantalones, calcetines y ropa interior usando ese mismo y sencillo método que, para él, era infalible. Sus únicas concesiones a la moda eran que normalmente vestía colores oscuros, generalmente azules y negros, y que no tenía ningún par de calcetines blancos. Aquella noche había elegido una camisa de cuadros oscuros, unos vaqueros azules ligeramente descoloridos y un par de

zapatillas negras. Y su chaqueta de cuero, que lo protegería incluso del más fuerte de los vientos del Adriático.

Angela se abotonó el abrigo y se acurrucó junto a Bronson.

—Con lo que te gusta Italia, y todas las cosas italianas —murmuró ella—, me sorprende que nunca antes hayas estado en Venecia.

—Lo sé —contestó Bronson—. Por alguna razón, siempre he limitado mis visitas a la región oeste del país. Así que conozco Roma, Florencia, Pisa y Nápoles realmente bien, pero esta es la primera vez que visito la costa adriática. Y es realmente asombrosa.

Todo aquello había sido idea de Angela. Su carga de trabajo en el museo Británico había sufrido una reducción inesperada y, por primera vez desde el inicio de su labor, se había encontrado casi sin nada que hacer. Era conservadora de cerámica y pasaba la mayor parte de su jornada laboral intentando volver a convertir trozos de alfarería antigua en algo que pareciera una vasija, o

escribiendo informes y evaluaciones para otros que intentaban hacer prácticamente lo mismo.

Y esa tregua en su volumen de trabajo había coincidido con la última semana de vacaciones de Bronson. Su exmarido había planeado hacer poco más que sentarse en su casa de Tunbridge Wells, ver un poco la televisión y, si conseguía reunir la energía y el entusiasmo suficiente, abordar un puñado de labores de bricolaje que sabía que tenía que hacer. Cuando Angela le sugirió pasar la semana explorando Venecia, Bronson meditó su decisión durante casi un segundo y medio antes de aceptar. Había sido, pensaba ahora mientras la rodeaba con el brazo, la decisión correcta.

—Vale —dijo, sonriéndole—, tú eres la historiadora. ¿Qué es exactamente el Festival de los Muertos?

Angela apoyó la cabeza contra el hombro de Bronson.

—¿De verdad quieres una lección de historia? —le preguntó.

—Me gusta oírte hablar, sobre todo cuando lo

haces acerca de algo que realmente te interesa. Y ya sabes que nunca me cansó de oír hablar de Italia.

—En realidad no se trata de historia italiana —comenzó Angela—, porque el día 1 de noviembre es la fecha de una antigua festividad pagana que se celebra en casi toda Europa occidental. De hecho, ayer fue el último día de octubre, o Halloween, que todo el mundo sabe que siempre se ha asociado a los muertos y a lo sobrenatural. Pero lo que es menos conocido es que el 31 de octubre ha sido siempre una especie de preámbulo, un precursor, si lo prefieres, de la fiesta principal: el día de los Difuntos, que se celebra hoy.

—Creía que era una especie de día de los santos —objetó Bronson.

Angela asintió.

—Si hablas con un cristiano, sobre todo si es anglicano o católico romano, te dirá que hoy es el día de Todos los Santos, un día que celebra a Dios y a todos sus santos, tanto conocidos como desconocidos. Pero es un poco más complicado

que eso, porque la primera Iglesia cristiana estaba desesperada por extirpar todas las religiones competidoras, y especialmente sus rituales y celebraciones paganas. No podían prohibir sin más los festivales paganos porque temían que la gente siguiera celebrándolos en secreto, así que hicieron lo siguiente que se les ocurrió: se apropiaron de ellos.

»En algún momento a principios del siglo VII, los cristianos comenzaron a celebrar el día de Todos los Santos el primer día de noviembre. En el año 835 d. C. el papa Gregorio IV autorizó oficialmente la festividad, que se ha celebrado desde entonces. El día de los Difuntos fue en el pasado una de las cuatro festividades más importantes del calendario pagano, pero la mayor parte de los cristianos nunca han oído hablar de ella, porque la Iglesia hizo un buen trabajo al cambiar el propósito y significado original de la celebración.

»Y, para consolidar el 1 de noviembre como una celebración cristiana, la Iglesia instauró otro día

de fiesta el día 2: la conmemoración de los Fieles Difuntos, que es una celebración para ayudar a limpiar y purificar los espíritus de los muertos. Mañana encontraremos una multitud similar en San Michele, porque los venecianos celebran ambos días.

—Pero no creo que los primeros cristianos celebraran la muerte...

Angela negó con la cabeza.

—No, no se trataba una celebración de la muerte sino de los vivos. El día de los Difuntos ayudaba a la gente a recordar a los muertos, a rezar por las almas de los fallecidos. Lo interesante es que esta festividad no solo existe en Europa occidental; en México tienen un día de Muertos, que también se celebra el 2 de noviembre y es una combinación de una antigua tradición nativoamericana y del día de los Difuntos católico. Los mexicanos decoran sus hogares con esqueletos falsos, visitan los cementerios para limpiar y adecentar las tumbas de sus familiares fallecidos e incluso dejan ofrendas de comida y bebida para los distintos

espíritus errantes.

—Y supongo que el festival veneciano de los muertos es algo parecido —indicó Bronson.

—Exacto, pero por aquí no se ocupan tanto de la limpieza de las tumbas como de pasear por el cementerio portando velas encendidas y crisantemos. Esas flores se han convertido en Italia en algo firmemente asociado a las ceremonias funerarias, y es muy mala idea ofrecer un ramo de esta flor a alguien que está aún vivo. Pero, como suele ocurrir en Italia, se ha convertido también en un acto social, sobre todo para los locales... Y como estamos aquí, en Venecia, he pensado que sería interesante asistir.

—Así que vamos a pasar la noche en un cementerio. ¡Qué agradable!

Bronson dio la espalda a la ciudad y miró la Isola di San Michele, coloquialmente conocida como la Isla de los Muertos debido a que no era más que un enorme cementerio.

Había leído que la idea de usar una de las islas de la laguna veneciana como cementerio databa de

1807, cuando Venecia fue conquistada por Napoleón y estaba sufriendo una ocupación francesa que prácticamente dejó a la ciudad en bancarrota. Los enterramientos en la propia Venecia se consideraban insalubres, de modo que se eligió para la tarea la isla vecina de San Cristoforo della Pace. Cuando en 1836 demostró ser de tamaño inadecuado, rellenaron el estrecho canal que separaba San Cristoforo della Pace de la isla de San Michele, más grande, y la combinación empezó a ser conocida como San Michele. Durante un breve periodo de tiempo la isla se usó también como prisión, pero después volvió a ser únicamente un cementerio que alberga varios cadáveres muy famosos. Los cuerpos de los muertos se transportaban hasta la isla desde Venecia en unas góndolas fúnebres especiales.

La orilla de San Michele estaba a apenas un centenar de metros de distancia de Venecia, pero la parada del vaporetto se encontraba al norte de la isla, junto a la Chiesa di San Michele, una de las primeras iglesias renacentistas de Venecia.

Bronson podía verla ya: su severa piedra blanca de Istria resaltaba en la penumbra, y destacaba sobre los colores suaves que caracterizaban la mayor parte de la arquitectura veneciana.

Un par de minutos después, el vaporetto se detuvo en el muelle y abrieron la pasarela. Los pasajeros bajaron del navío y comenzaron a caminar hacia la entrada. Bronson y Angela no tenían prisa en dejar el barco, así que esperaron en popa hasta que casi todos los demás se hubieron marchado. Entonces ellos también cruzaron la pasarela y siguieron a la multitud que, ruidosa y gesticulante, parecía estar preparando los ánimos para la noche que se avecinaba.

—El viento ha amainado. Es una buena noticia, pero se está nublando un poco —le comentó Bronson a Angela, y le señaló la manta de niebla que estaba descendiendo rápidamente. Habían visto parches de bruma formándose sobre el agua después de dejar Venecia, pero lo que había frente a ellos era una niebla realmente densa. En cuestión de minutos, la visibilidad se había reducido a

apenas un par de metros, pero la familia que caminaba ante ellos era tan ruidosa que seguirlos era muy fácil.

Angela se estremeció de nuevo.

—Tienes razón, es bastante espeluznante. Y esta niebla proporciona justo la atmósfera adecuada para una noche en un cementerio.

Bronson sacó un mapa de la isla de su bolsillo y lo desplegó.

—Bueno, mientras consigamos encontrar el camino de vuelta al muelle, no me preocupa. Pero está claro que no me gustaría pasar la noche aquí fuera. ¿Ves esa especie de resplandor amarillo en la niebla, a nuestra izquierda? ¿Deberíamos dirigirnos hacia allí?

Angela miró también en esa dirección y asintió.

—Seguramente son las velas que lleva la gente.

Se cruzaron con la familia que iba delante, que había atravesado un camino semicircular que se curvaba frente a la iglesia y regresaba por otro sendero que parecía conducir en dirección contraria.

—¿Adónde van ahora?

Angela miró el mapa.

—Este camino nos lleva hasta el centro del cementerio, y también a algunas otras zonas. Una cosa curiosa de este camposanto es que, actualmente, los cuerpos se retiran después de unos diez años. Se entierran de la manera habitual y se coloca una lápida o losa sobre las tumbas, pero como este cementerio presta servicio a toda la población de Venecia, el espacio es bastante limitado. Así que cuando el cuerpo ha quedado reducido a huesos, se exhuma y el esqueleto se almacena en un osario, en una caja de huesos. Al parecer, hay un calendario de exhumaciones colocado cerca de la entrada.

La mayor parte de las tumbas modernas junto a las que pasaban mostraban fotografías de sus ocupantes, y casi todas habían sido decoradas con flores frescas, lo que proporcionaba al cementerio una apariencia extrañamente colorida a pesar de la penumbra.

Incluso a través de la niebla, Bronson podía ver

que el lugar era enorme, una amplia extensión de tierra salpicada de antiguas criptas y de lápidas individuales, algunas en vertical y otras colocadas deliberadamente sobre la tierra o caídas, presumiblemente, en algún momento en el transcurrir de los siglos.

Paseaban a través de una de las partes más antiguas del cementerio y se detenían, a intervalos, para mirar algunas de las inscripciones. Estas variaban de las más simples a las más floridas: algunas solo mostraban el nombre y las fechas de nacimiento y muerte, mientras que otras contenían elaborados versos escritos en italiano o incluso en latín que glorificaban o aportaban un sentido a la vida que había terminado.

Angela había tenido razón sobre la fuente del resplandor amarillento. Casi todas las personas con las que se cruzaban (y parecían ser, literalmente, cientos) portaban una vela larga; la masa combinada de las pequeñas llamas confería a la densa niebla un característico color amarillo o naranja.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Bronson.

—Es una lástima que no hayamos traído algún refrigerio —contestó Angela, señalando a la gente a su alrededor. Muchos llevaban botellas o latas, y un par habían llevado incluso cestas de pícnic de mimbre o tupperes llenos de comida.

Angela había tenido toda la razón: era evidente que el día de los Muertos era un acontecimiento social y familiar. Hombres, mujeres y niños paseaban por el cementerio, claramente decididos a disfrutar de la noche en un entorno inusual.

—Bueno, tengo un par de barritas de chocolate en el bolsillo. Si quieres podríamos compartirlas —ofreció Bronson, y le pasó una.

Angela partió la barrita en dos y le entregó una mitad. Durante un par de minutos se quedaron allí, disfrutando de su tentempié improvisado y empapándose de la atmósfera.

—Es extraño, ¿verdad? —preguntó Angela después de un minuto o dos mientras miraba el ruidoso y alegre gentío a su alrededor.

—¿A qué te refieres?

—Aquí estamos, en un cementerio, caminando entre los putrefactos huesos de cientos o incluso miles de venecianos muertos. Este debería ser un lugar de dolor o melancólica reflexión, pero en realidad estamos en mitad de una enorme fiesta.

Bronson sonrió.

—Eso nos demuestra lo importante que es la atmósfera. En esas viejas películas de la Hammer que tanto te gustaban, el director intentaba conseguir que la audiencia se estremeciera, expectante, mostrándole solo un par de tumbas de poliestireno con un poco de niebla falsa a su alrededor mientras una música siniestra sonaba de fondo. Y ahora estamos aquí, en el escenario real, y todo el mundo está muy contento, se ríe y bromea. Los muertos no les incomodan en absoluto.

Pero, entonces, ambos oyeron un aullido distante, el débil y lastimero quejido de un animal (Bronson suponía que era un pastor alemán o alguna otra raza de perro grande) que ni siquiera estaría cerca

de la Isola di San Michele.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Angela en la oscuridad, con el rostro pálido y tenso.

—Sonaba como un pastor alemán hambriento —sugirió Bronson—. Pero no te preocupes; está muy lejos y no a punto de rasgarnos las gargantas.

Angela empezó a reír, pero se detuvo cuando un golpe seco resonó en algún sitio cercano y un grito de puro terror sin diluir biseccionó la algarabía con la brusquedad de la caída de la hoja de una guillotina.

En la Isla de los Muertos, la niebla era densa y la visibilidad se reducía a apenas un par de metros. Para complicar más las cosas, era difícil identificar la dirección desde la que había llegado el grito. Pero Bronson y Angela se vieron rodeados de repente de gente que se dirigía apresuradamente al sur, hacia el centro de la isla, de modo que se encaminaron en la dirección contraria, hacia donde pensaban que se había producido el alboroto.

Se apartaron para evitar al mar de gente que corría directamente hacia ellos, se abrieron paso entre las lápidas y, minutos después, se encontraban frente a un grupo de hombres y mujeres que, en un tosco círculo, miraba fijamente una de las tumbas más grandes.

A pesar de estar a un millar de kilómetros de su hogar, Bronson no pudo contener al policía que

había en él y sacó su placa. Aunque sabía que allí no tenía autoridad, le ayudaría a descubrir qué había alarmado tanto a los visitantes del cementerio.

—Policía. Abran paso... Oficial de policía — empezó a repetir en italiano mientras agitaba la placa como un talismán y se abría camino a empujones a través de la multitud inmóvil. Angela lo seguía a apenas unos centímetros.

La gente se apartó casi a regañadientes para dejarlo pasar. Estaban casi en silencio, algo inusual en un grupo de italianos, y miraban fascinados algo que había en el suelo frente a ellos. Y entonces Bronson llegó al centro del grupo y pudo ver lo que había desencadenado el éxodo general de la zona.

El día de los Muertos era, en cierto sentido, un nombre poco apropiado. Los juerguistas del cementerio no estaban allí para conmemorar la muerte, sino más bien para celebrar las vidas y memorias de los amigos y familiares que habían fallecido. Lo último que esperaban ver en el

cementerio era un cadáver, pero aquella fue la visión a la que en ese momento se enfrentó Bronson.

Y no era cualquier cadáver.

—Fascinante —jadeó Angela tras detenerse a su lado y mirar la tumba—. Aunque no puedo creer que esta haya sido la causa de tanto pánico.

Bronson dio un par de pasos hacia delante para examinar la tumba.

Estaba claro que era una de las sepulturas más antiguas del cementerio, una caja de piedra rectangular de un metro veinte de alto tapada por una losa plana. Los laterales tenían símbolos y escenas tallados, pero la vieja piedra se había desgastado tanto que era difícil distinguir qué estaba representado en ella exactamente. En la losa superior había unas marcas tenues y prácticamente ilegibles... Presumiblemente, una antigua inscripción con el nombre y la fecha de la muerte del ocupante.

Bronson no sabía cómo había ocurrido exactamente, pero uno de los laterales de la tumba

se había fracturado en tres piezas y se había caído, arrastrando al hacerlo la losa superior. Pensó que eso debía haber causado el sonido que habían oído. Y ahora, la caja previamente sellada estaba abierta a los elementos y el cuerpo que contenía estaba expuesto a la vista por primera vez en lo que suponía que serían al menos cien años.

Como era de esperar, los restos eran principalmente huesos. Parte del ataúd había sobrevivido, pero era poco más que fragmentos de madera a lo largo de ambos lados del cuerpo. Un par de jirones de tela podrida aún colgaba sobre los largos huesos de las piernas, y parte del costillar estaba envuelto en piel oscura y curtida. En resumen, el cadáver tenía el mismo aspecto que se esperaría que tuviera tras pasar más de un siglo encerrado en un ataúd de madera en el interior de un sepulcro sellado. Excepto en dos cuestiones.

Por encima de la caja torácica, el cuerpo terminaba en una única vértebra rota. La cabeza (que, como el costillar, estaba todavía parcialmente cubierta de piel e incluso algunos

mechones de cabello blanco) estaba colocada entre los huesudos pies. Aquello por sí mismo ya era inusual, pero para añadir una macabra capa más a la escena, la mitad de un delgado ladrillo se había encajado con firmeza entre las mandíbulas abiertas.

Bronson miró durante un par de segundos el deshidratado y profanado cadáver, y después miró a Angela de soslayo.

—¿A qué te referías cuando has dicho «fascinante»? —le preguntó.

—Te lo explicaré más tarde —le contestó ella—. He oído y leído al respecto, pero jamás pensé que llegaría a ver una muestra real.

Abrió su bolso, sacó una cámara digital compacta y comenzó a sacar fotografías de la escena que tenía delante. Se acercó al cuerpo y tomó varias imágenes del cuello cortado y de la cabeza, con su bizarra mutilación.

Se produjo otro alboroto tras ellos y Bronson se giró para ver a dos *carabinieri* uniformados acercándose. Angela, a su espalda, seguía

haciendo fotos de la escena.

Los dos policías miraron atentamente la tumba abierta. Uno de ellos se santiguó y murmuró algo que podría haber sido una oración corta.

—¿Cuál es su nombre, signor? Por favor —preguntó el otro agente.

Bronson sacó su pasaporte y se lo entregó.

El oficial apuntó el nombre de Bronson y el número de su pasaporte, le devolvió el documento y después preguntó, en un titubeante inglés, qué estaba haciendo en Venecia. Bronson le contestó en italiano fluido que estaba de vacaciones con una amiga; habían oído gritos cerca de la tumba y se habían acercado a investigar. También sacó su placa y le explicó que era oficial de la policía británica y que su exesposa (la mujer que estaba todavía tomando fotografías de la tumba abierta) trabajaba para el museo Británico.

El policía la miró.

—¿Y por qué está sacando tantas fotos de ese esqueleto? —preguntó.

Bronson elevó un poco la voz y le repitió la

pregunta a Angela en inglés.

—En realidad no son los huesos lo que me interesa —contestó ella—, sino las vasijas del interior de la tumba. Se han roto, pero creo que probablemente estaban intactas cuando las pusieron junto a la mujer.

—¿Cómo sabes que el esqueleto es femenino? —le preguntó Bronson.

—La pelvis está totalmente expuesta, y la pelvis masculina y femenina tienen formas muy distintas. Este esqueleto es, sin duda, el de una mujer.

Bronson tradujo lo que le había dicho al agente de policía.

—El estado del esqueleto es muy extraño —dijo el italiano—. Quizá fue obra de unos vándalos, hace un par de siglos.

—¿Qué vais a hacer con él? —le preguntó Bronson.

—Supongo que al final lo enterraremos de nuevo, pero por el momento tenemos que tomar posesión de él. Nuestras órdenes en este tipo de circunstancias son totalmente claras. Es el cuerpo

de un ser humano, y como solo quedan los huesos tendremos que traer a un patólogo forense hasta aquí para que inspeccione la escena y establezca su antigüedad. A continuación lo llevaremos al depósito para que lo examinen, solo por si acaso se ha cometido algún crimen.

—Bueno, quien le hiciera eso en la cabeza es sin duda culpable de un crimen.

Bronson pensó para sus adentros que transportar el cuerpo hasta la morgue local sería un desperdicio de tiempo y esfuerzo, aunque comprendía la posición de los carabinieri. Las fuerzas policiales británicas tenían una normativa similar respecto a la manipulación tanto de cadáveres como de restos óseos. No sería la primera vez que un asesino esconde los cuerpos de sus víctimas en el interior de tumbas ya existentes.

Parte de los espectadores habían empezado a alejarse tras tomar algunas fotos de la tumba y de su ocupante, pero estaban empezando a aparecer curiosos atraídos por la presencia de los dos agentes de policía junto a una antigua tumba

abierta.

—No sé si podría ser de ayuda —dijo Bronson—, pero mi compañera es experta en alfarería antigua. Si tenéis problemas para datar el enterramiento, si la inscripción de la tumba no puede leerse, por ejemplo, es probable que ella pueda ayudaros a analizar esos fragmentos de cerámica.

—Gracias por la oferta, signor Bronson. ¿En qué hotel se alojan?

El inglés se lo dijo mientras Angela terminaba su registro fotográfico y se unía a ellos.

El segundo agente de policía estaba ya hablando por su radio, organizando el transporte de los patólogos forenses desde Venecia hasta la Isola di San Michele.

Mientras esperaban a que el barco llegara, Bronson y Angela proporcionaron a los dos carabinieri breves declaraciones escritas de su recuerdo de los acontecimientos de la noche.

Pasó casi media hora antes de que tres nuevas figuras emergieran de la niebla acompañadas por

el agente de policía que había esperado la llegada de la lancha en la parada del vaporetto. Uno llevaba una camilla extensible, otro una bolsa negra para cadáveres y el tercero, un cincuentón encorvado y de cabello cano, cargaba con una enorme caja de plástico. Rápidamente se pusieron los guantes, cubre zapatos de plástico y monos blancos. El hombre mayor (el forense, supuso Bronson) se acercó y miró la tumba y el cadáver desde un par de metros de distancia. Ordenó a uno de los hombres que lo acompañaban que tomara una serie de fotografías y retrocedió para hablar con el carabiniere que estaba todavía esperando junto a la tumba. A continuación se acercó de nuevo y examinó el esqueleto con atención antes de dar nuevas instrucciones y quitarse su ropa protectora.

Los dos hombres que iban con él transfirieron los restos óseos de la destrozada tumba a la bolsa negra, teniendo especial cuidado con la cabeza para asegurarse de que el ladrillo permanecía en su lugar. También sacaron todos los trozos de

cerámica rotos. Por último, usaron linternas para examinar el interior de la tumba y cerciorarse de que no se dejaban ningún pequeño hueso o fragmento, colocaron la bolsa en la camilla y desaparecieron en la dirección por la que habían llegado, acompañados por ambos agentes de policía.

—¿Hay algo más que quieras ver? —le preguntó Bronson a Angela mientras la breve procesión se desvanecía en la niebla.

Angela negó con la cabeza.

—No. Creo que ya he tenido suficiente. Esos restos de alfarería eran interesantes e inusuales y me gustaría echarles un buen vistazo, pero en un laboratorio, no aquí, a la intemperie. En realidad había algo mucho más interesante en la tumba. — Se dio una palmadita en el bolsillo y sonrió, con los ojos brillantes—. Y, a diferencia de la cerámica, que por supuesto tuve que dejar in situ, lo llevo conmigo.

Marietta Perini bajó del vaporetto en la parada de Accademia, al sur del Gran Canal, y cruzó rápidamente el Ponte dell'Accademia en dirección norte, hacia el centro de Venecia. Su ruta la llevó a través de Campo San Vidal, que tenía forma de pata de perro, hasta Campo San Stefano, una de las plazas más grandes de Venecia (solo superada por la Piazza San Marco). Ambas plazas estaban llenas de gente: ancianos con perros pequeños, mujeres con niños en carritos, venecianos que volvían a casa tras el trabajo o parejas y familias de paseo. Las campanas de la iglesia tocaron sobre el Campo San Stefano; sus tañidos resonaron a través del espacio abierto, casi ahogando el ruido de las conversaciones de las cafeterías y restaurantes que bordeaban la plaza.

La gente caminaba en todas direcciones y charlaba agitando los brazos para enfatizar sus

opiniones con extravagantes ademanes.

Marietta se detuvo un par de minutos junto al monumento del centro de la plaza. Conocido irreverentemente por los venecianos como el Cagalibri o «caga libros», conmemoraba la vida del escritor e ideólogo del siglo XIX Niccolò Tommaseo, cuya extensa obra estaba representada por el enorme montón de libros colocados a su espalda que habían dado origen al apodo de la estatua. Como siempre, había una paloma posada en su cabeza; la colorida decoración orgánica sobre la testa y hombros de la estatua sugería que aquella era la percha favorita de un sinfín de residentes emplumados de Venecia.

En uno de los lados de la plaza estaba la razón por la que Marietta no había continuado directamente hacia su destino. Tenía debilidad por los helados y a apenas unos metros de distancia estaba una de sus *gelaterias* favoritas. Miró su reloj, comprobó que tenía tiempo suficiente y entonces cedió a la tentación y eligió un cucurucho grande en el que el sonriente camarero de cabello

oscuro insertó tres bolas de helado de los sabores que ella había elegido.

A continuación siguió caminando mientras daba pequeños mordiscos a la parte superior del cucurucho y saboreaba cada bocado antes de tragarlo. Caminaba lentamente por la plaza, mucho más concentrada en lo que estaba comiendo que en su destino o su entorno.

Marietta ignoraba por completo que dos hombres estaban siguiéndola. De hecho, llevaban haciéndolo desde antes de que tomara el vaporetto en la parada de Arsenale, en la zona este de Venecia.

No era un objetivo al azar. Los dos hombres habían sido enviados aquella tarde a buscarla, a ella y a nadie más. Uno de ellos llevaba un pliego de papel doblado en la mano. En él había una fotografía del rostro de su presa, además de su dirección y algunos detalles de la empresa para la que trabajaba. Había sido elegida por una razón muy concreta y convincente.

Tras salir del Campo San Stefano, Marietta tomó

una de las estrechas calles de la derecha y casi inmediatamente el flujo de gente se redujo. Apenas caminaba con ella un puñado de peatones más.

Entonces giró de nuevo y, al acercarse a su destino, se alejó cada vez más de las calles abarrotadas: iba al apartamento de su novio, cerca del casco antiguo. Y solo entonces se preguntó si los dos hombres estaban siguiéndola.

Marietta, al principio, no se preocupó. Venecia era una ciudad bulliciosa en la que era casi imposible caminar a cualquier hora del día o la noche sin encontrar otras personas. Pero, cuando giró de nuevo y los hombres continuaron tras ella por la estrecha y perceptiblemente vacía calle, miró a su espalda de nuevo y aceleró el paso.

Inmediatamente, ambos hombres comenzaron a correr y la alcanzaron en pocos segundos. Uno de ellos la estampó contra el muro. Marietta abrió la boca para gritar, pero el segundo hombre sacó de su bolsillo un objeto negro parecido a una pistola, lo presionó contra el estómago de la mujer y apretó el gatillo. El táser liberó una descarga de

más de cuatrocientos voltios a través de su cuerpo que la dejó inconsciente durante algunos minutos.

Era todo el tiempo que los hombres necesitaban. Uno de ellos la amordazó rápidamente con cinta adhesiva y le inmovilizó las muñecas con bridas de plástico, mientras el otro abría la enorme bolsa que había traído con él y sacaba una alfombra ligera enrollada: un modo antiguo, aunque todavía muy efectivo, de esconder un cuerpo. La extendió en el suelo y, juntos, hicieron rodar a la chica para envolverla. En cuestión de minutos, el más grande de los dos hombres se había colocado la alfombra al hombro y ya se dirigían a uno de los canales que convergían en el centro de Venecia. El otro hombre sacó un pequeño teléfono móvil e hizo una llamada urgente.

Cuando llegaron a la orilla, se detuvieron y miraron la intersección del Gran Canal a su derecha. Una lancha azul oscuro se dirigía hacia ellos. El conductor detuvo la motora en el embarcadero, la ató a un poste de madera y la sostuvo con firmeza mientras los dos hombres

embarcaban. A continuación soltó la amarra y volvió a subir a bordo, giró en semicírculo y se marchó por donde había venido.

El bulto de la alfombra comenzó a moverse y uno de los hombres lo desenrolló solo lo suficiente para revelar el aterrorizado rostro de la chica. Sostuvo el táser ante sus ojos y apretó el gatillo. Una violenta chispa de alto voltaje saltó entre los dos electrodos con un audible chasquido.

—Cállate y quédate quieta —siseó en un coloquial italiano— o te daré otra dosis de esto.

Entonces lanzó el extremo de la alfombra de nuevo sobre la cara de Marietta.

—Deberías tener cuidado con esa cosa —murmuró su compañero—. Si te pasas, podrías matarla. Y la necesitamos en condiciones óptimas.

—Lo sé... lo único que tenemos que hacer es mantenerla callada hasta que lleguemos a la laguna. Entonces podrá gritar y retorcerse todo lo que quiera, porque no le servirá de nada.

En ese momento, la lancha giró a la izquierda en el Gran Canal y la parte delantera se levantó

cuando el conductor pisó el acelerador e incrementó la velocidad.

Venecia es un lugar impresionante y sorprendente, pensó Bronson, pero también tiene un montón de problemas.

Se trata, posiblemente, de la región más hermosa del mundo, compuesta por un total de ciento diecisiete islas ubicadas en una laguna poco profunda. Su población de casi sesenta mil personas vive en un laberinto de calles tan confuso que incluso los nativos de la ciudad pueden perderse en él. Y, aunque posee algunas de las joyas arquitectónicas más extraordinarias de Italia, y podría decirse que del mundo, la amplia mayoría está hundiéndose lenta e inexorablemente en el lodo de la laguna a medida que sus cimientos de madera ceden al gigantesco peso de la mampostería. Muchos edificios han sido abandonados; muchos otros sufrirán el mismo destino si no se los somete a un extenso (y muy

caro) trabajo de recuperación y renovación.

Por tanto, quizá no es sorprendente que los hoteles de Venecia estén muy lejos de ser los más baratos del mundo.

Angela había hecho la reserva por Internet en un pequeño hotel del distrito de Cannaregio, en el norte de Venecia, cuya tarifa no se parecía en nada a las demandadas por algunos de los establecimientos más céntricos. Para ser justos, las habitaciones eran pequeñas y estrechas, no había ascensor y las ventanas tenían vistas a los muros de los edificios contiguos. Pero, como le había explicado a Bronson, lo bonito de estar en Venecia era salir y ver la ciudad, no quedarse en una habitación de hotel todo el día, así que, en su opinión, las vistas eran mucho menos importantes que el precio.

Desde la Isola di San Michele, tomaron un vaporetto de vuelta a la parada de Fondamente Nove un par de minutos después de que los dos carabinieri se marcharan con el forense. Angela, testaruda, se negó a enseñar a Bronson lo que

había cogido de la tumba hasta que llegaron a la habitación.

Caminaron hacia su hotel por las estrechas, oscuras y silenciosas calles; lo único que se oía era el vaivén del agua en los canales. Había algo en la atmósfera que a Bronson no le gustaba, y se sintió aliviado cuando vio las luces del vestíbulo del hotel brillando frente a ellos.

—Bueno, Angela —dijo Bronson cuando estuvieron en la seguridad del interior de su habitación—, ¿qué había en la tumba que te tiene tan emocionada?

—Lo que hemos visto era la tumba de un vampiro.

Bronson la miró durante unos segundos. Después, su rostro se arrugó en una sonrisa.

—Claro que sí —se burló—. Ahora déjate de bromas y dime a qué te refieres en realidad.

Angela le devolvió la sonrisa.

—Hablo totalmente en serio —le dijo—. O, para ser exactos, la gente que abrió esa tumba hace aproximadamente un siglo y medio iba totalmente

en serio.

—¿Un vampiro? Pero tú y yo sabemos que los vampiros no existen, como tampoco existen los hombres lobo, el kraken y los golems. No son más que mitos y leyendas, solo eso.

—Nosotros lo sabemos, aquí y ahora, en el siglo XXI. Pero no siempre ha estado tan claro, ¿sabes?

—Pero pensaba que había sido Bram Stoker quien había inventado el mito del vampiro al escribir *Drácula* en, ¿cuándo? ¿Finales del siglo XIX?

—No —replicó Angela—. Nadie sabe exactamente cuándo empezó la gente a creer en vampiros, pero no hay duda de que fue antes de la Edad Media, y posiblemente data de mucho antes, quizá hasta de los asirios. Hay, además, ciertas sospechas de que en los países que circundan la cuenca mediterránea ya se hablaba de criaturas vampíricas desde el año 5000 a. C., y uno de los antiguos dioses egipcios, Shezmu, tenía lo que podríamos llamar hábitos vampíricos. Este era el antiguo dios de la ejecución, de la matanza, la

sangre y el vino, y a menudo decapitaba a alguien, ponía su cabeza en una prensa de vino y se bebía la sangre que obtenía.

Angela se detuvo un instante para poner orden a sus pensamientos y después continuó hablando.

—Si buscas en las fuentes literarias, la creencia en los vampiros o en criaturas que actúan en cierto modo como vampiros parece ser endémica. Casi todas las culturas, en todos los continentes, tienen algún tipo de leyenda de este tipo. E incluso lugares que normalmente no esperarías, como Australasia, China e incluso México y el Caribe.

»Y en realidad no fue Bram Stoker el primero en escribir al respecto. En 1816, casi un siglo antes que Stoker, Lord Byron estaba de vacaciones cerca del lago Lemán con unos amigos y sugirió que cada uno escribiera una historia de miedo. A Byron se le ocurrió una historia sobre un vampiro y uno de sus amigos, su médico personal, un hombre llamado John Polidori, recogió el testigo y la amplió. Esta fue la primera vez que un vampiro apareció en un relato de ficción escrito en inglés,

aunque él escribía «vampyre», como en francés. Pero casi un siglo antes, en 1732, la palabra «vampiro» ya había aparecida impresa en Gran Bretaña, aunque entonces se usaba como símbolo político.

—¿Cómo sabes tanto sobre vampiros? —le preguntó Bronson.

—Leo mucho —contestó Angela con una sonrisa—. En cualquier caso, lo que quiero decir es que durante el primer milenio, el mundo seguía siendo un lugar muy misterioso, y la gente buscaba explicaciones a los fenómenos naturales que ahora comprendemos perfectamente. Todavía creían que las oraciones a los dioses o espíritus, o incluso los sacrificios, eran totalmente necesarios para asegurar la salida del sol o una buena cosecha, y el final del invierno aún se recibía con alivio y celebraciones. En ese clima surgió la creencia en los vampiros, cuando la superstición y el convencimiento de la existencia de seres y sucesos sobrenaturales eran la norma, no la excepción.

—Pero ¿una criatura nocturna que se alimenta de

sangre? ¿De dónde diablos salió eso? —objetó Bronson.

—Nadie lo sabe. Es parte del folclore de Europa, sobre todo de Europa central. Pero es posible que la existencia de una criatura así fuera, en un principio, una explicación razonable para algo que de otro modo no tendría sentido.

—¿Como qué?

—Los cambios post mórtem de un cuerpo, por ejemplo. Si por alguna razón abrieron una tumba poco después de que el entierro tuviera lugar, la gente que viera el cadáver podría no haber entendido lo que estaba viendo. Podría haber sangre en la boca o cerca, y el cabello y las uñas habrían crecido, y el cuerpo parecería rollizo y bien nutrido. La ciencia médica sabe ahora por qué ocurren estos extraños efectos. Después de la muerte, la sangre puede ser expulsada a través de todos los orificios, no solo de la boca, como parte normal del proceso de putrefacción. La piel, al retroceder, puede hacer que el cabello y las uñas del cadáver parezcan más largos, y los gases

creados por la descomposición hincharían el cuerpo... Ya lo sabes.

Bronson asintió. Como policía, estaba acostumbrado a ver cadáveres en distintas fases de descomposición.

—Ahora ponte en el papel de alguien que acaba de abrir una tumba reciente. Ves un cadáver que parece bien alimentado, cuyo cabello y uñas están creciendo, y con sangre en la boca y rostro. Si no supieras lo que está ocurriendo en realidad en el interior del cadáver, la explicación más razonable sería que el individuo no está en absoluto muerto y que de algún modo consigue escapar de la tumba por la noche para alimentarse de la sangre de los vivos, de ahí la sangre que rodea su boca. Y si alguien entre sus aledaños sufre anemia, tuberculosis o alguna otra enfermedad debilitadora, quizá también concluirías que esa persona es la víctima. Incluso las muertes inexplicables del ganado podrían ser atribuidas a las acciones de un vampiro.

»Y eso es probablemente lo único que se necesita

para que nazca la leyenda. Por lo que he podido leer, nadie sabe exactamente cuándo se empezó a creer en vampiros. Aunque a principios del siglo XVIII las leyendas se concentraban en Hungría y los países eslavos, se extendieron rápidamente por toda Europa. Es probable que Byron, y más tarde Bram Stoker, se basaran en esas historias. Y sabemos que la propia palabra, *vampiro*, deriva del serbocroata «vampir», que se introdujo en nuestro idioma a través del francés o el alemán, probablemente también en el siglo XVIII. También es cierto que muchos otros idiomas eslavos y centroeuropeos, como el búlgaro y el croata, tienen palabras muy parecidas para describir el mismo fenómeno. Pero la verdadera raíz del término seguramente viene de la antigua palabra rusa «upir», cuyos primeros registros datan del siglo XI.

—¿Y qué hay de los crucifijos, el ajo y la estaca a través del corazón? —preguntó Bronson.

—Puedes dar las gracias a Bram Stoker y a *Drácula* por eso —dijo Angela—, aunque supongo

que lo del crucifijo y la estaca tiene cierto sentido. Un muerto que se levanta de la tumba para alimentarse de los vivos es, obviamente, demoníaco, y la gente debió pensar que una criatura así se asustaría ante el símbolo de la religión cristiana. Atravesando el pecho con una estaca se destruiría el corazón y esto evitaría que circulara la sangre, lo que también mataría al vampiro. Hay otra teoría que afirma que, al empalar el cuerpo del vampiro, este quedaría sujeto a la tierra y dejaría de moverse.

—¿Y el ajo?

—No tengo ni idea, pero se suponía que el ajo era una cura, o al menos un tratamiento preventivo, para la peste. Esa podría ser la conexión. En efecto, el ajo es un famoso elemento disuasorio para los vampiros en casi todas las culturas que tienen leyendas sobre estas criaturas, pero nadie parece saber la razón. Y, antes de que preguntes, estoy bastante segura de que el rechazo a la luz solar, la falta de sombra o de reflejo en los espejos son creaciones de la imaginación del

señor Stoker o adornos añadidos por escritores posteriores.

—¿Dices que los vampiros están relacionados con la peste? —preguntó Bronson.

Angela asintió.

—En cierto momento, casi todo estaba relacionado con la peste. La peste negra llegó a Europa a mediados del siglo XIV y nadie tenía la más mínima idea de qué lo provocaba. Solo sabían que era increíblemente contagiosa y que, una vez que la tenías, era una sentencia de muerte. Sobre su causa abundaban las teorías más alocadas, desde una alineación desfavorable de los planetas a terremotos que liberaban el aire ponzoñoso del interior de la tierra, e incluso una especie de limpieza étnica orquestada por extraterrestres.

—Estás de broma.

—Para nada. Hay numerosos informes de avistamientos de figuras de aspecto maligno, vestidas de negro, que se situaban en los límites de los pueblos agitando una especie de varita que emitía una niebla dañina; todos a los que la

sustancia rozaba morían a continuación por la peste. Curiosamente, estos relatos parecen descripciones de hombres con trajes protectores esparciendo un arma química o biológica a través de algún tipo de sistema de dispersión presurizado. Los testigos contaban que los desconocidos actuaban como si estuvieran segando, agitando la varita de lado a lado, y de hecho es esa imagen la que dio origen a la personificación de la muerte como un segador vestido de negro.

—La amplitud de tu conocimiento nunca deja de sorprenderme —dijo Bronson.

—Bueno, la historia es lo mío —contestó Angela con una sonrisa—. Siempre me han fascinado estas minucias, estos detalles. En algunos países, especialmente en Alemania y Suiza, culparon a los judíos de la peste; se produjeron varias masacres en las que eran rodeados y asesinados, a veces quemados vivos. Los fanáticos religiosos creían que la peste había sido enviada por Dios y, durante algún tiempo, la flagelación se convirtió en un

tratamiento popular. Grupos itinerantes de flagelantes vagaron por Europa, azotándose en el nombre de Dios y, en muchos casos, ayudando a extender la peste muy eficientemente.

»La creencia más común era que la peste estaba provocada por un miasma, por el aire corrupto, lo que nos remite de nuevo a esa imagen del segador vestido de negro, y muchas de las medidas preventivas que se instauraron pretendían combatir esto intentando purificar el aire que la gente respiraba. Así que las casas se limpiaban con agua aromatizada; la madera que se sabía que emitía un olor agradable, como el enebro, se quemaba en las chimeneas; y la gente llevaba ajo y vinagre encima para evitar el contagio. Pero, curiosamente, otros creían que eran los vampiros quienes difundían la peste, y tomaron medidas extraordinarias para intentar combatirlos.

—Y así cerramos el círculo —interrumpió Bronson—. Volvemos a la mujer de la tumba.

—Exacto —asintió Angela—. El número de víctimas de la peste negra era gigantesco. Por

razones obvias no conservamos cifras precisas, pero se estima, y es un cálculo conservador, que en algunas zonas había muerto la mitad, a veces dos tercios, de la población. Esto significa que el entierro individual de los cuerpos era sencillamente imposible. Los cadáveres se tiraban en enormes sepulturas colectivas: las fosas de la peste. Pero cuando se sospechaba que alguien era un vampiro se tomaban precauciones especiales para evitar que se alimentara del resto de víctimas enterradas con él en la fosa. Y quizá la medida preventiva más común era meter un ladrillo entre las mandíbulas del vampiro.

»Hace dos o tres años, justo aquí, en Venecia, se descubrió y excavó una fosa de la peste; uno de los cráneos que se recuperaron intactos, que pertenecía a un esqueleto femenino, tenía un ladrillo metido en la boca. Ese cuerpo databa del siglo XVI porque, aunque la peste negra tuvo su apogeo en Europa en el siglo XIV, hubo reapariciones de la epidemia hasta el siglo XVIII.

—¿Crees que alguien pensaba que el cadáver que

hemos visto hoy en la Isola di San Michele era el de una vampira y que le aplicaron ese antiguo remedio para asegurarse de que seguía muerta y enterrada? Entonces, ¿por qué le cortaron también la cabeza?

—Ese era otro modo tradicional de matar a un vampiro. Como se alimentaban succionando la sangre de sus víctimas, separando la cabeza del cuerpo evitarían que se nutrieran.

—Así que, en su caso, era una especie de doble precaución: el ladrillo en la boca y la decapitación.

—Sí —asintió Angela—, pero en realidad es un poco más complicado que eso.

—¿A qué te refieres?

—Según la leyenda, la mayor parte de los vampiros eran herejes, criminales o suicidas, y en esos casos casi siempre se negaba el entierro en los cementerios cristianos debido a razones religiosas. La tumba que hemos encontrado era una cámara funeraria bastante lujosa y, por lo que he visto, ella era la única ocupante. Si mientras

estaba viva hubieran sospechado que era una vampira, probablemente habría sido enterrada en una tumba sin nombre en suelo sin consagrar, a pesar de su procedencia aristocrática. Ese es el primer punto.

»También me ha sorprendido que las vértebras del cuello estuvieran desmenuzadas y aplastadas. No soy forense, por supuesto, pero eso me hace pensar que el cuerpo estaba al menos parcialmente osificado cuando la cabeza fue arrancada.

—Así que piensas que fue enterrada de un modo normal y que varios años después alguien decidió que podría ser una vampira, abrió la tumba e hizo todo lo posible para que se quedara allí para toda la eternidad.

—Eso tendría sentido —dijo Angela—, de no ser por tres cosas. ¿Notaste algo extraño en la tumba?

—¿Quieres decir aparte del cuerpo decapitado y del cráneo con el ladrillo metido en la boca? No, en realidad no.

Angela suspiró.

—Casi todas las tumbas de la isla de San

Michele tienen un crucifijo tallado en la lápida o una cruz de piedra en uno de sus extremos. Esa tumba no tenía nada, y eso es inusual.

Bronson parecía confuso, pero no dijo nada.

—Y los restos de esas vasijas de barro que vimos en la tumba sugieren algo ligeramente atípico sobre el enterramiento original —continuó Angela—. Tengo la sensación de que probablemente fue enterrada como vampira, pero por gente que no encontraba ofensivo ese concepto, por miembros de una especie de culto vampírico, por así decirlo.

—¿En serio?

—Sí. Creo que rompieron esas vasijas deliberadamente más tarde, cuando la tumba fue reabierta. Normalmente no se colocaban piezas de alfarería en el interior de las tumbas cristianas pero, de haber sido así, en un entorno sellado habrían permanecido intactas. El hecho de que las vasijas estuvieran rotas sugiere un acto deliberado. ¿Y por qué colocarían un par de vasijas de barro en una tumba? Para mí, lo único

que tiene sentido es que lo hicieron por el bien de la difunta. Y, si creían que era una vampira, probablemente contenían sangre, seguramente sangre humana. Me encantaría hacerme con ellas y analizar lo que queda del contenido.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Bronson, sorprendido—. ¿Una secta vampírica?

—No son desconocidas —le explicó Angela—, aunque no sé de la existencia de ninguna que operara en Venecia en la época en la que la mujer fue enterrada. La inscripción sobre su tumba estaba muy desgastada, pero tomé un par de fotos y estoy bastante segura de que murió en el año 1825. Al menos esa parte de la inscripción era aún legible. Y supongo que la tumba fue abierta de nuevo antes del final del siglo XIX para llevar a cabo el «asesinato» ritual de la vampira.

Bronson se echó hacia atrás y se desperezó. La silla en la que estaba sentado era estrecha, demasiado pequeña para él.

—Me parece que estás deduciendo la existencia de toda una sociedad secreta, una bastante extraña,

a partir de un par de trozos de cerámica rota y una vértebra desmenuzada en un esqueleto de doscientos años de antigüedad.

—No, hay algo más. —Angela buscó en su bolso y sacó un objeto pequeño y negro bastante descolorido que parecía estar encuadernado en piel—. Esto estaba debajo del cuerpo. Creo que, en un principio, estuvo dentro de una caja de madera, seguramente colocada debajo del ataúd, pero con el paso de los siglos tanto el ataúd como la caja se descompusieron. Vi lo que quedaba de la caja debajo del esqueleto pero, cuando lo toqué, la madera se deshizo y descubrí esto.

—Así que ahora eres una saqueadora de tumbas —dijo Bronson.

—Estudié arqueología —contestó Angela—, y «arqueólogo» es solo una palabra educada para saqueador de tumbas. A eso nos dedicamos. Y si yo no lo hubiera cogido, seguramente se habría quedado allí al cerrar la tumba o se lo habría llevado algún turista que no habría tenido ni idea de lo que es.

—¿Y qué es?

—Creo —dijo Angela— que es una especie de diario.

La lancha azul navegaba a toda velocidad a través de la oscuridad negra como la tinta de la noche veneciana en dirección sur, más allá de San Clemente, hacia una pequeña isla situada a cierta distancia de su vecina más cercana.

Esta isla apenas cubría tres o cuatro acres y estaba dominada en su punto más alto por una enorme e impresionante mansión veneciana, un edificio de cinco plantas de piedra gris. Justo debajo de la casa había un embarcadero de piedra capaz de albergar una docena de lanchas. A primera vista, el embarcadero parecía ridículamente grande, pero la laguna era el único modo de acceder a la propiedad.

Había ya cuatro navíos amarrados a los bolardos que bordeaban el embarcadero, pero el conductor de la lancha azul tenía espacio de sobra para maniobrar. Acercó el bote a la planchada, dio

marcha atrás y hábilmente detuvo el bote lo suficientemente cerca para que uno de los hombres bajara a tierra. En cuestión de minutos, ambas amarras estaban aseguradas y el motor apagado.

El conductor ayudó a sus dos pasajeros a transportar la alfombra enrollada hasta el embarcadero, donde la bajaron hasta el suelo.

—Creo que puede caminar desde aquí —dijo uno de los hombres mientras desenrollaba la alfombra y ponía a Marietta Perini en pie. El hombre del táser comprobó que aún tenía las muñecas atadas, le quitó la mordaza y después la apuntó con el arma y apretó el gatillo. La chica retrocedió mientras la cruel chispa azulada saltaba de un electrodo al otro con un audible chasquido.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó con la voz temblorosa por el miedo.

—Lo descubrirás pronto —le espetó el hombre—. Ahora haz exactamente lo que te digamos o... —Volvió a amenazarla con el táser y después señaló en dirección a la casa—. Camina —le ordenó.

Marietta miró a su alrededor: la pequeña isla con sus lomas cubiertas de hierba, de grupos de arbustos y de árboles pequeños, y la casa misma. Más allá se extendían las aguas de la laguna veneciana. Bolsas de niebla vagaban sobre la superficie, impulsadas por la ligera brisa. Miró los despiadados rostros de los tres hombres que la habían secuestrado en su ciudad natal. Una oleada de terror puro atravesó su cuerpo cuando se dio cuenta de que nadie podía ayudarla.

—Tengo un amigo —dijo, desesperada—. Iba de camino a visitarle. Cuando vea que no llego, llamará a la policía.

El hombre del táser sonrió, pero no era una sonrisa de alegría.

—No dudo de que lo hará, y estoy seguro de que los carabinieri harán todo lo posible por tranquilizarlo. Pero no hemos dejado pistas y nadie vio lo que hicimos. Es como si, sencillamente, hubieras desaparecido de la faz de la tierra. La policía nunca nos encontrará, ni a nosotros ni a ti. E incluso si lo hicieran —añadió

—, no serviría de nada, porque tú no eres la primera.

Marietta lo miró fijamente y después gritó, un grito de terror que solo se detuvo cuando el último vestigio de aliento abandonó sus pulmones.

—¿Te sientes mejor ahora? Pues empieza a caminar. Hay gente esperándote.

Marietta sollozó y miró a su alrededor de nuevo, buscando desesperadamente algo o alguien que pudiera ofrecerle alguna ayuda. Pero no había nada.

—¿Un diario? ¿Te refieres al diario de un vampiro? —preguntó Bronson—. ¿Hablas en serio?

—Solo le echado un vistazo rápido —contestó Angela—, pero parece un relato fechado de sucesos. Creo que eso se acerca bastante a la definición de diario.

—¿Y cuáles son esos sucesos? Si están escritos en italiano, probablemente necesitarás mi ayuda para traducirlos.

—Lo cierto es que no —dijo Angela—, a menos que hayas añadido el latín a tu repertorio de idiomas. En el momento en el que el enterramiento tuvo lugar, el latín aún se usaba como idioma internacional, y continuó siendo la lengua de los eruditos clásicos en los siglos XVIII y XIX. Incluso hoy día, algunos documentos y tratados se escriben en latín, y por supuesto sigue siendo el idioma

escrito oficial de la Iglesia católica romana y del Vaticano.

Se inclinó hacia delante y le entregó el libro con cuidado a Bronson.

—Nuestra mujer fue enterrada en la primera mitad del siglo XIX. Si provenía de una familia educada y aristocrática, lo que probablemente es cierto a juzgar por las características de su tumba, seguramente hablaba italiano o un dialecto local en su vida diaria, pero sin duda sería capaz de leer latín y probablemente lo usara en todas sus cartas y comunicaciones escritas. Sinceramente, me habría sorprendido si hubiera estado escrito en otra lengua que no fuera latín.

—Entonces, ¿qué has traducido hasta ahora? —le preguntó Bronson.

—He tenido tiempo de poco más que de echar un vistazo a un par de páginas. Pero ya he encontrado varias referencias a la sangre, a sus propiedades sanadoras y rejuvenecedoras, y en un par de párrafos hay descripciones de rituales que parecen involucrar la ingesta de la misma. Creo que este

podría ser realmente el diario de un vampiro.

Bronson gruñó.

—¿Esto significa que vamos a abandonar nuestras vacaciones turísticas para quedarnos sentados en esta habitación de hotel traduciendo un diario de hace doscientos años escrito por alguien que se creía vampiro?

Angela sonrió de oreja a oreja.

—Por supuesto que no. Esto es solo una curiosidad. Nadie sabe que lo encontramos, y es de poco o ningún interés para cualquiera excepto para alguien como yo, o un historiador especializado en ese periodo de la historia veneciana o italiana. Es muy frágil, así que lo que haré será escanear las páginas en mi portátil para que el texto quede a buen recaudo aunque el libro se haga pedazos. Después lo llevaré a Londres y trabajaré en él durante mi tiempo libre. Por lo que a mí respecta, continuaremos con nuestras vacaciones igual que antes. Por cierto —añadió, mirando a Bronson—, ¿no es hora de ir a comer algo? Parece haber pasado mucho tiempo desde la

chocolatina que compartimos en la isla.

Bronson miró su reloj y asintió.

—Tienes razón. Me apetece un plato de espaguetis. Ese restaurante familiar de la esquina podría estar todavía abierto.

—Buena idea —dijo Angela, poniéndose en pie—. Bajaré a recepción para ver si pueden prestarme su escáner, y después podremos marcharnos.

Marietta Perini caminó lentamente hacia las puertas dobles de madera de la fachada principal de la casa de piedra gris. El terror que la atravesaba había afilado sus sentidos y se dio cuenta de que las ventanas de la planta baja, a la derecha de la puerta de entrada, estaban iluminadas. A través del viejo cristal podía ver un par de elegantes lámparas de araña, brillantes racimos de cristal tallado tachonados de diminutas luces eléctricas. Y también veía gente en la habitación, quizá tres o cuatro hombres ataviados con elegantes trajes de noche que deambulaban, hablaban y bebían.

Dio otro par de pasos hacia la puerta antes de notar un tirón en su brazo.

—Por ahí no —dijo uno de sus captores, y señaló un camino de piedra que corría por el lateral de la casa.

Marietta atravesó el sendero mientras pensaba en la escena que acababa de ver en el interior del extenso salón. Le había parecido una lujosa recepción, un evento social, o quizá incluso un grupo de hombres adinerados disfrutando de un aperitivo antes de cenar.

Pero eso no encajaba con lo que estaba ocurriendo. Los tipos que la habían secuestrado en Venecia eran malvados y crueles, estaba segura. Aunque no tuviera sentido, quizá no tenían nada que ver con los hombres elegantemente vestidos del salón del que estaba alejándose. ¿Era posible que la gente del interior de la propiedad fuera su salvación?

Marietta tomó aliento profundamente y gritó a todo pulmón, un grito de agonía y terror que resonó en las paredes de la casa.

Como esperaba, el sonido penetró por las ventanas de la habitación iluminada y, cuando miró atrás, todos los hombres se giraron para observarla. Un par de ellos incluso caminaron hasta las altas ventanas para mirarla.

Uno de sus captores la agarró y la obligó ponerse de cara a la casa para que la gente del interior pudiera verla con mayor claridad. Los dos elegantes hombres junto a la ventana sonrieron y uno de ellos asintió con aprobación. Entonces el tipo que la sostenía comenzó a reírse. En ese instante, la aterrorizada chica supo que no había salvación, ninguna esperanza de rescate.

Miró a su alrededor. Seguramente habría un lugar donde esconderse, a donde escapar de los tres hombres. Pero, aunque ocurriera un milagro y consiguiera eludirlos, aún sería prisionera de la isla.

Sin embargo, tenía que intentarlo.

Tomó aliento profundamente, abandonó el sendero y corrió por su vida.

Escuchó una maldición y los hombres empezaron a correr tras ella. Casi inmediatamente, uno de ellos la agarró por el hombro, pero viró y se zafó de él.

Tener las muñecas atadas era un impedimento mayor del que había esperado; perdió el equilibrio

sobre el desigual terreno y cayó de costado. Antes de conseguir ponerse en pie de nuevo, los hombres la alcanzaron. Dos de ellos la agarraron por los brazos y la levantaron.

—Te dije lo que ocurriría —dijo el hombre del táser, con el rostro oscurecido por la ira.

—Ten cuidado —le advirtió uno de los otros—. No debe sufrir daños.

El hombre ajustó algo en el táser y dio un paso adelante.

—Sostenedla —ordenó, con una amenaza en cada sílaba.

Marietta retrocedió.

—No, por favor, no, no lo hagas... —susurró.

El hombre la miró a los ojos y sonrió levemente mientras posaba las púas del táser sobre el ligero material de su blusa.

Entonces apretó el gatillo.

Marietta nunca había sentido tal agonía. Parecía como si cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo estuviera en llamas, o bañada en ácido. Se combó hacia atrás y se hubiera caído de

no ser por las manos de los otros dos hombres.

El dolor era tal que, aunque la descarga apenas duró uno o dos segundos, le parecieron varios minutos. Al final la agonía cesó, sus captores la soltaron y Marietta se derrumbó en el suelo.

Le dieron un par de minutos para que recuperara la consciencia y después volvieron a ponerla en pie y la llevaron a la parte posterior de la casa. Esta vez no asumieron riesgos: Marietta caminaba con un hombre a cada lado que la agarraba de la parte superior del brazo. No habría conseguido escapar de sus manos aunque hubiera tenido la energía o la fuerza para hacerlo. En cualquier caso, la última descarga del táser la había dejado trastornada y sabía que, si le soltaban los brazos, probablemente ni siquiera podría caminar. Correr era impensable.

El sendero avanzaba paralelo a la casa y después se curvaba alrededor en un círculo hacia la puerta trasera del edificio. Marietta suponía que aquel era su destino, pero en lugar de eso la condujeron hacia otro edificio de menor tamaño oculto tras la

casa. También estaba sólidamente construido con piedra gris y un único vistazo fue suficiente para saber que en el pasado había sido una pequeña iglesia o capilla. La mayor parte del tejado a dos aguas había desaparecido, pero aún tenía las cuatro paredes y parecía estar en un estado de conservación razonable. Curiosamente, la vieja puerta de madera seguía en pie y las dos ventanas de la pared opuesta tenían las vidrieras intactas.

Uno de los hombres levantó el pestillo de la puerta y la abrió; sus engrasadas y viejas bisagras no hicieron sonido alguno. Empujaron a Marietta a través de la puerta hasta el espacio abierto más allá; la mitad de las vigas originales seguían en su lugar, sobre su cabeza, como un borroso esqueleto negro contra el cielo de la tarde.

Los hombres la guiaron por lo que en el pasado había sido el pasillo central de la iglesia hasta donde se habría alzado el altar; un par de losas rotas era todo lo que quedaba de la estructura original. La llevaron hasta el fondo del edificio y la empujaron contra la pared. Marietta perdió de

vista brevemente al hombre que estaba a su espalda, ya que los otros dos bloqueaban su campo de visión. Entonces escuchó un estruendo amortiguado y una parte de la pared, a un par de metros de ella, se abrió como una puerta. El tercer hombre reapareció, extendió la mano hacia el interior de la negra abertura y pulsó un interruptor. Las bombillas se encendieron e iluminaron una estrecha escalera de caracol que bajaba curvándose hacia la derecha.

Marietta se detuvo en seco. Siempre había odiado los sótanos y cualquier tipo de espacio subterráneo. No era solo claustrofobia, aunque también había parte de eso: siempre había pensado que los sótanos olían a tumba.

—Vamos —ordenó uno de los hombres.

—No —se negó Marietta.

Sentía las púas del táser presionando su espalda y sabía que haría cualquier cosa por evitar sufrir ese dolor de nuevo. Tragándose las lágrimas de terror y frustración, se tambaleó hacia delante y comenzó a bajar la escalera de piedra. El sonido

de sus pasos resonaba en los muros.

No era una escalera larga (por razones obvias, los sótanos profundos eran inviables en Venecia y sus islas) y después de unos veinte peldaños terminaba para dar paso a un suelo de baldosas. Una vez más, uno de los hombres apretó un interruptor y una única bombilla se encendió en un extremo de la habitación, lo que permitió a Marietta ver dónde se encontraba.

Era un sótano largo y ancho que posiblemente ocupaba la misma área que la ruinoso iglesia sobre él. A los pies de la escalera había una zona circular en cuyo centro se encontraba una mesa de piedra rectangular parecida a un altar. Marietta suponía que estaba ubicada justo debajo del altar roto de la iglesia. Cuando la miró de nuevo se dio cuenta de que no era perfectamente rectangular, porque tenía una pequeña extensión cuadrada en el centro de uno de los dos lados más cortos, y en cada esquina habían perforado la piedra. Tras esa mesa había otra, tallada en el mismo material, pero mucho más pequeña.

En uno de los lados del sótano se alzaban cuatro muros desde el suelo hasta el bajo techo para crear una hilera de pequeñas habitaciones abiertas que posiblemente se habían usado como almacenes en un principio. Los tres hombres condujeron a Marietta hasta la primera de ellas y la empujaron hacia el fondo. Allí vio una tosca cama de madera cubierta por un colchón fino y, atornillado firmemente al muro, un aro de acero. Una esposa metálica colgaba del aro al final de una cadena.

Los hombres empujaron a Marietta hasta la cama. Uno de ellos buscó en su bolsillo y sacó unos alicates pequeños que usó para cortar las bridas de plástico de sus muñecas. En cuanto lo hizo, otro hombre le colocó el grillete en la muñeca izquierda para encadenarla al muro. No importaba que no hubiera puerta en su habitación. Ella no podría marcharse.

—¡No, por favor! —gritó Marietta mientras los hombres se marchaban—. No me dejéis aquí. Por favor.

Minutos después se apagaron las luces y ella se

quedó sola en la oscuridad estigia y el silencio absoluto del sótano.

Marietta permaneció varios minutos inmóvil, sentada sobre el duro colchón, con los ojos abiertos de par en par, intentando que se adaptaran a la oscuridad y le permitieran ver algo, cualquier cosa. Buscaba un resplandor, un resquicio de luz; algo, por pequeño que fuera, que pudiera usar como referencia. Pero no había nada. Ni el más mínimo ápice de luz penetraba en la oscuridad.

Se rindió y durante algunos minutos lloró de miedo y frustración, aunque rápidamente empezó a recomponerse. Intentó sacar la muñeca del grillete, pero estaba demasiado apretado. Tiró de la cadena unida a la pared, si bien esta era nueva y fuerte, totalmente inamovible.

Cuando finalmente aceptó que no podría liberarse, decidió examinar su entorno. Antes de que apagarán la luz había visto la cama de madera, y nada más. Caminó hasta donde le permitió la cadena y, con el brazo derecho extendido frente a ella, se movió a la izquierda y a la derecha,

tanteando en la oscuridad. No encontró más que espacio vacío y los fríos y húmedos muros de piedra de su prisión subterránea.

Al volver al camastro de madera, su pie golpeó algo y se encorvó para buscarlo con los dedos. Enseguida comprendió que era un cubo de metal guardado bajo la cama cuya función era bastante evidente. Incluso había un rollo de papel higiénico medio usado en el suelo a su lado.

Se sentó varios minutos en el borde de la cama intentando encontrar sentido a lo que le había ocurrido y escuchando atentamente, alerta al menor sonido.

Y entonces lo oyó. Un murmullo suave que venía desde alguna parte en el extremo opuesto del sótano, como el susurro distante de varias personas, un sonido que parecía estar creciendo, aunque Marietta no estaba segura.

—¿Quién está ahí? —gritó al final con tanta fuerza y determinación como pudo reunir.

No obtuvo más respuesta que una ligera y temporal reducción del volumen del sonido, que

después continuó como al principio.

Marietta escuchó de nuevo. ¿Qué era? ¿De dónde venía?

De repente, se dio cuenta de lo que era.

Y entonces gritó.

A la mañana siguiente, Bronson y Angela se entretuvieron tras el desayuno. Sentados en una mesa de esquina en el pequeño comedor del hotel, rodeados por los restos de su comida, intentaban decidir qué visitar a continuación. Ya habían estado en algunos de los monumentos más importantes del centro de la ciudad y habían pasado una cara aunque agradable tarde paseando por la Piazza San Marco, en la que habían subido al Campanile para disfrutar de las espectaculares vistas que la torre les ofrecía. De hecho, ambos habían decidido que preferían la Piazzetta San Marco, mucho más pequeña, un espacio abierto al sur de la Piazza cerca del Palacio del Duque que servía como conexión entre la plaza y las aguas del Gran Canal.

—¿Qué te parece Murano? —sugirió Bronson—. La fabricación del cristal siempre me ha

fascinado. Según esta guía, las demostraciones son gratis, y esa no es una palabra que normalmente se escuche mucho en Venecia.

—Es esta isla de aquí, ¿no? —preguntó Angela mientras señalaba el mapa de su propia guía.

Bronson asintió.

—Sí, aunque en realidad es un grupo de seis islas, no solo una. Y al parecer hay montones de tiendecitas y boutiques interesantes para visitar. Podemos tomar el vaporetto 41 o 42 en la parada de Fondamente Nove. No está muy lejos, es la parada después de San Michele.

Pero un par de minutos después quedó claro que no iban a poder visitar Murano, al menos no aquella mañana.

La puerta del comedor se abrió y la recepcionista del hotel miró el interior. Cuando vio a Angela y Bronson, se los señaló a alguien que estaba esperando fuera. Inmediatamente, dos agentes de la policía italiana entraron y se acercaron rápidamente a la mesa en la que estaban sentados.

—¿Signor Bronson? —preguntó el primer agente.

El aludido supuso, por la insignia de su uniforme, que era el equivalente a un sargento; el otro era probablemente un policía común. Asintió.

El oficial sacó un cuaderno y pasó las páginas hasta que encontró lo que estaba buscando.

—Creo que habla italiano —dijo, y Bronson asintió de nuevo—. ¿Dónde estuvieron anoche?

—¿Qué?

—Le he preguntado dónde estuvo anoche —repitió el oficial de policía.

—Comprendo lo que dice —explicó Bronson—, pero no sé por qué me hace esa pregunta.

—Se ha producido un incidente y estamos intentando aclarar los movimientos de cualquiera que pudiera estar involucrado. Es pura rutina.

A Bronson no le gustaba cómo sonaba eso. Por lo que sabía, siempre que un policía aseguraba a un sospechoso que un interrogatorio era «rutina», normalmente significaba que era todo lo contrario.

—¿Qué tipo de incidente? —preguntó, decidido a seguirle la corriente. Sabía que no tenía nada de lo que preocuparse, fuera cual fuera el

«incidente»—. Estuve aquí, en este hotel, desde que volvimos de la Isola di San Michele. Después salimos a cenar, probablemente a las nueve, y volvimos al hotel justo después de las once. Estuvimos en nuestra habitación toda la noche y hasta hace una hora, cuando bajamos a desayunar.

El carabiniere anotó la respuesta.

—¿Puede alguien corroborar su relato, signor Bronson?

—Pagué la cena del restaurante con tarjeta de crédito —contestó—, así que eso confirmará dónde estuve entre las nueve y las once. Después de eso, Angela y yo estuvimos juntos. Desde que volvimos al hotel nadie más nos vio.

El agente frunció el ceño; Bronson sabía que sus respuestas no le habían satisfecho.

—Si me contara de qué incidente estamos hablando y cuándo ocurrió, podríamos ayudarlos.

El policía se encogió de hombros.

—Anoche entraron a la fuerza en la morgue y se produjeron algunos daños.

—¿Qué está diciendo, Chris? —preguntó Angela.

Bronson le tradujo un resumen de lo que el oficial le acababa de decir.

—¿Alguien entró en la morgue? —Angela parecía no poder creerlo—. ¿Por qué diantres querría alguien hacer algo así?

—¿Se llevaron algo? —preguntó Bronson—. Y, ¿cuándo ocurrió?

—Creemos que el allanamiento se produjo a las dos o las tres de la madrugada. No robaron nada de valor, por lo que sabemos, aparte de una cámara.

—Entonces no tengo coartada —dijo Bronson—, excepto que mi compañera tiene el sueño muy ligero y, si me hubiera levantado y hubiese abandonado la habitación, estoy seguro de que ella me habría oído. ¿Cuáles fueron los daños?

—Usted vio un esqueleto, creo, en la Isola di San Michele, en el Cimitero Comunale. —Bronson asintió—. Quien entró en el depósito se llevó la cabeza y esparció el resto de huesos y trozos de cerámica, como si estuviera buscando algo. Y robó una cara cámara digital.

Bronson se inclinó hacia delante. Había supuesto que tenía algo que ver con los sucesos de la noche anterior; de no ser así no se le ocurría ninguna razón por la que la policía italiana querría interrogarlo.

—No fuimos nosotros —dijo con firmeza—. Si quiere registrar nuestra habitación, puede hacerlo. No tenemos nada que esconder, y absolutamente ninguna razón para robar un cráneo antiguo o una cámara.

El agente italiano volvió a encogerse de hombros y cerró de golpe su cuaderno. En ese momento, su radio emitió un chirrido de estática y presionó el botón de transmisión para responder. Por alguna razón, la recepción de radio en el hotel no era especialmente buena, pero a pesar de eso Bronson consiguió entender un par de frases del mensaje que venía de la central de los carabinieri. Una en concreto llamó su atención: «Ha sucedido de nuevo, pero esta vez la hemos encontrado». Aislada, la frase parecía bastante inocua, pero era evidente que para el sargento significaba algo más,

ya que inmediatamente indicó a su compañero que abandonara la habitación.

—¿Cuánto tiempo se quedará en Venecia? —le preguntó a Bronson.

—El resto de esta semana.

—Bien. Podríamos necesitar hablar con usted de nuevo.

—¿De qué demonios iba todo eso? —exigió saber Angela cuando estuvieron solos de nuevo.

—No tengo ni idea —contestó Bronson—, pero pretendo descubrirlo.

—¿Adónde vas?

—Voy a seguir a esos dos. Está pasando algo y debe de estar relacionado con el esqueleto que vimos anoche en el cementerio.

Marietta Perini despertó con un grito de miedo cuando algo rozó su rostro. Abrió los ojos de par en par. Se frotó frenéticamente las mejillas, pero lo que la había rozado (una mosca, una araña o lo que fuera) había desaparecido. El tintineo de la cadena que aseguraba su muñeca al muro y la impenetrable oscuridad que la rodeaba no hacían más que exacerbar su terror. La pesadilla no solo estaba en sus sueños, formaba parte de su realidad.

Se pasó las manos por el cuerpo para comprobar que no había ningún insecto sobre su piel o su ropa, porque ahora conocía la fuente del ruido que la había asustado tanto la noche anterior. Era el sonido de docenas, quizá cientos de diminutas patas moviéndose por el suelo de baldosas y por los muros. El sótano estaba plagado de cucarachas.

Había gritado al darse cuenta e inmediatamente

había levantado los pies del suelo y los había colocado sobre el camastro, lejos de lo que, estaba segura, era una plaga de insectos dirigiéndose hacia ella. Y entonces escuchó un sonido más fuerte, más pronunciado, y gritó de nuevo.

Las cucarachas eran malas, pero ese otro sonido la había convencido de que también había ratas o ratones con ella en la oscuridad.

En cuestión de minutos, el sonido se extendió a su alrededor y su mente creó una aterradora imagen de decenas de miles de cucarachas moviéndose sobre su cama mientras las ratas mordisqueaban su carne. Pero la realidad había sido bastante menos traumática. Había seguido oyendo a los insectos y los roedores, pero ni una sola criatura la había rozado o había trepado a la cama... todavía.

No esperaba dormir, debido al miedo y al asco que le producían los otros residentes del sótano, pero el aire allí abajo era frío y al final se había tapado con una apestosa manta (la única ropa de

cama de la que disponía) para mantenerse caliente. Y en cuestión de minutos se había sumido en un sueño intermitente del que había despertado a intervalos durante la noche, temblando y aterrada.

Marietta no tenía reloj de muñeca, pero suponía que era media mañana, ya que estaba muerta de hambre y tenía mucha sed. No había comido ni bebido nada desde la tarde anterior y notaba la garganta seca.

Se consoló con el pensamiento de que, si sus captores pretendieran matarla, probablemente ya lo habrían hecho. Y eso significaba que la querían viva. Pero ¿por qué? La razón no podía ser un rescate; su familia no era rica, y ella no tenía dinero. Debía ser otra cosa. Y si no querían que muriera, tendrían que alimentarla.

Mientras se consolaba ligeramente con ese pensamiento, escuchó el chirrido de la puerta en la parte superior de la escalera de caracol y las luces del sótano se encendieron.

Se levantó y parpadeó bajo la dura iluminación, temblando y expectante. Sola. Y muy asustada.

Bronson cogió los prismáticos compactos y la pequeña cámara digital que había preparado para su día de turismo y los guardó en los bolsillos de su chaqueta de cuero.

—¿Estás seguro de esto, Chris? —le preguntó Angela.

—Me temo que sí —contestó Bronson con una sonrisa triste—. Mira, mientras sigo a esos dos carabinieri quizá podrías echarles un vistazo a las fotos que tomaste de la tumba. A ver si algo te parece extraño, además del cuerpo decapitado y del ladrillo, quiero decir. También podría ser útil intentar descubrir el nombre de la mujer de la tumba.

Miró la calle, donde los dos policías se habían detenido un momento, a través de la ventana. Se encorvó, besó a Angela ligeramente en los labios y atravesó el comedor para salir del hotel.

Los dos carabinieri iban a pie, por supuesto (Venecia es una zona libre de coches), en dirección noroeste a lo largo de la calle del hotel. Giraron a la derecha y después a la izquierda. A Bronson, que caminaba unos cincuenta metros tras ellos y echaba miradas frecuentes al callejero de Venecia que había obtenido en el aeropuerto, le parecía que se dirigían al límite de la laguna. Su sospecha se vio confirmada cuando los dos hombres se detuvieron en la pasarela de la parada de vaporetto de Fondamente Nove. Allí vio una lancha de policía esperándolos, con el motor en marcha y otros dos oficiales ya a bordo.

Aunque Bronson suponía que debía parecer un turista más de la multitud anónima que ya abarrotaba las calles, se quedó atrás hasta que el navío partió. Tan pronto como el sargento y el agente se sentaron en la lancha, el conductor soltó amarras y aceleró. Bronson sacó sus prismáticos y observó el bote y sus pasajeros. Cuando se alejó del resto de tráfico acuático que maniobraba cerca de la parada de vaporetto, la lancha giró a la

izquierda y se dirigió al noroeste, hacia el extremo norte de la Isola di San Michele... En otras palabras, prácticamente lo que había esperado.

Unos diez minutos más tarde, poco después de que la lancha policial hubiera llegado al embarcadero de la isla, Bronson tomó el vaporetto 42 para hacer el mismo viaje.

La Isola di San Michele era considerablemente grande (suponía que unos quinientos metros por trescientos cincuenta), y era muy popular entre los visitantes de Venecia, así que no esperaba tener problemas para pasar desapercibido cuando llegara allí.

Bajó del vaporetto más o menos en el centro de un grupo de turistas alemanes y se dirigió a la parte del cementerio donde habían encontrado la tumba abierta la noche anterior.

Aquella fue su primera sorpresa. La tumba había sido cubierta con una gruesa lona verde sujeta por un par de cuerdas de polipropileno naranja. Era evidente que las autoridades habían decidido proteger la estructura de ojos curiosos. Y no había

ni rastro de la policía. Lo que los carabinieri habían ido a investigar no tenía nada que ver con aquella tumba.

Bronson miró el amplio cementerio a su alrededor y, en uno de los laterales, vio por fin un puñado de agentes de policía alrededor de otra tumba. Aunque le parecía un poco morboso, se dirigió allí dando un rodeo para que su acercamiento no fuera demasiado obvio.

Desde la parte de atrás del grupo de turistas que se habían reunido allí, Bronson sacó su cámara de su bolsillo, la sostuvo discretamente a un lado y apuntó en la dirección general de la actividad. La cámara estaba equipada con un poderoso zoom y sacaba tanto fotografías como vídeo, de modo que presionó el botón para grabar lo que estaba pasando.

Los carabinieri habían levantado una pantalla temporal en el extremo opuesto de la nueva tumba. Allí, como en el sepulcro de la noche anterior, había otra sepultura de piedra con una losa en la parte superior pero, por lo que Bronson podía ver,

estaba totalmente intacta. La atención de los oficiales no estaba allí, sino en el suelo junto a la tumba. Mientras observaba, un hombre que vestía un mono impermeable blanco, gorro, guantes y botas de goma, y que llevaba una enorme caja de plástico, salió de detrás de la pantalla. Se detuvo un instante para intercambiar un par de palabras con una pareja de agentes de policía y después caminó hasta una zona de hierba en la que habían dejado varios maletines más. Bronson había estado involucrado en suficientes investigaciones criminales para saber cuál era el trabajo del hombre, al que reconoció como el mismo forense que había aparecido en la isla la noche anterior. Y eso, lo sabía, significaba que habían descubierto otro cuerpo.

La confirmación que necesitaba tuvo lugar momentos después, cuando dos hombres vestidos de civil caminaron hasta la pantalla portando una bolsa para cadáveres negra y una camilla extensible.

Salieron un par de minutos más tarde con la bolsa

negra sobre la camilla. Antes de marcharse, sin embargo, uno de los policías los detuvo con un ademán y abrió la bolsa justo lo suficiente para ver la cabeza de la víctima.

Bronson levantó la cámara un poco más, presionó el botón del zoom e intentó tomar un primer plano. Una mata de cabello rubio llenó la pantalla LCD, pero le fue imposible captar el rostro de la chica (ya que la víctima era claramente una mujer joven). Varios de los turistas que estaban junto a él también usaban sus cámaras, y uno de los carabinieri les gritó furiosamente.

Bronson retrocedió y se metió la cámara en el bolsillo, con el cuello enrojecido y caliente por la vergüenza. Nunca le había gustado la escabrosa actitud del público (y especialmente de la prensa británica) frente a los accidentes y los crímenes, y no le gustaba demasiado la sensación de estar al otro lado de la cinta de la escena del crimen, de ser uno de los morbosos espectadores.

Y, se admitió a sí mismo, probablemente solo estaba malgastando su tiempo. No sabía si la chica

había muerto por accidente o por alguna otra causa. De lo único que estaba seguro era de que no tenía nada que ver con el viejo esqueleto mutilado que habían visto la noche anterior.

Se giró y caminó rápidamente a través del cementerio hasta la parada de vaporetto de Cimitero. Regresaría con Angela, decidió, continuarían con sus vacaciones e intentarían olvidarse de la tumba de la vampira y de la chica muerta que acababa de ver.

Pero mientras el vaporetto cortaba las aguas de la laguna, parte de lo que había escuchado seguía inquietándolo. La transmisión de radio que había recibido el sargento incluía la frase «Ha sucedido de nuevo». Eso solo podía significar una cosa: la chica rubia no había sufrido ningún accidente; había sido la víctima de algún crimen. Y no había sido la primera.

—Siéntate —le ordenó el hombre del táser.

Marietta sabía que tenía que obedecer, así que asintió, sumisa, y retrocedió hasta la cama.

—¿Qué quieres? —le preguntó, intentando mantener la voz controlada, intentando esconder el miedo a pesar del terror abyecto que casi la paralizaba. Había intentado salir corriendo, había intentado forcejear, sin que sirviera de nada. El recuerdo de las descargas eléctricas que había soportado aún abrasaba su cerebro. Haría cualquier cosa (casi cualquier cosa) para evitar aquella agonía de nuevo.

—Lo descubrirás pronto —dijo el hombre con indiferencia, casi con familiaridad. Señaló al individuo que lo había acompañado al sótano y que portaba una bandeja cargada—. El desayuno —añadió, e indicó a su compañero que dejara la bandeja en el suelo al alcance de Marietta.

La joven miró la comida con avidez. Estaba muerta de hambre, pero por el momento no se movió. Recordaba haber leído en alguna parte que los secuestrados (y para acallar su creciente terror había decidido que ella era, por alguna razón, una rehén) tenían más probabilidades de sobrevivir si establecían algún tipo de entendimiento con sus captores. Ya que no tenía otras opciones, aquel parecía ser el único curso de acción viable.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

El hombre del táser la miró.

—Mi nombre no es importante —contestó—, y no creo que estés por aquí el tiempo suficiente para que nos hagamos amigos.

Sus palabras y el modo trivial, casi despreocupado, con el que las dijo, le provocaron un escalofrío a la joven, pero se obligó a sonreír.

—Yo me llamo Marietta —dijo.

—Lo sé. Marietta Perini —contestó el guardia.

Sintió una sacudida de desesperación. Había pensado que quizá se parecía a alguien, que la habían secuestrado por error y que, cuando sus

captoreos lo descubrieran, la liberarían, ilesa. La declaración del guardia implicaba que había sido secuestrada por una razón concreta, y no quería pensar en cuál podría ser.

—Come algo —le ordenó el hombre, señalando la bandeja.

—Cuando haya terminado —dijo Marietta—, ¿podría lavarme, por favor?

—Haré que te bajen un cubo de agua caliente, jabón y una toalla. ¿Algo más?

—Sí. Por favor, ¿podría dejar la luz encendida al menos mientras como? Por favor. Para mantener alejadas a las ratas y a los insectos.

El guardia asintió y a continuación giró sobre sus talones y se alejó. Su compañero lo siguió.

En cuanto Marietta oyó que la puerta del sótano se cerraba, cogió la bandeja de comida y la atacó vorazmente. Había panecillos, mantequilla y mermeladas, un plato pequeño de jamón y queso, un vaso grande de agua, una taza de café solo, dos terrones de azúcar y un envase de plástico con leche. Necesitaba el agua más que ninguna otra

cosa y se la bebió en un segundo. Después se tranquilizó y se tomó el resto con calma. Se lo comió todo; vertió la leche en el café y se lo bebió. No añadió el azúcar, sino que lo escondió bajo el colchón, una reserva patética por si no le llevaban nada más para comer o beber durante el resto del día.

Examinó la bandeja por última vez para ver si quedaba algo o si había alguna cosa que pudiera usar como arma o herramienta para intentar escapar. Pero los únicos utensilios que le habían dado eran un cuchillo, un tenedor y una cuchara de plástico, y ninguno de ellos le sería de la menor ayuda. Lo colocó todo ordenadamente en la bandeja y la dejó en el suelo.

El guardia reapareció una media hora más tarde con un cubo de agua caliente y una toalla en el brazo, tal como había prometido.

Marietta se quedó en la cama, en silencio, mientras él dejaba el cubo en el suelo y se acercaba para dejar la toalla sobre el colchón. Entonces buscó en su bolsillo y sacó una pequeña

pastilla de jabón (de las que se encuentran en los hoteles baratos de todo el mundo) y otro paquete pequeño. Colocó ambas cosas sobre la toalla.

—Ahí tienes un cepillo de dientes y pasta —dijo mientras recogía la bandeja del desayuno.

—¿Podrías desatarme para que pueda lavarme? —le preguntó Marietta, aunque sabía que su petición no sería atendida.

El guardia negó con la cabeza.

—Ni en sueños.

En un par de minutos Marietta estaba sola de nuevo, pero al menos se sentía un poco mejor. Había tomado un desayuno decente, había bebido, y estaba segura de que cuando se lavara la cara y las manos (ya que eso era prácticamente lo único que iba a hacer) se sentiría mucho más limpia también. Y poder lavarse los dientes era un lujo extra.

Arrastró el cubo hasta la cama y se cepilló los dientes mientras el agua estaba aún limpia. Después se desabrochó la blusa y la deslizó por su brazo izquierdo y la cadena de metal para que no

le molestara. Quitó el papel del jabón y se lavó lo mejor que pudo, aunque la cadena de su muñeca izquierda restringía sus movimientos más de lo que había esperado.

Entonces se puso la blusa de nuevo. Lo único que podía hacer era tumbarse en la cama y esperar a ver qué le deparaba el día.

Al menos la luz del sótano estaba aún encendida y no había visto ni rastro de las cucarachas que había escuchado la noche anterior. Estaban todavía allí, lo sabía, porque podía oír un susurro ocasional en los muros, pero por el momento la luz parecía estar manteniéndolas a raya.

Había otra cosa sobre sus captores que la sorprendía. A pesar del modo brutal en el que la habían atrapado en la calle de Venecia, desde su llegada a la isla la habían tratado bastante bien. Había esperado alguna paliza, quizá incluso una violación, pero excepto cuando la transportaron después de aturdirla con el táser, ninguno de ellos la había tocado.

Aunque eso no era todo. Lo que más preocupada

la tenía era su aire de superioridad, su frialdad. Era como si se sintieran por encima de la ley, como si supieran que las autoridades no podrían, o no querrían, detenerlos. Tenía la sensación de que, sin importar lo que le hicieran más tarde, ninguno de ellos creía que fuera a pagar por sus actos. Y eso le parecía más aterrador que la cautividad.

Peor aún, eso sugería que, a sus ojos, era algo desechable, una persona sin importancia. Eso significaba que, a menos que sucediera un milagro, no saldría de la isla viva.

Un hombre fornido de mediana edad que mostraba las primeras canas en las sienes de su cabello negro salió del elegante edificio situado a poca distancia de la Piazza San Marco y giró al norte, camino de Campo Santa Maria Formosa. Era un buen lugar para una reunión, lejos de los turistas que aún abarrotaban la ciudad y con varias cafeterías y bares donde dos hombres podían sentarse juntos para intercambiar confidencias. De hecho, Carlo Lombardi no tenía la más mínima intención de hablar: iba a la plaza para recibir información. Información importante, esperaba.

La llamada que había atendido en su despacho un cuarto de hora antes había sido la primera pista importante que recibían sobre el caso... Dando por hecho, por supuesto, que el hombre que había llamado a la comisaría supiera de verdad algo de utilidad sobre los múltiples asesinatos de jóvenes

que actualmente asolaban la ciudad.

Lombardi negó con la cabeza para alejar sus dudas mientras atravesaba la calle. Estaba claro que quien lo había llamado estaba bien informado, porque había mencionado un hecho sobre la serie de asesinatos que no había sido comunicado a la prensa ni publicado de ningún otro modo. Quien fuera (había pedido a Lombardi que lo llamara Marco, un nombre italiano bastante común y casi seguramente una identidad falsa) tenía al menos un dato que solo conocían los autores y la policía. Si no había estado involucrado en los asesinatos, entonces era como mínimo probable que hubiera sido testigo de ellos.

En cualquier caso, era alguien con quien Lombardi, el investigador principal a cargo del caso, tenía que hablar. «Marco» le había dicho a Lombardi que se encontraría con él a solas y cara a cara en un lugar público, y el Campo Santa Maria Formosa le había parecido un sitio tan bueno como cualquier otro. Lombardi acudiría a la cita solo y a pie, como Marco le había pedido, por

si vigilaba las calles entre la comisaría y la plaza. Pero eso no significaba que su reunión no fuera a tener testigos.

El comisario ya había apostado a una docena de agentes de policía en las ocho salidas de la plaza, y a cuatro más con micrófonos parabólicos y cámaras de fotos y vídeo de alta resolución en un par de los edificios circundantes. Para Marco sería fácil llegar a la plaza y a la cafetería que había elegido, pero le resultaría difícil marcharse después.

Las órdenes de Lombardi habían sido totalmente claras: el hombre con el que se iba a reunir debía ser arrestado tan pronto como abandonara la cafetería.

El experimentado agente de policía caminó sin prisas por la calle Drio La Chiesa para dar a sus hombres tiempo de sobra para ocupar sus posiciones. Giró a la izquierda al llegar al museo Guidi, cerrado porque era demasiado caro de mantener, y después a la derecha de nuevo, siguiendo la orilla oeste del canal hacia la plaza.

Carlo Lombardi había nacido en Venecia y se enorgullecía de conocer todas las calles, callejones y canales de la ciudad. Creía que había cubierto todas las salidas posibles. Estaba totalmente seguro de que, cuando Marco entrara en el Campo Santa Maria Formosa, solo podría abandonar la plaza esposado. Y él por fin podría descansar un poco del caso que llevaba dos años desconcertando y preocupando a los policías venecianos.

Todavía recordaba la espantosa tarde en la que respondió a la llamada de uno de sus inspectores jefe y viajó en una lancha de la policía hasta la Isola di San Michele. Se detuvo ante un hoyo poco profundo tras una hilera de árboles y miró el blanco y ceroso cuerpo desnudo de una chica de veinte años que al parecer habían abandonado allí apenas un par de horas antes. Tenía los ojos abiertos de par en par, aunque ya descoloridos por la acción de los insectos atraídos por el ligero olor de la descomposición. Mientras Lombardi miraba el cadáver escuchó un leve zumbido y un

par de moscardones emergieron de la boca abierta de la chica, donde sin duda habían estado poniendo huevos. Otras moscas estaban agrupadas alrededor del lado izquierdo de su cuello.

Lombardi había mirado al inspector con una pregunta en sus ojos, pero lo único que hizo este fue agitar un pañuelo junto al cuello de la chica para espantar a los insectos. Y entonces, Lombardi y él miraron la herida mortal, de bordes serrados e hinchados, que arruinaba la perfecta piel blanca del cadáver.

El resultado de la autopsia posterior no había sido una sorpresa. La chica había muerto por una pérdida de sangre (exsanguinación) debido a la herida de su cuello. También había rastros claros de ataduras: marcas de cuerdas o correas alrededor de sus muñecas y tobillos. Y había sido violada, violentamente violada, varias veces, ya que sus genitales mostraban graves contusiones. El cuerpo no proporcionaba pistas útiles que sugirieran dónde había muerto la chica, ni ningún indicador de la identidad de sus asesinos. A pesar

de los indicios de violación, los rastros de lubricante en el interior de su vagina apuntaban a que el violador, o violadores, había usado preservativo; y el cuerpo parecía haber sido concienzudamente lavado después de la muerte para eliminar vellos púbicos o cualquier otra prueba rastreadable.

Lo único ligeramente extraño que reveló la autopsia fue el contenido de su estómago. Poco antes de morir, la chica había ingerido casi un cuarto de litro de leche. En sí mismo aquello no era sorprendente, pero las magulladuras de los labios y del interior de su boca sugerían que había sido obligada a tomar el líquido, lo que era inusual. Pero el análisis de la leche fue la mayor sorpresa, porque el forense no fue capaz de identificar el animal del que provenía. Lo único que pudo decir a Lombardi fue que no era de vaca, oveja, cabra ni ningún otro animal de granja que conociera, ni siquiera de una hembra humana. Sencillamente, no figuraba en la base de datos.

Por supuesto, existen un montón de especies

animales en las que la hembra produce leche para alimentar a sus crías y comparar las muestras del estómago de la chica muerta con las de todos los mamíferos posibles hubiera sido un proceso largo y muy lento... y probablemente inútil. Así que Lombardi le dijo al forense que no se preocupara, porque ya estaba claro que la leche no contenía ninguna droga y no había contribuido de ningún modo a la muerte de la joven. Era solo una extraña anomalía.

Lombardi se convenció rápidamente de que la chica había sido víctima de una especie de asesinato ritual, y se prometió que llevaría a los culpables (ya que había claros indicios de que habían estado involucrados varios hombres) ante la justicia.

Desde entonces, se habían producido otras desapariciones de chicas jóvenes, normalmente entre los dieciocho y veinticinco años. Algunos de los cadáveres habían sido encontrados, pero en otros casos las chicas habían desaparecido sin dejar rastro. Los cuerpos que habían recuperado

tenían las mismas señales de una muerte horrible que el primer cadáver: pruebas de violación múltiple y exsanguinación a través de varias heridas en el cuello. Y, en todos los casos, una pequeña cantidad de la leche sin identificar había sido recuperada del estómago de la víctima.

Lombardi reflexionó sobre aquello mientras caminaba junto al canal. Como ocurría a menudo durante la investigación de crímenes graves, la policía italiana había sido acosada por la horda habitual de chalados que querían confesar los asesinatos o entregar pruebas convincentes (para ellos) de que el asesino era su vecino, el papa, el presidente de Estados Unidos o incluso un extraterrestre. Habían hablado con la mayor parte de ellos, solo por si estaban involucrados de algún modo, pero estaban totalmente convencidos de que ninguna de las personas a las que habían interrogado tenía nada que ver con los crímenes.

Sin embargo, lo que había convencido a Lombardi de que Marco podía ayudarlo con los asesinatos era la única frase que el hombre había

dicho durante su conversación telefónica: «Sé lo de la leche».

Nadie, excepto los forenses y los carabinieri que estaban investigando los asesinatos conocía lo que habían encontrado en los estómagos de las víctimas. Ahora tenían un testigo potencial, o quizá un miembro del grupo responsable de los asesinatos, que estaba dispuesto a hablar con ellos. Lombardi sabía que esto podía ayudarlos a resolver el caso.

Ya estaba llegando al final de la calle. La última parte de su paseo (un giro a la derecha tras un puente y después un giro a la izquierda tras otro) lo llevaría hasta el extremo sur de la plaza.

Entonces alguien lo agarró por el brazo y lo hizo volverse; Lombardi miró los ojos hostiles de un hombre al que, con toda certeza, nunca había visto antes.

—¿Quién eres? —exigió saber mientras se abría tranquilamente la chaqueta para acceder a su arma con mayor facilidad.

El desconocido sonrió levemente y se metió las

manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Soy Marco.

—Pero se suponía que... —comenzó Lombardi.

El otro hombre negó con la cabeza.

—Ya debes tener un bonito círculo de oficiales de paisano y uniformados alrededor de la plaza, y seguramente una unidad o dos de vigilancia acechando la cafetería. Si entro en la plaza contigo, solo podré abandonarla con las manos esposadas a la espalda. Y ese no es en absoluto mi plan.

—¿Y cuál es tu plan, Marco? —le preguntó el comisario, relajándose ligeramente.

—No necesitas saberlo. —El tono de voz del hombre era altivo y sus modales arrogantes, como si estuviera hablando con un subordinado—. Lo único que quiero es entregarte un mensaje para que se lo comuniques a tus colegas, porque pensamos que estás acercándote demasiado a nosotros. Y eso no nos gusta.

—¿Cuál es el mensaje?

—Este —contestó Marco. Movi6 su mano

derecha ligeramente y apretó el gatillo de la pistola compacta semiautomática que llevaba escondida en el bolsillo.

La bala de nueve milímetros, disparada casi a bocajarro, atravesó el estómago de Lombardi y lo hizo caer al suelo, con las manos aferrándose a la herida. El tiro resonó atronadoramente en la calle y los pocos peatones de las inmediaciones se detuvieron y observaron horrorizados la escena que se estaba desarrollando frente a ellos.

Sin prisa, Marco dio un par de pasos hacia Lombardi, que se retorció en el suelo y gritaba, y lo miró.

—Deberías haberte limitado a hacer lo que se te da bien, que es atrapar criminales comunes, y dejarnos a nosotros seguir con nuestro importante trabajo.

Sacó la pistola de su bolsillo y casi despreocupadamente disparó dos balas más al pecho de Lombardi. A continuación se dio la vuelta y se marchó, guardando el arma mientras lo hacía.

A su espalda, las piernas de Lombardi se sacudieron un par de veces en su agonía. Y después se quedó inmóvil.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Bronson tras abrir la puerta de su habitación de hotel. Era primera hora de la tarde y Angela estaba sentada junto a la ventana, disfrutando del pálido sol y frunciendo el ceño ante su ordenador.

—Eso depende de tu definición de suerte —contestó—. En lugar de abordar el diario, lo que pensé que me llevaría un tiempo porque mi latín está un poco oxidado, decidí hacer primero la parte fácil. Pensé en empezar intentando rastrear la historia familiar de la mujer de la tumba.

—¿Y lo conseguiste?

—Bueno, sabes que fotografié la losa que cubría la tumba, ¿verdad? —Bronson asintió: la noche anterior había fotografiado todo lo que había a la vista—. Cuando revisé las fotos, incluso ampliándolas en la pantalla de mi portátil, casi toda la inscripción era ilegible. Lo único que pude

distinguir fue la fecha del enterramiento, 1825, y eso ya lo vi anoche en el cementerio.

—La lápida estaba muy erosionada —dijo Bronson—. De hecho, sugerí a uno de los carabinieri que tú podrías ayudar a datar la tumba a través de los trozos de cerámica que vimos en ella.

Angela negó con la cabeza.

—No, no me has entendido. La losa estaba muy erosionada, estoy de acuerdo. Eso no es inusual teniendo en cuenta que ha estado allí fuera, expuesta a los elementos, casi doscientos años. Pero no es por eso por lo que no puedo leer el nombre de la lápida. Las letras han sido picadas, probablemente con un cincel y un martillo, porque aún pueden distinguirse las señales de una herramienta de metal sobre la piedra.

—¿Quieres decir que ha sido vandalizada?

—A menos que los vándalos venecianos estén mejor equipados que sus colegas británicos, probablemente no. A mí me parece un intento deliberado de borrar el nombre de la mujer de la

tumba.

—¿No es posible leer ninguna parte de la inscripción? —le preguntó Bronson.

—Creo que su apellido comienza con la letra «P», pero ni siquiera puedo asegurar esto a partir de lo que encontré en la tumba. Hay un breve espacio que no ha sido picado y que supongo que era el hueco entre su nombre y su apellido, y en una de las fotografías puede verse la mitad superior de la letra tallada en la piedra. Pero también podría ser una «R», una «B» o incluso una «D»... No es demasiada información.

—¿Puedo verlo?

Angela giró el portátil para que Bronson pudiera ver la pantalla.

Mostraba una losa grisácea cuya superficie estaba manchada con el descolorido rojo y verde del líquen. En la esquina superior derecha había una débil marca semicircular, apenas visible, con una línea recta a la izquierda. Parecía la parte superior de la letra «P». Por encima y alrededor se veían varios arañazos paralelos.

—En la foto no se ve demasiado bien —dijo Angela, señalando las marcas—, pero esta zona estaba a un nivel inferior que la piedra circundante y creo que estas marcas las dejó el cincel que destrozó ese trozo de piedra.

—Entonces, ¿por qué no eliminaron el resto de la letra?

—Lo hicieron —le explicó Angela poco después—, o lo intentaron. La mayor parte de las inscripciones sobre piedra utilizan cortes en forma de «V» para formar las letras, y eso fue lo que hicieron aquí. La parte superior de la letra se eliminó, y lo que estamos viendo en esta foto es el corte más profundo hecho por el cincel del albañil, la parte inferior de la «V» que formaba la letra. En esta es en la única foto en la que se ve, y creo que fue cuestión de suerte. El ángulo de la cámara propició que el flash lo resaltara.

Angela apartó la mirada de la pantalla y observó a Bronson.

—¿Y tú dónde has estado? Llevas horas desaparecido.

—Ya lo sé. Es extraño, pero volví a la Isola di San Michele. Seguí a esos dos carabinieri hasta la orilla de la laguna, donde había una lancha de la policía esperándolos. Vi que se dirigían a la isla, me subí a un vaporetto y los seguí.

—¿Quieres decir que volvieron a la tumba?

—Eso supuse yo también, pero fueron a una parte distinta del cementerio, donde habían encontrado otro cadáver. Uno reciente, no otro antiguo enterramiento.

Bronson le explicó a Angela lo que había visto, pero no mencionó el vídeo y las imágenes que había tomado en la escena del crimen porque, a decir verdad, todavía se sentía un poco avergonzado por lo que había hecho.

—Entonces se trata de otro asesinato sin relación —dijo Angela.

—En realidad ni siquiera sé si era un asesinato. Lo único que vi fue cómo se llevaban el cuerpo de una chica de cabello largo y rubio, supongo que para el examen forense y la autopsia. Podría haber muerto accidentalmente. Lo único que vi, en

realidad, fue su pelo.

—Así que el hecho de que su cuerpo estuviera en la isla, cerca de la tumba resquebrajada, es solo una coincidencia —dijo Angela con escepticismo—. No crees que haya relación entre los dos incidentes.

Bronson hizo una pausa.

—Por lo que yo sé, no hay relación entre ambos aparte de su ubicación. Pero hay algo que me intriga, algo que escuché cuando ese sargento de policía recibió el mensaje de radio.

—Ya me imaginaba que habías oído algo, ya que decidiste seguirlos.

—El policía de la comisaría central, o como la llamen los carabinieri, dijo: «Ha sucedido de nuevo, pero esta vez la hemos encontrado». Y entonces los dos agentes fueron directamente a la isla. Para mí, eso significa que han estado desapareciendo mujeres jóvenes y que solo han recuperado algunos de los cuerpos.

Angela suspiró, se levantó de su silla y se desperezó.

—En otras palabras, parece que podría haber un asesino en serie operando aquí en Venecia. —Miró a Bronson—. Y tú quieres investigarlo, ¿no?

Bronson también se levantó y le puso las manos en los hombros.

—No voy a involucrarme, lo prometo. Solo me interesa saber qué está pasando. Igual que tú estás interesada en ese diario vampírico, o lo que sea.

Angela sonrió cariñosamente.

—*Touché* —murmuró—. Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

—No demasiado. Pensé que podría examinar el archivo del periódico local para ver si puedo descubrir un patrón. Eso es todo. ¿Y tú? —añadió—, ¿todavía no has llegado a ninguna parte con eso?

Angela señaló el pequeño volumen encuadernado en piel negra sobre el escritorio, junto a su portátil.

—En realidad, no. Está en muy malas condiciones, como era de esperar. Sigo pensando que lo metieron en la tumba, bajo el ataúd, cuando

la mujer fue enterrada. Eso tendría sentido, sobre todo si los que le dieron sepultura, su familia o sus amigos, la aceptaban a pesar de lo que era.

—¿A pesar de ser una vampira, quieres decir? — le preguntó Bronson.

—Bueno, para ser precisos, era una mujer que creía ser una vampira; no es exactamente lo mismo. Pero para honrar su memoria enterraron su diario con ella, así como esas dos pequeñas vasijas de barro. Todavía creo que seguramente contenían sangre cuyo propósito era alimentarla. Probablemente solo pensaban que estaban siguiéndole la corriente en sus últimos deseos.

—Pero, más tarde, alguien se tomó en serio su afirmación de ser vampira y adoptó una actitud muy distinta con ella.

—Exacto. Era alguien que evidentemente creía por completo en el mito de los vampiros, y probablemente se sintió horrorizado al saber que una criatura así había sido enterrada aquí en Venecia. Se tomaron unas molestias enormes para borrar su nombre de la tumba y para profanar su

cuerpo y acabar con ella si era una vampira.

—Entonces, ¿qué has descubierto en el diario?
—le preguntó Bronson.

—Solo he echado un vistazo rápido a algunas de las primeras páginas —contestó Angela—. Pero lo interesante es que ahora conozco su nombre, porque al principio explica el propósito del diario. La traducción de una de sus frases es «Registro de la vida de Carmelita Paganini», y eso encaja con los restos de la letra «P» que descifré en la losa sobre su tumba. También comprobé si la longitud de las letras borradas encajaría más o menos con su nombre, y lo hace.

Bronson cogió el diario y lo abrió con cuidado, pero las palabras de cuidada caligrafía no le decían nada. Era evidente que Carmelita había usado distintos tipos y colores de tinta en el transcurso de los años, porque en algunas páginas la letra era tan clara y nítida como si hubiera sido escrita el día anterior, mientras que en otras se había descolorido hasta ser poco más que una sombra gris o rojiza.

—Ten cuidado con eso, Chris —le pidió Angela al tiempo que lo recuperaba de sus manos—. Es muy frágil.

—Supongo que estás usando las imágenes escaneadas —contestó—, porque la escritura de algunas de esas páginas es prácticamente ilegible.

—Es extraño, porque tras ajustar la sensibilidad del escáner, las imágenes de mi portátil son bastante más claras que el texto original. De modo que, sí, estoy trabajando con el ordenador en lugar de con el diario.

Angela miró su reloj.

—¿Por qué no salimos a comer algo? Después trabajaré un poco más en el diario y tú podrás entretenerte buscando pistas en el archivo del periódico como si fueras un detective de verdad.

—Soy un detective de verdad —protestó Bronson con poco entusiasmo—, pero es una buena idea. Iré a ver si puedo descubrir algo, solo para satisfacer mi curiosidad, y después podremos olvidarnos de esto. Y mañana retomaremos nuestra ruta turística.

—¡Agente herido! ¡Agente herido!

—¡Llamad a una ambulancia! ¡Rápido!

Los gritos de sorpresa y alarma resonaron en el Campo Santa Maria Formosa y las calles aledañas. Los policías que habían estado apostados en la zona de la cafetería llegaron a la escena en cuestión de segundos. Pero, para entonces, el elegante asesino había desaparecido entre la multitud, dejando atrás su macabro trabajo.

Minutos después la zona quedó inundada de agentes de policía y personal sanitario, y dos lanchas ambulancia amarraron en el muelle más cercano al escenario del tiroteo mientras sus motores retumbaban suavemente. Pero la realidad era que llegaban demasiado tarde. Todos habían llegado demasiado tarde.

El inspector Filippo Bianchi llegó corriendo a la

escena con la placa en la mano izquierda para que todos la vieran.

—¿De quién demonios se trata? —gritó.

El carabiniere uniformado que estaba apostado a cierta distancia de la escena se giró mientras su superior se acercaba. Lo reconoció inmediatamente y negó con la cabeza.

—Es el jefe —informó—. Es Lombardi.

Cuando escuchó el nombre, Bianchi se detuvo en seco, consternado. A su alrededor, agentes de policía uniformados, personal médico, técnicos vestidos de civil y otros con monos blancos merodeaban por la escena. El centro evidente de su atención era la zona junto a la orilla del canal. Se habían colocado pantallas temporales en un irregular cuadrado para proteger la escena del crimen y esconder el cuerpo de las miradas curiosas de los venecianos y de los turistas que pasaban por el lado opuesto del canal y que miraban la escena desde botes y góndolas.

El inspector Bianchi era un hombre de cincuenta años y constitución fuerte cuyos rasgos aguileños

estaban transformados por la rabia y el disgusto. Mientras se acercaba al cadáver, varios hombres lo saludaron con un asentimiento, pero ninguno habló con él. Todos estaban tristes y muy furiosos.

Los carabinieri, como los policías de todas partes, aceptan los peligros inherentes a su trabajo. Están en primera fila, en esa delgada línea que separa a los criminales de los ciudadanos que acatan la ley. Y en Italia siempre habían tenido la amenaza añadida de la Cosa Nostra, la mafia: la organización criminal que según muchos todavía ostentaba el verdadero poder del país. Como muchos agentes notables habían descubierto, muy a su pesar, los padrinos de la mafia no dudaban en prescindir (permanentemente) de cualquiera que se interpusiera en su camino. Muchos jueces, políticos y, por supuesto, policías, habían pagado el precio definitivo por su deseo de defender el Estado de derecho.

Pero Carlo Lombardi no había estado involucrado, al menos hasta donde Bianchi sabía, en ninguna operación contra la mafia, al menos no

en los últimos cinco años. Lombardi había nacido y se había criado en Venecia, había pasado toda su vida adulta trabajando en la ciudad y había llegado a ser uno de los agentes más importantes allí. Y la mayor parte del tiempo, sus hombres y él habían tenido que lidiar con el torrente habitual de tirones de bolso y robos de carteras con el que los delincuentes menores asediaban a la afluencia anual de turistas. «Parásitos» era como Lombardi se refería normalmente a esos criminales. Eran una molestia, no una amenaza, y rara vez importunaban a los locales.

Y, por la experiencia de Bianchi, estos parásitos nunca llevaban armas de fuego. Pero Carlo Lombardi yacía muerto en el centro de una zona acordonada con tres agujeros de bala; su oscura sangre manchaba los viejos adoquines bajo su cuerpo.

Un agente de paisano levantó la mirada cuando Bianchi se detuvo a los pies del muerto.

—Un mal asunto, Filippo —dijo el policía.

Bianchi asintió.

—¿Qué ha pasado, Piero? ¿Tenemos testigos?

—Lo ejecutaron, eso fue lo que pasó —contestó el agente Piero Spadaccino con furia—. Le dispararon a sangre fría justo aquí, en el centro de Venecia. Debido a la posición de sus manos, parece que la primera bala atravesó su estómago. Cualquiera de los dos siguientes proyectiles, ambos en el pecho, habría sido suficiente para matarlo. El médico cree que las dos balas atravesaron el corazón. Te lo digo, Filippo, esto me parece un asesinato de la mafia.

—¿Hay testigos? —volvió a preguntar Bianchi. Spadaccino asintió.

—Varios —contestó con brusquedad—. Ninguno vio el primer disparo, aunque todos lo oyeron. Una pistola de calibre medio, probablemente de nueve milímetros. Abatió a Lombardi y todos se giraron para mirar. Entonces el asesino se acercó a él, que estaba ya en el suelo, le dijo algo y disparó dos veces más. Una ejecución; ni más ni menos.

»Todos los testigos describen a un hombre con un traje oscuro y cabello negro, ojos también oscuros

y piel bronceada, sin rasgos característicos. El único punto de interés en las descripciones es que un par de personas dicen que el hombre estaba muy relajado: no se dio prisa, no parecía tenso. Se acercó, disparó al inspector jefe y se marchó caminando. Un hombre me dijo que había llegado a pensar que era parte del rodaje de una película y que se pasó un par de segundos mirando a su alrededor para ver dónde estaban las cámaras. Mis hombres están tomando declaraciones escritas de los testigos, y evidentemente efectuaremos interrogatorios de seguimiento, pero no creo que ninguno de ellos consiga darnos un retrato robot de ese tipo, ni que pueda identificarlo en una rueda.

Spadaccino hizo una pausa y Bianchi y él miraron la figura desplomada sobre los adoquines.

—Tú trabajabas con él, Filippo —dijo Spadaccino en voz baja—. ¿En qué demonios estaba involucrado que pudiera haberlo conducido a esto? Quiero decir, ¿estaba investigando el crimen organizado?

Bianchi negó con la cabeza.

—No, que yo sepa.

De hecho, el inspector Bianchi tenía una idea bastante clara de quién había ordenado el asesinato de su superior. El problema era que, si decía algo, el plan en el que estaba trabajando seguramente se vendría abajo. Y ahora que el desenlace estaba tan cerca, no podía arriesgarse.

Por el momento, lo único que podía hacer era esperar.

Bronson había visitado el archivo de varios periódicos británicos en el transcurso de los años y estaba muy familiarizado con el inconfundible olor a prensa mohosa que parece reposar en tales lugares, incluso aquellos que han adoptado la tecnología moderna y han instalado máquinas de microfichas.

El registro de la prensa de Venecia había dado un paso más allá hacia el siglo XXI y había escaneado todas las copias anteriores en una serie de discos duros que eran accesibles a través de un par de ordenadores personales. Los periódicos impresos más de veinte años antes habían sido escaneados solo como imágenes, y la búsqueda en estos sería un proceso tan laborioso como buscar en microfichas. Para encontrar algo relevante en aquellas copias necesitaría una fecha exacta que le permitiera inspeccionar la edición correcta.

Pero los artículos y reportajes de los periódicos más recientes habían sido almacenados como archivos de texto, además de como imágenes, lo que significaba que Bronson podría buscar una palabra o frase concreta. En realidad no tenía ni idea de cuándo se había informado de la desaparición de otras mujeres jóvenes (ni siquiera si eso había ocurrido realmente) pero gracias a esta característica pudo llevar a cabo una extensa y detallada búsqueda sin demasiada dificultad.

Los resultados aparecieron casi inmediatamente. Después de verlos en la pantalla, imprimía los artículos más relevantes. En cuestión de minutos, Bronson se dio cuenta de que se había producido un aluvión de desapariciones en Venecia y sus alrededores, incluidas un par de chicas cuya ausencia había sido denunciada desde el continente. El único punto común, por lo que parecía, era que no se había encontrado rastro alguno de la mayoría de las jóvenes; de hecho, solo habían aparecido dos cadáveres. Era como si el resto de las chicas hubiera desaparecido sin

más.

La policía italiana, por supuesto, había sido informada y había interrogado a los amigos y familiares de las chicas desaparecidas, pero sin pistas y sin cadáveres que analizar e investigar, había poco que pudieran hacer. Incluso se sugería que las chicas podían haber huido, o haberse marchado con alguien.

Estas insinuaciones habían irritado y enfadado a los padres, que creían que, incluso si sus hijas se hubieran escapado con alguien, habrían escrito o telefoneado para confirmar que estaban vivas. La falta prolongada de comunicación de todas las jóvenes era alarmante, pero había poco que la policía pudiera hacer, sencillamente porque no tenían ningún rastro que seguir.

Bronson calculó el total de desapariciones y se dio cuenta de que al menos una docena de chicas se habían desvanecido en los últimos dieciocho meses, seis de ellas recientemente. Antes de eso había informes de un par de mujeres que se habían volatilizado, pero en ambos casos parecían tener

buenas razones para abandonar a sus familias. Y las dos habían reaparecido más tarde, sanas y salvas. Así que, a menos que hubiera algo sobre esas doce chicas de lo que los periodistas no hubieran informado, a Bronson le parecía que un secuestrador, que casi con toda seguridad sería también un asesino en serie, estaba trabajando en Venecia. Y operando con impunidad.

Esto era interesante, pero Bronson sabía que si él había podido deducir aquello leyendo un puñado de artículos de periódico, la policía italiana, que tendría acceso a esas mismas fuentes además de todos los demás informes relacionados con las desapariciones, debía haber llegado a la misma conclusión. Y quizá, si el cadáver encontrado en el cementerio de la Isola di San Michele era el de una chica que había desaparecido (y una edición muy reciente del periódico local informaba de otra desaparición la semana anterior) la policía tendría ahora multitud de pistas con las que trabajar. Según la experiencia de Bronson, los muertos podían hablar, y a menudo mostraban un gran

caudal de información sobre el modo en el que habían muerto, y a veces también muchas cosas sobre sus asesinos.

Hizo una última búsqueda en los archivos, esta vez de artículos sobre un tema sin ninguna relación: el vandalismo en el cementerio. De algún modo le sorprendió descubrir que también había mucha información en los últimos números del periódico. Una vez más, imprimió una serie de artículos para poder leerlos con tranquilidad en el hotel.

Lo que descubrió lo sorprendió tanto que decidió hacer una tercera búsqueda, una que produjo un único resultado. No tenía nada que ver con Venecia, pero Bronson también sacó una copia de ello. *Nunca se sabe qué información puede ser valiosa. Sobre todo cuando está relacionada con vampiros*, pensó.

—Oscurecerá en tres o cuatro horas —objetó Angela—. ¿Estás seguro de que quieres volver hoy?

Estaban en la habitación del hotel, con las copias de periódico que Bronson había conseguido extendidas sobre la cama.

—Lo de las chicas muertas no me preocupa —dijo Bronson—. Investigar esas desapariciones es un asunto policial, sin duda. No tiene nada que ver con nosotros. Pero esas otras historias que encontré sobre las tumbas vandalizadas en la isla son realmente interesantes. He pensado que estaría bien volver allí y ver qué tipo de daños se hicieron, y también descubrir la antigüedad de esas sepulturas.

—¿Por qué?

Angela se estaba poniendo las botas y había elegido un abrigo más grueso que el de la vez

anterior para el viaje en barco.

—Lo que despertó mi interés fue lo que me contaste sobre el culto vampírico. Me pregunto si todas las tumbas son del siglo XIX, y si todas fueron ocupadas por mujeres. También me gustaría saber si levantaron las losas o si los vándalos las rociaron con espráis, por ejemplo. ¿Era vandalismo real, o la gente involucrada intentó abrir las tumbas porque estaba buscando algo?

Angela sonrió.

—Es extraño, pero yo también quiero volver a la Isola di San Michele, aunque por una razón totalmente distinta. Mientras estuviste fuera traduje parte del diario, y hay una referencia que me gustaría comprobar. —Señaló el volumen encuadernado en piel negra—. De hecho, hay varias referencias sobre lo mismo. Según ese diario, en alguna parte del cementerio, en «la tumba de los ángeles gemelos», como la llama su autora, está «la clave». No tengo la menor idea de a qué se refiere, pero me gustaría mucho descubrirlo.

—Perfecto, entonces —dijo Bronson, subiendo la cremallera de su chaqueta de cuero—. Vámonos.

Un par de minutos después salieron del hotel y giraron en dirección norte, hacia la parada del vaporetto. Angela tenía su bolso colgado del hombro y Bronson llevaba la bolsa que contenía su portátil. Angela había insistido en que se llevasen el ordenador y el diario con ellos mientras exploraban el cementerio, solo por si necesitaba comprobar de nuevo el texto en latín.

Diez minutos después de su marcha, un hombre apareció en el mostrador de recepción, sacó una placa que lo identificaba como un carabiniere de alto rango y exigió ver el registro del hotel. Explicó que era una comprobación rutinaria, parte de un análisis estadístico confidencial que las autoridades venecianas estaban llevando a cabo sobre la ocupación hotelera por parte de extranjeros.

El recepcionista le entregó el registro sin oposición.

El carabiniere tomó algunas notas, dio las gracias al recepcionista y se marchó del edificio.

Algo más de media hora después, dos italianos de mediana edad, ambos vestidos de traje y con maletines, entraron en el vestíbulo del hotel enfrascados en una conversación y subieron las escaleras que conducían a los pisos superiores. El recepcionista no los reconoció, pero había muchos huéspedes nuevos en el hotel y dio por hecho que eran recién llegados.

Cuando estuvieron fuera de la vista del recepcionista, ambos hombres se callaron. Tras subir las escaleras atravesaron un pasillo y se detuvieron ante una habitación concreta. Mientras uno de ellos vigilaba cualquier señal de actividad, el otro sacó una pequeña palanca de su maletín, deslizó un extremo entre la puerta y el marco y dio un fuerte empujón. Segundos después, ambos estaban dentro.

Abandonaron el hotel quince minutos después, todavía charlando y aún cargados con sus maletines. Una vez más, el recepcionista los

ignoró.

Como no llevaba reloj, Marietta no sabía qué hora era, ni siquiera si era de día o de noche. Le habían entregado otra bandeja de comida hacía tres o cuatro horas, solo pan, jamón, queso y una taza de café, que suponía que era su almuerzo. Desde entonces no había visto ni oído nada ni a nadie. Aunque aquella situación era aterradora, también era tremendamente aburrida.

Su otro problema era el frío. El sótano era muy húmedo, las paredes estaban mojadas al tacto y el aire le helaba los huesos. Solo conseguía mantenerse caliente sentada en la cama y envuelta en la manta.

Horas más tarde oyó el retumbar de la puerta del sótano al abrirse de nuevo, y el guardia regresó con otra bandeja que colocó en el suelo junto a su cama. Una ráfaga de aire gélido pareció bajar por la escalera, reduciendo todavía más la temperatura

del sótano. Marietta suponía que estaba anocheciendo y que la temperatura estaba bajando.

No se movió, no habló, solo observó mientras el guardia intercambiaba las bandejas y se daba la vuelta para marcharse. Entonces, mientras empezaba a caminar hacia la escalera en espiral, Marietta oyó un sonido que le heló la sangre incluso más que el frío del sótano. A través de la puerta que conducía a la iglesia en ruinas situada sobre el sótano, oyó de repente un estridente y lastimero aullido.

De algún modo supo que no era un perro, no era un pastor alemán ni nada parecido. Había algo diferente en aquel sonido, algo que provocó que el vello de su nuca se erizara. Sonaba casi primitivo, una antigua pesadilla humana que había vuelto aterradoramente a la vida.

Y estaba cerca; realmente cerca. Sin duda, en alguna parte de la isla.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó al guardia mientras este se alejaba de ella.

El hombre se detuvo, giró sobre sus talones y la

miró con una sonrisa maliciosa abriéndose camino por su rostro.

—Una de nuestras pequeñas mascotas —dijo—. Quizá puedas jugar con ella un poco más tarde.

—Pero ¿qué es? —preguntó de nuevo—. ¿Un lobo?

—Ya lo verás —dijo el guardia—. Pero yo en tu lugar no tendría demasiada prisa por conocerlo.

Un par de segundos después la puerta del sótano se cerró con un estruendo y Marietta se quedó sola una vez más con sus pensamientos y sus miedos.

Al principio ignoró la comida y se quedó sentada en la cama mirando los pies de la escalera de caracol. Su mente reprodujo una y otra vez el sonido que había oído, y la clara amenaza del guardia.

Jamás escaparía de aquella isla. Lo supo con una especie de embotada certeza que se asentó en su mente con frialdad y certidumbre. No había esperanza para ella.

Marietta se acurrucó de lado, se tapó la cabeza con la sucia manta y dejó que las lágrimas fluyeran

de sus ojos.

A última hora de la tarde, la Isla de los Muertos estaba envuelta en sombras mientras el sol se hundía lentamente hacia el horizonte del oeste.

—Comencemos con tus tumbas profanadas, Chris —sugirió Angela mientras se alejaban de la parada del vaporetto—. ¿Qué decían los periódicos al respecto?

Bronson se encogió de hombros.

—Como en la mayoría de los reportajes periodísticos, abunda el sensacionalismo y escasean los detalles. Según el mejor artículo que he encontrado, dos tumbas fueron profanadas en una sola noche y ambas estaban muy cerca, en el extremo sur del cementerio.

—Entonces empecemos por ahí.

Caminaron entre las hileras de sepulcros hacia el sur de la isla, mirando los nombres de las lápidas al pasar. Bronson descubrió una zona donde la

mayor parte de las tumbas parecía más antigua que las demás.

—Ese artículo decía además que una de las tumbas tenía más de cuatrocientos años —explicó el detective—. Esas lápidas de allí me parecen bastante antiguas.

A pesar del gran número de tumbas, no tardaron demasiado en encontrar el primero de los dos enterramientos que el periódico afirmaba que habían sido atacados por vándalos. Tenía una estructura parecida a la que Angela había empezado a llamar «la tumba de la vampira»: un féretro de piedra con una losa plana que llevaba el nombre y la fecha del fallecimiento.

—Aquí está —dijo Bronson—. Este es el nombre que indicaban en el periódico.

Durante un par de minutos miraron fijamente la estructura ante ellos.

—No sé tú, Chris —dijo Angela—, pero yo no veo demasiadas evidencias de daños. De hecho, parece intacta.

—Tienes razón. —Entonces Bronson se fijó en

algo y señaló la base de la piedra que cubría la tumba—. Creo que alguien levantó esa losa. Mira, el cemento que la fija es nuevo. Puede verse una línea limpia rodeándola.

Cuando lo señaló, comprobó que estaba en lo cierto. Y cuando encontraron la segunda tumba ocurrió exactamente lo mismo, excepto que en aquella, la lápida se había resquebrajado al ser levantada y la obra de reparación también incluía un par de grapas metálicas que mantenían juntas las dos secciones.

—Bueno —dijo Bronson—, creo que es evidente que no estamos ante la obra de un vándalo corriente. Ambas tumbas fueron abiertas por gente que buscaba algo y apuesto a que, si localizamos el resto de sepulcros que han sido atacados, encontraremos lo mismo. Lo que me sorprende es que estas dos tumbas datan de principios del siglo XIX, así que son más o menos de la misma época que la de tu vampira.

—Y eso me hace preguntarme qué estarían buscando exactamente —dijo Angela—. En el

interior de una tumba con doscientos años de antigüedad no suele haber demasiadas cosas, a menos que fuera sellada completamente o que usaran un ataúd de plomo. ¿Quieres que busquemos alguna de las otras tumbas que mencionan los artículos de los periódicos, o estás satisfecho con lo que has visto aquí?

—No, me alegro de saber qué ocurrió, aunque no sepamos por qué. Estas tumbas fueron abiertas por alguien que buscaba algo concreto. Intentemos encontrar la de los ángeles gemelos en la que tú estás interesada.

—El diario la describe como «la tumba de los ángeles gemelos», así que supuestamente tenemos que buscar una que tenga un par de ángeles tallados en piedra —dijo Angela, mirando las lápidas a su alrededor—. El problema es que los dos símbolos más habituales en estas tumbas son el crucifijo y los ángeles, ya sean únicos o múltiples. Espero que tengamos suerte y que haya algo muy evidente en la que estamos buscando.

—¿Y si la encontramos? —le preguntó Bronson

—. ¿Tienes planeada otra sesión de saqueo?

—Solo quiero encontrar la tumba para demostrar que mi traducción del latín es buena. Esto es solo un ejercicio intelectual, no una búsqueda del tesoro ni nada parecido.

—¿Por qué no nos separamos? De ese modo cubriremos más terreno. Asegúrate de no alejarte demasiado. No quiero que nos pasemos varias horas intentando encontrarnos el uno al otro.

—Este sitio no es tan grande, Chris —señaló Angela—. Y lo que estamos buscando es bastante concreto. Debido a la fecha del diario, la tumba debió ser anterior a 1800, como mucho a 1810, y como en el diario se usa la expresión «ángeles gemelos» cada vez que se menciona el tema, creo que la talla debe ser de dos ángeles idénticos, no dos ángeles diferentes sobre la misma tumba.

—De acuerdo —dijo Bronson, y giró a la derecha—. Yo iré por aquí.

Durante la hora siguiente ambos examinaron una amplia variedad de tumbas que exhibían algunas

de las características que estaban buscando. En total encontraron más de una docena de sepulcros que eran de la época correcta y que estaban decorados con figuras de piedra de ángeles.

Pero no fue hasta que llegaron a una zona del cementerio que parecía ser la más descuidada cuando Angela creyó que habían encontrado aquella a la que se refería el diario.

En una esquina de esta zona vislumbró una tumba de estilo sarcófago. A diferencia de las otras que habían examinado, que tenían figuras de piedra coronándolas, ya fuera como parte de una elaborada lápida o como una escultura independiente, esta tumba tenía una losa sencilla cubriendo la parte superior del sarcófago y no había en ella ningún indicio claro de la talla de un ángel. Pero cuando miró la base del féretro vio un grabado que representaba dos ángeles, uno frente al otro, con las extremidades entrelazadas como si uno fuera el reflejo de su compañero.

—¿Es esa? —preguntó Bronson mientras se acercaba en respuesta a su llamada.

—Creo que sí, eso parece. Los dos ángeles son idénticos y es obvio que se trata de una tumba realmente antigua.

Angela se acercó y miró las letras y los números sobre la losa. La piedra estaba muy erosionada pero la mayor parte de la inscripción era legible.

—La fecha del enterramiento fue julio de 1783 —dijo—. El nombre es un poco más difícil de leer, pero creo que el apellido es Delaca. No distingo el nombre, excepto que empieza por la letra «N».

Angela sacó un cuaderno de su bolso y anotó la información que había encontrado sobre la losa.

—Investigaré un poco en la red —continuó—, y quizá busque en un par de sitios de genealogías. Es posible que descubra algo más sobre él o ella. —Miró atentamente la losa, las uniones entre las piedras, y negó con la cabeza—. No creo que hayan tocado esta tumba durante décadas, quizá incluso siglos. Quizá «la clave», o a lo que Carmelita Paganini se refiriera, no esté en el interior de la tumba sino visible desde el exterior.

—¿Te refieres a que podría haber algo en las inscripciones? —preguntó Bronson.

Angela asintió, sacó su cámara digital y tomó fotografías de la tumba desde cada ángulo, intentando asegurarse de que las imágenes mostraran las inscripciones y símbolos tallados en la piedra tan claramente como fuera posible.

—¿Hemos terminado aquí? —preguntó Bronson finalmente. Empezaba a refrescar y no le gustaba el modo en el que las sombras comenzaban a alargarse entre las tumbas.

—Sí. Volvamos al hotel —contestó Angela—. Trabajaré un poco más en la traducción cuando tenga tiempo y veré si puedo descubrir algo sobre esa «clave» de la que habla el diario.

—Supongo que podrías hacer eso cuando volvamos a Inglaterra, para que mañana pudiéramos reanudar nuestras vacaciones.

Angela asintió y entrelazó su brazo con el de Bronson mientras caminaban de vuelta hacia la entrada del cementerio.

Habían avanzado cincuenta o sesenta metros

cuando Bronson se detuvo de repente y miró a su alrededor.

Angela lo observó con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—¿Hueles algo?

—¿A qué te refieres?

—Es nauseabundo y desagradable... y tengo un mal presentimiento. Sé lo que es.

Angela lo miró durante un par de segundos.

—Estamos en mitad de un cementerio —le recordó.

—Lo sé, pero incluso en un cementerio no deberías poder oler un cadáver en descomposición. Es por eso por lo que los muertos se entierran en ataúdes... para mantenerlo todo dentro. —Bronson miró a su alrededor—. Creo que viene de allí —dijo, señalando a la derecha del camino que estaban siguiendo.

Salió del sendero y caminó lentamente a través de las lápidas.

—Es más fuerte por aquí, sin duda —dijo.

—Yo también lo huelo ahora —confirmó Angela

tras unirse a él.

El hedor se desvaneció ligeramente cuando pasaron junto a una hilera de tumbas, así que dieron la vuelta para volver sobre sus pasos.

—Debe ser ahí —sugirió Bronson, señalando una antigua tumba—. ¿Ves la esquina? Un trozo de la losa se ha roto.

Se acercaron al sepulcro que Bronson había señalado y, con cada paso que daban, el olor se hacía más fuerte y molesto. Angela sacó un pañuelo del bolso y lo presionó contra su nariz, pero no sirvió de mucho.

El féretro de piedra medía unos dos metros y medio o tres de largo, un metro veinte de ancho y aproximadamente lo mismo de alto. Estaba claro que la losa que cubría la parte superior tenía una esquina rota y esa sección de la piedra se había caído al suelo. Bronson se acercó a la abertura y retrocedió inmediatamente.

Tosió un par de veces, intentando vaciar sus pulmones del hedor de la putrefacción, y después se dirigió a Angela.

—Me he dejado la cámara en el hotel —le dijo—. ¿Me prestas la tuya?

Angela parecía estupefacta.

—¿Vas a fotografiar un cadáver en estado de putrefacción?

—¿No te das cuenta? Esta tumba es antigua, de modo que el cadáver debió convertirse en polvo hace años y años. Lo que está causando este hedor es muy reciente. Tenemos dos opciones. O levantamos la losa, que es algo que realmente no quiero hacer, o enfoco con tu cámara ese agujero de la esquina y tomo una foto del interior. Si es solo un gato o un animal que se ha escondido ahí para morir, lo sabremos con seguridad; en todo caso, podremos cerciorarnos de qué hay ahí dentro, y llamar a la policía si es necesario.

—Crees que hay un cadáver reciente, ¿verdad? —le preguntó Angela, y él asintió—. Vale, toma mi cámara.

Bronson se acercó a la tumba, enfocó el agujero y presionó el disparador. Se produjo una súbita explosión de luz al activarse el flash. La cámara

tardó un par de segundos en procesar la imagen, y entonces apareció el interior del sepulcro a todo color en la pequeña pantalla LCD.

Bronson se apartó de la tumba y le devolvió la cámara a Angela.

—Dios mío, Chris —susurró la mujer, palideciendo.

Bronson asintió sombríamente, sacó el teléfono móvil de su bolsillo y marcó el 112. Necesitaban a los servicios de emergencia, y con rapidez.

—Volvemos a encontrarnos, signor Bronson. —El sargento de los carabinieri miró al inglés apreciativamente—. Está convirtiendo en una costumbre aparecer en la escena de una tumba profanada.

—Solo ha ocurrido dos veces —replicó.

—Aparte de algunos casos ordinarios de vandalismo en los últimos años, solo ha habido dos casos, que yo sepa, en los que hayan sido profanadas tumbas de este cementerio. El primero fue ayer, justo allí —dijo el sargento, señalando el lugar—, y cuando los dos policías llegaron a la escena, la primera persona con la que hablaron fue con usted. Y ahora nos ha llamado para informar de esto. Eso hace un total de dos en solo dos días, y el único factor común, signor Bronson, parece ser usted. Es lo que yo llamaría una costumbre.

Tras el sargento había media docena de policías,

así como varias personas más vestidas de civil. Bronson suponía que eran forenses, y un equipo de la morgue.

—En su llamada —continuó el sargento mientras consultaba su cuaderno de notas—, dijo usted que había una chica muerta en la tumba.

Bronson negó con la cabeza.

—No, no fue así —lo corrigió—. En realidad, le dije al policía que había tres chicas muertas.

—¿Tres?

Bronson asintió.

—Así que ha mirado el interior de la tumba.

—En realidad no. No tengo linterna y no habría conseguido ver nada en el interior sin una. En lugar de eso, usé una cámara digital con flash automático.

Bronson buscó en el bolsillo de su chaqueta, sacó la cámara de Angela, la encendió y buscó la fotografía que había tomado a través de la grieta en la losa de la tumba.

El sargento murmuró algo entre dientes. La imagen era nítida y el flash había eliminado la

oscuridad y había inmortalizado la devastadora escena del interior.

En la imagen se veían claramente la base, los laterales de piedra de la tumba y los restos de un ataúd muy viejo con la mayor parte de su madera desintegrada y podrida. Enganchados a los fragmentos de madera había un par de jirones de tela y, en un extremo, los huesos de la pierna de un esqueleto humano. Pero no era aquella evidencia de un antiguo enterramiento lo que había paralizado al sargento: fueron los tres cadáveres de mujer desnudos que yacían amontonados sobre el ataúd desmoronado, uno sobre otro, ya hinchados y descoloridos debido al deterioro de sus tejidos.

El sargento miró la fotografía en la pantalla LCD durante un par de segundos más y después le devolvió la cámara a Bronson. Se volvió y se dirigió a los hombres que habían llegado en respuesta a la llamada a emergencias para darles órdenes e instrucciones.

Tras ser temporalmente olvidado, Bronson se

alejó un par de pasos hasta el lugar donde Angela estaba sentada sobre la tierra, con la espalda contra una lápida. Se sentó a su lado y le cogió la mano. Estaba pálida y parecía perturbada por lo que había visto.

—El que mató a esas chicas, ¿por qué tiró ahí sus cadáveres? —le preguntó.

—Es fácil. ¿Cuál es el mejor lugar donde esconder un cuerpo?

—¿Un cementerio?

—Exacto. Y eso es lo que ha ocurrido aquí. Si la esquina de esa losa no se hubiera fracturado y caído, jamás las habrían descubierto.

—Entonces, ¿podemos volver a casa? Al hotel, quiero decir —le preguntó Angela.

Bronson negó con la cabeza.

—Todavía no. Tenemos que declarar, evidentemente, y creo que los investigadores querrán hablar con nosotros antes de dejar que nos marchemos.

Miró la tumba, que había sido aislada tras un perímetro de cinta para evitar que alguien se

acercara. Varios focos con trípodes habían sido colocados alrededor de la escena para iluminar la sepultura en la oscuridad de la noche. Un forense vestido con un mono blanco, guantes de látex y escaarpines cubriendo sus zapatos estaba de pie junto a la cinta con una potente cámara digital. Mientras Bronson observaba, tomó al menos una treintena de fotografías de la tumba desde varios ángulos, moviéndose alrededor del perímetro mientras lo hacía. A continuación se agachó bajo la cinta, tomó varios primeros planos y por último se acercó más aún y fotografió el interior a través de la grieta en la losa.

—¿Por qué no levantan la piedra y punto? — preguntó Angela.

—Lo harán, por supuesto, pero primero querrán reunir tanta información como puedan de la escena. Podría haber huellas de pisadas alrededor de la tumba, aunque seguramente no en su superficie. Querrán buscar huellas digitales en la losa y examinar concienzudamente los alrededores del sepulcro para descubrir todas las pistas

posibles: objetos que los responsables pudieran haber dejado caer, fibras de sus ropas, marcas de herramientas sobre la piedra, todas esas cosas. Creo que están perdiendo el tiempo, ya que no tienen ni idea de cuántas personas podrían haber pasado por aquí desde que abandonaron los cadáveres y anoche fue el Festival de los Muertos, cuando el número de vivos en la isla probablemente superaba el de los cadáveres.

—Entonces, ¿crees que dejaron aquí a esas pobres chicas antes del festival de ayer?

—A juzgar por el estado de sus cuerpos, creo que sí. Y pienso que, si hay alguna pista, estará en el interior de la tumba, y probablemente en los mismos cadáveres. Pero seguramente no levantarán la losa hasta que llegue el agente que haya sido elegido para conducir la investigación.

El sargento de los carabinieri se acercó al lugar donde Bronson y Angela estaban sentados con un agente uniformado a su espalda.

—Este oficial le tomará ahora declaración escrita, señor Bronson, y también a su

acompañante —le dijo.

Unos diez minutos después de que Bronson hubiera leído y firmado su declaración, de haber traducido al italiano la mucho más breve declaración de Angela (que básicamente corroboraba lo que él había dicho) y de que ella la firmara, otra media docena de hombres llegó a la escena. El sargento se acercó inmediatamente a uno de ellos.

Hablaron durante unos minutos y después el agente señaló a Bronson y Angela. El otro hombre siguió su mirada y asintió. Entonces se acercó para echar un vistazo a la tumba con el sargento en su estela. Incluso desde donde Bronson estaba sentado, a unos veinte metros de distancia de la tumba, el olor de la putrefacción era repulsivamente fuerte, así que no le sorprendió la expresión de disgusto que apareció en el rostro del superior mientras se acercaba al agujero en la losa y observaba el interior con una pequeña aunque potente linterna en su mano. Entonces retrocedió y se alejó rápidamente de la tumba.

Parecían haber olvidado a Bronson y Angela y, aunque ella quería volver al hotel, Bronson estaba ansioso por quedarse, al menos durante un par de minutos más, para observar la recuperación de los cadáveres. Además, todavía no les habían dicho que podían marcharse.

Los italianos estaban trabajando de un modo muy parecido al que habría seguido la policía inglesa en tales circunstancias. Cuando abrieron la tumba, el fotógrafo se acercó de nuevo para registrar la escena. Lo siguieron varios investigadores y un hombre que Bronson pensaba que probablemente fuera el forense. En aquel momento sacaron el primer cuerpo de la tumba y lo transfirieron inmediatamente a una bolsa para cadáveres.

Bronson usó la cámara digital de Angela para grabar la operación.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró ella con desagrado.

—Estoy grabando lo que está ocurriendo —contestó—. Solo por si acaso.

—¿Por si acaso, qué?

—No lo sé, pero estamos involucrados en una situación muy peculiar y tener un archivo fotográfico me parece una buena idea.

Tras sacar el primer cadáver tomaron más fotografías y después repitieron la operación al extraer el segundo, y más tarde el tercero. Cuando las tres bolsas estuvieron cerradas, el desagradable olor empezó a disiparse y varios policías italianos se quitaron las mascarillas. Hicieron algunas comprobaciones más en la tumba, que fue cuidadosamente registrada para buscar todas las pistas posibles.

—Preguntaré al sargento si podemos irnos ya —dijo Bronson por fin.

Con Angela a su lado, caminó alrededor de la zona acordonada y se acercó a los investigadores.

—¿Necesitan algo más de nosotros? —preguntó Bronson en italiano.

El sargento miró a su superior.

—¿Inspector Bianchi?

El inspector miró a Bronson y a Angela. Parecía que iba a decir algo, pero después negó con la

cabeza.

—Ambos han declarado —dijo el sargento, dirigiéndose de nuevo a Bronson— y sabemos dónde se hospedan, así que eso es todo. Pero intente mantenerse lejos de los cementerios durante el resto de su estancia en la ciudad. Realmente no necesitamos más cadáveres.

—Lo intentaré —le prometió Bronson.

Le hizo una señal a Angela para que esperara, caminó hasta la tumba y levantó una esquina de la lona para poder ver el interior. Los pocos trozos de madera del ataúd que habían sobrevivido al paso del tiempo estaban esparcidos. Había incluso señales de que se había escarbado en la tierra alrededor de la tumba, y marcas sobre la piedra que sugerían que había sido golpeada con algún objeto metálico, quizá un martillo o un cincel.

Bronson dejó caer la lona de nuevo y se reunió con Angela.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Alguien ha registrado esa tumba —le contestó

Bronson—. Y creo que ambos sabemos lo que estaba buscando.

La dirección del hotel se había disculpado efusivamente. No tenían ni idea de cuándo había entrado el ladrón en su habitación, ni de cómo había conseguido pasar más allá del mostrador de recepción sin levantar sospechas.

Bronson pensaba que pasar junto al mostrador de recepción sería la parte más fácil de la operación, pero no se lo dijo al gerente que los recibió en el vestíbulo con la mala noticia.

No podían quedarse en su habitación original, evidentemente, porque la puerta ya no cerraba, así que les dieron una ligeramente más grande en la planta superior.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Angela se mostró retraída y visiblemente enfadada.

—Lo de ayer fue horrible —declaró mientras terminaban de comer—. ¿De verdad crees que fue

un robo al azar?

Bronson negó con la cabeza.

—No, y tú tampoco lo crees. Me parece que la mayoría de los robos en los hoteles los llevan a cabo los empleados, porque son los que tienen acceso a las llaves de las habitaciones. Es extraño que forzaran la puerta, y me parece demasiada coincidencia que nuestra habitación fuera la única afectada de todo el edificio.

—Entonces, ¿crees que estaban buscando el diario?

—Esa parece la explicación más sencilla, sí.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? ¿Deberíamos entregárselo a la policía?

—Claro que no. Según lo que he leído esta mañana en el periódico, ya tienen mucho trabajo. Uno de sus detectives más prestigiosos fue asesinado ayer, acribillado en la calle cuando iba a reunirse con un informador. Y, en cualquier caso, no estoy seguro de que un diario con doscientos años de antigüedad escrito por una mujer que creía ser vampira interesase a los carabinieri. De hecho,

no entiendo por qué alguien, con la excepción quizá de una historiadora social, tendría el más mínimo interés en él. —Bronson negó con la cabeza—. Pero lo cierto es que alguien parece desesperado por ponerle las manos encima.

—¿Crees que podría tener algo que ver con los cadáveres de esas tres pobres chicas que encontramos en la tumba?

—Sinceramente, no —contestó Bronson—, más allá de la coincidencia de que ambas tumbas estuvieran bastante cerca. No veo qué relación podría haber entre una mujer que lleva muerta doscientos años y el asesino en serie que merodea por Venecia en la actualidad.

Se bebió lo que quedaba de café.

—Entonces, ¿qué te gustaría hacer hoy? —le preguntó—. Y, antes de que lo sugieras, no nos separaremos. No estoy preparado para arriesgarme a que te asalten porque alguien quiera ese diario.

—Es justo lo que yo iba a decirte —asintió Angela—. Volveremos a llevarnos el diario y el

portátil. Y hay algo más que me preocupa de este intento de robo...

—Tengo la sensación de saber lo que vas a decir —la interrumpió Bronson—. Los únicos que sabían que estuvimos en la escena de esa primera tumba profanada son los carabinieri. Yo hablé con dos de ellos en el cementerio aquella noche, y otros dos aparecieron en el hotel a la mañana siguiente. Por lo que sé, nadie ajeno a la policía veneciana sabe quiénes somos o en qué estamos involucrados.

—Exacto. Y eso no me deja demasiado tranquila. —Suspiró—. Me gustaría saber por qué quieren el diario.

—Es posible que tenga una teoría —dijo Bronson, y buscó en el bolsillo de su chaqueta para sacar una hoja de papel doblada—. Encontré este artículo en el archivo del periódico, en las páginas internacionales. Al parecer estaban realizando unas obras de ampliación en una carretera a las afueras de un pueblo checo llamado Cesky Krumlov cuando encontraron una fosa

común de principios del siglo XVIII con once cuerpos. Eso no es extraño; lo sorprendente era el modo en el que tres de los cadáveres habían sido enterrados.

»Según el artículo, tradicionalmente los cadáveres solían colocarse en dirección este-oeste, pero estos tres habían sido colocados en una orientación de norte a sur. Y uno de los esqueletos había sido tratado exactamente del mismo modo que el cuerpo que vimos en la tumba de la Isola di San Michele: había sido decapitado, habían colocado el cráneo entre las piernas y le habían metido una piedra en la boca. Los tres esqueletos habían sido inmovilizados con pesadas piedras planas, y uno de ellos tenía un agujero en el lado izquierdo del pecho, justo encima de donde debía estar el corazón, como si hubieran atravesado el esternón con un objeto afilado. El artículo no dice que se tratara de una estaca de madera, pero es bastante obvio que pensaban que aquel había sido el instrumento.

Angela asintió y miró la fotografía que

acompañaba la historia.

—Parece el típico enterramiento vampírico. Hay registros de varios casos parecidos, la mayoría en Checoslovaquia y Hungría.

—Y hay un añadido interesante a la historia que tienes entre manos. En el último párrafo dice que llevaron los esqueletos a Praga, pero que, antes de que los restos fueran transportados, alguien entró en el edificio donde los tenían almacenados y robó varios huesos de cada cuerpo. Parece que alguien está coleccionando reliquias de vampiro, esos huesos de Checoslovaquia, la cabeza de la tumba de Venecia... y está claro que también va detrás del diario.

—Hablas como si creyeras en la existencia de una especie de conspiración vampírica —dijo Angela, sonriendo.

—Bueno, es la única explicación que parece encajar con los hechos. Mira —se inclinó sobre la mesa—, tanto tú como yo sabemos que el mito de los vampiros es solo eso, un mito. Pero estoy empezando a pensar que hay gente aquí, en esta

ciudad, que no solo cree que los vampiros son criaturas reales, de carne y hueso, sino que están intentando reunir reliquias de ellos. Y quizá incluso estén intentando convertirse ellos mismos en vampiros. Eso me preocupa.

—Nos preocupa a los dos —asintió Angela—. ¿De verdad crees que hay gente tan crédula?

—Bueno, no hay duda de que alguien está reuniendo reliquias. Eso es indiscutible.

Angela se estremeció.

—Estoy empezando a pensar que venir a Venecia a pasar unas vacaciones ha sido una idea realmente mala. Tal como han resultado las cosas, habríamos estado más tranquilos en Transilvania.

Media hora después abandonaron juntos el hotel y caminaron por las calles hacia el centro de la ciudad. Decidieron ir primero a la Piazza San Marco para después explorar el distrito Castello antes de subir a un vaporetto en la parada de Celestia que los llevaría de vuelta al hotel.

Mientras paseaban por las estrechas calles de la

zona de Cannaregio, Bronson estaba muy atento a su entorno, pero no vio a nadie sospechoso.

Cruzaron el Gran Canal hasta el distrito de Santa Croce por el Ponte degli Scalzi, que se traducía literalmente como «puente de los monjes descalzos» y era uno de los únicos cuatro puentes que salvaban el Gran Canal. De repente, la puerta de una de las casas de la calle se abrió justo delante de ellos y salió un hombre. Estaba tan cerca que Bronson y Angela tuvieron que desviarse rápidamente a la izquierda para evitar tropezar con él. El tipo se dirigió a ellos con una disculpa.

Pero, mientras Bronson restaba importancia a la explicación del hombre, dos figuras más emergieron de la puerta abierta a su espalda. Intentó proteger a Angela, pero antes de acercarse a ella algo le golpeó la sien y cayó al suelo sin sentido.

Marietta Perini miró horrorizada la cucaracha que subía por la pata de madera de su cama. Era casi del tamaño de una rata, sin duda el insecto más grande que había visto nunca. Se quedó inmóvil, agarrando la sucia manta con ambas manos y paralizada por el terror, porque aquello no era más que la vanguardia del ataque. Desde el otro lado de la cama, por el muro de cemento manchado, docenas de gigantescos insectos estaban reptando hacia ella. Podía ver sus inquisitivas antenas sobre el borde del colchón, podía oír el rasguñar de sus patas al acercarse a ella.

Entonces la primera cucaracha llegó hasta sus pies y, con un acelerón repentino, se metió bajo la manta en dirección a sus piernas desnudas. Marietta notó el rugoso caparazón del insecto frotando el interior de su muslo, el movimiento de sus patas mientras subía por su cuerpo, pero no

podía moverse. En ese momento, una marea de cucarachas subió por el borde del colchón y se dirigió directamente hacia ella, y por fin encontró su voz.

Gritó y el ruido resonó en las paredes del sótano. De repente, descubrió que podía moverse. Apartó la manta de su cuerpo y bajó del colchón de un salto. La cadena que llevaba en la muñeca izquierda le retorció el brazo por el brusco movimiento.

Y entonces se despertó. Durante un par de segundos se mantuvo inmóvil, jadeando, aterrorizada, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos y observando la pesadilla que se había convertido en su realidad. No había cucarachas gigantes, por supuesto, pero había tres o cuatro insectos correteando por su cama.

Con desagrado, Marietta sacudió la manta y examinó cuidadosamente el colchón y su ropa antes de volver a acostarse. No había esperado quedarse dormida, ya que su mente estaba rebosante de insectos, ratas y de la criatura sin

nombre que había oído aullar la noche anterior, pero el sueño la había vencido y la pesadilla había sido inquietante y angustiada, salpicada de vívidas y perturbadoras imágenes.

Entonces sus pensamientos se transformaron, cambiaron de dirección, y una imagen del rostro de su novio apareció en su mente. Debía de estar muerto de preocupación por ella. Era posesivo, quizá demasiado, ya que siempre quería saber dónde estaba, adónde iba y con quién. En el pasado, esto le había parecido un poco fastidioso (después de todo, ella era una veneciana moderna), pero en esos momentos daba gracias al cielo por la personalidad de Augusto. Sabía que habría intentado contactar con ella, que la habría llamado al móvil después de que no se presentara en su apartamento aquella tarde, como habían quedado. Entonces habría llamado a sus padres, y después habría levantado la alarma.

En alguna parte, fuera de la isla, la búsqueda ya habría comenzado. La gente (un montón de gente) estaría buscándola, de eso estaba segura.

Pensó en sus padres, que estarían sentados en su pequeño apartamento en el noroeste de Venecia, cerca de la estación de tren, preocupados por ella, preguntándose dónde estaría y (conociéndolos como los conocía) seguramente temiendo lo peor. Deseaba volver a verlos más que ninguna otra cosa, o al menos poder hablar con su madre una última vez. Pero estaba segura de que eso no iba a ocurrir.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero se las secó furiosamente porque acababa de oír que se abría la puerta del sótano. No quería mostrar señal alguna de debilidad, de emoción, ante sus captores. Aquello no cambiaría su destino, pero mantener una fachada tranquila le daba algo (quizá una diminuta porción de orgullo y fuerza) a lo que aferrarse.

Uno de los guardias entró en el sótano y se acercó a ella con una bandeja de plástico en las manos.

—¿Por qué me tenéis aquí? —le preguntó Marietta mientras el hombre dejaba la bandeja en

el suelo y se daba la vuelta para marcharse.

—Lo descubrirás pronto —contestó él bruscamente, como había hecho todas las veces anteriores. Pero en aquella ocasión, mientras se disponía a abandonar el sótano, la miró durante el más breve de los instantes con algo parecido a lástima en sus ojos y añadió una desalentadora frase que alejó el resto de pensamientos de la mente de Marietta—: Lo descubrirás esta noche, porque acabamos de encontrar a la segunda.

Bronson abrió los ojos y los cerró de inmediato para protegerlos del resplandor del sol. Durante un par de segundos no tuvo ni idea de dónde estaba o por qué le dolía tanto la sien. Levantó la mano para tocarse el cráneo y la retiró con los dedos rojos de sangre. Se apoyó en un codo y abrió los ojos de nuevo. Por primera vez fue consciente del pequeño grupo de gente que lo rodeaba, de sus rostros serios por la preocupación. Había dos hombres arrodillados en el suelo, a su lado. Uno no dejaba de decirle algo mientras el otro intentaba ayudarlo a que se sentara.

Bronson se tocó de nuevo la herida de la cabeza y de repente se dio cuenta de que no veía a Angela. Aquello expulsó el resto de pensamientos de su mente y se puso en pie torpemente, mirando a su alrededor.

—Con cuidado, signor —dijo uno de los

hombres—. Se ha dado un buen golpe. Hemos llamado a una ambulancia.

Pero Bronson no lo escuchaba. Angela no estaba a la vista y se dio cuenta de algo horrible: los hombres que lo habían atacado se la habían llevado. Rápidamente, evaluó su situación. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero podría haber sido solo cuestión de minutos.

—Había unos hombres conmigo —le dijo al transeunte que estaba a su lado—, y una mujer. ¿Ha visto adónde han ido?

—No. Solo estaba usted, aquí tirado.

Bronson miró el edificio del que había visto salir al tipo segundos antes de ser asaltado. Se zafó de las manos del hombre que lo estaba ayudando, caminó tambaleándose hasta la puerta y probó a abrirla, pero estaba cerrada. Eso tampoco lo sorprendió.

Bronson tiró del pomo furiosamente durante unos segundos antes de que su mente racional se impusiera. El único lugar de Venecia donde Angela no estaría sería el interior de aquel

edificio. No tenía ninguna duda de que sus asaltantes la habían arrastrado al interior tan pronto como el ataque había tenido lugar, pero solo habrían estado dentro el tiempo suficiente para someterla antes de llevarla a algún otro lugar seguro. Tanto las calles como los edificios de esa parte de Venecia eran estrechos, y muchas de las casas daban a dos calles distintas. Para entonces, Angela podría estar en cualquier edificio e incluso en una lancha, camino de otra parte de la ciudad o en dirección a alguna de las islas.

—La ambulancia llegará pronto —dijo uno de los hombres—. Tienen que mirarle esa herida.

Bronson lo apartó. Le dolía la cabeza, pero la hemorragia parecía haber disminuido y estaba bastante seguro de que no había sufrido daños graves. En cualquier caso, tenía otras prioridades.

Hasta aquel momento, había pensado que se enfrentaban a dos series de incidentes sin relación. Era evidente que una persona o un grupo quería el diario de la vampira que Angela había encontrado en la tumba de la Isola di San Michele, y parecía

haber un asesino en serie en Venecia. Entonces la espantosa posibilidad golpeó a Bronson como un martillo: *Supón, solo supón, que el asesino en serie y el hombre que busca las reliquias vampíricas son la misma persona.*

Y Angela podría estar en sus garras.

Bronson sabía que esa posibilidad, si se consideraba fríamente, no tenía sentido. Prácticamente todos los casos documentados de asesinatos en serie mostraban claramente que, invariablemente, se trataba de individuos que trabajaban solos o en pareja. Y en el ataque que acababa de sufrir estaban involucradas al menos tres personas: el cebo, el hombre que abrió la puerta frente a ellos para distraer a Bronson, y los dos hombres que habían salido del edificio a su espalda.

Era mucho más probable que se hubieran llevado a Angela porque tenía el diario y que, cuando se lo hubieran arrebatado, la soltaran. Bronson sabía que eso tenía sentido, pero no lo ayudó a calmar su casi frenética preocupación por la seguridad de su

exmujer.

Ahora que estaba en pie y que podía andar, varias personas del grupo empezaron a dispersarse. Pero un par de hombres se quedaron atrás. Durante un instante, Bronson se preguntó si habrían formado parte del ataque, pero después descartó la idea por ridícula. De haber sido así, habría existido la posibilidad de que los reconociera.

Una vez más, Bronson desechó sus preocupaciones. Tenía que llamar a la policía y encontrar a Angela. El sonido de una sirena de ambulancia acercándose por el canal lo hizo ponerse en acción. Sabía que tenía que curarse la herida de la cabeza, pero esa era una preocupación secundaria. Cogió la bolsa acolchada que contenía el portátil de su exmujer (al menos todavía tenía eso), que se le había caído del hombro tras ser atacado, y se alejó del lugar tan rápido como pudo. Justo cuando dobló la esquina, sacó el teléfono móvil de su bolsillo y llamó a la policía.

Noventa minutos después, Bronson estaba en el Ospedale Civile (el hospital del distrito Castello), sentado en una incómoda silla y aferrado a sus reposabrazos mientras un joven médico italiano cerraba el corte de su sien con grapas. Cuando llegó al hospital le limpiaron la herida, le cortaron el cabello de la zona y se lo afeitaron. Le habían puesto un par de pinchazos de anestesia local en la abierta y magullada piel y después le habían colocado las suturas metálicas. Los puntos de hilo, al parecer, no se usaban ya, y ahora se preferían los puntos metálicos (al menos eso eran lo que le parecían a Bronson) para cerrar las heridas.

La recepcionista de urgencias se había interesado más por el ataque que Bronson había sufrido que por la desaparición de Angela, pero la insistencia y preocupación del paciente finalmente la convencieron para que lo pasara con un agente de los carabinieri. Bronson le dio una breve descripción de Angela y le explicó las circunstancias del ataque.

Ayudó que conociera el funcionamiento del

cuerpo. Proporcionó la mejor descripción posible del hombre que había aparecido ante él en la calle, aunque desafortunadamente solo lo había visto durante unos segundos y su descripción (hombre de estatura y constitución media con cabello oscuro, gafas y un traje gris claro) seguramente encajaba con cientos de venecianos. Y, en cuanto a los hombres que habían llevado a cabo el ataque, no podía ofrecer descripción alguna excepto su impresión de que eran ambos de su misma altura (un metro ochenta aproximadamente) y de cabello oscuro.

Lo cierto era que a Bronson esos tres hombres no le importaban en absoluto. Solo le interesaban como posible medio para encontrar a Angela. El agente, que se reunió con Bronson en el Ospedale Civile y se aseguró de que curaran su herida tan rápido como fuera posible, tomó nota de su descripción de la desaparecida y llamó a la central para que la comunicaran inmediatamente a todos los carabinieri de Venecia y del interior.

—La encontraremos, signor Bronson —le

aseguró el agente mientras cerraba su cuaderno de notas.

—Estoy seguro de que lo intentarán —contestó él bruscamente—. Pero lo que me preocupa es el número de mujeres jóvenes que han desaparecido de las calles de Venecia en los últimos meses, mujeres que no dejaron ningún rastro y que nadie ha vuelto a ver.

Al policía le sorprendió que Bronson supiera lo que había estado ocurriendo en la ciudad.

—No es información confidencial, que yo sepa —dijo Bronson abruptamente—. Examiné el archivo del periódico y descubrí que han desaparecido una docena de chicas en los últimos dieciocho meses. Y puedes añadir otra a ese total si contáis la joven que desapareció hace un par de días, y otra más si incluís a Angela. Quiero que la encontréis —añadió con la voz rota por la tensión— antes de que un maniaco tire su cuerpo a una tumba en la Isla de los Muertos.

El agente parecía incluso más sorprendido.

—¿Cómo sabe eso? —le preguntó.

—Fui yo quien las encontré —contestó Bronson—. Bueno, ya sabe exactamente dónde y cuándo fue secuestrada mi compañera. Sé que Venecia tiene un montón de edificios donde se podría esconder a una persona, pero también es una ciudad pequeña. Así que, por favor, por favor, haga todo lo posible por encontrarla.

Los ojos de Bronson se habían llenado de lágrimas repentinamente, y no era porque el médico estuviera colocando la última grapa en su cuero cabelludo.

Marietta apenas había tocado la comida que su captor le había llevado para el almuerzo. En lo único que podía pensar era en sus últimas palabras. ¿Qué le tenían preparado para aquella noche? Se sentía físicamente debilitada por el temor, el cuerpo entumecido por el miedo.

Cuando la puerta del sótano se abrió con un estruendo un rato después, estaba segura de que iba a ocurrir algo fuera de lo normal. Todavía no tenía ningún arma con la que defenderse ni ningún modo de protegerse; lo único que podía hacer era lo que había hecho casi cada vez que cualquiera de los hombres entraba en el sótano: se sentaba muy recta en el borde de la cama, miraba los pies de la escalera de caracol y esperaba a ver qué se avecinaba.

Quien fuera parecía estar portando algo pesado, porque podía oír el sonido de unos pasos

dubitativos bajando las escaleras en lugar de la pisada medida a la que se había acostumbrado.

Un repentino y penetrante grito, claramente de una mujer, atravesó el silencioso sótano y Marietta se sobresaltó. Entonces oyó un chasquido al que ya se había acostumbrado (el sonido de la descarga del táser) y el grito terminó tan súbitamente como había comenzado.

Segundos después, el guardia y uno de los hombres que la habían secuestrado apareció arrastrando el cuerpo inconsciente de una joven. Ninguno de ellos miró a Marietta mientras arrastraban el cuerpo hasta el fondo de la cámara.

Debido al restringido campo de visión que tenía desde su celda abierta, ella no podía ver adónde la habían llevado, pero los sonidos sugerían que habían entrado en la celda contigua a la suya. Se escuchó un golpe seco, que suponía que se había producido al soltar a la chica inconsciente sobre la cama, seguido de un repiqueteo y un chasquido: el grillete al ser colocado en la muñeca de la joven.

Después de un par de segundos, los dos hombres

reaparecieron y el guardia se detuvo un instante en la entrada de la celda de Marietta.

—Tienes compañía —dijo con una desagradable mueca de desdén en la cara—. Hemos estado esperándola. Ahora podemos empezar.

Durante unos veinte minutos, después de que los hombres se marcharan del sótano, lo único que oyó Marietta fueron unos gemidos amortiguados en la celda contigua. La chica, fuera quien fuera, había reaccionado mal a la descarga del taser y estaba tardando mucho tiempo en recuperarse.

Al final, cuando remitieron los efectos de la descarga de alto voltaje que había experimentado, la respiración de la joven se volvió más regular y Marietta oyó que empezaba a moverse. Esperó un par de minutos más antes de llamarla.

Cuando respondió, le temblaba la voz por el miedo y la incertidumbre.

—¿Quién eres?

—Me llamo Marietta Perini. ¿Y tú quién eres? — preguntó a su vez.

—Benedetta Constanta. ¿Dónde estoy?

—¿No has visto adónde te han traído? —le

preguntó Marietta.

—Acababa de salir de mi apartamento cuando se me acercó un hombre y me disparó con algo. Lo siguiente que supe fue que estaba en una iglesia en ruinas. Intenté escapar, pero me dispararon de nuevo.

Parecía que Benedetta había tardado mucho más en recuperar el sentido que Marietta, o quizá los secuestradores habían usado un voltaje superior con ella.

—Me secuestraron igual que a ti, pero yo estuve consciente la mayor parte del tiempo —dijo Marietta—. Estamos en una de las islas de la laguna, pero no tengo ni idea de cómo se llama. No es muy grande y creo que los únicos edificios que hay en ella son una casa y la iglesia en ruinas que has visto. Estamos en un sótano bajo esa iglesia.

—Pero ¿qué quieren de nosotras? Te han... Ya sabes... ¿Te han hecho daño?

Benedetta no usó la palabra «violado», pero Marietta sabía que estaba pensando justo en eso.

—No me han tocado —dijo, intentando mantener

la voz firme—. Me han alimentado regularmente y me trajeron agua caliente y jabón para que pudiera lavarme. Pero las noches son lo peor... Hace mucho frío, está oscuro y... he estado oyendo cosas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Unos dos días. Creo que hoy es miércoles, y me secuestraron el lunes por la tarde cuando iba camino de casa de mi novio, en Venecia. — Marietta se rodeó las rodillas con los brazos para dejar de temblar—. Debe estar preguntándose dónde estoy, qué ha pasado...

—¿Qué quieren de nosotras? —la interrumpió Benedetta de repente.

Sentada en la cama al otro lado del viejo muro de piedra, Marietta negó con la cabeza.

—No tengo ni idea —dijo, limpiándose las lágrimas de los ojos. Su voz se rompió cuando recordó las últimas palabras que había pronunciado el guardia—. Pero creo que lo descubriremos muy pronto.

Bronson recibió el alta en el hospital y regresó a Cannaregio caminando lentamente. Intentaba conservar las fuerzas, porque tras el ataque (tanto el asalto físico como la conmoción del suceso) se sentía débil e inseguro.

Mientras caminaba no dejaba de mirar a su alrededor, buscando desesperadamente algún rastro de Angela. Sabía que lo que estaba haciendo era inútil, pero lo hizo de todos modos. Estaba seguro de que, fuera quien fuera el secuestrador, y fuera cual fuera el motivo del rapto, Angela estaba retenida en un edificio de la ciudad o en una de las docenas de islas periféricas. Las probabilidades de que estuviera todavía en alguna de las calles de Venecia eran nulas. Pero aun así, siguió buscando.

Tardó más de una hora en volver a su hotel, debido a su lento caminar y a la ruta serpenteante que tomó. Cuando llegó y entró en el vestíbulo, la

repcionista miró con sorpresa la venda blanca y el grueso bulto de gasas que cubrían su sien. Bronson la ignoró y subió lentamente las escaleras.

Se detuvo un segundo en el pasillo antes de entrar en la habitación, esperando contra todo pronóstico que Angela hubiera conseguido escapar de algún modo y que estuviera esperándolo dentro. Pero, cuando abrió la puerta, vio inmediatamente que la habitación estaba totalmente vacía.

Las habitaciones de aquel hotel no tenían minibar y sabía que consumir alcohol no era una idea especialmente buena después de todo lo que había pasado aquel día, pero en aquel momento lo único que deseaba de verdad era una copa bien cargada. Soltó la bolsa del portátil, echó otro vistazo a la habitación, cerró la puerta y bajó las escaleras camino del bar del hotel. Pidió un gin tonic y se lo llevó hasta una mesa de esquina junto a una de las ventanas que ofrecían una vista de la calle.

Bebió un largo trago y observó a través de la ventana a los viandantes que pasaban, los hombres

de negocios venecianos entremezclados con la multitud de turistas con cámaras fotográficas ante sus rostros, parcialmente ocultos por sombreros y gafas de sol. Bronson miró el gentío, buscando en vano a Angela.

Después de un par de minutos sacó su móvil y miró la pantalla por enésima vez aquel día. No tenía llamadas perdidas ni mensajes de texto.

La razón le decía que la policía italiana estaría haciendo todo lo posible por encontrar a Angela y que lo único que conseguiría llamándolos sería elevar su nivel de irritación. Su cabeza lo sabía, pero su corazón no estaba de acuerdo y, casi sin pensar, marcó el número de móvil que el agente al mando de la investigación le había proporcionado como cortesía por ser colega de profesión.

La conversación que mantuvieron fue breve y bastante brusca. Sí, habían dado una descripción de Angela y una copia de la foto de su pasaporte a todos los carabinieri de la zona. Sí, un oficial dejaría el pasaporte de Angela en la recepción del hotel más tarde. Y por último, sí, sin duda sería el

primero en saberlo cuando encontraran alguna pista.

Bronson colgó con una sensación de inmensa frustración. No estaba acostumbrado a estar al otro lado de la investigación policial y la falta de información era difícil de asimilar. Estaba seguro de que la policía italiana estaba buscando a Angela, pero ¿cuántos hombres habrían destinado al caso? ¿Estarían vigilando los automóviles y trenes que salían de Venecia? ¿Habrían ordenado que comprobaran los vaporetos, las góndolas y las lanchas privadas que navegaban por los canales y la laguna? ¿Estarían buscando en las islas de la periferia? No tenía la respuesta a ninguna de estas preguntas y sabía que el carabinieri se negaría a respondérselas, igual que él, Bronson, no había estado dispuesto a contestar preguntas similares de individuos particulares en las mismas circunstancias en Reino Unido.

Terminó su bebida y se quedó sentado un par de minutos más con la cabeza entre las manos. Entonces se recompuso. Emborracharse no lo

ayudaría a encontrar a Angela, y tampoco quedarse, deprimido, en el hotel. Buscándola por las calles no conseguiría nada, porque sabía que ella no estaría allí. Pero tenía que hacer algo, algo constructivo, algo que quizá ayudara a la policía. Sopesó la idea de visitar algunos de los canales más tranquilos, solo por si acaso los secuestradores no la habían sacado aún de la ciudad, pero se dio cuenta de que eso también sería una pérdida de tiempo. Aunque Venecia no era una ciudad grande, tenía miles de canales y él no sería capaz de cubrir más de uno o dos de ellos.

Ese pensamiento condujo a otro. Lo único que podía hacer en sus circunstancias era ampliar su movilidad tanto como fuera posible.

Se levantó, salió del bar y se acercó al mostrador de recepción. La guapa chica morena que los había atendido el primer día estaba de servicio, y le dedicó una agradable sonrisa al verlo atravesar el vestíbulo.

—Signor Bronson, ¿qué le ha pasado en la cabeza? —le preguntó, mirando con preocupación

la venta que rodeaba su cráneo.

—Una mala caída, eso es todo —dijo él, decidido a no contar al personal lo que le había ocurrido a Angela.

—¿Puedo ayudarlo de algún modo?

—Nos gustaría explorar los canales. ¿Es posible alquilar una lancha para tres o cuatro días?

—Por supuesto. Tardaré un poco en concertarlo porque en esta época del año hay mucha demanda y quizá tenga que contactar con varias empresas de alquiler. ¿Saldrá de la ciudad? A la laguna, me refiero.

—Es posible, sí. ¿Supondría alguna diferencia?

—Solo en el tipo de embarcación. Si va a adentrarse en la laguna necesitará una con un motor más potente. Déjelo en mis manos, signor Bronson, veré qué puedo encontrarle. ¿Le parece bien empezar mañana por la mañana?

Bronson habría preferido subirse a la lancha inmediatamente, pero contestó:

—Perfecto. Gracias.

Esperó mientras la chica anotaba los detalles de

su tarjeta de crédito, le dedicó una sonrisa que desentonaba totalmente con la agitación interior que sentía y volvió a subir las escaleras hasta su habitación. No había hecho mucho, pero el hecho de saber que por la mañana podría navegar por Venecia a una rapidez razonable ya le hacía sentir mucho mejor.

Se tumbó en la cama un par de minutos, mirando el techo. ¿Conseguiría algo con aquello? Una vez más repasó los sucesos del día intentando recordar cualquier pista o indicación que pudiera ayudar a los carabinieri a reducir la búsqueda. Pero no tenía nada.

Entonces se dio cuenta de algo. Se habían llevado a Angela y eso significaba que también tenían el diario de la vampira. ¿Habría alguna información en él que sugiriera adónde ir a continuación? Si, por ejemplo, el diario mencionara otra tumba, y si la gente que había secuestrado a Angela estuviera buscando reliquias, podría sugerir a la policía que montaran guardia en esa ubicación.

Era una pista débil pero, por lo que Bronson sabía, era lo único útil que podía hacer.

Se levantó de la cama, sacó el portátil de Angela de su bolsa y lo enchufó a la red eléctrica. Angela no había apagado el ordenador y, tan pronto como levantó la tapa, el sistema se activó. Apareció un salvapantallas y, cuando Bronson tocó la barra espaciadora para desactivarlo, un cuadro de diálogo saltó pidiendo una contraseña. Dudó un par de segundos antes de escribir «SealChart» en el espacio y presionar la tecla «Entrar». Angela siempre usaba la misma contraseña (el nombre de la iglesia de Kent donde se casaron) y Bronson notó un repentino nudo en su garganta cuando el sistema aceptó la clave.

Angela, pensó. No puedo perderte ahora, no después de todo lo que hemos pasado. Voy a encontrarte aunque sea lo último que haga.

Marietta se sobresaltó cuando el estruendo resonó a través del sótano: sabía lo que significaba ese ruido. Se movió hasta el borde de la cama y se quedó allí sentada, esperando. Esta vez parecía que estaba bajando la escalera de caracol más de una persona.

—¿Qué pasa?

Benedetta parecía aterrorizada, y Marietta no se sentía mucho mejor.

—Es la puerta. Alguien viene —le contestó sin apartar los ojos de los pies de la escalera.

Los pasos se oyeron más cerca y dos hombres aparecieron en la cámara. Marietta estuvo a punto de llorar de alivio cuando vio que el guardia se acercaba a ella con una toalla y un cubo metálico cuyo contenido humeaba ligeramente.

El tipo fue directo hacia Marietta y colocó el cubo ante ella.

—Lávate —le ordenó bruscamente antes de marcharse.

El otro hombre, que al parecer había llevado otro cubo y toalla a Benedetta, salió tras él.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Benedetta, con la voz temblorosa por el miedo.

—Lo que ellos nos digan —le contestó Marietta.

Los guardias volvieron diez minutos después con dos bultos blancos. Lanzaron uno de ellos a la cama de Marietta y el otro sobre la de Benedetta. Uno de los hombres sacó una llave de uno de sus bolsillos y el táser del otro, y a continuación se acercó a Marietta.

—Dame tu mano izquierda —le dijo—. Voy a quitarte el grillete para que puedas cambiarte de ropa. Si intentas algo, probarás el táser de nuevo. ¿Entendido?

Marietta asintió.

—¿Qué me pongo? —preguntó—. ¿Y para qué?

—Ponte la túnica blanca que te he dado; tienes que prepararte para la ceremonia. Quítate el resto de la ropa. Toda; también la interior. Y a

continuación lávate de nuevo. Tienes que estar limpia.

Tras quitarle el grillete, retrocedió.

—Adelante —insistió—. No tenemos mucho tiempo. La ceremonia debe empezar a tiempo.

Bronson no consiguió avanzar más. No estaba familiarizado con el latín y se había pasado la mayor parte del tiempo leyendo la traducción de Angela de las páginas del diario, buscando algo (cualquier cosa) que pudiera darle una pista sobre su paradero. Miró la pantalla del ordenador, sin enfocar la vista, mientras repasaba mentalmente los sucesos de los últimos dos días y el macabro misterio en el que se habían visto involucrados. La tumba profanada, el diario de la vampira, la chica muerta del cementerio, los tres cadáveres en el interior del féretro, el robo en su habitación de hotel y, por último, el ataque de Bronson y el secuestro de Angela. Al repasar la secuencia completa de los sucesos, dos cosas le llamaron la atención.

Primero, era evidente que la tumba profanada y el diario de la vampira eran importantes, muy

importantes, para alguien. Estaba convencido de que la razón por la que lo habían atacado era para poder arrebatarse el diario. Pero lo que todavía no comprendía era por qué se habían llevado también a Angela.

Entonces recordó su conversación con el carabiniere en el cementerio de San Michele. Le había mencionado al italiano que Angela trabajaba para el museo Británico y, en realidad, ese podría ser un motivo. Tras el robo en el hotel, Bronson estaba bastante seguro de que alguien de la policía italiana había filtrado la información sobre el lugar donde se hospedaban. Quizá sus secuestradores también habían descubierto que era arqueóloga y creían que podía ayudarlos a traducir el texto del diario.

Era una exageración llegar a esa conclusión, pero ¿por qué otra razón querría alguien secuestrar a una mujer inglesa que apenas hablaba italiano? Bronson se sintió mejor casi inmediatamente, porque eso sugería una alternativa a la única otra razón por la que Angela podría haber sido

secuestrada: haber sido atrapada por el asesino en serie de Venecia. Y aquella era una posibilidad para la que no estaba preparado.

El segundo factor que le parecía obvio era que la Isola di San Michele, la isla veneciana de los muertos, estaba indisolublemente relacionada con lo que estaba pasando en la ciudad.

Esto hizo que Bronson pensara en las cuatro chicas cuyos cadáveres habían sido encontrados en el cementerio, y decidió echar un vistazo a las fotos que había tomado en la isla para ver si descubría alguna pista visible en los cuerpos. Mientras transfería las imágenes de su cámara al portátil (Angela ya había descargado al disco duro todas las fotos y vídeos de su cámara digital) tuvo que aceptar la posibilidad que había estado intentando evitar desde el ataque: que las chicas habían sido asesinadas por las mismas personas que estaban recopilando las reliquias vampíricas.

Dejó sus dudas a un lado y se concentró en las imágenes que estaban ya apareciendo en la pantalla del portátil. Después de que le quitaran la

grabación de la policía recuperando el cuerpo de la primera chica, había intentado usar la cámara tan disimuladamente como le había sido posible. El inevitable resultado era que el vídeo estaba movido y a menudo no mostraba la escena que estaba intentando captar.

Observó cuidadosamente a los dos hombres que emergieron tras la lona que hacía la vez de pantalla protectora portando el cuerpo en una camilla y después vio que un policía se acercaba para abrir la cremallera de la bolsa. La mata de cabello rubio de la chica muerta llenó la pantalla, ya que Bronson había usado el zoom de la cámara para enfocar su rostro. Durante un breve instante vio su frente, su ojo izquierdo, abierto (en el momento de la muerte los ojos no se cierran tranquilamente como hacen en las películas, sino que permanecen abiertos y fijos), el lateral de su rostro, su mejilla y parte de su cuello.

Algo le llamó la atención y retrocedió el vídeo hasta el punto en el que el policía abría la bolsa. A continuación lo reprodujo a cámara lenta. Esto lo

ayudó a clarificar lo que estaba viendo, pero todavía no podía estar seguro, así que lo reprodujo de nuevo, esta vez imagen a imagen.

Tres de ellas le ofrecían la vista más clara posible del rostro de la chica y las examinó una a una cuidadosamente, enfocando una zona concreta para estudiarla con mayor atención.

La piel de la chica estaba manchada, casi moteada de marcas oscuras, lo que Bronson supuso que era sangre o tierra del punto en el que había sido abandonado su cuerpo; la piel también mostraba las primeras señales de descomposición. Pero había varias marcas que no comprendía y que lo llenaron de inquietud.

Bronson cerró el vídeo y buscó en el disco duro hasta encontrar las fotografías que había tomado con la cámara de Angela del descubrimiento de los tres cadáveres en el cementerio y de lo que ocurrió a continuación.

La primera imagen que abrió fue la foto que había sacado a través del agujero en la losa de la tumba. Era, bajo cualquier punto de vista, una

fotografía extremadamente truculenta. La imagen mostraba los laterales de piedra de la tumba, el antiguo ataúd en el fondo y los putrefactos cuerpos desnudos de tres mujeres jóvenes sobre él. Aunque no era de extrañar, dadas las circunstancias en las que había tomado la fotografía, estaba un poco desenfocada y el resplandor del flash automático provocaba que algunas partes estuvieran tan iluminadas que apenas era visible algún detalle. Pero el cuerpo que estaba encima, el de la chica que había sido dejada la última en la tumba, estaba razonablemente claro. Bronson amplió la parte de la imagen que mostraba su cabeza y su cuello y la examinó atentamente durante algunos minutos. A continuación se echó atrás en su silla y negó con la cabeza. Lo que estaba viendo no tenía ningún sentido.

Al ampliar ambas imágenes había encontrado lo que parecía el mismo tipo de herida: en el lateral del cuello de las chicas había marcas de punción. Frunció el ceño. Cuando un animal muerde (un perro, un gato, un ser humano) debe usar tanto las

mandíbulas superiores como las inferiores. Si es lo suficientemente pequeño, el objetivo mordido debe tener marcas de ambos lados.

Las heridas de doble punción usadas por los directores de Hollywood para representar la mordedura de un vampiro son imposibles de hacer a menos que la boca del vampiro sea capaz de rodear por completo el cuello de la víctima, algo extremadamente improbable. De hecho, cualquier criatura con mandíbulas del tamaño y la forma de una boca humana, esté equipada con caninos de gran tamaño o no, dejaría una marca de mordisco totalmente distinta a las pulcras heridas de punción de la clásica mitología vampírica.

Una herida así estaría compuesta por dos marcas semicirculares dejadas por las mandíbulas, probablemente con heridas más profundas en el lugar donde los dientes más largos se hundieran en la carne. Y si el mordisco se daba con la suficiente fuerza, seguramente atravesaría la piel y la carne hasta dejar una herida casi circular. Y eso, se dio cuenta Bronson, era exactamente lo que estaba

viendo en esas fotografías.

Bronson estaba empezando a pensar que la gente que estaba buscando reliquias vampíricas estaba lejos de ser el grupo de chiflados inofensivos que Angela había creído. Fueran quienes fueran, habían ido mucho más allá de recolectar libros viejos y huesos antiguos.

Las chicas del cementerio podrían haber sido miembros entusiastas de la secta para las que todo había salido mal, pero Bronson lo dudaba. Era más probable que fueran víctimas inocentes con las que los vampiristas (a falta de un término mejor) se hubieran dado un banquete.

Aquella idea era totalmente ridícula, pero Bronson no dudaba de lo que había visto con sus propios ojos. Y lo que había visto en aquellas imágenes prestó una urgencia todavía mayor a su búsqueda de Angela, porque ahora no tenía ninguna duda de que estaba en las garras de un grupo de personas que había matado ya a al menos cuatro mujeres, y era de esperar que no tuviera ningún problema en incrementar ese número.

Lavarse usando solo un cubo de agua templada y una pequeña pastilla de jabón fue bastante difícil. Hacerlo delante de un extraño, de un hombre que miraba su cuerpo sin disimular su lujuria, fue una de las experiencias más desagradables de la corta vida de Marietta Perini.

Al principio hizo todo lo posible por esconder sus partes íntimas de su mirada, pero se dio cuenta rápidamente de que era imposible. Al final decidió ignorarlo, no mirar en su dirección y fingir que estaba sola. Cuando terminó y se secó, el guardia asintió.

—Muy bien —le dijo—. Ahora ponte la túnica. No te preocupes por la ropa interior; no vas a necesitarla.

Temblando de miedo, Marietta se puso la prenda por la cabeza y a continuación su captor volvió a ponerle el grillete de la pared del sótano.

Después se dirigió a la celda adyacente y repitió la operación con Benedetta, que al principio se negó en redondo a quitarse una sola prenda de ropa. Pero su resistencia terminó minutos después cuando habló el crepitar del táser. En cuanto se recuperó, se lavó y se puso la túnica blanca, pero Marietta podía oírla sollozando aterrorizada y furiosa mientras lo hacía.

Tan pronto como Benedetta terminó de vestirse, el guardia se giró para marcharse. Pero antes de llegar a los pies de la escalera de caracol, otro sonido rompió el relativo silencio del sótano. Alguien, o algo, estaba bajando las escaleras, aunque el sonido era más parecido a un arrastrar que a unos pasos.

Marietta miró hacia la escalera, intentando ver quién era. Entonces se dio cuenta de que el guardia parecía increíblemente incómodo, casi asustado. Había retrocedido hasta el muro opuesto y él, también, miraba fijamente la entrada del sótano.

Entonces una figura entró en la cámara. Envuelto en una túnica negra, con la caperuza bajada para

ocultar su rostro y sus manos invisibles bajo las largas mangas, el recién llegado avanzó un par de pasos antes de detenerse.

Marietta notó de inmediato un fuerte hedor, y entonces tuvo una sensación, una repentina e irracional percepción de abyecto terror. Nunca antes se había sentido como si estuviera en presencia de un mal tan implacable y concentrado. Y sabía que, fuera quien fuera, estaba mirándola directamente a ella. Podía sentir sus ojos, aunque ocultos bajo la caperuza, observándola de arriba abajo.

La figura se dirigió al guardia y le hizo una pregunta en voz baja y sibilante. Las muchachas no oyeron sus palabras. El guardia dio un par de pasos dubitativos hacia delante, señaló a Marietta y después habló:

—Esta es la chica Perini, maestro —dijo—; la otra es Constanta. Ella tiene el linaje más fuerte. Ambas tienen parentesco con los Diluca.

El individuo miró a las dos jóvenes y asintió, aunque la enorme capucha hacía imposible ver un

movimiento claro de su cabeza. Entonces se deslizó (aquella fue la palabra que brotó inadvertida en el cerebro de Marietta) por el suelo y entró en la celda de Benedetta. Se escuchó un repentino grito agudo seguido de unos sollozos aterrados.

El encapuchado apareció un par de minutos después y Marietta vislumbró su mano izquierda mientras pasaba junto a la entrada de su celda. Fue una visión fugaz, pero suficiente para darse cuenta de que tenía unas uñas inusualmente largas y la piel blanca moteada por manchas de la edad.

Señaló la celda de Benedetta y dijo algo en voz baja. El guardia asintió, pero no se movió hasta que el encapuchado cruzó hasta la entrada del sótano y desapareció.

Marietta fue la primera en encontrar su voz.

—¿Quién era ese? —preguntó.

—Probablemente sea mejor que no lo sepas —dijo el guardia—. Es mejor que nadie lo sepa.

—¿Estás bien? —preguntó Marietta tan pronto

como el guardia se hubo marchado—. ¿Qué te ha hecho ese hombre?

Durante un par de minutos, Benedetta no respondió. Cuando volvió a hablar, le temblaba la voz por el miedo y el asco.

—Me ha tocado, nada más. Me pasó los dedos por la mejilla, pero su mano era como hielo, estaba muy fría, y su respiración... Todo su cuerpo apestaba.

—Yo también lo he oído —asintió Marietta, y se estremeció al recordarlo—, pero no sabía qué era.

—Huele a carne podrida, como si tuviera gangrena o alguna enfermedad horrible. Cuando se acercó a mí, apenas pude contener el vómito. Y antes de eso el guardia me miró todo el rato mientras me lavaba. No he estado tan asustada en toda mi vida.

—¿Eso fue todo? ¿No te hizo nada más?

—No. Pero tengo la horrible sensación de que eso está a punto de cambiar. Creo que les han dicho que no se acerquen a nosotras, para que no nos mancillen. Estamos reservadas para una

especie de ceremonia especial, ¿verdad? Y va a celebrarse esta noche. ¿Por qué otra razón nos habrían ordenado que nos laváramos y vistiéramos con esta estúpida ropa? Oh, Dios, Marietta. No quiero asustarte, pero no creo que veamos amanecer.

Angela recuperó el sentido lentamente. Le palpitaba la cabeza y, cuando intentó mover las manos, no lo consiguió. Inexplicablemente, se mantenían en sus costados, como si estuviera sometida a algún tipo de atadura. También había algo atado alrededor de sus muslos, y podía sentir una gasa o venda que circundaba su cabeza, cubriéndole los ojos.

Notaba gente a su alrededor, oía movimiento y palabras en un idioma que no comprendía. Durante un par de minutos asumió que había tenido algún accidente y estaba en el hospital. Aquello, sin duda, explicaría los ruidos, pero no recordaba cómo había llegado allí.

¿Qué le había pasado? Recordaba estar en el hotel, recordaba haber dejado el edificio y haber caminado por las calles junto a Chris. Entonces las imágenes se volvían más confusas. Había un

hombre, y una puerta se había abierto de repente ante ellos. Y entonces había ocurrido algo más, pero no conseguía recordarlo. Otras figuras, hombres, la habían rodeado. Recordaba una habitación oscura, o quizá un pasillo, y después nada.

¿Dónde estaba Chris? ¿Y dónde estaba ella, por cierto? Al unir las piezas, Angela se quedó helada. No estaba en ningún hospital. Estaba en un sitio mucho, mucho peor.

El murmullo de voces a su alrededor fluctuaba. De lo único que estaba segura era de que estaban hablando en italiano. Aunque no lo entendía, reconocía la cadencia musical de la lengua.

Entonces sintió que unas manos hacían algo con las vendas que envolvían su cabeza. Momentos después se las quitaron y abrió los ojos.

Sobre ella había un techo blanco decorado con elaboradas cornisas y molduras y con una enorme lámpara de araña eléctrica que proporcionaba una brillante iluminación. Era el tipo de techo que esperarías encontrar en el salón de una mansión

inglesa. Pero de lo único que estaba segura era de que estaba muy lejos de Inglaterra.

Parecía estar acostada sobre su espalda en un amplio sofá. Tenía las muñecas atadas con una cuerda que también rodeaba la parte superior de sus muslos: un modo sencillo y efectivo de inmovilizarla. En un círculo alrededor del sofá había media docena de hombres bien vestidos que la miraban y hablaban en voz baja. Sus expresiones no eran hostiles ni amenazadoras: solo la miraban, contemplándola como si fuera una extraña forma de vida que no hubieran encontrado antes, lo que a Angela le pareció mucho más perturbador de lo que habría sido una agresión directa.

—¿Quiénes sois? —preguntó, con la voz rota por la tensión.

Pero los hombres siguieron observándola como si no la entendieran.

Angela lo intentó de nuevo.

—¿Dónde estoy?

—Estás en una isla de la laguna veneciana —le

contestó una nueva voz en un inglés de acento marcado, y el círculo de hombres se separó para admitir a otro individuo.

Iba, como el resto de hombres de la sala, elegantemente vestido con un traje oscuro. Parecía tener unos cuarenta años, tenía el cabello oscuro y la tez que caracterizaba a muchos italianos. Sus rasgos eran regulares, poco llamativos, casi agradables, pero sus ojos eran fríos y desapasionados.

Angela lo miró mientras se acercaba a ella. Concentró su atención en aquel hombre porque parecía ser el único de la habitación que entendía inglés, o al menos el único que lo hablaba.

—¿Qué isla? —preguntó.

—El nombre no es importante. Es una isla privada en un lugar aislado, muy aislado, de la laguna Veneta.

—¿Qué queréis de mí?

—Tu ayuda, al menos para empezar.

—¿Qué tipo de ayuda? —le preguntó.

—Profesional, por supuesto. Tu marido y tú os

llevasteis un libro que no era vuestro.

Levantó el frágil diario encuadernado en piel que Angela se había llevado de la vieja tumba de la Isola di San Michele.

—No creo que sea propiedad de nadie —replicó Angela, más molesta que asustada—. La tumba en la que lo encontramos tenía unos doscientos años de antigüedad, lo que significa que las cosas del interior no pueden pertenecer a nadie que siga vivo hoy día.

—No voy a discutir contigo el estatus legal de las posesiones de un cadáver —le espetó el hombre—. Hemos malgastado una considerable cantidad de tiempo y dinero intentando encontrar este diario, y resulta que te lo habías llevado tú.

Angela intentó sentarse, pero se dio cuenta de que era imposible. El hombre dio un par de instrucciones breves y dos de sus acompañantes le quitaron las ataduras y la ayudaron a apoyarse contra el respaldo del sofá.

—¿Por qué es tan importante para vosotros? —preguntó ella—. ¿Y quiénes sois, a todo esto?

—No es asunto tuyo.

De repente, Angela se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba su marido ni qué le había pasado.

—¿Dónde está Chris? —preguntó con voz aguda mientras la embargaba la ansiedad—. El hombre con el que estaba. No voy a hacer lo que queréis que haga hasta que me digáis qué ha sido de él.

El hombre sonrió, pero no fue una expresión de consuelo sino de apática diversión, el tipo de expresión que mostraría un padre indulgente frente a un hijo obstinado.

—No tengo ni idea de dónde está ahora ese hombre —dijo—. Ni siquiera sé si está vivo o muerto. Cuando mis hombres lo dejaron estaba inconsciente... Se llevó un golpe muy feo en la cabeza. Podría haber sido suficiente para matarlo o para causarle un daño cerebral, o quizá solo le dejó un mal dolor de cabeza. Sinceramente, ni lo sé ni me importa. Sencillamente, me es indiferente.

—A mí, no —replicó Angela.

—Bueno, lo será dentro de poco. Sabemos que

trabajas para el museo Británico de Londres y...

—¿Cómo sabéis eso? ¿Cómo sabéis que trabajo para el museo?

—Tenemos nuestras fuentes. Y esa es la razón por la que estás aquí. Supongo que has echado un vistazo al libro que te llevaste de la tumba. Si lo hiciste, sabrás por qué es importante. Y ahora nos proporcionarás una traducción de lo que dice.

Angela negó con la cabeza.

—No soy lingüista —dijo—. Yo trabajo con cerámica. Y, en cualquier caso, ese libro es solo un diario.

—¿Cómo sabes eso si no entiendes latín? —le preguntó el hombre amablemente.

—Vale, estoy familiarizada con el latín y traduje una parte. Pero lo que he dicho es cierto: es solo un diario.

El hombre negó con la cabeza.

—Es mucho más que un diario. La primera parte es una crónica de sucesos, sí, pero no es en esa parte en la que estamos interesados. En las últimas veinte páginas... Lo que hay escrito es muy

diferente.

—A esa parte solo le eché un vistazo —señaló Angela.

—Bueno, ahora vas a traducirla entera.

—¿Por qué? ¿Qué podría haber tan importante en un diario de doscientos años de antigüedad, lo suficientemente importante para justificar todo esto? —Angela hizo un gesto a su alrededor, señalando la casa y lo que hubiera fuera del edificio.

—Estamos buscando algo.

—Ya lo suponía. ¿Qué?

—Un documento original. Un documento que es más antiguo, cientos de años más antiguo, que este diario. Del siglo XII, de hecho.

A pesar de su situación y de su preocupación por Bronson, Angela notó que su pulso se aceleraba. Cuando la historia te atrapa jamás te deja marchar, y los textos antiguos siempre habían sido una fuente de fascinación para ella.

—¿Qué documento? —preguntó.

Una expresión que podría haber sido una sonrisa

apareció brevemente en el rostro del hombre.

—No sabemos cómo se llama, pero sabemos que existe. O que existió, al menos.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque hemos visto copias de copias de distintos fragmentos de él... Muchos de ellos contradictorios. Creemos que este diario podría indicarnos dónde encontrar el original.

Angela frunció el ceño.

—No lo comprendo. Este diario, o como queráis llamarlo, fue escrito por una mujer hace dos siglos y ha estado guardado en el interior de su tumba desde su muerte. ¿Cómo es posible que sepáis que contiene información sobre ese otro documento?

—Siempre hemos conocido la existencia del diario, pero no sabíamos dónde estaba. Los Paganini eran famosos en Venecia, y estudiamos sus archivos familiares. La tumba de Carmelita Paganini era el siguiente lugar donde queríamos buscar, pero no sabíamos dónde estaba.

—Creo que alguien borró su nombre de la losa que cubría la tumba —dijo Angela.

—Exacto. Carmelita fue una vergüenza en vida, e incluso más tras su muerte, al menos para algunos miembros de la familia Paganini.

—¿El ladrillo en la boca? ¿Pensaban que era una vampira?

—Eso fue un intento primitivo de destruirla, pero totalmente inútil. Carmelita Paganini no era una vampira... solo creía que lo era. Se pasó la vida intentando alcanzar esa grandeza, pero está claro que no fue así. Los huesos desmenuzados de su tumba son prueba suficiente de ello.

—¿Esa grandeza? —preguntó Angela.

El hombre sonrió de nuevo.

—Nos parece un término apropiado para referirse a una forma superior de vida, a algo sobrehumano.

Angela abrió la boca para replicar algo sarcástico, pero miró al resto de hombres a su alrededor y se lo pensó mejor.

—Entonces, ese documento original —dijo en su lugar—, ¿qué sabéis de él?

—No conocemos su nombre, así que lo llamamos

«la fuente». Fue escrito a principios del siglo XII, al parecer por un antiguo monje que vivía en lo que ahora es Hungría.

—Entonces también era Hungría —señaló Angela—. Es una de las regiones más antiguas de Europa.

El hombre se encogió de hombros.

—Lo que sea. Hemos encontrado varias referencias al respecto en diversos registros y algunas de ellas hablan de un libro escrito por Carmelita Paganini. Según una fuente contemporánea, ella no solo vio el texto original, la fuente, sino que incorporó algunos de los pasajes a su diario y sabía dónde estaba escondido. Por eso hemos puesto tanto ahínco en encontrarlo, y por eso nos ayudarás a traducirlo.

—¿Y por qué debería ayudaros? —preguntó Angela—. Me habéis atacado, y me habéis secuestrado. ¿Qué os hace pensar que voy a hacer algo por vosotros?

—Estoy seguro de que podremos persuadirte. Creo que eres diestra —contestó el hombre—, así

que empezaremos con tu mano izquierda.

Angela lo miró mientras su sangre se convertía en hielo.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—Deja que te lo enseñe —contestó él. Se dirigió a uno de los hombres y le dio unas breves instrucciones en italiano.

El hombre regresó un par de minutos después con un tarro con tapa de quince centímetros de alto y ocho o diez de diámetro. A Angela le pareció una versión más pequeña de uno de los viejos botes Kilner que su madre solía usar para envasar fruta al vacío. En el interior había un líquido casi incoloro en el que se amontonaban, sumergidos, varios pálidos objetos pequeños.

—¿Qué es eso? —preguntó Angela.

—Supongo que podríamos decir que son recuerdos —dijo el hombre, y acercó el tarro a Angela—. No eres la primera persona a la que hemos tenido que, ¿cómo podríamos decirlo?, motivar para que nos ayude con traducciones y otros asuntos.

Durante unos segundos, Angela miró sin entender los objetos del interior del tarro y después retrocedió con un gemido de asco. Lo que al principio había creído que eran verduras troceadas (zanahorias quizá, o nabos) eran en realidad falanges de dedos humanos.

—Cada vez que te niegues a hacer lo que te pidamos, te cortaremos una parte de uno de los dedos de tu mano izquierda —continuó el hombre—. No te desangrarás porque cauterizaremos la herida con un hierro candente. Uno de mis hombres disfruta especialmente con las amputaciones. Si está de buen humor usa una cizalla. Pero, si lo cabreas, te inmoviliza los dedos entre un par de trozos de madera y usa una sierra. Se tarda más y hay mucha más sangre, pero a él no parece importarle.

Angela apartó su aterrada mirada del repugnante contenido del tarro y fijó la mirada en el rostro del hombre.

—Eres un bastardo —murmuró.
El italiano negó con la cabeza.

—Los insultos no van a ayudarte. De hecho, ahora nada puede ayudarte. Nos has visto la cara y no podemos permitir que se lo cuentes a alguien.

Angela se quedó muda un par de segundos mientras asimilaba la amenaza. Porque aquello era lo importante. Había visto sus caras y sabía con aterradora certeza que jamás le permitirían salir viva de la isla.

El hombre, fuera quien fuera, le había comunicado informalmente su sentencia de muerte.

La puerta del sótano se abrió con un estruendo, la luz se apagó y la puerta se cerró bruscamente. Benedetta gritó por la conmoción y la sorpresa.

Marietta retrocedió en su cama. Era la primera vez que apagaban la luz desde la mañana después de su llegada, y eso la alarmó.

Durante un par de segundos el único sonido del sótano fue la respiración de las dos chicas.

—¿Qué va a pasarnos? —murmuró Benedetta con una voz apenas audible—. Estoy muy asustada. ¿Por qué se ha apagado la luz?

—No lo sé —contestó Marietta, temblando.

Un par de minutos después escucharon el conocido estruendo de la puerta de piedra sobre la escalera de caracol al abrirse de nuevo.

—Alguien viene —dijo Marietta—. Encenderán la luz antes de bajar.

Pero se equivocaba. Oyeron unos pasos bajando

las escaleras y vieron una parpadeante luz que se hacía más brillante a cada segundo. Entonces un individuo entró en el sótano.

Iba vestido con una túnica muy oscura, ceñida a la cintura con un cordón y con una caperuza que le cubría la cabeza. Era una infame parodia del hábito de un monje, pero Marietta no tenía duda de que sus pensamientos eran cualquier cosa excepto piadosos. El hombre sostenía una vela encendida en su mano derecha cuya vacilante llama proyectaba una luz intermitente sobre sus rasgos. Al mirarlo, horrorizada y muda, Marietta distinguió una nariz bulbosa y grande, una mandíbula marcada y unos ojos oscuros y hundidos.

Entonces descubrió que aquel hombre solo era el primero de una procesión formada por una docena de individuos vestidos con el mismo oscuro hábito; todos portaban una vela grande. Las diminutas y danzantes llamas amarillas (la única iluminación de la habitación) proyectaban un fantasmagórico halo en aquel extremo del sótano.

El tercer hombre en la hilera también llevaba una ornamentada caja de madera, más o menos del tamaño de dos cajas de zapatos y, al parecer, no demasiado pesada.

Desde su celda sin puerta, Marietta tenía una buena vista de lo que estaban haciendo. La hilera de hombres (porque estaba segura de que todos eran hombres) desfiló lentamente desde la entrada hasta el fondo del sótano, donde formaron un círculo alrededor de la mesa de piedra que allí había. Durante un par de segundos no pasó nada, pero después el individuo que sostenía la caja dio un paso adelante, la bajó con cuidado hasta la mesa y retrocedió de nuevo. El resto se mantuvo en silencio, aguardando expectante.

Un estruendo resonó a través del sótano: la puerta de las escaleras estaba cerrándose. Entonces Marietta escuchó otro sonido y literalmente se estremeció de terror. El ruido deslizante que venía de la escalera de caracol solo podía significar una cosa: el hombre que tanto las había asustado estaba de nuevo en la cámara.

Minutos después apareció en el sótano y un acre hedor llenó de repente el espacio cerrado.

El individuo se detuvo, miró las celdas donde las dos chicas estaban retenidas y avanzó hacia los hombres encapuchados, que hicieron una reverencia a su paso.

Ocupó su posición en el círculo, miró a sus compañeros y levantó su mano izquierda para hacer una señal al hombre que llevaba la pequeña caja. Este hizo una reverencia, se acercó a la mesa y levantó cuidadosamente la tapa.

Aquella acción fue una especie de desencadenante para que otro de los hombres abandonara el círculo y encendiera las seis largas velas sobre candelabros de un metro y medio de altura que iluminaron la mesa y permitieron que Marietta viera la escena con mayor claridad. Una vez terminada su tarea, el encapuchado volvió a su lugar en el círculo. Entonces, cuatro de los hombres sacaron un tramo de cuerda de sus túnicas y la pasaron a través de los agujeros de cada esquina de la mesa. A continuación, ellos también

volvieron a su puesto.

El silencio que acompañaba aquellas acciones inquietaba a Marietta. Era evidente que los encapuchados estaban siguiendo una secuencia de acciones predeterminadas y bien ensayadas. Nadie daba órdenes o instrucciones porque todos conocían su lugar y sabían cuál era su función.

El encapuchado que había llevado la caja sacó de ella un profundo cuenco que colocó sobre la mesa. A continuación extrajo un objeto corto con un extremo redondeado y lo colocó en el interior del cuenco. Cuando lo hizo, Marietta oyó el característico sonido de la piedra al golpear la piedra y, para su sorpresa, se dio cuenta de que lo que estaba mirando era un mortero y una mano.

Entonces elevó ambos brazos. Marietta podía notar la anticipación del resto.

Bajó las manos lentamente hasta el interior de la caja y sacó un objeto pequeño y redondo de color pardusco. Lo levantó sobre su cabeza y lo mantuvo allí unos segundos antes de colocarlo en la mesa ante él.

De repente, Marietta descubrió qué era. Los huecos vacíos de las cuencas de los ojos, las dos líneas verticales que señalaban la posición de la nariz y la recta blanca de los dientes eran inconfundibles. El objeto que veneraban era un cráneo humano.

Lo que ocurrió a continuación fue incluso más extraño. El hombre que sostenía la calavera sacó unos alicates del bolsillo de su túnica y los usó para desprender un pequeño trozo de hueso que cogió para mostrar al resto de los presentes. Lo colocó en el mortero y empezó a molerlo. El sonido de la operación de triturado resonó por toda la cámara.

Después de un par de minutos entregó el mortero y los alicates al hombre que estaba a su lado. Este cogió el mortero con ambas manos, lo elevó y el resto de hombres bajó la cabeza. A continuación se acercó al que había llegado en último lugar, el que parecía el líder, hizo una reverencia y le mostró el mortero. El encapuchado miró con atención el contenido e inclinó la cabeza, tras lo cual el

hombre que sostenía el mortero hizo una reverencia más, caminó lentamente de vuelta a su puesto y colocó el objeto sobre la pequeña mesa de piedra a su espalda, una mesa que Marietta había visto cuando entró por primera vez en el sótano.

En aquel momento, la atmósfera cambió y una excitación casi palpable pareció emanar de los silenciosos individuos. El cabecilla de los encapuchados inclinó la cabeza brevemente y volvió a su puesto. El resto le devolvió el gesto y se alejó de la mesa. Entonces, el líder siseó una única orden que Marietta oyó con claridad:

—Traed a la primera chica.

Dos de los hombres hicieron una reverencia, abandonaron el grupo y caminaron hacia las celdas donde estaban Marietta y Benedetta. La primera retrocedió tanto como pudo y se agarró al cabecero de la cama con ambas manos, decidida a no rendirse con facilidad. Los hombres la ignoraron y entraron en la celda de Benedetta.

La otra chica aulló de terror y sus gritos

resonaron por el sótano. Marietta esperaba oír el crepitar del táser, pero los dos hombres sacaron a la joven de la celda a la fuerza. Cuando pasó ante el habitáculo de Marietta, retorciéndose y gritando, Benedetta la miró con ojos horrorizados, como si le suplicara que la rescatara. Pero Marietta no podía hacer nada por ella.

Los dos hombres se detuvieron ante la mesa; sostenían con firmeza las muñecas y brazos de Benedetta. Se acercaron dos encapuchados más, uno por delante y otro por detrás, y agarraron la túnica blanca de la joven. Tiraron a la vez del material y las dos mitades de la prenda se separaron, dejando a Benedetta totalmente desnuda.

Al ver el cuerpo sin ropa de la joven por primera vez, los hombres que rodeaban la mesa contuvieron la respiración. Marietta se dio cuenta de inmediato de que era preciosa.

Temblando, Marietta tanteó las costuras de la túnica que llevaba puesta. Eran gruesas y abultadas y, cuando tiró de una de ellas, emitió un

característico sonido. Según parecía, las uniones estaban hechas de velcro para que la túnica pudiera arrancarse de ese modo.

Marietta no podía apartar los ojos de la escena que estaba desarrollándose ante ella. Tras ser desnudada, Benedetta había empezado a gritar con mayor fuerza y terror. Pero, a pesar de los alaridos y forcejeos de la chica, el ritual continuó con la misma disciplina y organización. Los encapuchados empujaron a Benedetta hacia la mesa hasta que sus glúteos presionaron la piedra. Dos hombres más se acercaron, la agarraron por los tobillos, la levantaron entre todos y la depositaron en el centro de la mesa mientras se retorció, en vano.

Entonces quedó clara la función de las cuerdas en la mesa, aunque Marietta descubrió en ese momento que en realidad eran cinturones de cuero. Con la facilidad que da la práctica, los hombres que sujetaban a Benedetta colocaron rápidamente los cinturones alrededor de sus tobillos y muñecas. En cuestión de segundos la chica quedó atada a la

mesa, con los brazos y piernas en cruz, tan desvalida como una mariposa clavada a una tabla. Pero seguía retorciéndose y gritaba intentando escapar de sus ataduras.

Los individuos de oscuras túnicas que rodeaban la mesa no parecían oírla; no dejaban de mirar su tembloroso cuerpo desnudo bajo la parpadeante luz de las velas que todavía sostenían, y que proporcionaba a sus rasgos un aura demoníaca.

Otros dos hombres se detuvieron a cada lado de la cabeza de Benedetta, y Marietta descubrió entonces que descansaba sobre la pequeña extensión de piedra en la que se había fijado la primera vez que vio la mesa. Y de repente, el propósito de la mesa quedó claro. Uno de los hombres inmovilizó la cabeza de Benedetta mientras el otro rodeaba con un cinturón de cuero tanto su frente como la piedra y después lo ceñía para evitar que se moviera.

Un encapuchado más se acercó a la mesa con un embudo y una pequeña botella. Se acercó a la cabeza de Benedetta, le puso una mano en la

barbilla para obligarla a abrir la boca e introdujo el embudo entre sus dientes. Entonces quitó el tapón de la botella y vertió un líquido blanco por el instrumento cónico.

Benedetta tosió y se atragantó, pero el hombre no quitó el embudo hasta que hubo vaciado la botella.

De inmediato, la chica comenzó a gritar de nuevo mientras escupía parte del líquido blanco. Pero entonces el hombre que le había puesto el cinturón alrededor de la cabeza sacó un trozo de tela blanca, la colocó sobre su boca y la aseguró con cinta adhesiva.

Aterrorizada y asqueada, Marietta no podía dejar de observar la escena que estaba desenvolviéndose ante ella, de la desvalida y luchadora chica a la que apenas conocía y de la frialdad y arrogancia de los hombres (trece, según contó entonces) que la rodeaban. Esos hombres estaban a punto de hacer algo horrible a su víctima inocente, y Marietta temía que también ella se enfrentaría al mismo destino unos minutos después.

Los gritos de Benedetta se redujeron a poco más

que gemidos y los silenciosos encapuchados se acercaron más a ella, tanto que cualquiera de ellos podía extender la mano y tocar su cuerpo. Pero Marietta pensaba que la violación no era su objetivo. Eso, al menos, era un pequeño alivio. Aunque ni siquiera pudo aferrarse a esa idea, porque el líder ordenó algo al hombre situado a su derecha y este, a su vez, señaló a dos de los encapuchados.

Uno de ellos hizo una reverencia, entregó su vela al individuo que había a su lado, salió del círculo y se quitó la túnica por la cabeza. Estaba desnudo, a excepción de las sandalias, y Marietta descubrió que estaba totalmente preparado para el acto que estaba a punto de llevar a cabo. Dobló su túnica, la colocó entre las piernas de Benedetta a modo de cojín para sus propias rodillas, sacó un preservativo, se colocó sobre la chica y la penetró.

El segundo hombre también se quitó la túnica, abrió un pequeño paquete, sacó un preservativo y esperó su turno junto a la mesa.

Marietta podía oír los aullidos amortiguados de Benedetta incluso a través de la mordaza, pero entonces su atención se concentró en el líder de los encapuchados, que se había unido a los demás por primera vez alrededor de la mesa. Se detuvo junto a la cabeza de la joven, al lado de otro hombre que llevaba un enorme cuenco de cerámica blanca. Marietta se dio cuenta de que los hombres alrededor de la mesa no estaban mirando a la chica, sino concentrados en lo que su líder estaba a punto de hacer.

Intentó ver qué estaba ocurriendo, pero el encapuchado se encorvó y su cuerpo bloqueó la escena por completo. Lo que hizo a continuación provocó otro agónico gemido de Benedetta.

El sótano estaba casi en silencio; solo se oían los embates rítmicos del hombre desnudo sobre Benedetta y los amortiguados gritos de dolor de la chica. Entonces Marietta oyó un nuevo sonido, una especie de ruido de succión.

Y en ese momento, el líder se apartó de la mesa y miró a Marietta. La chica retrocedió,

conmocionada. Incluso en la tenue luz del sótano, iluminado solo por las titilantes velas, podía ver con claridad sus largos y afilados caninos, blancos y brillantes. Tenían que ser falsos, algo que se había colocado en la boca para la ceremonia; tenían que serlo. El cerebro de Marietta no podía aceptar ninguna otra explicación.

Por un instante pensó que tenía barba y más tarde se dio cuenta, con una sacudida de terror, de que la coloración oscura, casi negra, que cubría su barbilla y los laterales de su boca era por la sangre fresca.

Marietta vio por fin el espantoso destino que la aguardaba: en el lateral derecho del cuello de la chica había una herida redonda, y su sangre fluía de ella hasta el cuenco que habían colocado debajo.

Marietta no pudo evitarlo. Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un grito atronador, un aullido de terror absoluto y de completo espanto. Los hombres se giraron al unísono para mirarla, incluso el que estaba sobre Benedetta, y su líder

respondió con un ademán furioso.

Uno de los hombres del grupo caminó rápidamente hasta su celda, agarró el cuello de su túnica y tiró de él. Las costuras se separaron inmediatamente para revelar su torso desnudo. Sacó un táser de su bolsillo, la agarró por la garganta para que no pudiera apartarse, colocó los electrodos del instrumento entre sus pechos y apretó el gatillo.

Una descarga atravesó su cuerpo. Sus extremidades se sacudieron entre espasmos y un segundo después se derrumbó hacia atrás y cayó al suelo, inconsciente.

Bronson apenas consiguió dormir. Cada vez que cerraba los ojos aparecía en su mente una espeluznante imagen a todo color de Angela sangrando por una herida abierta en su cuello. Justo después de las seis de la mañana se rindió, salió de la cama y se preparó para lo que el día pudiera depararle.

Era plenamente consciente de que no había nada útil que pudiera hacer. El destino de Angela estaba en las manos de los carabinieri, y lo que más le preocupaba era saber que alguien de la policía estaba filtrando información a sus captores. Pero no había nada que pudiera hacer al respecto, porque en Italia no tenía autoridad y estaba lo suficientemente familiarizado con la laberíntica burocracia italiana para saber que con una denuncia no conseguiría nada más que imposibilitar cualquier futura cooperación con los

carabinieri.

Por lo que Bronson sabía, lo único que podía hacer era examinar de nuevo el diario que Angela había encontrado en la tumba de la Isola di San Michele e intentar encontrar algo en él, alguna pista, que lo ayudara a dar con ella. No tenía demasiados conocimientos de latín, aunque sabía que el italiano que tanto le gustaba derivaba de él. Pero Angela había descargado un diccionario de latín de algún sitio de Internet y supuso que podría usarlo para traducir algunas de las entradas del diario.

Encendió el portátil de Angela, comprobó que su teléfono tenía buena cobertura y se marchó de la habitación, cerrando la puerta al salir.

Era el primer huésped que bajaba al comedor a desayunar. No tenía hambre (rara vez tenía apetito por las mañanas) pero sabía que debía comer algo. Se sirvió una taza de café y cogió un par de cruasanes. Ocupó su mesa habitual y desayunó mientras observaba el bullicio de la mañana a través de la ventana. Antes de regresar a su

habitación, se tomó una segunda taza de café.

Lo primero que hizo fue leer todas las notas y traducciones de Angela. Había hecho lo mismo el día anterior, pero no había encontrado nada importante. A continuación empezó a traducir algunas frases en latín de las últimas páginas del cuaderno. Como Angela había dicho, la mayor parte del texto eran entradas de un diario, pero al final encontró una sección que parecía totalmente diferente. No había fechas ni lugares, solo párrafos de apretada escritura.

Bronson miró aquellos párrafos durante un par de minutos; reconoció una palabra y decidió que probablemente merecía la pena intentar traducir el texto. Pero apenas había empezado cuando sonó su teléfono móvil.

Durante un segundo, su corazón se desbocó en su pecho. ¿Sería Angela, llamando para informarle de que sus captores la habían liberado?

—Chris Bronson —dijo.

Se produjo una pausa y después una voz le habló en inglés con un fuerte acento italiano.

—¿Signor Bronson? Me llamo Filippo Bianchi, soy investigador de la policía veneciana. Tengo malas noticias para usted.

—Dígame —contestó Bronson en italiano mientras se sentaba pesadamente en la cama.

—Siento tener que decirle esto, pero acabamos de encontrar un cuerpo —le contestó Bianchi en su idioma natal— que coincide con la descripción que nos proporcionó de su exmujer. Me gustaría que viniera a la comisaría de policía de San Marco, que está cerca del depósito, para identificar el cadáver.

El tiempo parecía haberse detenido y Bronson tenía la extraña sensación de que la habitación estaba cerrándose a su alrededor, constriñendo su pecho y extrayéndole el aliento del cuerpo. Durante unos segundos abrió y cerró la boca sin que emergiera ningún sonido. Un estruendoso y continuo pitido resonó en sus oídos.

Entonces recuperó el control y tomó aire profundamente. Se dio cuenta de que estaba agarrando el teléfono tan fuerte que sus dedos

estaban presionando algunas teclas. Relajó la mano ligeramente y el pitido cesó. Miró la pared opuesta mientras una oleada de emociones lo atravesaba.

—Deme la dirección —dijo, y anotó lo que Bianchi le dijo. A continuación colgó.

Durante un par de segundos, Bronson se quedó inmóvil en la cama con el teléfono todavía en la mano. *Esto no puede estar pasando*, se dijo a sí mismo. Angela no podía estar muerta. Su semana de vacaciones en Venecia (un sencillo respiro de la rutina de Inglaterra) se había convertido en una pesadilla que parecía no terminar nunca.

Entonces se recompuso. No quería ir a la comisaría ni al depósito, pero sabía que no tenía opción. Abrió el mapa de Venecia y encontró rápidamente la ubicación de la comisaría. Lo dobló, se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y bajó de nuevo a recepción.

Diez minutos después, Bronson subió a la lancha pintada de rojo que la recepcionista del hotel

había alquilado para él. Puso en marcha el motor y se alejó de la orilla del canal.

Era todavía temprano y el tráfico acuático era moderado aunque, como siempre, las calles alrededor de los canales estaban abarrotadas de peatones, muchos de ellos turistas. Menos de un cuarto de hora después de salir del hotel, amarró la lancha en un muelle a unos cien metros de la comisaría y caminó lentamente hasta el edificio, retrasando de forma inconsciente el momento de su llegada, como si eso pudiera cambiar el resultado.

El depósito estaba en el edificio contiguo. Bianchi, que había estado esperándolo junto al mostrador de recepción de comisaría, condujo a Bronson hasta allí. Era un hombre de constitución fuerte de cincuenta y tantos años al que Bronson reconoció inmediatamente: había sido el oficial al mando de la investigación tras el hallazgo de los tres cadáveres que Angela y él habían encontrado en la tumba de la Isola di San Michele.

No era la primera vez que Bronson visitaba un depósito, aunque nunca había estado en la posición

en la que se encontraba entonces; normalmente era el oficial que esperaba a que el ansioso familiar confirmara la identidad del cadáver bajo la sábana blanca. Se dio cuenta inmediatamente de que los italianos hacían las cosas de un modo muy parecido a los británicos.

En la sala hacía frío, mucho más frío del que emitía el aire acondicionado de los pasillos que conducían al depósito, pero no fue solo el gélido ambiente lo que hizo que Bronson se estremeciera. Era un pequeño espacio cuadrado con tres paredes pintadas de blanco y la cuarta totalmente invisible tras una cortina de color violeta oscuro que ocultaba las cámaras frigoríficas que contenían los cuerpos. Un crucifijo grande y sencillo adornaba la pared junto a la puerta, y una hilera de media docena de sillas de metal y plástico de aspecto incómodo se alineaba en la pared contigua.

Se fijó en todo aquello tan pronto como entró, pero lo que apresó y mantuvo su atención fue el cadáver tapado que yacía sobre la camilla en el centro de la habitación.

Bianchi se detuvo en un extremo de la camilla con un trabajador del depósito a su lado. Bronson se acercó al cuerpo.

—¿Está preparado, signor Bronson? —le preguntó el oficial.

El aludido tomó aliento profundamente y asintió.

El agente de policía le hizo una señal al operario, que quitó un imperdible de la sábana que cubría el cadáver y retiró cuidadosamente la parte que ocultaba el rostro.

Lo primero que Bronson vio fue el cabello: rubio hasta los hombros, como Angela lo llevaba normalmente. Después su mirada se movió lentamente por su rostro, fijándose en los ojos cerrados, en la pequeña nariz y en la amplia y exuberante boca. Dio un paso más hacia la camilla y, durante un largo momento, miró el pálido rostro de la mujer, su piel blanca y cerosa.

—Signor Bronson, ¿puede confirmar si esta joven es o no su esposa? —le preguntó Bianchi en voz baja.

Bronson miró al policía y al serio y mudo

operario de la morgue que estaba a su lado.

—Sí —dijo—. Puedo.

Marietta despertó lentamente en la oscuridad del sótano. Durante un par de segundos no recordó dónde estaba, pero movió el brazo izquierdo y el traqueteo de la cadena y el grillete los devolvió a la espantosa realidad.

Instintivamente miró su muñeca, pero le habían quitado el reloj y no tenía ni idea de qué hora del día o de la noche era. Lo último que recordaba era el ataque del taser, una descarga eléctrica tan poderosa que había perdido la consciencia. Pero también sabía, debido a su experiencia previa con el arma, que se recuperaba con bastante rapidez. Así que algo más debía haberle pasado después, porque el sótano estaba tranquilo, en silencio y totalmente a oscuras, y no veía ninguna señal de los taimados y malévolos encapuchados que la habían aterrado.

¿Y qué había sido de Benedetta? La última

imagen que se había grabado a fuego en su cerebro era de la chica atada a la mesa, siendo violada salvajemente mientras recogían la sangre que fluía de la herida de su cuello. ¿Había sobrevivido, o estaría muerta? ¿Estaría enfriándose su cadáver sobre la mesa de piedra, o en la cama de madera de la celda contigua?

—¿Benedetta? —susurró Marietta. No obtuvo respuesta. Repitió el nombre, elevando la voz. Nada. Mientras los ecos de su llamada se desvanecían, un profundo silencio cayó de nuevo. Parecía que estaba totalmente sola.

Las lágrimas llenaron sus ojos y el pánico la apresó mientras recordaba cómo había sufrido Benedetta a manos de sus captores. Y con ese recuerdo empezó a sentirse confusa. Como ambas habían sido preparadas para la ceremonia, Marietta había dado por sentado que, cuando los hombres terminaran con Benedetta, ella sufriría el mismo destino.

Levantó la mano y se tocó el cuello. Recorrió la piel de ambos lados con delicadeza. Se sentía

dolorida, pero eso no la sorprendía: recordaba con viveza al hombre que la había agarrado por la garganta y le había disparado con el táser, pero no encontró rastro alguno de una herida o algún otro daño. Y sabía que no la habían violado. Así que, tras terminar con Benedetta, no habían ido a por ella. ¿Por qué no? ¿Y por qué había permanecido inconsciente durante tanto tiempo?

Exploró su cuerpo cuidadosamente con la mano derecha. Estaba desnuda (le habían arrancado la túnica blanca tras la descarga del táser) y alguien la había recostado sobre la cama y la había tapado con la áspera manta. Se tanteó el brazo izquierdo. Le dolía el interior del codo, donde las venas corren cerca de la superficie de la piel, y supuso que le habían puesto una inyección para dejarla fuera de combate.

Pero eso no explicaba por qué no había sido violada y desangrada hasta morir. ¿Habían sido interrumpidos? Eso era bastante improbable, porque estaban en una isla de la laguna veneciana a la que solo podía accederse por barco o quizá

por helicóptero. Sabía que no había casi ninguna posibilidad de que alguien apareciera allí inesperadamente.

De hecho, solo se le ocurría una razón por la que estaba todavía viva: los hombres encapuchados habían conseguido suficiente sangre de Benedetta para saciar sus repulsivos deseos y no habían necesitado la suya. En ese caso, Benedetta seguramente estaría muerta.

Marietta se estremeció. Le habían concedido una prórroga temporal pero, aunque aplazada, una muerte violenta llegaría a ella tan inevitable como la noche tras el día. De hecho, suponía que le quedaban menos de veinticuatro horas de vida.

Aquella certeza la golpeó con fuerza. Desde su secuestro había estado aferrándose a la esperanza de poder escapar de algún modo, pero lo que había visto horas antes había extinguido incluso aquel débil consuelo.

Temblando de miedo, Marietta se acurrucó debajo de su áspera y húmeda manta y apretó los ojos con fuerza. Al ceder a la total desesperación

que la abrumaba, los sollozos comenzaron a sacudir su cuerpo.

En el depósito, los tres hombres que rodeaban la camilla miraban el cuerpo violado que yacía en ella, pero sus pensamientos y sentimientos eran muy diferentes. Bianchi se mostraba reservado, profesionalmente distante, preocupado por la adecuada identificación de la joven cuya muerte tenía que investigar. El operario de la morgue parecía aburrido. Pero Bronson estaba temblando de emoción, tanto que apenas consiguió escuchar las siguientes palabras de Bianchi y el inspector tuvo que repetir lo que había dicho.

—Entonces, ¿confirma que este es el cuerpo de su esposa, Angela Lewis? —preguntó de nuevo en voz baja.

—No —contestó Bronson, con mayor seguridad de la que sentía—. Puedo confirmar que nunca antes había visto a esta mujer. Sin duda, no es mi esposa.

—Pero creí... Quiero decir, encaja con su descripción. El cabello, los ojos, el tono de piel...

—Se parece, pero no es Angela.

Bronson volvió a mirar el cadáver que tenía delante y extendió la mano hacia el cuello, que estaba envuelto en una venda acolchada. Inmediatamente, el trabajador del depósito lo hizo retroceder y volvió a colocar la venda en su lugar, pero Bronson ya había visto suficiente.

En el cuello de la chica había una enorme herida ovalada rodeada de cortes y magulladuras cuya sangre se había tornado de un apagado tono marrón rojizo.

—Signor Bronson —le espetó Bianchi—, le ruego que recuerde dónde se encuentra. No intente tocar el cadáver.

Bronson lo miró sin emoción.

—Tiene la piel muy pálida —dijo. Señaló el vendaje que el operario todavía estaba recolocando—. ¿Fue asesinada como las demás? ¿La desangraron a través de esa herida en el lateral de la garganta? ¿Por eso la han tapado con

esa venta?

Bianchi lo miró con hostilidad.

—¿De qué está usted hablando?

—Fui yo quien encontró los tres cadáveres en el interior de la tumba de la Isola di San Michele, de cuya investigación estaba usted a cargo —le contestó Bronson—. Soy policía y, tras oler a carne podrida, tomé una fotografía a través del agujero de la losa que cubría la tumba. Cuando miré la foto después, vi con claridad una marca igual que esa en el cuello de todas las chicas. — Señaló el cadáver bajo la sábana—. Y vi lo mismo en el cadáver de la otra chica que sus hombres se llevaron de San Michele. Yo no la encontré, pero estuve presente cuando levantaron su cuerpo.

Bronson se detuvo; miró de nuevo a la chica de la camilla, y después a Bianchi.

—Lo que está ocurriendo aquí, en Venecia, es obra de un asesino en serie —añadió. Pero entonces negó con la cabeza—. No, de hecho es algo mucho más complicado. Creo que hay un grupo que está secuestrando chicas y

succionándoles la sangre antes de abandonar los cadáveres.

Para entonces, Bianchi había recuperado su compostura.

—Lo que está diciendo no es más que una fantasía producto de su imaginación, signor Bronson. Han desaparecido algunas jóvenes, es cierto, y desgraciadamente hemos descubierto algunos cadáveres, pero todo eso de la succión de la sangre es un sinsentido.

El operario del depósito empezó a tapar el rostro de la joven muerta con la sábana una vez más, pero Bronson lo detuvo de nuevo.

—Entonces quite ese vendaje para que todos podamos ver el cuello de la chica —le espetó—. Si me estoy inventando todo esto, podrá contarme cómo murió exactamente, y en su cuello no encontraremos ninguna herida.

—Yo no tengo que demostrarle nada, signor Bronson —le respondió Bianchi con brusquedad—. Le pedí que viniera aquí porque creía que este cadáver podía ser el de su compañera

desaparecida. Me alegro de que no lo sea, por supuesto, pero todavía tengo que identificar a esta joven y dar la noticia a su familia. No estoy dispuesto a discutir cómo murió, ni con usted ni con ningún otro civil. Y aquí, en Venecia, que es donde está, signor Bronson, usted no es más que un civil, un turista. Le sugiero que no lo olvide.

—Sé perfectamente cuál es mi estatus en Italia, pero también sé que, si esa chica no tuviera una herida en el cuello, estaría encantado de enseñármelo solo para demostrar que me equivoco —replicó Bronson, y señaló la silueta cubierta por la sábana—. He visto su herida; sé que murió a manos de esos lunáticos. Y con ella son al menos cinco las víctimas que han sido asesinadas del mismo modo: pérdida de sangre masiva debido a algún tipo de incisión en el cuello, como las heridas que supuestamente infligen los vampiros de las obras de ficción.

Bianchi levantó un dedo de advertencia.

—Signor Bronson, le sugiero que se abstenga de repetir lo que acaba de decir. Si los periódicos

comienzan a publicar historias sensacionalistas, sabré exactamente de dónde han sacado la información y estaré encantado de arrestarlo.

—¿Con qué cargos? —preguntó con tranquilidad.

—Ya se me ocurrirá algo. Ahora le sugiero que salga de aquí antes de que diga nada de lo que pueda arrepentirse.

Una hora después, Bronson estaba de vuelta en su habitación de hotel. Tenía la certeza de que el diario que Angela se había llevado era la clave de su secuestro, así que estaba ansioso por seguir trabajando en él. Cerró la puerta a su espalda, encendió el ordenador de Angela y abrió la imagen escaneada de la última parte del libro, la sección que claramente no había sido escrita en forma de diario. A continuación buscó la traducción de Angela de la primera parte del texto y la leyó de nuevo. Recordaba que una palabra parecía repetirse una y otra vez, una palabra que Angela había traducido como «la clave», aunque no encajaba demasiado bien en algunas de las frases

traducidas al inglés.

Sin embargo, era obvio que ella había estado trabajando en el libro la tarde anterior y que había transcrito algunas páginas más del texto en latín, aunque ninguna de ellas parecía especialmente útil. También había revisado los párrafos que mencionaban la tumba de «los ángeles gemelos» y había decidido que un significado más preciso para «la clave» podía ser «la fuente».

Bronson leyó de nuevo los párrafos que Angela había traducido. El texto solo concretaba una cosa: la tumba de los ángeles gemelos, el enterramiento que creían haber encontrado en el cementerio de la Isola di San Michele, contenía «la clave» o «la fuente» o lo que significara en realidad la palabra en latín que la mujer había escrito en el diario.

Era extraño, pensó Bronson, el modo en el que la Isla de los Muertos parecía estar íntimamente relacionada con los sucesos en los que se habían visto involucrados en Venecia. El puzle había comenzado con la tumba rota y el esqueleto mutilado, pero el cementerio había sido además el

lugar elegido por los asesinos para abandonar los cadáveres de las jóvenes. Y, por supuesto, el diario de la vampira provenía de la primera tumba y contenía referencias a al menos otra sepultura de San Michele.

De un modo u otro, la isla y su antiguo cementerio estaban inextricablemente relacionados con los sucesos actuales. *Quizá, pensó Bronson, debería volver allí, echar otro vistazo a esa tumba de los ángeles gemelos y ver si puedo encontrar algo útil en las inscripciones de la antigua piedra.* No era un gran plan y no estaba seguro de que fuera a servir de algo, pero seguramente sería mejor que quedarse sentado en su habitación de hotel intentando traducir un viejo texto en latín.

Apagó el ordenador, comprobó que llevaba su cámara y sus prismáticos, cogió su chaqueta de cuero del armario y bajó a recepción.

Media hora después estaba de nuevo ante el panel de mandos de su lancha roja, dirigiendo el pequeño navío en dirección noroeste a través de

las agitadas aguas de la laguna veneciana.

Aparte de un par de visitas al aseo, situado en la misma planta, que tenía una ventana enrejada y ningún pestillo o cerrojo y al que siempre iba acompañada por uno de sus mudos y serios guardianes, Angela no había abandonado la elegante sala desde su llegada. Al anochecer le pusieron delante una bandeja con comida, y alrededor de medianoche había intentado dormir un poco en el amplio sofá frente a la chimenea.

Pero aquella tarde no había estado desocupada. Su cortés aunque indescriptiblemente amenazante captor se había ocupado de ello. Finalmente se había presentado como «Marco», pero Angela no sabía si aquel era su verdadero nombre o solo algo que se había inventado.

Tan pronto como le mostró su espantosa colección de «recuerdos», Angela se dio cuenta de que la cooperación con sus captores no era

opcional: era totalmente necesaria si quería evitar la agónica mutilación que el grupo era, claramente, capaz de infligir. Así que, cuando Marco le preguntó si estaba preparada para terminar la traducción, asintió.

La hizo sentarse en una silla giratoria de cuero ante un enorme escritorio de roble, una pieza de mobiliario incongruentemente moderna en la elegante y clásica habitación. Incluso los pocos pasos que dio por el pulido suelo de madera la hicieron sentirse tan indefensa como un gatito: al parecer le habían suministrado un cóctel de medicamentos para mantenerla sometida mientras la llevaban a la casa (estuviera donde estuviera) y su cuerpo todavía sufría las secuelas. Sabía que tratar de enfrentarse a sus captores o huir sería totalmente inútil. Antes de intentar escapar tendría que esperar a recuperar las fuerzas. También tendría que descubrir mucho más sobre la casa en la que la mantenían prisionera, y sobre su ubicación. Y, especialmente, sobre lo que había al otro lado de la ventana.

En el escritorio había una selección de libros de referencia, casi todos en inglés, media docena de lápices, casi media resma de papel, el desvencijado diario con cubierta de cuero y dos montones separados de páginas que inmediatamente descubrió que eran fotocopias de algunas entradas del diario.

Marco le señaló los dos montones de páginas.

—Ignora el de la izquierda —le dijo—. No son más que relatos de la vida de Carmelita, curiosos, pero poco importantes para nosotros. Estamos interesados en el otro. Puedes empezar a traducir inmediatamente.

Angela negó con la cabeza.

—Necesitaré un diccionario de latín —dijo—. No tengo vocabulario suficiente para traducir esto. ¿Podrías buscarme uno en Internet?

—No vamos a dejar que te acerques a un ordenador —le contestó Marco, riéndose. Luego buscó rápidamente en el montón de libros sobre el escritorio y eligió un diccionario latín-italiano.

Angela abrió la boca para señalar que ella no

hablaba italiano pero, antes de que pudiera decir nada, él ya había sacado otro diccionario, esta vez una versión latín-inglés, y las palabras de protesta murieron en su garganta.

—¿Y cuando haya terminado? —preguntó Angela—. Entonces, ¿qué? ¿Me dispararás? ¿Será eso lo que pasará?

Marco negó con la cabeza.

—Creo que encontraremos un modo más interesante de enviarte al otro mundo —le dijo—. Pero tengo buenas noticias para ti.

—¿Cuáles?

—Si haces un buen trabajo, seguirás viva mañana. Pero después no puedo prometerte nada. Y, antes de que empieces a trabajar, deja que te diga que ya hemos traducido parte del texto, así que sabremos si tu versión es precisa.

—Si ya lo habéis hecho, ¿para qué me necesitáis? —le preguntó Angela.

—En tu idioma existe una expresión sobre un caballo regalado. Si no te necesitáramos para la traducción no te necesitaríamos para nada, así que

muéstrate agradecida. No se trata solo de traducir el latín. Hay ciertos aspectos inusuales del texto a los que no hemos conseguido encontrar sentido. Esa es la verdadera razón por la que queremos que tú trabajes en ello.

Sin otra palabra, Angela se colocó el diccionario delante, cogió un lápiz y leyó la primera frase.

En algún momento de aquella mañana (Marietta no sabía cuándo exactamente) la puerta del sótano se abrió con un estruendo y la luz se encendió.

Un par de minutos después, el guardia apareció en la cámara con una bandeja de comida, justo como había hecho en ocasiones anteriores, y una bolsa de plástico que contenía su ropa. Se acercó a Marietta, tiró la bolsa sobre el colchón, colocó la bandeja en el suelo y se giró para marcharse.

—Por favor —le suplicó Marietta—. Por favor, deja las luces encendidas. ¿Qué le ha pasado a Benedetta? ¿Dónde está? ¿Y quién era ese hombre, el que tenía esos horribles dientes?

—Haces demasiadas preguntas —dijo el guardia, en tono burlón—. Pero no tienes que preocuparte por Benedetta. Ya hemos conseguido de ella lo que queríamos.

—Entonces, ¿dónde está? ¿Habéis dejado que se

vaya?

—Podríamos decir que sí. La enviamos a San Michele —añadió.

Por un momento, Marietta no comprendió la expresión. Luego se dio cuenta de que se refería a la Isla de los Muertos y se confirmaron sus temores.

—La habéis matado —dijo sin emoción—. Ese asqueroso ritual de anoche... La violasteis y dejasteis que se desangrara. ¡Bastardos!

—Lo has pillado rápido —replicó el guardia—. Pero al menos murió por una buena razón. Su muerte tuvo sentido, igual que lo tendrá la tuya.

—¿Qué sentido podría tener secuestrar chicas al azar en Venecia y matarlas?

El guardia la miró atentamente unos instantes.

—Tú no eres cualquier chica —le dijo—. Benedetta y tú erais especiales. Por eso fuisteis escogidas. Rastreamos vuestro linaje.

—¿Nuestro linaje?

—Benedetta y tú descendéis de alguien que es de vital importancia para nuestra sociedad.

—¿Y vais a matarme por culpa de uno de mis ancestros? Eso no tiene ningún sentido.

—Para nosotros sí —afirmó el guardia con sencillez—. Tendrás compañía pronto.

—¿Quién? —preguntó Marietta, aunque temía oír la respuesta.

—Otra mujer. Ahora está en la casa, aunque la traeremos aquí abajo muy pronto. Pero mucho me temo que no podrá hablar contigo. Esta vez no habrá charlas de chicas.

—¿Por qué? —preguntó Marietta—. ¿Qué le habéis hecho?

—Nada —le contestó con una ligera sonrisa—. Es solo que no habla una sola palabra de italiano. Pero no te preocupes, no estarás sola mucho tiempo. Pronto te reunirás con tu amiga.

Marietta se quedó un momento en silencio, con la mirada gacha, preguntándose a qué se refería pero temiendo hacer la pregunta que confirmaría sus temores. Entonces lo miró directamente.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—Pronto te reunirás con Benedetta —contestó el

guardia—. Esta noche será tu turno sobre la mesa.

Bronson condujo la lancha a lo largo del lado noroeste de la Isola di San Michele y dejó atrás la alta escultura verdosa, probablemente de cobre, que representaba a dos personas en un pequeño bote a poca distancia de la parada de vaporetto de Cimitero. Aquel lado de la isla estaba rodeado de impresionantes muros de piedra blanca y ladrillo marrón con una enorme entrada en el centro y pequeñas torres colocadas a intervalos a cada lado.

Bronson rodeó el lado norte de la isla hasta el punto donde su mapa mostraba un embarcadero en una pequeña cala.

En el corto viaje de ida y vuelta a la comisaría de policía del distrito San Marco apenas había aprendido a manejar la lancha, pero le pilló el punto durante el viaje a la Isola di San Michele. Había resultado ser bastante fácil de controlar. No

era tan sencillo como conducir un coche, pero tampoco mucho más difícil. Cuando se adentró en la cala, aminoró la velocidad a poco más que la de paseo.

Había una docena de embarcaciones similares ya amarradas en distintos puntos del embarcadero, pero todavía quedaba espacio de sobra para él. Hizo girar la lancha en medio círculo, de modo que la proa señalara a la laguna, y la movió con cuidado hasta el pequeño muelle. Detuvo el motor, bajó de la embarcación y ató las amarras tanto de proa como de popa. Un par de minutos después comenzó a caminar hacia el centro del viejo cementerio.

Mientras avanzaba, Bronson intentó recordar la ubicación exacta de la tumba que Angela había creído que era la mencionada en el diario de la vampira. El problema era que muchas de las zonas del cementerio se parecían bastante y que estaba dirigiéndose al lugar desde una dirección distinta, lo que dificultaba su orientación.

Lo bueno era que aquel día el cementerio no

estaba abarrotado de turistas y locales, aunque estaban celebrándose tres funerales en el lado opuesto. El cielo estaba despejado y azul, y la brillante luz del sol confería un cálido resplandor a las lápidas e incluso parecía dar vida nueva a los ramos de flores cortadas que decoraban la mayoría de las tumbas. Por primera vez, la Isola di San Michele parecía un lugar agradable, casi acogedor, que explorar y por el que pasear.

Bronson recordaba que la tumba que estaba buscando estaba en una de las partes más antiguas del cementerio, así que se dirigió al lugar donde creía que estaría. Cuando llegó al final de una hilera de árboles, se detuvo en seco. Había llegado a una zona del cementerio con numerosas tumbas antiguas, como la que estaba buscando, pero lo que provocó que se detuviera fue la visión de dos hombres junto a una estatua.

Se ocultó en las sombras de las copas de los árboles, sacó los prismáticos compactos de su bolsillo y observó a los intrusos. Ajustó el enfoque y confirmó algo inmediatamente: los hombres

estaban justo al lado de la tumba de los ángeles gemelos.

Durante un par de segundos, Bronson examinó a los dos tipos. Ambos iban vestidos informalmente, con vaqueros y camisas blancas. Los dos llevaban cazadora, una azul y la otra gris oscura, de modo que probablemente habían llegado a la isla en barco. Conducir una lancha motora a cierta velocidad podía producir una gran sensación de frío, y él se había alegrado de llevar su chaqueta de cuero durante el viaje. No es que aquella deducción lo ayudara, pues los dos hombres podían ser trabajadores enviados a San Michele para hacer labores de mantenimiento, un par de burócratas haciendo un inventario de las tumbas o algo igualmente banal.

Bronson movió los prismáticos ligeramente para enfocar la tumba. Desde aquel ángulo solo podía ver un lado de la estructura, y los dos hombres estaban en el lado opuesto. Uno de ellos se agachó tras la tumba y lo perdió de vista.

Bronson no sabía si acercarse fingiendo ser un

turista inocente porque todavía no estaba seguro de quienes eran aquellos hombres. Si solo eran trabajadores podría examinar la tumba sin problema y, si estaban relacionados de algún modo con el secuestro de Angela, los vería con claridad suficiente para proporcionar un retrato robot a los carabinieri. O quizá podría seguirlos cuando abandonaran la isla. En cualquier caso, acercarse a la tumba parecía una buena idea.

Volvió a guardar los prismáticos en su bolsillo, salió de detrás del árbol y comenzó a caminar por el césped que cubría la zona entre las tumbas. Solo había dado media docena de pasos cuando escuchó un ruido repentino a su espalda; cuando miró atrás, vio a un hombre que caminaba rápidamente hacia él entre las tumbas. Instintivamente, Bronson se hizo a un lado para dejarle paso.

El recién llegado le dio las gracias con un asentimiento y pasó junto a Bronson. Y, al hacerlo, giró abruptamente y movió el brazo derecho hacia la cabeza del británico. Pero algo en el modo en el que se movía debía haber desencadenado alguna

advertencia subliminal, porque Bronson se dio cuenta de dos cosas a la vez: primero, que el hombre era uno de los que lo habían asaltado en la calle cuando Angela fue secuestrada; y segundo, que estaba utilizando de nuevo exactamente la misma técnica: intentaba golpearle la nuca con una porra maciza.

Angela se había despertado agarrotada y dolorida tras un sueño intermitente en el sofá, y le habían dado permiso para lavarse en un baño contiguo al aseo que había usado el día anterior. Su desayuno había consistido en un plato de bollería y café y, tan pronto como terminó de comer, Marco le dijo que continuara trabajando en la traducción.

Había adquirido sus conocimientos de latín en los años que había pasado trabajando en el museo Británico; allí había ampliado lo aprendido en las clases de la lengua muerta a las que había asistido en la facultad, más años atrás de los que podía contemplar sin sentirse mayor. Pero, por mucho que intentara concentrarse en las palabras que tenía delante, sus pensamientos seguían volviendo a la horrible realidad de su situación e, ineludiblemente, a Chris. No sabía si estaba vivo o muerto. Si estaba vivo, si había sobrevivido al

ataque en la calle, sabía que intentaría encontrarla y que estaría loco de preocupación. Pero ¿cómo diantres podría hacerlo?

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado en aquel estado de inconsciencia inducido por las drogas, pero debían haber sido varias horas, quizá incluso varios días, y era totalmente posible que ya no estuviera en Venecia. Lo único que sabía con seguridad era que sus captores hablaban en italiano, lo que al parecer significaba que aún seguía en Italia. Pero tenía que reconocer que eso no era más que una conjetura. Era igualmente posible que un grupo de italianos la hubiera secuestrado y trasladado a algún otro país.

Y la fría e imperturbable actitud de sus captores la alarmaba enormemente. Estaba segura de que cualquiera de ellos podría matarla con tan poca preocupación o remordimientos como exhibiría al aplastar a una mosca. Por lo que sabía, la única razón por la que seguía viva era porque necesitaban su habilidad como traductora, y Marco (o como se llamara en realidad) había sugerido

que solo necesitaban su versión del antiguo texto para comprobar si una traducción previa era correcta.

Eso significaba que ya tenían una idea bastante aproximada de lo que decía el texto en latín, y también que ella tendría que hacer un trabajo razonablemente bueno. Pero no un trabajo perfecto, decidió. Quizá cometería un puñado de errores sin importancia en la traducción, errores que podría explicar debido a su poca familiaridad con el latín y que quizá la mantendrían viva un poco más mientras se aseguraban de que hacía el mejor trabajo posible, y que el resultado final era preciso. Era lo único que se le ocurría para hacer que sus captores se lo pensarán dos veces antes de matarla. Y sabía que, cuanto más tiempo permaneciera viva, más posibilidades tenía de encontrar un modo de escapar de la casa. Y quizá alguien, Chris, la policía o incluso los ocupantes de una propiedad vecina, si es que había alguna, descubrirían que la tenían prisionera. Era un cliché, evidentemente, pero también era cierto:

mientras hubiera vida, habría esperanza.

Angela se frotó los ojos furiosamente con un pañuelo, se aclaró la mente de todo pensamiento superfluo y se concentró de nuevo en la tarea que tenía entre manos.

Muchas de las palabras en latín le resultaban familiares. Una de las ventajas de aprender una lengua muerta era que tenía un vocabulario finito, a diferencia del inglés y de otros idiomas modernos de uso común, que adquirían nuevas palabras, nuevos significados y nuevas variantes de palabras existentes casi a diario. Cuando aprendías el significado de una palabra en latín lo aprendías para siempre, porque nunca cambiaría.

Recordaba la mayor parte de las declinaciones y muchas de las conjugaciones verbales, de modo que era capaz de entender muchas de las frases con rapidez, dejando apenas un puñado de espacios para las palabras con las que no estaba familiarizada o de las que no estaba segura. Después abría el diccionario y buscaba en sus páginas hasta encontrar la primera palabra que

tenía que comprobar. Cuando encontraba su significado, pasaba a la siguiente. Tras terminar cada frase se detenía un momento y la leía completa, solo para asegurarse de que tenía sentido, y después la reescribía en inglés moderno.

La traducción había resultado relativamente sencilla, pero pronto se dio cuenta de qué había querido decir Marco al referirse a los «aspectos inusuales» del texto. Aunque las referencias a la tumba de los ángeles gemelos todavía parecían bastante claras, otros párrafos eran ambiguos y cada vez estaba menos segura de estar entendiéndolos bien. En algunos párrafos, Carmelita se había referido a la Isola di San Michele como la *insula silenti*, que significaba «la isla de los muertos», pero varias veces aparecía una frase totalmente diferente, *insula vetus mortuus*, que la desconcertaba.

Su traducción literal era «isla de los muertos antiguos» o «isla de los viejos muertos», algo que en realidad no comprendía. Tampoco le quedaba claro si Carmelita usaba la expresión como

sinónimo de San Michele o si se refería a algún lugar distinto, posiblemente un cementerio más antiguo ubicado en alguna parte de Venecia.

Y había otra frase que le provocaba escalofríos. En algunas páginas había referencias a *planctus mortuus*, que se traducía como «muertos gimientes» o «muertos que gritan». «Muerto», por lo que ella sabía, significaba exactamente eso: muerte, el cese de la vida. Los muertos no podían gritar ni gemir. Sin embargo, la misma expresión aparecía en varios puntos y el contexto sugería que Carmelita se refería a un lugar concreto donde los muertos gritaban.

Angela negó con la cabeza y siguió trabajando en el texto.

Cuando alguien le preguntaba si conocía algún arte marcial, Bronson normalmente respondía que era cinturón negro en origami; le divertía ver las emociones contradictorias que provocaba esa afirmación. Pero lo cierto era que había entrenado hasta un nivel intermedio en aikido.

El aikido es quizá la menos habitual y sin duda la menos conocida de las técnicas orientales de combate. Es estrictamente defensiva. Ningún maestro de aikido atacaría a alguien usando este arte, porque no existen movimientos ofensivos. Pero, cuando un aficionado al aikido es atacado, su respuesta a ese ataque puede resultar fatal para el asaltante. Consiste en gran medida en desequilibrar al oponente, básicamente usando el peso, la velocidad y la agresividad del contrario contra él mismo.

El tutor de Bronson, un japonés de apenas un

metro sesenta y cinco de alto y sesenta y tres años de edad, le había dicho años antes que un maestro de aikido podía enfrentarse al mismo tiempo hasta a tres maestros de cualquier otro arte marcial, y aun así continuar en pie cuando el polvo del combate se asentara.

Bronson no lo había creído, pero una noche, mientras caminaban hacia el lugar donde había aparcado su coche después de salir del dojo, un grupo de seis *hooligans*, bastante borrachos o drogados, salió de un callejón buscando problemas y una presa débil.

Bronson avanzó un paso para enfrentarse a ellos, pero el viejo japonés le indicó con una educada reverencia que retrocediera. Entonces dio dos pasos hacia delante y se detuvo. Su apariencia inofensiva y su semblante tranquilo enfurecieron a los jóvenes, que se pasaron diez segundos gritando insultos antes de abalanzarse sobre él.

Lo que ocurrió entonces fue magia para Bronson. Era como si cada uno de los jóvenes se encontrara con algo parecido a una catapulta: cuanto más

rápido se lanzaban contra el hombre, más rápido eran despedidos hacia un lado. En poco menos de veinte segundos, los seis jóvenes estaban en el suelo, doloridos y sangrando, aunque el anciano apenas se había movido. Cuando pasó sobre las piernas del joven que estaba más cerca para reunirse con Bronson, ni siquiera estaba jadeando.

—¿Ahora me cree, señor Bronson? —le había preguntado, y lo único que Bronson pudo hacer fue asentir.

Y ese entrenamiento iba a salvarle la vida. Se balanceó hacia atrás y la porra silbó en el aire a apenas un centímetro de su rostro. Entonces avanzó hacia su atacante, girándose al hacerlo, y agarró el brazo derecho del hombre. Tiró de él hacia delante para hacerle perder el equilibrio y giró su cuerpo hasta darle la espalda. En ese momento se inclinó hacia delante, todavía tirando del brazo derecho del hombre, que salió volando y aterrizó con fuerza en el suelo justo frente a él.

Bronson llevaba algún tiempo sin practicar aikido pero, como ocurre cuando montas en

bicicleta, su cerebro aún recordaba los movimientos y su cuerpo respondió con las acciones que había practicado tantas veces en el pasado. El lanzamiento que acababa de completar era uno de los primeros y más básicos movimientos que había aprendido, y lo ejecutó exactamente como se lo habían enseñado, tirando del brazo de su atacante un instante antes de su caída para dislocarle el hombro.

El hombre gritó de dolor cuando el hueso se salió de su lugar y la porra se le cayó de la mano. Estaba herido, pero Bronson sabía que no estaba inmovilizado y que tenía que ocuparse de eso. Cogió la porra y le golpeó la cabeza tan fuerte como pudo. Su atacante se encogió y levantó el brazo izquierdo en un gesto de inútil defensa, pero no había modo de evitar el golpe. El impacto sacudió el brazo de Bronson, pero tuvo el efecto deseado en su objetivo. El hombre se derrumbó hacia atrás, instantáneamente inconsciente.

Bronson estaba seguro de que había reconocido a su asaltante y de que eso significaba que los dos

hombres junto a la tumba, a apenas veinte metros de distancia, también formaban parte del mismo grupo.

Se puso en pie, miró la tumba de los ángeles gemelos y avanzó un par de pasos. A continuación se lanzó al suelo, porque uno de los hombres lo había visto y blandía una pistola semiautomática.

El disparo, en la tranquilidad del antiguo cementerio, fue atronador; resonó en las paredes de la iglesia y en las tumbas a su alrededor. La bala pasó junto a Bronson mientras este se ponía a cubierto y golpeó una alta cruz de piedra a su espalda. Miles de esquirlas de piedra salieron volando en todas direcciones.

La pistola añadía una dimensión totalmente nueva a la situación. Bronson no habría tenido reparos en enfrentarse a los dos hombres. Como acababa de demostrar, era eficiente en la lucha cuerpo a cuerpo y estaba furioso con los hombres que sabía que se habían llevado a Angela. Hacer papilla a aquellos dos delincuentes italianos podría haberlo ayudado a encontrarla, pero ni la furia ni la

habilidad en el combate cuerpo a cuerpo le servirían de nada en un enfrentamiento contra dos hombres armados. Eso alteraba radicalmente la dinámica de la situación.

Durante un segundo permaneció agachado tras una de las tumbas, sopesando sus opciones. No podía huir, ni siquiera si zigzagueaba de lado a lado, porque era muy difícil esquivar una bala. Y tampoco podía esconderse, ya que los dos hombres sabían dónde estaba.

Solo tenía una opción, y esta dependía del hombre que yacía inconsciente en el suelo a un par de metros de él. Se agachó tanto como pudo y se acercó a él. Le abrió la chaqueta y buscó desesperadamente una sobaquera con el arma que habría de salvarle la vida. Pero no había nada, ni rastro de una pistola bajo sus brazos.

Bronson miró la tumba de los ángeles gemelos. Los dos hombres parecían haberse separado; uno se había agachado tras la tumba, pero Bronson no conseguía ver al segundo, el que había disparado el arma.

Entonces resonó otro disparo y la bala no impactó por poco en su objetivo. El segundo hombre se había movido hacia el este para tener una mejor línea de tiro y estaba a apenas quince metros de distancia en la típica postura de tirador: pies separados, la pistola en la mano derecha y la izquierda sujetando la muñeca derecha.

Bronson sabía que el siguiente disparo sería probablemente lo último que oiría de este mundo, porque desde aquella distancia era imposible que fallara.

Muy a su pesar, Angela estaba encontrando la tarea que le habían ordenado totalmente fascinante. El diccionario era muy completo y no encontraba dificultad al traducir las expresiones y frases latinas al inglés moderno, aunque a veces el resultado era extenso y bastante enrevesado.

Sabía que la tumba de la Isola di San Michele databa de principios del siglo XIX, y todavía creía que el diario había sido escrito por la mujer enterrada allí y que su familia lo había colocado en su féretro como señal de respeto. De hecho, las partes del diario que ya había traducido en su habitación de hotel mostraban las inconfundibles cadencias del tipo de latín que esperaba que escribiera una persona, hombre o mujer, muy educada de ese periodo.

Pero la sección final del libro, la parte que ahora estaban obligándola a traducir, era muy diferente.

Aunque Angela estaba bastante segura de que había sido escrita por la misma persona que el resto de partes del diario (la caligrafía era bastante característica), aparte de las primeras frases, que parecían actuar como una especie de introducción, el resto del texto no compartía ninguna de las características de las páginas anteriores.

Cuanto más leía y traducía, más segura estaba de que aquel texto en latín había sido copiado de una fuente mucho más antigua, lo que confirmaría lo que Marco le había contado: la mayor parte era una copia de un documento mucho más antiguo, intercalada con comentarios y anotaciones adicionales de Carmelita. Creía que parte del lenguaje era medieval, quizá incluso más antiguo. No encontraba ninguna referencia que sugiriera cuál había sido exactamente la fuente, pero había algo que le resultaba ligeramente familiar en algunas de las frases y expresiones que el autor desconocido había usado, y Angela comenzaba a preguntarse si lo que estaba leyendo no era un

extracto de un grimorio medieval. Eso encajaría con la creencia de Marco de que el documento de origen databa del siglo XII.

Fuera cual fuese la fuente, el texto era una lectura lúgubre pero fascinante. El fragmento comenzaba con un largo párrafo, casi mesiánico en su fervor, que afirmaba sin rodeos que los vampiros eran reales y que habían existido desde el principio de los tiempos. Estas criaturas eran más antiguas que las rocas y piedras que formaban los continentes. El texto afirmaba que todos los grandes escritores de la antigüedad habían sido conocedores de su existencia; incluso listaba los nombres de un puñado de antiguos filósofos griegos que los habían mencionado explícitamente.

Angela resopló al traducir esa parte concreta. Estaba razonablemente familiarizada con la obra de dos de los filósofos que se nombraban en el diario y no podía recordar que ninguno de ellos mencionara alguna vez algo tan extraño como los vampiros. Y se fijó en que el autor del texto había evitado mencionar dónde encontrar esas

referencias de forma explícita, lo que era una clara señal de que eran simplemente un producto de su imaginación.

Tras establecer la existencia de los vampiros, al menos para satisfacción del autor, el texto continuaba con la poco sorprendente afirmación de que estas criaturas no eran humanas en el sentido habitual de la palabra. Parecían humanas, declaraba el escritor, y eran extremadamente difíciles de identificar, pero en realidad eran superhumanos debido a su inmortalidad, a su gran belleza física y al profundo conocimiento que habían cosechado durante los años que habían caminado sobre la faz de la tierra.

Angela entendía que, si esta creencia hubiera sido algo aceptado por la población general en la época en la que fue escrito el documento, se podría sospechar que cualquier hombre o mujer suficientemente atractivo y educado podía ser un vampiro. Y, a juzgar por las distintas cruzadas antivampíricas que habían barrido Europa a intervalos en los últimos años del Medievo, era

probable que mucha gente hubiera sufrido las consecuencias.

En la última parte de lo que Angela llamaba mentalmente «la introducción», el escritor establecía el propósito definitivo de su tratado. En los párrafos siguientes, según afirmaba, se proporcionarían instrucciones detalladas para que los simples mortales, *si estaban poseídos por un verdadero y honesto deseo de alcanzar un estado de sublime perfección*, se elevaran a un plano superior y se unieran a las legiones de los no muertos.

Había tenido razón: lo que estaba traduciendo era un manual de instrucciones para convertirse en vampiro. Angela terminó la introducción, leyó el texto en latín y su traducción una vez más y después colocó la página a un lado del escritorio.

Marco, que había estado sentado en una butaca a pocos metros de Angela mientras ella trabajaba en el texto, se levantó y se acercó al escritorio. Cogió la traducción inglesa que había preparado y asintió para indicarle que siguiera trabajando.

La siguiente parte del texto consistía en un escueto recuerdo de la vida de Carmelita Paganini y de lo que había intentado conseguir en ella. Una frase en concreto servía como horrible confirmación de sus patentes intentos de unirse a las filas de los no muertos, e incluso ofrecía a otros la oportunidad de unirse a ella. También servía como una prueba más de la opinión de Marco de que existía un documento más antiguo que Carmelita debía haber leído.

La frase decía así: *Ahora conozco la verdad de la más profunda realidad que ha gobernado las acciones y conductas de mis ancestros, y del don de la vida eterna que solo los adeptos más entregados pueden disfrutar, y he sido testigo de las reglas para llevar a cabo los sagrados rituales y medidas que posibilitarán a los buscadores del más exquisito de los dones obtener el mayor beneficio posible, alcanzar la inmortalidad a través de la mezcla de sangre nueva con reliquias sagradas, convertirse en hermano de la noche, en miembro de la sagrada*

hermandad de sangre, tal como he hecho yo.

Angela leyó la frase de nuevo un par de veces, cambió un par de palabras para que se entendiera mejor y después dejó la página a un lado. El significado estaba totalmente claro para ella. Claro, pero absurdo. La mujer que había escrito el diario había creído encontrar el secreto de la vida eterna convirtiéndose en vampira. Aunque la palabra «vampiro» no aparecía en la frase, la última parte parecía suficientemente clara al respecto. Carmelita Paganini había creído que era posible vivir para siempre gracias a una dieta de sangre y reliquias sagradas... Fueran lo que fuesen estas.

Solo había, desde el punto de vista de Angela, dos inconvenientes en su creencia. Primero, que los vampiros no existían. Eran un mito, una leyenda premedieval sin base alguna en la realidad. Segundo, que Angela había encontrado el diario en una tumba de la Isola di San Michele, debajo de lo que quedaba de un ataúd de madera que contenía los huesos de la autora del diario, y a

ella le había parecido bastante muerta.

La creencia era una cosa; la realidad, otra muy distinta.

Angela hizo girar su silla y miró a Marco, que estaba sentado en una cómoda butaca. Sabía que lo que estaba leyendo era basura y cometió el error de decirle precisamente lo que pensaba.

—Sé lo que es esto —le dijo Angela—. Este diario es una especie de manual de instrucciones del vampirismo. Son sandeces.

La ligera sonrisa abandonó el rostro del italiano, que la miró con hostilidad.

—No me interesa tu opinión —le espetó—, solo tu habilidad como traductora.

Angela probó suerte de nuevo.

—Mira —le dijo—, los huesos de la mujer que escribió este diario están en una tumba de doscientos años de antigüedad en la Isola di San Michele, prácticamente convertidos en polvo. Creo que es lógico sugerir que ella no vivió para siempre.

—¿Cómo sabes que lo escribió ella?

La posibilidad de que el diario hubiera sido escrito por alguien distinto a la ocupante de la antigua tumba no se le había ocurrido, pero eso no cambiaba nada.

—No lo sé, pero es razonable pensar que lo hizo. Sin embargo, lo hiciera o no, sé, y espero que tú también, que los vampiros no existen. Solo es un mito.

Marco no respondió inmediatamente. Después negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho: no me interesa tu opinión, ya que es obvio que estás desinformada. Sigue con la traducción —le ordenó con frialdad. Se levantó y caminó hasta el escritorio—. ¿Has encontrado alguna referencia a la fuente?

Angela asintió y señaló la última frase que había traducido.

—Aquí dice que ha leído otro documento, pero no he encontrado ninguna mención sobre el momento o el lugar donde ocurrió.

Marco examinó su traducción rápidamente y asintió.

—Bien. Continúa. Tan pronto como encuentres una mención del lugar donde podría estar escondida la fuente, házmelo saber.

De hecho, la siguiente sección del texto en latín parecía proporcionar una pista. Una pista oscura, por supuesto, pero era la primera indicación que encontraba sobre el escondite del otro documento, la misteriosa fuente.

Carmelita se refería de nuevo a los muertos antiguos y a los muertos gimientes. Ninguna de las dos cosas tenía demasiado sentido para Angela, pero la siguiente frase proporcionaba lo que parecía una ubicación. Cuando lo tradujo al inglés, decía: *Nuestro reverenciado guía y maestro nos ha regalado su sagrada presencia y nos ha instruido en los antiguos procedimientos y rituales que fueron recogidos por él, para siempre y para todos los acólitos, en el pergamino de Amadeus, oculto junto al guardián en el lugar donde gobiernan las legiones de los muertos.*

No le gustaba esa última expresión, aunque quizá

se refería simplemente a un cementerio en alguna parte, y la idea de un «guardián» le preocupaba. Pero, a pesar de su inamovible convicción de que los vampiros no eran más que un mito premedieval, la primera parte de la frase le provocó un escalofrío.

Sugería que Carmelita había conocido, o al menos visto, a la persona (¿Amadeus?) que había escrito el documento original. Pero eso no tenía sentido, ya que Carmelita había muerto en la tercera década del siglo XIX y quien escribiera la fuente debía haber fallecido casi setecientos años antes. Era posible que hubieran existido una sucesión de «maestros» que hubieran asumido el papel de líderes de la «sociedad vampírica», o como llamaran al grupo del que Carmelita había sido miembro.

Pero eso no era lo que decía el texto en latín. Y el latín era un idioma especialmente preciso.

Bronson, escondido tras una tumba en la isla de San Michele, vislumbró un resplandor metálico a un lado del cinturón del hombre inconsciente. Se arriesgó a acercarse y vio una forma negra y mate: el extremo del cargador de una pistola semiautomática guardado en una bolsa de cuero de fácil extracción. No había razón por la que un hombre llevaría un cargador sin tener también un arma, lo que significaba que debía llevar una pistolera de cinturón en lugar de una sobaquera.

Bronson miró de nuevo al hombre que le apuntaba con la pistola. Dio un par de pasos hacia él, acortando la distancia para asegurarse de que su siguiente disparo fuera el último.

El hombre inconsciente estaba boca arriba, lo que significaba que el arma tenía que estar en su espalda, ya que de otro modo Bronson la habría visto. Lo giró hasta ponerlo de costado y metió la

mano en el interior de la cazadora que llevaba.

Sus dedos se cerraron alrededor de un objeto de forma conocida y, mientras el otro hombre se detenía y apuntaba, Bronson giró lateralmente para esconderse tras una lápida. Mientras lo hacía, echó hacia atrás la corredera del arma automática para prepararla.

Se detuvo justo al llegar a la lápida y, al salir de su frágil refugio, apuntó directamente al hombre que se acercaba, que giró su arma hacia él y disparó dos veces.

Bronson retrocedió mientras una bala de nueve milímetros con camisa de cobre golpeaba la lápida justo a su lado, pero siguió apuntando y apretó el gatillo.

Durante su corta carrera como militar, Bronson había llegado a ser un experto con la pistola semiautomática Browning HiPower, pero también sabía lo poco precisas que eran aquellas armas a larga distancia. Así que no se sorprendió cuando falló.

Pero su adversario, al verse atacado, parecía

desconcertado. Giró sobre sus talones y echó a correr, zigzagueando entre las lápidas.

Bronson se puso en pie cautelosamente mientras seguía apuntando al hombre a la huida con el arma que había encontrado. Entonces se dio cuenta de que era una Browning de nueve milímetros, la misma que se había acostumbrado a usar en el Ejército. El segundo hombre también había puesto pies en polvorosa y corría unos metros por delante de su cómplice con una abultada bolsa en la mano izquierda.

Bronson miró al italiano del suelo. Era evidente que estaba inconsciente, y sin duda permanecería así un rato más. Los disparos habían resonado en toda la isla y Bronson sabía que la gente empezaría a llegar a la zona muy pronto. Miró a los dos hombres que huían entre las tumbas y tomó una decisión.

Lo que debía hacer era llamar a la policía, entregarles al delincuente que había noqueado y explicarles que era uno de los hombres que lo habían atacado a Angela y a él la tarde anterior. El

problema era que no tenía ninguna prueba. Y sabía muy bien cómo funcionaba la mente de la policía: el resultado más probable de aquella acción sería que él, Bronson, se enfrentaría a una acusación de asalto o al equivalente italiano de una denuncia por lesión física grave.

No, eso no funcionaría. Incluso si por algún milagro Bronson conseguía que no lo arrestaran, pasarían horas antes de que su atacante estuviera en condiciones de responder preguntas. La mejor de sus opciones para encontrar a Angela era seguir a los dos hombres que estaban ya a setenta metros de distancia.

Se inclinó sobre el hombre inconsciente, le quitó la pistolera y la bolsa de cuero que contenía dos cargadores extra para la Browning y se los guardó en el bolsillo.

A continuación, corrió tras sus presas.

Angela negó con la cabeza y continuó traduciendo. Estaba trabajando en una segunda frase mucho más corta, pero dos de las palabras que contenía no aparecían en el diccionario de latín que estaba usando. La frase traducida decía: *Allí bostezan las tumbas abiertas, donde ardieron las piras del pasado, en el lugar donde el hombrecillo presumía y se pavoneaba, y donde una pequeña veglia funebre se celebró una vez.*

Durante un par de minutos miró lo que había escrito. Parecían indicaciones sobre un lugar concreto y tenía una vaga idea del significado de al menos una de las dos palabras en latín, porque no era muy distinta de una conocida palabra en su idioma. Miró el resto de libros y diccionarios sobre el escritorio. Uno de ellos era un diccionario de bolsillo italiano-inglés. Lo cogió, hojeó sus páginas hasta que llegó a la letra «V» y

leyó la entrada de «veglia». No necesitó buscar *funebre* porque la combinación de esas dos palabras aparecía en la entrada.

Una *veglia funebre* era una vigilia, un velatorio para los muertos. Angela había supuesto el posible significado de *funebre* porque posiblemente tenía la misma raíz que en su idioma.

Algo más la desconcertaba en la construcción de la frase. Por lo que sabía de italiano, dudaba que un velatorio fuera descrito como «pequeño», y en la misma frase se repetían las tres palabras en latín que se traducían como «pequeño» (*parvus, minor, minimus*) como para enfatizarlo, como si el autor intentara expresar con ello alguna información adicional.

También estaba lo del «hombrecillo». Angela no sabía demasiado sobre la historia italiana, y menos de la veneciana, pero sabía que Napoleón había conquistado Venecia en la última década del siglo XVIII, poniendo fin a mil cien años de independencia. Sus tropas saquearon la ciudad y la dejaron prácticamente en la ruina; se llevaron la

mayor parte de sus tesoros y los enviaron por barco a París, donde permanecen aún hoy. Incluso robaron la Triumphal Quadriga (los Caballos de San Marcos), las célebres estatuas de bronce que durante un tiempo coronaron un arco triunfal en la capital francesa antes de que los venecianos consiguieran que se las devolvieran.

Las expresiones «pequeño tirano» y «hombrecillo» se usaban a menudo peyorativamente al hablar de Napoleón, aunque en realidad el emperador tenía la estatura media de la época. Los venecianos lo despreciaban por razones totalmente comprensibles, y la expresión que Carmelita había usado (*donde el hombrecillo presumía y se pavoneaba*) podía referirse a algún sitio en Venecia donde Napoleón hubiera pasado algún tiempo: quizá un distrito de la ciudad, o alguna de las islas. No se le ocurría ninguna otra figura histórica a la que pudieran referirse como «el hombrecillo».

Entonces pensó en otra cosa. Volvió a coger el diccionario italiano-inglés y buscó la palabra

«pequeño» en inglés. El equivalente italiano era *po, poco, pochi* y otras formas, dependiendo del sustantivo, aunque *poco* era probablemente la palabra más habitual. Angela escribió todas las variantes al final de la página en la que estaba trabajando y añadió la expresión *veglia funebre*. Quizá hubiera un distrito en Venecia llamado Poca Veglia o algo parecido.

Entre el montón de libros había un mapa turístico de la laguna veneciana. Lo desdobló y comprobó los nombres de los seis distritos o *sestieri*, pero ninguno se parecía siquiera a lo que estaba buscando. Luego expandió la búsqueda a las islas de la laguna, alejándose de la propia Venecia. Incluso entonces casi lo pasó por alto, porque esperaba ver algo como «Isola di Poca Veglia»; estaba comprobando los nombres del extremo sur de la laguna, cerca de Chioggia, cuando su subconsciente dio la voz de alarma. Su mirada volvió a la zona entre Venecia y el Lido y allí, al sur de la propia Venecia, lejos del resto de islas y cerca del Lido, la vio: Poveglia.

De hecho, no era una isla: era un conjunto de tres islas con forma de triángulo invertido que apuntaba al sur. Había una pequeña isla de forma regular, posiblemente incluso octogonal, al sur, y dos masas continentales mucho más grandes separadas por un estrecho canal que cortaba la isla en dos, justo al norte de la misma.

Angela volvió a leer el texto que había traducido y miró de nuevo el mapa de la laguna Veneta. Tenía que ser eso. «Po» y «veglia» combinados en una única palabra. Aquel debía ser el lugar al que Carmelita se refería en un sencillo y básico código textual.

Pero ¿y lo de Napoleón? ¿Había alguna relación entre el emperador y la pequeña isla de la laguna? Uno de los libros sobre el escritorio era una guía en inglés de la historia de Venecia. La cogió, buscó en el índice y la abrió por una sección más o menos a la mitad.

—¡Sí! —jadeó mientras leía la entrada. Durante las guerras napoleónicas, el emperador había usado Poveglia como armería, y se habían luchado

varias feroces batallas en y alrededor de la isla. No había duda de que Napoleón tenía relación con el lugar, y bien podría haber «presumido y pavoneado» allí.

Angela estaba segura de que había identificado la isla correcta, pero tenía que haber algo más. Descubrir que el documento perdido estaba oculto en Poveglia no sería suficiente: para que la búsqueda tuviera éxito, necesitaba mucha más información. Aunque la isla parecía bastante pequeña, suponía que un equipo grande de personas necesitaría varios días para registrarla.

Continuó con su traducción. La siguiente línea contenía la palabra *specula*, que Angela tenía que buscar. El diccionario sugería varias traducciones, pero «torre» o «torre vigía» parecía la más probable, y la palabra a continuación, *campana*, parecía confirmarlo. En el mapa de la laguna parecía haber una torre de algún tipo en el extremo sur de la mayor de las tres islas.

Su excitación creció al darse cuenta de que podría estar cerca de identificar el lugar exacto

donde estaba oculto el antiguo documento, pero volvió a poner los pies en la tierra cuando se dio cuenta de algo más. Marco solo la mantendría con vida mientras le fuera útil, y en cuanto hubiera identificado el escondrijo y recuperaran el texto, no la necesitaría más.

¿Podría demorar el final de la traducción? ¿O adivinaría Marco su intención y le impondría un castigo brutal? Angela se estremeció al recordar el tarro y su colección de horribles reliquias, y se inclinó hacia delante sobre las páginas.

Escuchó unos pasos suaves sobre el suelo de madera a su espalda y se giró para ver a Marco observando por encima de su hombro.

—Has encontrado algo —le dijo, más una afirmación que una pregunta.

Angela asintió.

—Sí, eso creo.

—Enséñamelo.

Angela señaló la última frase que había traducido.

—El autor de esta parte del texto empleó un

código de palabras bastante libre, pero me parece que se refiere a una isla llamada Poveglia. ¿Has oído hablar de ella?

Marco asintió, casi con tristeza.

—Todos los venecianos conocen Poveglia —dijo en voz baja.

Quando el guardia llegó con su almuerzo, Marietta lo miró con apatía. Estaba segura de que su afirmación de aquella mañana era cierta y se había resignado al hecho de que iba a morir, dolorosa y desagradablemente, en aquel sótano húmedo. No tenía sentido intentar establecer una relación con el hombre, pedirle piedad ni ninguna otra cosa. Su insensible actitud hacia ella y hacia Benedetta había sido evidente. Por lo que concernía al guardia y al resto de los hombres, Marietta y las demás víctimas sin nombre de aquella extraña secta no eran más que animales que serían sacrificados cuando llegara su hora.

El guardia siguió su rutina habitual y colocó la bandeja en el suelo cerca de la cama de madera antes de recoger la que le había llevado aquella mañana. A pesar del terror que burbujeaba en su interior, Marietta se había comido todo lo que le

habían llevado, justo como haría con lo que acababan de dejarle.

—Esta es tu última comida —le dijo el guardia, mirándola de soslayo—, así que más te vale disfrutarla. Te traeré agua caliente y una toalla para que puedas lavarte más tarde y prepararte para la ceremonia de esta noche.

—¿Y si me niego? ¿Y si te digo que tú y tus asquerosos amigos podéis ir al infierno?

El guardia se encogió de hombros.

—Es decisión tuya —dijo—, pero si no haces lo que queremos, probarás el táser de nuevo. Y, si sigues sin cooperar, pediré a algunos de los hombres que bajen y se diviertan un poco contigo antes de la ceremonia. Les gustará, pero supongo que a ti no. Tú decides.

Marietta se contuvo hasta que el hombre salió del sótano y después se deshizo en lágrimas.

Bronson corrió a través del cementerio tras los hombres que huían. Se detuvo un par de segundos junto a la tumba de los ángeles gemelos y la miró con una sensación de déjà vu. El lateral del féretro había sido forzado (en el suelo, junto a la piedra hecha añicos, había un martillo y un cincel), y lo que quedaba del antiguo ataúd estaba desperdigado alrededor. El ataúd era muy viejo y la mayor parte de la madera se había desintegrado hacía mucho, dejando ver los restos óseos de su ocupante. Su cadáver también había sido decapitado, pero esta vez la cabeza no estaba a la vista. ¿Explicaba eso el contenido de la bolsa que llevaba uno de los hombres?

Bronson negó con la cabeza y reanudó su persecución de los dos individuos. No le preocupaba que se alejaran demasiado de él porque sabía que debían haber usado una

embarcación para llegar a la isla. A juzgar por la dirección en la que corrían, su lancha estaría amarrada en la ensenada al norte de la isla, donde Bronson había dejado su propio navío.

Lo último que quería era aparecer en el muelle y empezar un tiroteo. Necesitaba que los dos hombres se marcharan para poder seguirlos.

En lugar de ir justo detrás de ellos, corrió en diagonal e hizo todo lo posible por incrementar la velocidad, aunque tener que esquivar las lápidas y los troncos de los árboles dificultaba su avance. El sonido del motor de una lancha a apenas unos metros de distancia indicaba que debía estar justo al lado del muelle. Se detuvo y caminó con cautela en la dirección de la que llegaba el ruido.

Llegó al muelle un par de segundos después, pero se mantuvo escondido mientras examinaba la escena que tenía delante. Una lancha azul estaba ya a diez metros de la orilla, y cogiendo velocidad. El hombre que le había disparado estaba sentado en la proa y miraba la isla con la pistola en la mano derecha, como si esperara que Bronson

apareciera. El otro individuo estaba concentrado en alejar la lancha del muelle tan rápido como fuera posible.

Bronson memorizó lo que los hombres llevaban puesto, además del color y tipo de embarcación y esperó hasta que abandonaron la ensenada y el navío desapareció de la vista. Entonces corrió por el muelle hasta su lancha, soltó amarras y subió a bordo. Arrancó el motor mientras tomaba asiento; aceleró y la lancha salió disparada hacia delante. Giró en un tenso círculo y se dirigió a la entrada de la ensenada antes de girar el volante a la derecha para seguir a la otra lancha.

Cuando salió a las aguas abiertas de la laguna veneciana, buscó a sus atacantes: la lancha azul estaba unos cien metros por delante y se dirigía más o menos al este. Pero, cuando giró en la misma dirección, el hombre de la proa lo identificó rápidamente y el conductor giró de inmediato a la derecha.

Bronson sabía que lo habían visto, y soltó una maldición. No sabía adónde se habrían dirigido,

pero era evidente que ya no tomarían esa ruta. Giraron en dirección suroeste, hacia Venecia, y Bronson adivinó sus intenciones. Si se quedaban en aguas abiertas, podría seguirlos aunque fuera a distancia. Sin duda se adentrarían en la ciudad, donde intentarían perderlo de vista en el famoso laberinto de los canales y vías de Venecia.

Angela miró a Marco. Parecía extrañamente melancólico tras su mención de la isla.

—¿Qué pasa con Poveglia? —le preguntó.

Él la miró fijamente un momento y después negó con la cabeza.

—¿De verdad no lo sabes? —le contestó—. Tu ignorancia me asombra.

Se acercó, eligió un libro del montón sobre el escritorio y lo soltó bruscamente ante Angela.

—Está todo aquí —le espetó—. Lee e instrúyete.

Marco sacó un teléfono móvil de su bolsillo, miró con recelo hacia el otro lado del salón y mantuvo una breve conversación con alguien. Parecía que estaba dando órdenes.

Angela lo miró y después se centró en el libro. Parecía la típica guía turística de Venecia, escrita en varios idiomas, pero el título prometía revelar las historias secretas de la laguna veneciana: «La

Venecia que los turistas nunca ven», como el autor afirmaba. La introducción señalaba que la ciudad recibía alrededor de tres millones de turistas al año, aunque la mayor parte de ellos nunca salían de la propia Venecia y las islas de Murano y Burano. Había un breve capítulo que solo hablaba de Poveglia y, cuando terminó de leerlo, Angela sabía exactamente por qué había hablado Carmelita de los «muertos antiguos» y de los «muertos gimientes».

Los muertos de Poveglia sobrepasaban en número a los vivos de Venecia. La isla estaba llena de fosas de la peste, legado de uno de los periodos más terribles de la historia veneciana. Solo en el brote de 1576, se estimaba que habían muerto de peste bubónica cincuenta mil personas, unas diez mil menos que la población actual de la ciudad. Y se habían producido al menos veintidós brotes de peste antes de ese. Según algunos cálculos, los huesos de más de ciento sesenta mil personas yacían en las fosas de Poveglia.

Durante los siglos xv y xvi, la isla había sido

usada como *lazaretto*, una estación de cuarentena con la que intentaban prevenir la expansión de las enfermedades infecciosas a Venecia. La ciudad era una república marítima y dependía casi totalmente del comercio para subsistir, de modo que se exigía a los comerciantes que deseaban desembarcar en Venecia que pasaran un prolongado periodo de aislamiento. De hecho, fueron los venecianos quienes inventaron el concepto de cuarentena, palabra que deriva del italiano *quaranta giorni*, o «cuarenta días».

Pero estaba claro que ni siquiera este procedimiento había protegido a la ciudad de la devastación de la peste negra, como dejaba ver el impresionante número de muertes durante ese periodo. Las autoridades de la ciudad habían sido implacables en sus intentos por mantener a Venecia libre de la peste: cualquiera que mostrara la más mínima señal de infección era enviado inmediatamente a Poveglia o alguno de los otros *lazarettos* de la laguna. De hecho, una de las islas recibía su nombre justo de esta función: Lazzaretto

Nuovo.

Según el autor de la guía, se creía que en ocasiones se lanzaba a las piras funerarias a las víctimas de la peste, débiles pero aún vivas, o que se las enterraba en las fosas comunes entre los cuerpos en descomposición. Angela creía que la expresión «muertos gimientes» apuntaba a los horribles sucesos que habían tenido lugar en Poveglia medio milenio antes.

Y los horrores, al parecer, no habían acabado allí. Mucho más tarde, a principios del siglo xx, se había construido un hospital mental en la isla. Algunos de los pacientes habían sido sometidos a torturas inhumanas: fueron mutilados y asesinados por un sádico doctor. Según se decía, finalmente el médico se había vuelto loco y se había lanzado al vacío desde la antigua torre campanario.

No era de extrañar que la isla apenas se mencionara en las guías y que casi nunca fuera visitada. De hecho, el libro afirmaba que las visitas a Poveglia estaban oficialmente vetadas, tanto a locales como a visitantes. A Angela no se

le ocurría ninguna razón por la que alguien quisiera ir allí. Y eso, por supuesto, significaba que sería un escondite excelente para el antiguo documento que Marco estaba buscando.

Apartó la guía a un lado y reanudó su traducción, pero el texto no parecía proporcionar más detalles sobre la ubicación del documento original. Miró el mapa que se incluía en el capítulo de Poveglia, apuntó algunas cosas, principalmente fechas y sucesos, y después volvió a sentarse.

No creía que estuviera enterrado en el suelo ya que las fosas de la peste estaban por toda la isla, de modo que tendría que estar en alguno de los edificios en ruinas de Poveglia. No era probable que el documento estuviera escondido en el manicomio (parte del mismo había sido usado más tarde como asilo de ancianos, un pensamiento que hizo que Angela se estremeciera de nuevo) porque el edificio no había sido construido hasta 1922. Otros inmuebles eran también recientes, sin duda construidos después de la muerte de Carmelita.

La estructura más antigua de la isla era el

campanario, el único resto que quedaba de la iglesia del siglo XII de San Vitale, que había sido abandonada y destruida cientos de años antes. La traducción que Angela había terminado era bastante concreta. Establecía que, después de que el documento fuera escrito, había sido escondido *junto al guardián en el lugar donde gobiernan las legiones de los muertos*. Aparte de la referencia al guardián, que aún no llegaba a comprender, el significado estaba totalmente claro. El documento había estado escondido en otro sitio pero, después de que Carmelita lo viera, lo habían guardado en un lugar diferente.

Si su traducción era correcta, y si el documento todavía existía, solo había un lugar donde podía estar escondido: la torre del campanario de Poveglia.

Marietta estaba acostada sobre su espalda en el fino e incómodo colchón, mirando la agrietada y descolorida escayola del techo. La bandeja de la comida seguía intacta en el suelo junto a la cama.

Cuando el guardia le confirmó, con crueldad y desinterés, sus peores temores, cuando finalmente se dio cuenta de que no había esperanza, el resto de pensamientos abandonaron su mente. La idea de comer o beber ni siquiera se le ocurrió. Su cabeza estaba llena de vívidas imágenes de los aterradores sucesos de la noche anterior: Benedetta, atada a la mesa de piedra, forcejeaba inútilmente contra sus ataduras, con sus gritos reducidos a gruñidos y gemidos amortiguados mientras era violentamente violada y la sangre fluía de la herida de su cuello.

Marietta sabía qué destino la esperaba; sabía que en algún momento, pronto, los guardias

aparecerían en el sótano y le ordenarían que se lavara. ¿Podría resistirse? ¿Cómo? No había ningún arma que pudiera usar contra sus captores, ni argumentos o razones que pudieran cambiar lo que sabía que ocurriría en las siguientes horas.

La elección era dura. Marietta era una luchadora, pero también era realista. Si se negaba a obedecer las órdenes sabía que los guardias la violarían o pegarían hasta someterla, o que la desnudarían y la lavarían con una manguera. Su mejor opción, la única, de hecho, era la más fácil: haría todo lo posible por alejar su mente de la horrible realidad de lo que iba a ocurrir y esperaría que todo terminara rápido.

Pensó de nuevo en su familia, en su padre y madre, en la angustia mental que sabía que debían estar sufriendo tras su desaparición. Cuando habían visto o leído noticias relacionadas con el resto de chicas que habían desaparecido de las calles de Venecia, su madre siempre había dicho que lo peor era la incertidumbre. Para una madre, no saber si su hija estaba viva o muerta era una

carga que no todas podían soportar. Si se encontraba el cuerpo, al menos podían comenzar el proceso de duelo: la noticia sería devastadora, pero la familia podría despedirse e intentar seguir adelante.

Pero cuando una persona desaparecía sin dejar rastro, cada despertar era una tortura. Aquel podía ser el día en el que dos policías con cara seria llamaran a la puerta para comunicar por fin la temida noticia. O (y esta era la esperanza a la que Marietta estaba segura de que cada madre se aferraba) quizá sería el día en el que su hija volvería a casa.

Marietta cerró los ojos, pero las lágrimas bajaron por sus mejillas porque sabía, sin ningún atisbo de duda, que su madre jamás descubriría lo que le había ocurrido. Y al darse cuenta de ello se le rompía el corazón.

Tomó aliento profundamente e intentó recuperar el control. Sabía que iba a morir, pero estaba decidida a hacer todo lo posible para terminar con dignidad, sin gritar ni chillar. Y, sobre todo, sin

llorar. Se frotó furiosamente las mejillas con la mano que tenía libre. No les daría esa satisfacción.

Después de todo, era veneciana y descendía, según le habían dicho, de sangre importante, quizá incluso noble. Sin importar qué le hicieran, durante su calvario se aferraría a aquellos últimos jirones de dignidad.

Angela estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo que no vio ni oyó abrirse la puerta del salón. De repente notó un olor pungente y acre, y Marco se puso en pie de un salto.

Hizo girar su silla para mirar a su espalda y vio a un individuo envuelto en una túnica negra, cuya capucha cubría su rostro, que se movía silenciosamente por el suelo de madera hacia ella. Empezó a levantarse, pero Marco le gritó inmediatamente:

—¡Siéntate y ponte de cara a la pared!

El olor se hizo más fuerte a medida que el individuo se aproximaba, y Angela se sintió apresada por una abrumadora sensación de horror y miedo, empeorada por el asombroso silencio con el que el hombre se movía. Aunque no podía verlo, porque estaba obedeciendo las órdenes de Marco al pie de la letra y miraba fijamente la pared tras

el escritorio, sabía que el hombre se había detenido justo a su espalda.

Marco caminó también hacia ella y se detuvo a su lado.

—Es posible que lo tengamos, maestro —le dijo, señalando la traducción de Angela del texto en latín.

Su voz fue poco más que un susurro, un siseo sibilante.

—¿Dónde?

—En Poveglia —dijo Marco.

Se produjo un breve silencio mientras el recién llegado asimilaba esta información, antes de que Angela volviera a oír su voz.

—Preparad la embarcación —ordenó—, y llevadla a ella también.

Bronson aceleró en dirección a la parada y la proa de la lancha se levantó en respuesta al incremento de revoluciones de la hélice del motor fueraborda.

Frente a él, la lancha azul también había aumentado la velocidad y se dirigía a la entrada cuadrada al norte de Venecia que se conocía como Sacca della Misericordia. Había dos canales que daban a aquella cala, y un sinfín de cursos de agua más pequeños se conectaba con esos dos. Bronson sabía que una vez que entraran en el sistema de canales sería imposible seguirles el rastro, así que mantuvo la velocidad a pesar del cada vez mayor número de navíos que maniobraban en el agua a su alrededor.

La lancha azul giró a la izquierda en Sacca della Misericordia y zigzagueó entre los vaporetos, las góndolas, las lanchas y el resto de embarcaciones.

En su estela, Bronson había empezado a reducir

la distancia sencillamente porque todavía no se había sumido en el denso tráfico acuático. Pero, cuando él también se adentró en la ensenada, se vio obligado a reducir la velocidad considerablemente. Un vaporetto se dirigía directamente hacia él, probablemente en dirección a la parada de Fondamente Nove, al suroeste, y Bronson se vio obligado a virar bruscamente a la derecha para evitar la colisión. Enderezó el rumbo y condujo alrededor de la embarcación pública; el conductor agitó su puño furiosamente y le gritó algunas palabrotas mientras intentaba eludirlo. Bronson lo ignoró; maniobraba entre el resto de embarcaciones de la abarrotada zona, y estaba concentrado en su presa.

La lancha azul viró a la izquierda en Saca della Misericordia y, todavía moviéndose rápidamente, comenzó a bajar el canal Rio di Noale, que los conduciría directamente al Gran Canal y a sus innumerables afluentes. Bronson sabía que, si conseguían llegar allí, desaparecerían en cualquiera de los canales más pequeños y

probablemente no volvería a verlos. Tenía que evitar perderlos, fuera como fuera.

Incrementó la velocidad tanto como se atrevió; su persecución terminaría prematuramente si golpeaba la lancha contra un muro o con otro navío.

A poca distancia, el canal se bifurcaba: el más amplio Rio di Noale se dirigía a la derecha y un canal ligeramente más estrecho, Rio di San Felice, seguía recto. Aquella era la ruta más rápida hacia el Gran Canal, suponía Bronson, mientras la lancha azul seguía a la izquierda de la escollera de piedra que marcaba la bifurcación.

Entonces vio algo que lo hizo sonreír. Al final del canal, donde se estrechaba aún más, había un verdadero atasco de góndolas que maniobraban para entrar o salir del Gran Canal en la bifurcación. La lancha azul tendría que aminorar la velocidad al máximo para atravesar la aglomeración. O eso, o tendría que emprender una ruta diferente.

De hecho, la lancha azul hizo ambas cosas:

aminoró y giró. Bronson vio la notable disminución de su estela mientras el conductor aminoraba y después aceleraba de nuevo al entrar en otro canal a mano izquierda.

Bronson pisó el freno y se aseguró de conducir lo suficientemente lento para girar y entrar tras ellos. Entonces aceleró. El sonido de los dos motores acelerando resonó en las paredes de los edificios circundantes, y las olas de sus estelas golpearon con fuerza las piedras que bordeaban el canal.

La vía acuática seguía recta durante una breve distancia, pero al final giraba noventa grados a la izquierda. Además, había dos más que desembocaban en el canal donde se encontraban, ambos a la izquierda. Bronson había conseguido seguir el ritmo del otro navío hasta entonces y sabía que podría continuar con la persecución hasta que se quedara sin combustible o calculara mal algún giro y estrellara la lancha, pero eso no lo ayudaría a encontrar a Angela. Lo que necesitaba era convencer a los hombres a los que estaba persiguiendo de que se había rendido; sabía

que no volverían a su refugio hasta estar seguros de que nadie les seguía el rastro.

Pero ¿cómo los convencería de que se había rendido? En el momento solo se le ocurría un modo de hacerlo. Era una maniobra arriesgada y, si salía mal, moriría. Todo dependía de la coordinación y de la imprecisión inherente de las pistolas semiautomáticas, sobre todo cuando esas pistolas se disparaban desde una plataforma inestable, como una lancha viajando a toda velocidad.

El conductor de la lancha azul giró el volante bruscamente a la izquierda, hacia el primero de los canales secundarios, e incrementó de nuevo la velocidad. La vía acuática era ligeramente más estrecha que la que acababan de abandonar y había solo un par de embarcaciones más, casi todas amarradas en varios muelles y escolleras a los lados. No había góndolas a la vista. Era un lugar tan bueno como cualquier otro.

Bronson sacó la semiautomática Browning de su bolsillo, apuntó a la lancha azul y apretó el gatillo

dos veces. Los disparos resonaron estruendosamente en el estrecho canal. Por lo que podía ver, ninguna bala se había acercado a su objetivo, pero esa no era su intención. Buscaba una reacción, una que pudiera usar en su propio beneficio.

El conductor de la lancha azul lo complació.

Mientras se acercaba a la entrada de otro canal, a la derecha, el hombre de proa sacó su arma y disparó a Bronson.

Eso era lo que había estado esperando. Frenó y giró el volante bruscamente a la derecha para asegurarse de que la lancha se quedaba girando en círculo más o menos en el mismo lugar. Luego se levantó de su asiento, se agarró el pecho y se derrumbó, con la Browning aún en la mano por si los dos hombres decidían acercarse para asegurarse.

Desde su posición en el suelo de la lancha, Bronson no podía ver más que el cielo y los tejados de los edificios que bordeaban el canal, así que confiaba únicamente en sus oídos para

deducir lo que ocurría. Escuchó cómo moría de repente el motor de la otra lancha, lo que significaba que se había detenido. Entonces el ruido (y Bronson estaba seguro de que se trataba del mismo motor) se alzó de nuevo y se acercó, aunque era difícil estar seguro de esto porque el sonido resonaba en ambos lados del cañón artificial formado por los edificios circundantes. Sin duda parecía que estaban acercándose para asegurarse de que estaba muerto.

Bronson comprobó que la Browning estaba lista para disparar y esperó mientras el sonido del motor de la otra lancha se hacía más fuerte.

Una hora después condujeron a Angela por la puerta principal de la casa hasta la pálida y acuosa luz de una nublada tarde en la laguna veneciana.

Después de que el encapuchado se marchara del salón, Marco le había ordenado que tradujera el resto de aquella sección del diario tan rápido como fuera posible; era evidente que esperaba que el resto del texto en latín proporcionara algunos detalles más sobre la ubicación exacta del documento original. No fue así. La única referencia que Angela encontró fue al «campanil de luz», lo que confirmaba su creencia de que el documento debía estar en el antiguo campanario. Tras leer el capítulo sobre la historia de Poveglia, había aprendido que el campanario había sido usado como faro durante algún tiempo. Pero todavía no sabía exactamente dónde empezar a buscar.

Marco y otro de sus compañeros la empujaron por un sendero hacia el muelle al otro lado de la isla, donde dos hombres estaban ya esperando en la popa de una lancha motora cuyo motor era claramente audible.

—¿Por qué queréis que vaya con vosotros? —preguntó Angela mientras Marco la empujaba al interior de la pequeña cabina.

—Has leído y traducido el texto —le contestó—. No sabemos qué encontraremos al llegar allí, pero podría haber algo, alguna pista, que tú podrías comprender y nosotros no. Por eso estás aquí.

—¿Qué pasará si no encontráis lo que estáis buscando?

—Será mejor que reces para que lo encontremos. La búsqueda del documento original es lo único que te ha mantenido con vida hasta ahora. Si no está allí, no nos servirás más.

El tono despreocupado y casi coloquial de su voz asustó a Angela incluso más que las palabras que había usado, y se sentó en silencio mientras Marco la esposaba al pasamanos para inmovilizarla. A

continuación se marchó de la cabina.

Un par de minutos después, la puerta se abrió de nuevo y el encapuchado entró precedido por su característico hedor. Angela retrocedió en su asiento mientras el individuo pasaba junto a ella para sentarse en el extremo opuesto de la cabina.

Segundos después notó que la lancha empezaba a moverse y la proa comenzó a atravesar las agitadas aguas de la laguna mientras las olas golpeaban el casco rítmicamente.

No sabía cuánto tiempo tardarían en llegar porque ignoraba dónde había estado recluida, y la vista por las ventanillas laterales estaba tan restringida que apenas divisaba algo de su entorno. Y, a decir verdad, sus pensamientos estaban dominados por el encapuchado con quien compartía la cabina. No le había dicho nada y ni siquiera había dejado entrever que fuera consciente de su presencia, pero el penetrante olor a carne putrefacta parecía llenar el aire y le aterraba que se acercara o, mucho peor, que la tocara.

Un par de minutos después, Marco regresó a la cabina y se sentó frente a Angela, lo que en realidad la hizo sentirse más segura y ligeramente más cómoda. Al menos, la amenaza que Marco representaba era clara y tangible. El hombre encapuchado solo le inspiraba sensaciones de horror y repulsión, lo que era mucho peor que cualquier amenaza física.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó a Marco en voz baja mientras asentía en la dirección del silencioso individuo—. Me da miedo.

Marco sonrió ligeramente.

—No me extraña.

Bronson se tensó a medida que el sonido de la lancha se acercaba, y un momento después notó una ligera sacudida, como si alguna parte del otro navío hubiera rozado el suyo. Mantuvo los ojos medio abiertos y se quedó tan inmóvil como pudo, con la Browning relajadamente en la mano pero lista para disparar.

Mientras maniobraban en la lancha, podía oír a los dos hombres charlando. El motor del barco de Bronson estaba aún en marcha y describía un pequeño círculo en la unión de los dos canales, lo que dificultaba los avances de la otra lancha.

—Ya lo veo —dijo uno de los hombres—. No se mueve.

—Debe estar muerto —contestó el otro—, o al menos gravemente herido. Larguémonos de aquí antes de que llegue la policía.

Bronson escuchaba el ruido del motor de otra

lancha acercándose. Creía que venía de la dirección contraria, aunque era difícil saberlo. Pero de lo que estaba totalmente seguro era de que la lancha azul estaba alejándose. El sonido era inconfundible.

Durante treinta segundos no hizo nada. Después se incorporó con cautela y se arriesgó a echar un vistazo rápido sobre la borda. Había una ligera curva al este del canal y, al mirar en esa dirección, vio desaparecer por allí la motora azul. En cuanto pudo se sentó, centró el volante para detener el movimiento circular del barco, cogió su mapa de los canales venecianos y rápidamente encontró su ubicación.

Había terminado en un canal llamado Rio della Racchetta, y los hombres a los que perseguía tendrían que seguir por el canal adyacente hasta llegar a Rio dei Gesuiti, que era más grande, porque ya habían pasado de largo la única otra salida. Lo que no sabía era qué dirección tomarían a continuación. El canal de la izquierda era el más corto y salía al Canale delle Fondamente Nove, al

noroeste de Venecia. Si giraban a la derecha, el canal largo los llevaría al Gran Canal.

Una lancha de madera (cuyo motor había oído Bronson) pasó junto a la suya y el conductor lo miró con cierta curiosidad. Era evidente que había visto las vueltas que su bote había estado describiendo en el agua y probablemente creía que estaba borracho.

Bronson lo ignoró. Su única preocupación era intentar adivinar la ruta de los hombres a los que estaba siguiendo. El problema era que tenía poco a lo que aferrarse. Cuando la lancha azul salió de la Isla de los Muertos, el conductor se había dirigido al suroeste. Si su destino había sido una de las islas en el extremo noroeste de la laguna Veneta, algún lugar cerca de Burano, por ejemplo, Bronson esperaba que se dirigieran en esa dirección. El hecho de que hubieran bordeado el norte de Venecia sugería que iban a navegar por el extremo este de la isla, y quizá después al suroeste, hacia la otra punta de la laguna, donde sabía que había un grupo de pequeños islotes.

Era improbable, sin embargo, y durante medio minuto Bronson se quedó sentado ante el volante, con la mente dividida por la indecisión. Solo tenía una oportunidad. Si se equivocaba no volvería a ver la lancha azul, lo que significaba que habría perdido a Angela. Tenía que hacerlo bien.

Resueltas sus dudas, giró el volante y aceleró en dirección sur por Rio della Racchetta, recorriendo la ruta que había seguido apenas unos minutos antes. Al final del canal giró a la derecha y casi inmediatamente a la izquierda, de vuelta a Rio di San Felice, donde había visto el atasco provocado por las góndolas. Mientras giraba rezó porque esta vez el canal estuviera despejado.

No lo estaba, pero había menos embarcaciones. Bronson mantuvo la velocidad tanto como se atrevió y aminoró al acercarse a la primera góndola. Empezó a zigzaguear a través de los botes de remo, lo que le valió un torrente de palabrotas en un rapidísimo italiano que ignoró. Un par de minutos después giró el navío a la izquierda, hacia el Gran Canal. Al hacerlo miró a

su izquierda y vio una larga lancha con casco de madera acercándose a él, a apenas unos metros de distancia. Bronson supo inmediatamente que, si continuaba, no podría esquivarla. Reaccionó instantáneamente; giró el volante hacia la derecha y aceleró en dirección a la proa de la embarcación que se acercaba.

Se escuchó un golpe en la parte de atrás de la lancha de Bronson cuando la proa de la lancha más grande golpeó la parte posterior izquierda de su embarcación, resquebrajando la fibra de vidrio y salpicando el agua de pintura descascarillada. Pero el motor no había sufrido daños y estaba seguro de que el impacto se había producido muy por encima de la línea de flotación, por lo que no había peligro. De hecho, los navíos de fibra de vidrio como aquel estaban tan llenos de cámaras de aire que eran prácticamente insumergibles.

El conductor de la lancha redujo la velocidad inmediatamente, con la clara intención de hacer el equivalente marino italiano a intercambiar los datos del seguro. Pero Bronson no tenía la más

mínima intención de detenerse o incluso de aminorar la velocidad. Aún iba a la máxima potencia y el motor de la lancha rugía, de modo que giró el volante a la izquierda y se alejó, ignorando los gritos enfadados que resonaron a su espalda.

El Gran Canal de Venecia seguía un curso en forma de «S» desde la Stazione Ferrovie dello Stato Santa Lucia, la estación de tren, hasta su extremo sur cerca de la Piazza San Marco, donde desemboca en el Bacino di San Marco y el mucho más amplio canal del mismo nombre. Cuando Bronson se unió al canal, aún le quedaban dos tercios del mismo por recorrer, de modo que sabía que tendría que conformarse con el intenso tráfico acuático durante algún tiempo antes de poder entrar en las aguas abiertas más despejadas al sur de la ciudad. Y entonces, por supuesto, le quedaría la tarea incluso más difícil de localizar la lancha azul entre los cientos de navíos similares que poblaban las aguas de Venecia. Y eso dando por hecho que hubiera acertado en su suposición de

que el bote se dirigía a algún punto del sur de la laguna.

También sabía que, aunque los hombres a los que había estado siguiendo creían que estaba muerto o malherido, todavía podrían estar alertas a cualquier señal de persecución, y prestarían especial atención a cualquiera que se pareciera a él. No podía hacer nada respecto al diseño y color de su bote, pero se dio cuenta de que había cosas (tres cosas, de hecho) que podía hacer para intentar cambiar su apariencia.

Llevaba su chaqueta de cuero negra, así que se la quitó y la lanzó al suelo de la lancha. Debajo llevaba una camisa blanca sencilla que le daría una apariencia totalmente distinta a los ojos de cualquiera que lo viera desde lejos. Y en el bolsillo de su camisa llevaba una gorra de béisbol y un par de gafas de sol grandes con impenetrables lentes de espejo. Cogió las gafas y se las puso mientras conducía la lancha por el Gran Canal hacia las aguas abiertas en su extremo, y después se colocó la gorra sobre la cabeza y se aseguró de

que cubría por completo la venda sobre la herida de su cuero cabelludo.

A menos que se acercara tanto a la otra lancha que los hombres pudieran ver sus rasgos, Bronson suponía que tenía un aspecto bastante distinto. Giró los hombros para liberar parte de la tensión, intentó no pensar en lo que podría estar sucediéndole a Angela y se concentró en la tarea que tenía entre manos: localizar la otra lancha, un desafío que hacía que encontrar una aguja en un pajar pareciera muy fácil en comparación.

Marco le volvió a poner a Angela las esposas y la condujo fuera de la cabina. La lancha se había detenido, habían amarrado la proa y la popa y fue fácil pasar del navío al muelle. Miró a su alrededor. La embarcación estaba cerca del canal, entre la pequeña isla octogonal al sur de Poveglia y la isla central. A lo lejos, más al sur, podía distinguir los edificios de Lido.

La isla octogonal parecía una fortaleza de tejado plano. Sus laterales, en pendiente hacia adentro, eran de piedra, y amarrar allí hubiera sido difícil. Pero ese no era su objetivo. A poca distancia, en el embarcadero de piedra que marcaba el extremo sur de la isla más grande, había un edificio impresionante. A Angela le recordó a un típico *palazzo* veneciano y, de hecho, debía haber sido parte de la casa de retiro antes de que fuera abandonada en los sesenta. La fachada estaba

cubierta de un exoesqueleto de andamios oxidados que formaban una especie de red. Ella sabía, gracias a su investigación, que aquello no era parte de un proyecto de renovación; había sido colocado casi un cuarto de siglo antes para evitar que los edificios siguieran derrumbándose.

Al noroeste, más allá de los árboles, se alzaba la imponente torre de piedra del campanario cuyo alto tejado de tejas rojas soportaba un enorme crucifijo de metal. Todas las aberturas de la torre parecían haber sido tapiadas, posiblemente cuando instalaron el andamiaje. Un viento frío sopló de repente desde las aguas de la laguna, llevando con él un remolino de niebla, y en algún sitio cercano se oyó el débil tañido de una campana.

Angela miró a Marco.

—¿Has oído esa campana? —le preguntó, y señaló la torre—. Creo que venía de allí.

—Imposible —le dijo, mirándola con desdén—. Quitaron la campana en 1913.

—Sé lo que he oído —insistió Angela, pero su voz carecía de convicción. Había leído en la guía

que el tañido de una campana todavía se oía a veces en la isla.

El encapuchado salió de la cabina de la lancha y comenzó a moverse en silencio (sus pies no parecían hacer ningún sonido) hacia el edificio en ruinas que había más cerca de la torre.

Marco comprobó que las esposas de Angela estaban todavía bien cerradas y la empujó en la misma dirección. Dos de sus hombres los siguieron.

La breve procesión entró en el edificio a través de una abertura que, en el pasado, debió ser una puerta, aunque ahora permanecía abierta a los elementos. En el interior la escena era casi de total devastación. El suelo estaba lleno de basura y escombros. La escayola se había caído de las paredes y el techo, y en varios lugares se habían roto las vigas del suelo del piso superior y señalaban hacia la habitación de la planta baja como largos dientes ennegrecidos y serrados. En las zonas en las que la escayola había sobrevivido, habían garabateado grafitis. Radiadores de hierro

fundido se alzaban contra las paredes, cubiertos de óxido en las zonas en las que la pintura se había caído. Dos de las ventanas habían desaparecido bajo la abundante maleza, que había conseguido entrar y comenzaba el lento proceso de reclamar el edificio.

Angela no era una mujer de temperamento nervioso, pero sabía con total seguridad que, de tener elección, saldría de allí, subiría de nuevo a la lancha y no volvería a Poveglia jamás.

Los llantos de los moribundos parecían resonar en la propia estructura del edificio, y el hecho de saber que la delgada capa de tierra de la isla cubría los huesos de decenas de miles de víctimas de la peste le pesaba gravemente. Si había algún lugar en la faz de la tierra donde los muertos pudieran hablar, seguramente sería allí, en la isla de Poveglia. Podía imaginar con facilidad las enormes piras que consumieron las montañas de cuerpos y las poco profundas tumbas cavadas por obreros que también estaban enfermos, supervisados de cerca por los extraños doctores

de apariencia sobrenatural que intentaban en vano combatir un contagio que no comprendían y que no podían curar, protegidos solo por las máscaras con nariz aguileña que llevaban, llenas de pimienta y especias, que creían que filtraban los elementos infecciosos. Estos hombres debían haber parecido enormes aves de presa, mientras intentaban en vano dar algún alivio a los pacientes.

De repente, un movimiento captó su atención y gritó, alarmada. Una sombra apareció en la pared mientras un rayo de sol entraba en el edificio, y casi podía jurar que había visto la silueta de un hombre con una máscara de pájaro en algún sitio fuera del edificio. Entonces el viento sopló de nuevo y la sombra se dispersó y cambió de forma a medida que las ramas del árbol se movían.

—Vamos —le ordenó Marco, tirándole del brazo.

Siguiendo al encapuchado, rodearon los escombros para atravesar la habitación y dirigirse al campanario.

En el interior penetraba poca luz porque las

ventanas y el resto de aberturas habían sido tapiadas. La torre se extendía sobre sus cabezas como un pozo vertical de oscuridad. En la penumbra, vieron los primeros peldaños de una oxidada escalera de caracol que subía por las paredes de la torre.

—¿Dónde está? —preguntó Marco.

Por un instante, Angela ni siquiera se dio cuenta de que estaba hablando con ella.

—El texto no lo dice —le contestó—. Solo parece sugerir que está oculto en alguna parte aquí, en este lugar. No puedo decirte nada más, y he traducido el resto del texto en latín.

Marco la miró durante un largo momento y después dirigió la vista a las escaleras antes de avanzar hacia uno de sus hombres y ordenarle algo con voz tajante en italiano. El hombre se marchó rápidamente de la torre.

—Necesitamos linternas —dijo—. No creo que el documento esté oculto aquí abajo. La gente todavía viene a esta isla, como dejan claro las pintadas de las paredes y, si alguien lo hubiera

encontrado, nosotros lo hubiéramos sabido. Así que probablemente está escondido en algún sitio que la gente normalmente no visita ni explora. — Miró a Angela de nuevo—. Espero que no te asusten las alturas, porque creo que Carmelita, o quien lo escondiera, seguramente lo dejó en la parte superior de la torre. Y tú subirás para buscarlo por nosotros.

Cuando el hombre al que habían enviado a la lancha regresó con media docena de linternas de distintos tamaños en las manos, Marco se acercó a Angela y le quitó las esposas. Entonces cogió la linterna más grande, un pesado instrumento cuadrado y gris con batería recargable, y apuntó su poderoso haz hacia arriba, recorriendo la ruta que seguía la escalera de caracol hasta llegar a una plataforma.

—Eso no puede ser la parte superior de la torre —dijo Marco—. No está lo suficientemente alto. Debe haber otra escalera sobre esa.

—No quiero hacer esto —murmuró Angela—. No quiero subir ahí.

Marco se encogió de hombros.

—Tienes dos opciones. Hazlo y vivirás, al menos un poco más. Niégate y haré que uno de mis hombres te estrangule ahora mismo y abandone aquí tu cadáver. Tú eliges.

Angela lo miró fijamente unos segundos, pero sabía que no tenía opción. Estaba totalmente segura de que Marco ordenaría su muerte con tan pocos reparos como pediría una taza de café. Hizo una mueca y cogió dos de las linternas más pequeñas antes de dirigirse a los pies de la escalera de caracol.

Encendió una de las linternas e iluminó los peldaños de metal que tenía delante. Había poco polvo o escombros en ellos, e incluso la barandilla parecía estar intacta y en buenas condiciones. Suponía que algunos de los poco frecuentes visitantes ilegales de la isla subían la escalera por curiosidad. Eran buenas noticias, porque eso significaba que la escalera aguantaría su peso. Con cuidado, colocó el pie izquierdo en el primer peldaño y comenzó a subir.

A su espalda escuchó sonido de pasos y miró atrás: Marco la seguía con la linterna en la mano.

—Sigue subiendo —le espetó—. Yo solo estoy aquí para asegurarme de que haces lo que se te ha ordenado.

La escalera giraba alrededor del interior de la torre. Los primeros peldaños parecían tremendamente sólidos, pero cuanto más subía más preocupada se sentía al darse cuenta de que dependía de tornillos y tuercas que llevaban allí mucho tiempo sin ningún tipo de mantenimiento o reparación. Se movió tan cerca de la pared como pudo, ya que esperaba que allí fuera más fuerte el viejo metal, y probaba cada peldaño antes de poner todo su peso encima.

La subida parecía interminable, pero al final llegó a una plataforma que suponía que era el final de la parte principal de la torre. Miró a su alrededor. Había pintadas en las paredes, lo que significaba que otras personas habían subido recientemente. En la plataforma no había ningún escondite evidente.

Marco apareció a su lado unos segundos después.
—Te dije que habían quitado la campana —dijo, señalando una viga de soporte que corría de una pared de la torre a la opuesta y que sin duda había sido diseñada para sostener algún objeto pesado.

—Yo oí algo —insistió Angela.

Miró las paredes de la cámara de la campana, y las aberturas tapiadas en los muros, y se estremeció.

—Supongo que se tiró de aquí —dijo en voz baja.

—¿Quién? —le preguntó Marco.

—El médico loco. Si la historia que contaban de él en esa guía es cierta, por supuesto.

—Nadie lo sabe, y tampoco me importa. — Marco miró a su alrededor y llegó rápidamente a la misma conclusión que Angela—. Aquí no hay nada. Tenemos que llegar a la parte de arriba.

Otro tramo corto de escaleras los llevó a un segundo nivel sobre la vieja cámara de la campana. Y las escaleras se detenían allí. Unida a una de las paredes había una escalera de acero con

aros de metal para evitar caídas. Como en la escalera de caracol, el metal parecía viejo y oxidado, y para nada seguro.

—Sigue —le ordenó Marco de nuevo.

Angela tragó saliva. Las alturas no la inquietaban demasiado, pero tenía miedo de caerse y los aros metálicos de la escalera no eran protección suficiente. Sin embargo, sabía que no tenía opción. Se metió ambas antorchas en la cinturilla de los pantalones, porque sin duda necesitaría las dos manos libres para subir, y después empezó a ascender.

No fue una subida larga, quizá veinte peldaños en total, y en la parte superior se encontró con una trampilla de madera que daba paso a una estrecha plataforma. No había pestillo ni cerrojo y se abrió fácilmente cuando la empujó. Entonces Angela sacó una de las linternas e iluminó el espacio al otro lado de la trampilla. Aparte de una vieja escoba, parecía estar totalmente vacío.

Colocó ambas linternas en el suelo de la pequeña plataforma y a continuación se impulsó a través

del agujero.

Marco estaba empezando a subir y, durante un fugaz instante, Angela pensó en lanzarle algún objeto pesado a la cabeza, pero descartó la idea. Aunque consiguiera acertar, todavía tendría que vérselas con los hombres que esperaban en la planta baja. Además, si Marco no volvía, suponía que no conseguiría salir viva de la torre.

La plataforma tenía unos dos metros y medio de largo y un metro de ancho, y las paredes parecían tan sólidas y uniformes como en las dos plataformas inferiores. Por lo que veía, no había ningún sitio donde pudiera esconderse algo, fuera del tamaño que fuera.

Marco atravesó la trampilla y se puso en pie junto a ella.

—¿Ahora qué? —exigió saber—. ¿Dónde está?

Angela negó con la cabeza, desesperada.

—No tengo ni idea —se excusó—. Solo puedo decirte lo que he traducido del texto en latín. No daba ninguna indicación de dónde podría estar oculto el documento, aparte de la mención a esta

torre, y ni siquiera eso era explícito. —Miró los uniformes muros a su alrededor—. Si estuvo aquí, es posible que alguien lo encontrara y se lo llevara hace años.

—Ya te lo he dicho: si alguien lo hubiera encontrado, nosotros lo sabríamos. Debe estar aquí, en alguna parte.

—Pero aquí no hay ningún sitio donde esconderlo.

Entonces se dio cuenta de algo. Se acercó a la trampilla y miró por el hueco cuadrado por el que habían subido.

—¿Cuánto crees que hemos subido? —le preguntó a Marco.

—¿Por qué?

—Porque las paredes son cuadradas —le contestó—. En la parte superior de la torre hay una aguja. Si hubiéramos subido hasta ella, las paredes se encontrarían en un punto sobre nuestras cabezas.

Marco miró a través de la trampilla. Después miró a su alrededor y asintió.

—Entonces, ¿dónde está el acceso? —preguntó.

El techo del espacio donde estaban se alzaba a solo dos metros sobre sus cabezas. Angela no contestó; cogió la escoba y empezó a golpear el techo suavemente con el palo. No tardó mucho en cubrir el pequeño espacio, y en una esquina esta técnica produjo un sonido hueco.

—Aquí —dijo, y apuntó el techo con la linterna. Casi invisible en la sucia escayola había una forma rectangular. Si no hubieran estado buscándola, de ningún modo la habrían visto. En un extremo había un pequeño agujero en cuyo interior podían verse algunas hebras de un material raído.

—¿Qué es eso?

—Creo que es el extremo de la cuerda que probablemente usaban para cerrar la trampa desde aquí. Y después la cortaron para ocultar el hecho de que había una abertura en el techo. Sostén esto —le pidió Angela, poseída por el espíritu de la aventura a pesar de las circunstancias. Le pasó la linterna a Marco, que parecía sorprendido, pero iluminó el punto que

ella le indicó.

Angela presionó las manos con firmeza en un extremo de la marca rectangular y empujó hacia arriba. Se escuchó un sonido chirriante, como si algo se rasgara, el sonido de la vieja madera seca moviéndose contra un objeto sólido, y la zona de techo se levantó un centímetro. Cambió de postura y empujó de nuevo, pero el panel no se movió.

—Sostén la linterna, probaré yo —le dijo Marco.

Angela retrocedió un par de pasos e iluminó el techo con la linterna. Marco levantó los brazos y empujó la madera. No ocurrió nada, así que retrocedió un par de centímetros y probó de nuevo, con el rostro retorcido por el esfuerzo. Con un último chasquido, el panel cedió repentinamente.

Una nube de polvo y de pequeños fragmentos de madera cayó sobre su cabeza. Angela miró con horror un brazo de esqueleto, en el interior de un caparazón de piel curtida, que cayó y con su huesuda mano parecía intentar agarrar a Marco. Sobre la cabeza de su captor, encuadradas en la oscuridad de la abertura, se encontró con las

cuencas de un cráneo humano parcialmente descarnado.

Bronson condujo la lancha hasta el final del Gran Canal y giró la proa al sur. Justo frente a él, en el lado contrario del Canale della Giudecca, estaba la larga, estrecha y aplatanada isla de Giudecca, con la mucho más pequeña isla triangular de San Giorgio Maggiore a la izquierda.

Si tenía razón y los hombres se dirigían al sur de la laguna, un buen lugar para esperar a que pasaran sería cerca de Giudecca. Dejó de girar y se dirigió al Canale della Grazia, que separaba las dos islas que tenía delante. Cuando entró en él se dirigió a la derecha y se detuvo en la orilla sur de la isla, justo debajo de Campiello Campalto.

Como casi el resto de sitios de Venecia, la isla de Giudecca estaba bordeada no por una muralla sino por una pasarela a nivel a entre sesenta centímetros y un metro por encima de la superficie del Adriático, prácticamente sin mareas. El borde

de la pasarela estaba interrumpido por unos tramos de escalones que permitían que la gente desembarcara, y por vigas verticales que hacían de postes de amarre. Una línea de anticuadas farolas de metal marcaba el lado del mar de la pasarela, y en el lado opuesto estaban las fachadas y las puertas de las casas y tiendas.

Varios botes y lanchas se encontraban ya amarrados ante la pasarela, pero Bronson no tuvo problemas para encontrar un poste de amarre libre. Lo rodeó con el cabo de proa y lo aseguró con un nudo fácil de soltar, de modo que pudiera marcharse de inmediato. Apagó el motor para conservar el combustible y comprobó cuánto le quedaba. Parecía que aún tenía medio depósito y esperaba que fuera suficiente.

Entonces sacó los prismáticos del bolsillo de su chaqueta y subió a la pasarela usando los peldaños más cercanos. Se sentó, dejando que sus piernas colgaran del borde. Habría empezado su vigilancia del tráfico acuático desde su lancha, pero se balanceaba con las olas que lamían la orilla de la

isla y con la estela de los navíos que pasaban; concentrarse en algo a través de los prismáticos habría sido difícil. Tenía mucho más sentido usarlos desde la plataforma estable que le ofrecía la pasarela.

Había llevado a cabo numerosas operaciones de vigilancia en su breve carrera como militar, y más tarde como policía, pero en aquellos casos había formado parte de un equipo, tanto estático como móvil, y el objetivo normalmente había sido un individuo concreto que debía ser seguido y vigilado. Si había cubierto un edificio, normalmente había sido una casa unifamiliar y se había asignado un equipo a cada una de sus entradas. Siempre se había tratado de operaciones de equipo en las que un gran número de personas cubrían un pequeño objetivo; era muy difícil que un hombre solo consiguiera vigilar con éxito una única ubicación concreta.

Pero allí, en las agitadas aguas de la laguna veneciana, Bronson iba a hacer justo eso. Su intención era examinar todos los navíos que se

dirigieran al sur a cada lado de su posición. Si tenía razón y sus adversarios se dirigían al este de Venecia, tras abandonar el sistema de canales al norte de la ciudad tendrían que pasar por allí. Pero también era profundamente consciente de que, si la lancha azul había conseguido llegar al Gran Canal antes que él, sus asaltantes estarían ya lejos de su alcance.

Comenzó a examinar todas las embarcaciones pequeñas que veía en la laguna, incluso aquellas que estaban a buena distancia.

Como esperaba, había un enorme número de botes y lanchas de distintas formas, tamaños, tipos y colores. El azul parecía ser bastante popular y vio dos botes que se parecían al que estaba buscando, pero los descartó. Una de las lanchas llevaba a tres personas y la otra al menos a cuatro, posiblemente cinco, pero estaba seguro de que los hombres a los que buscaba no se habrían detenido a recoger pasajeros. Es más, aquellas dos lanchas navegaban muy al sur de su posición, y dudaba que los dos hombres se hubieran alejado tanto.

Aunque estaba concentrado en examinar los navíos del extremo opuesto de la laguna, Bronson también observaba los que pasaban a su lado. Sabía que, para tener alguna posibilidad de encontrar la lancha, tendría que establecer un patrón de vigilancia y no concentrarse solo en una única parte de la laguna. De hecho, sabía que debía usar los binoculares tan poco como fuera posible, porque se trataba de una actividad inusual que sin duda llamaría la atención. Si quería que aquello funcionara, tenía que parecer una persona normal atendiendo sus asuntos en Giudecca.

Así que Bronson confiaba sobre todo en sus ojos, y rápidamente elaboró una especie de patrón de búsqueda que creía que le daría las mejores opciones de encontrar la lancha y a sus ocupantes antes de que ellos lo vieran. Era probable que entraran en la mitad sur de la laguna desde el este, o eso creía, así que concentró allí la mayor parte de su atención. Miraba hacia ese punto durante treinta segundos, a continuación miraba al sur quince segundos y terminaba su análisis de un

minuto mirando al oeste y de nuevo al este. Era aburrido y repetitivo, pero a Bronson no le importaba. Era la única oportunidad que tenía de encontrar a Angela, y por eso soportaría casi cualquier cosa.

De modo que se sentó en la pasarela, junto a su lancha, y observó y siguió observando sin dejar que su concentración decayera un instante mientras el casco de su navío se alzaba y caía suavemente a sus pies. Pasaron quince minutos; después veinte, y después veinticinco. Media hora más tarde, Bronson empezó a desesperarse. O su suposición sobre el destino de los dos hombres era totalmente errónea o no los había visto pasar. O quizá habían sido mucho más rápidos de lo que él había esperado. En cualquier caso, la había jodido.

Se quedó allí sentado, siguiendo el patrón de búsqueda que ahora estaba convencido de que era una pérdida de tiempo y preguntándose qué demonios hacer a continuación. Sopesó la idea de volver a la lancha y recorrer las islas de la laguna con la esperanza de ver la lancha azul. Pero

incluso mientras lo consideraba se dio cuenta de que sería una pérdida de tiempo. Había más de un centenar de islas y casi todas tendrían lanchas en sus muelles, muchas de las cuales serían azules.

Cogió los binoculares para examinar una ráfaga azul que había visto al sur. Murmuró, enfadado. Aquel bote en concreto era azul y blanco, una combinación de color totalmente diferente. Bajó los prismáticos de nuevo y, durante un par de segundos, perdió la mirada en las brillantes aguas azules de la laguna Veneta, intentando decidir su siguiente movimiento.

Y entonces, casi sin darse cuenta, descubrió que estaba mirando justo la lancha azul con los dos hombres a bordo. Acababa de aparecer del extremo este de Venecia entre media docena más de embarcaciones pequeñas cuyos cursos comenzaron a dividirse mientras se dirigían a sus destinos individuales.

Bronson no reaccionó. Se quedó sentado en la pasarela, mirando en dirección a Venecia mientras sus ojos, invisibles tras sus cristales de espejo y

bajo la visera de su gorra de béisbol, permanecían fijos en la embarcación. Los hombres de la lancha miraron disimuladamente a su alrededor mientras se dirigían al sur, pero no parecieron sospechar del hombre de las gafas de sol que estaba sentado solo en el lado sureste de la isla de Giudecca.

Bronson esperó hasta que el bote estuvo a un centenar de metros de distancia. Entonces, bajó sin prisas los peldaños y arrancó el motor de su lancha, que cobró vida inmediatamente. Soltó la amarra de proa y giró para seguir al otro navío, sin acelerar para no acercarse demasiado y atraer su atención.

Las dos lanchas, como si estuvieran unidas por un cordel invisible de casi trescientos metros de distancia, se dirigieron al sur a través de la laguna Veneta, alejándose de la ciudad en dirección a un grupo de islas periféricas.

Angela no pudo evitarlo. Gritó, aterrorizada, y retrocedió para alejarse de la horripilante aparición. Pero segundos después ya había recuperado la compostura. Los huesos viejos no eran algo nuevo para ella, y los cadáveres antiguos le interesaban más que asustarla. Fue solo el sobresalto por la inesperada aparición del viejo esqueleto.

Marco había retrocedido de un salto, con un grito de miedo, tras golpear el cadáver colgante con su linterna.

Durante unos segundos ninguno se movió; se quedaron iluminando con las linternas el espacio abierto sobre la trampilla y el macabro cuerpo que había caído parcialmente a través de la misma.

—No me esperaba eso —dijo Marco mientras se quitaba el polvo de la ropa.

—Yo tampoco.

Angela avanzó un paso y alumbró hacia arriba con la linterna. El esqueleto (o lo que podía ver de él) parecía articulado, y su piel y músculos desecados todavía colgaban de sus huesos. Parecía antiguo.

—Se dice que el médico loco del manicomio no saltó de la torre, sino que fue emparedado aquí — le dijo Marco—. ¿Podría ser él?

Angela negó con la cabeza.

—No lo creo, porque eso ocurrió hace cien años. El texto en latín se refería a un «guardián» del documento original. Creo que colocaron este cadáver aquí como una especie de advertencia a cualquiera que quisiera subir. Creo que era a esto a lo que se refería Carmelita.

—¿Quieres decir que este cadáver formaba parte de su grupo?

—No necesariamente. Por lo que he leído, encontrar un cadáver en esta isla no era difícil. Creo que desenterraron uno y lo colocaron sobre la trappilla antes de cerrarla.

Tardaron un momento en comprender las

implicaciones.

—¿Una víctima de la peste? —le preguntó Marco, con voz ronca.

—Es posible —asintió Angela—. Ambos sabemos que esta isla está llena de fosas de la peste. Pero eso no significa que el cadáver siga siendo infeccioso. No soy médico. No sé cuánto tiempo puede sobrevivir la bacteria tras la muerte de su anfitrión.

—Pero ¿podría portar aún la enfermedad?

Angela se encogió de hombros.

—No lo sé. Es posible. Pero ahora hay tratamientos para ese mal —añadió para tranquilizarlo. Se quedó en silencio un momento antes de pronunciar la conclusión lógica—: Si tengo razón y colocaron aquí el cadáver para proteger el documento original, supongo que los responsables pensaban que el cadáver estaba infectado. Por eso se refería Carmelita a un «guardián».

—Entonces, ¿crees que el documento podría estar ahí? —preguntó Marco señalando hacia

arriba.

—Parece probable, y es lo que espero.

—Bueno, lo descubriremos pronto. O lo harás tú, para ser exactos.

Marco cogió de nuevo la vieja escoba, colocó el cepillo bajo el cráneo del cadáver y empujó hacia arriba. El esqueleto desapareció de la vista, y su brazo colgante se desvaneció tan rápidamente como se había materializado.

Angela iluminó la trampilla con la linterna. En aquel espacio, sorprendentemente iluminado porque la luz del día atravesaba los huecos entre las tejas, se veía con claridad la forma puntiaguda de la parte superior de la torre.

—Si quieres que suba ahí —le dijo a Marco—, vas a tener que echarme una mano.

El hombre asintió, dejó su linterna en el suelo de modo que iluminara ese extremo de la plataforma y después se acercó a Angela. Le rodeó la cintura bruscamente con los brazos y la levantó a través de la trampilla abierta.

Ella usó los brazos para impulsarse a través de la

abertura e iluminó con la linterna a su alrededor. Los restos óseos del cadáver estaban a apenas unos centímetros de distancia, pero los ignoró por completo. No estaba totalmente segura de saber qué estaba buscando pero, si sus deducciones eran correctas, el documento perdido que Marco y sus compinches necesitaban tenía que estar cerca.

Los laterales de la aguja subían suavemente hacia el centro hasta encontrarse en un punto a unos seis metros sobre su cabeza; era difícil estimar la distancia con exactitud. Dudaba que el escondite estuviera tan inaccesible. Era más probable que estuviera a su alcance en aquel momento, en el suelo o en las paredes cercanas, sencillamente por la dificultad de llegar a la parte superior del campanario. Incluso usar una escalera sería prácticamente imposible, y nadie podría escalar aquellos muros en pendiente.

Si el documento (el pergamino, códice o lo que fuera) había sobrevivido y seguía oculto en alguna parte de la antigua torre campanario, tenía que estar cerca.

Angela movió el haz de la linterna lentamente a su alrededor hasta trazar un círculo completo. Estaba sobre lo que parecía ser un sólido suelo de piedra, atravesado solo por la trampilla. Le parecía improbable que hubiera una cavidad en su interior. Echó un vistazo a las paredes. Construidas con sólidas vigas y con puntales horizontales cada pocos metros, tampoco parecían demasiado prometedoras. Pasó la luz de la linterna por las paredes desde el suelo a unos dos metros y medio de altura, la máxima que pueden alcanzar la mayoría de los hombres, pero no vio nada que pareciera una caja o algún otro tipo de contenedor.

Entonces se detuvo. Entre los haces de luz que se filtraban a través de los huecos entre las tejas, creyó ver algo más. Un destello. Algo brillante. Sin alterar su posición, movió la linterna en la dirección opuesta para iluminar la pared contraria. Al pasar sobre una de las vigas verticales vio un reflejo.

Se acercó, cada vez más excitada. El resplandor que había visto estaba ligeramente a la derecha de

la vieja viga, en uno de los puntales horizontales a un metro y medio del suelo. Lo extraño era que no parecía haber nada en la madera que pudiera haber reflejado la luz de la linterna. Entonces vio una larga grieta que corría a lo largo del puntal. Se inclinó ligeramente para mirar el interior y descubrió que el objeto que había atraído su atención estaba en realidad dentro de la madera. Aquello no tenía ningún sentido.

Angela miró la parte superior del puntal y descubrió dos profundos cortes atravesándolo. En cuanto los vio adivinó la razón de la amplia grieta longitudinal: con el paso de los años, la madera se había secado y deformado ligeramente. Alguien había convertido la viga en una especie de caja al cortar la parte superior y abrir un hueco en ella.

Agarró la parte superior del puntal y tiró de la madera, que cedió fácilmente. En una depresión poco profunda había algo metálico. Era lo que había reflejado la luz de la linterna, el destello metálico en la oscuridad.

Angela extendió el brazo y lo cogió. Se trataba

de un cilindro de metal de unos veinticinco centímetros de largo y ocho centímetros de diámetro, con un extremo cerrado por una tapa. En un principio había estado pintado de marrón oscuro, presumiblemente para imitar el color de la madera, pero gran parte de la pintura se había caído.

El cilindro era demasiado pequeño para contener un códice o un libro, pero era lo suficientemente grande para un rollo o un pergamino.

—¿Qué es eso? —le preguntó Marco. Se había impulsado de modo que su cabeza y sus hombros atravesaban la trampilla, y la miraba fijamente.

—Un cilindro de acero —contestó Angela—. ¿Quieres que lo abra?

—No. Dámelo.

Se acercó a la trampilla y miró a Marco: había vuelto a apoyar los pies en el suelo y tenía una mano levantada para recibir el objeto. Angela le entregó el cilindro de metal y a continuación bajó por la trampilla. Marco ya había quitado la tapa de acero y estaba examinando un pergamino con una

sonrisa cruel en la cara.

—¿Es eso?

Marco asintió.

—Sí. Necesitaremos de nuevo tus habilidades como traductora —añadió mientras enrollaba cuidadosamente el pergamino y volvía a guardarlo en el cilindro—. Baja las escaleras. Te has ganado algunas horas más.

El truco para seguir a un coche era que el conductor del vehículo a la zaga se mantuviera lo suficientemente lejos para que el vigilado no se diera cuenta de que alguien estaba siguiéndolo, pero manteniéndose al mismo tiempo lo bastante cerca para no perderlo en el tráfico, ya fuera deliberada o accidentalmente. Por eso, en las operaciones de vigilancia, normalmente se usaba un mínimo de cuatro vehículos, incluyendo al menos una moto potente capaz de mantener el ritmo a cualquier coche y cuyo conductor pudiera atravesar incluso el más denso de los tráficos. Y todos estos vehículos intercambiarían sus posiciones frecuentemente, a intervalos irregulares, para que el objetivo no llegara a sospechar de ninguno en concreto.

Bronson estaba solo, pero la buena noticia era que lo único que tenía que hacer era mantener a su

objetivo a la vista y evitar que lo identificaran, una tarea relativamente fácil en las aguas abiertas de la laguna Veneta. No había suficiente tráfico acuático para que perdiera de vista el otro navío y sabía que, si desaparecía tras una isla y no reaparecía, habría llegado a su destino. Y eso era lo que le interesaba, nada más. Seguir la lancha era solo un modo de conseguirlo.

Tras dejar atrás la densidad del tráfico en el sur de la isla de Guidecca, los dos hombres de la motora azul se concentraron en el agua que tenían delante. Pero Bronson se mantuvo cauto y, cuando estableció la dirección a la que parecían dirigirse, cambió su curso ligeramente para seguir una trayectoria paralela hacia el centro de la laguna veneciana.

Bajo otras circunstancias habría sido muy agradable estar sentado en la lancha bajo el brillante sol, conduciendo por las aguas azules salpicadas de pintorescas islas, algunas con altas y elegantes mansiones y otras con edificios bajos, algunos en ruinas, mientras otras islas parecían

desiertas. A su espalda, el grueso de la ciudad dominaba el extremo norte de la laguna. En la clara luz de la tarde, debido a una de esas extrañas condiciones atmosféricas que ocurren a veces, podía ver con claridad las impresionantes montañas nevadas Dolomitas como si estuvieran a apenas quince kilómetros de distancia, aunque de hecho estaban a ciento cincuenta kilómetros de allí.

Pero Bronson no estaba de humor para apreciar la estética de la situación. Toda su atención estaba concentrada en la lancha azul que aún se dirigía al suroeste, hacia las islas cercanas a la península italiana. El número de embarcaciones que navegaban en la misma dirección había disminuido considerablemente a medida que se alejaba de Venecia, y ahora solo eran una docena en un radio de un kilómetro.

El resto de navíos se alejaron y Bronson empezó a preocuparse por si los hombres a los que seguía comenzaban a sospechar de él. No podía permitir que eso sucediera, así que, cuando otros tres botes

giraron al oeste y desaparecieron de su vista, se dio cuenta de que iba a tener que hacer algo.

Aminoró la velocidad ligeramente, cogió el mapa de la laguna Veneta y lo examinó durante unos segundos. Estaba acercándose al extremo sur de la laguna y sabía que los hombres a los que perseguía no irían mucho más lejos. La lancha azul parecía dirigirse a un grupo suelto de pequeñas islas bastante separadas unas de otras.

A su derecha había una isla muy pequeña, de unos cincuenta metros de largo, que parecía estar deshabitada (o al menos no veía rastro alguno de edificios o estructuras en ella) pero que le proporcionaría una vista razonable del grupo de islas al que se dirigía la otra lancha. Tomó una decisión, aminoró aún más la velocidad y giró el volante a la derecha. La lancha se ladeó al cambiar de dirección y Bronson condujo hacia un montículo fangoso bordeado de arbustos y de algunos árboles donde parecía que podría varar el barco con seguridad.

Un par de minutos después, el casco de fibra de

vidrio hizo contacto con el lecho de las poco profundas aguas. Inmediatamente, apagó el motor del fueraborda y volvió a ponerse la chaqueta de cuero. Quería evitar que el blanco de su camisa se viera en la isla, algo que podría alertar a sus adversarios.

Subió a la proa de la lancha, agarró la amarra y la sacó por la borda con un chapoteo. El agua le llegaba hasta las pantorrillas. Corrió un par de metros por la fangosa playa, agarró con firmeza la amarra de proa y tiró de la lancha un par de metros más hacia la playa para atarla al tronco de un arbusto grande: lo único que no podía permitirse era perder la lancha.

Comprobó que todavía llevaba los prismáticos alrededor del cuello y corrió una decena de metros hasta llegar al lado sur de la diminuta isla, donde encontró un punto desde donde podía ver las aguas a su alrededor. Se tumbó boca abajo y, en cuestión de segundos, localizó su objetivo.

Los dos hombres miraban a su alrededor; al parecer estaban examinando el puñado de

embarcaciones cercanas, y Bronson se alegró de haber escondido su lancha de la vista. Mientras observaba, la lancha azul alteró su curso ligeramente y se dirigió directamente a una de las islas. Ajustó el enfoque de los prismáticos y se concentró en ella. Se trataba de otra pequeña isla, aunque probablemente unas diez veces más grande que la isleta en la que él estaba, dominada por una enorme casa de piedra gris.

La lancha aminoró la velocidad ligeramente y desapareció tras la isla. Bronson permaneció inmóvil durante un par de minutos y siguió vigilando la escena, pero el bote no reapareció, aunque varias embarcaciones más pasaron de un lado a otro. Finalmente se incorporó y corrió a través de la maleza de vuelta a su lancha. Allí, cogió el mapa de la laguna, identificó la isleta en la que estaba y la isla tras la que se había desvanecido la lancha azul y marcó ambas.

Ahora tenía algo que podía llevar a la policía italiana, porque sabía que de ninguna manera podría enfrentarse solo a la gente de la isla.

Incluso armado con la pistola que seguía siendo un peso consolador en el bolsillo de su chaqueta de cuero, lo sobrepasarían en número y moriría si intentaba llevar a cabo un asalto individual. Lo que necesitaba era un puñado de carabinieri armados tan rápido como fuera posible.

Bronson soltó la amarra, dio a la proa un fuerte empujón para volver a ponerla a flote y después chapoteó por la orilla y subió a bordo. Mientras la lancha se deslizaba hacia atrás, puso en marcha el motor y giró el volante para dirigirse a la ciudad de Venecia. Si aquella era la isla donde tenían a Angela, necesitaba conseguir ayuda. Y rápido.

El descenso del campanario fue notoriamente más rápido que la subida, porque era evidente que Marco tenía prisa y que estaba ansioso por mostrar lo que habían encontrado al encapuchado que parecía inspirar tanto miedo en todos, no solo en Angela.

Al llegar abajo, uno de los hombres le volvió a poner las esposas a Angela mientras Marco desenrollaba el pergamino para que el resto pudiera examinarlo. Estaba claro que era viejo, manchado por el paso de los años, con los bordes deshilachados y rasgados, pero los hombres lo manipulaban como si fuera oro puro. Luego Marco volvió a guardarlo cuidadosamente en el cilindro de acero y le puso la tapa.

En cuestión de minutos, Angela estaba de nuevo en la cabina de la lancha, esposada de nuevo a la barandilla mientras el navío cogía velocidad sobre

las aguas de la laguna veneciana.

Esta vez, el encapuchado no compartió la cabina con ella; se quedó en la popa de la lancha con Marco y los demás, y Angela pudo observar Venecia desde la ventanilla. La tarde era soleada, pero algunos parches de niebla iban a la deriva sobre el agua, proporcionando a la laguna una apariencia espectral y etérea. La isla de Guidecca, al sur de Venecia, bloqueaba parcialmente su vista, aunque lo que podía ver del extremo este de la vieja ciudad parecía flotar, ya que la bruma ocultaba casi toda la parte inferior de los edificios. Pero incluso con el obstáculo de Guidecca podía ver la parte superior de uno de los edificios más característicos de Venecia: el Campanile di San Marco, el enorme campanario en la Piazza San Marco.

Recordó el momento en el que Chris y ella se unieron a miles de turistas más y caminaron por la plaza para observar la gran estructura de ladrillo. La original, según recordaba, había sido construida en el siglo XVI, pero se había

derrumbado inesperadamente en 1902. El pueblo de Venecia había rechazado todos los diseños nuevos que presentaron los esperanzados arquitectos y consiguió que la torre se reconstruyera con el mismo trazado de la original.

Aquella tarde se lo habían pasado bien, a pesar de la multitud que se apiñaba a su alrededor, e incluso habían tirado la casa por la ventana y habían pedido un café en una de las cafeterías que bordeaban la plaza: el precio les arrancó una mueca, pero disfrutaron de la atmósfera. Angela se preguntó, mientras miraba Venecia a través de la ventanilla de la cabina, dónde estaría Chris, qué habría sido de él, si estaría vivo o muerto. Y Marco había dejado totalmente claro que lo que le quedaba de vida ya no se medía en años, sino en horas. No tenía futuro, pero sin Chris a su lado no estaba segura de querer tenerlo.

Por un momento creyó derrumbarse y dejó que unas lágrimas de total y completa desesperación anegaran sus ojos, pero se recompuso. Si Chris estaba vivo, sabía que estaría buscándola por toda

Venecia; le debía, y también se lo debía a sí misma, no rendirse sin luchar.

No había nada que pudiera hacer en la oscilante lancha, ningún modo de atraer la atención, pero cuando volvieran a la isla quizá podría escapar e incluso nadar hasta otra. Se estremeció ante la perspectiva, no por miedo sino porque sabía que, si aquel era realmente su último y desesperado recurso, entonces era más que probable que muriera de hipotermia en las frías aguas de la laguna.

Aunque incluso eso sería mejor que el destino que Marco tenía preparado para ella.

Bronson tardó muy poco en volver a Venecia. El tráfico acuático de la laguna había disminuido considerablemente y pudo mantener la lancha más o menos a máxima velocidad durante la mayor parte del camino. Y sabía que el tiempo era realmente importante.

Amarró la lancha tan cerca como pudo de la comisaría de San Marco, lugar que había visto durante su reunión con Bianchi para identificar el cadáver de la joven. Cuando sus pensamientos regresaron a ese momento, Bronson volvió a notar el latigazo de la culpa por sentirse agradecido de que el pálido cuerpo sin vida fuera el de alguien a quien nunca había visto antes, y no el de Angela. Si lo hubiera sido, Bronson sabía que jamás se lo habría perdonado.

Pero ahora creía saber por fin dónde estaba. Y, aunque no estuviera en esa isla concreta, estaba

convencido de que esos hombres sabrían algo de ella, ya que habían estado involucrados en su secuestro. Lo único que tenía que hacer era convencer a la policía para que se pusiera en acción.

En el mostrador de comisaría pidió hablar directamente con Bianchi, pero le dijeron que el detective no estaba disponible. Bronson sabía que podía ser una excusa, pero necesitaba ayuda rápidamente y no iba a dejarse engañar por el equivalente italiano a un truculento sargento de guardia.

—Es una pena —dijo en italiano—, porque creo saber el paradero de los hombres que han estado matando a todas esas chicas en Venecia.

El sargento le dijo que esperara, levantó el teléfono y mantuvo una conversación muy breve. Menos de dos minutos después, Bianchi entró en la recepción de la comisaría.

—Oh —dijo, deteniéndose momentáneamente tras reconocer a Bronson—. Es usted otra vez. Creo que tiene cierta información para nosotros.

—Sí —asintió Bronson, y comenzó a explicarle que había visto a dos hombres saqueando una tumba en la isla de San Michele, y que, tras acercarse a ellos, le habían disparado.

Antes de que Bronson llegara a la mitad de su resumido relato de lo ocurrido en la Isola di San Michele, Bianchi empezó a mirarlo de un modo que solo podía ser descrito como suspicaz. Pero esperó a que Bronson terminara de contarle que había seguido a los dos hombres hasta una isla de la laguna antes de responder.

—Y supongo que no sabe nada del hombre que encontramos en San Michele —le dijo Bianchi—. Está en el hospital con una contusión grave porque alguien le golpeó la cabeza con una porra.

—Yo solo vi a los dos hombres de los que le he hablado, a nadie más.

Bronson mantuvo la mirada de Bianchi hasta que el policía empezó a repasar las notas que había tomado.

—Muy bien —dijo finalmente—. ¿Y está seguro de que podría identificar esa isla de nuevo?

Bronson asintió y le mostró a Bianchi el mapa de la laguna, en el que había dibujado un círculo alrededor de una de las islas del extremo sur. Había sido prudente y había dejado la pistola y el cargador en la lancha, tras concluir que entrar en una comisaría portando un arma semiautomática sin licencia no era la mejor de las ideas. Pero quería conservar la pistola por si tenía que ocuparse él mismo del rescate de Angela.

Y la reacción inmediata de Bianchi tras mirar el mapa sugería que aquella era una posibilidad.

—Conozco esta isla —dijo—. ¿Está totalmente seguro de que es allí adonde fueron los dos hombres?

—Sí —contestó Bronson—. Aunque en realidad no los vi amarrar la lancha o entrar en la isla, porque la rodearon hasta el extremo opuesto, tras la casa.

—Se equivoca —le dijo Bianchi sin emoción—. Esta es una isla privada propiedad de un importante político italiano. Es imposible que un hombre de su categoría y posición en la comunidad

esté involucrado en esto. Y —añadió implacablemente—, no tiene prueba alguna de la relación que sugiere entre los hombres a los que siguió hasta la isla y el secuestro de su esposa o las muertes de las jóvenes de esta ciudad. ¿Cuál sería exactamente la relación entre una tumba profanada en San Michele y cualquiera de estos dos delitos?

Bronson lo miró fijamente.

—Ya hemos pasado por esto antes, inspector. Aunque no lo admita públicamente, es totalmente consciente de que hay un grupo operando en Venecia que ha estado secuestrando chicas y desangrándolas hasta morir. Los hombres a los que vi hoy estaban profanando una tumba en la Isola di San Michele, la tumba de alguien que creen que fue un vampiro. Esos son los hechos, tal como yo los veo, y esa es la relación.

—¿Y su esposa? ¿Por qué fue secuestrada? ¿Ella también cree ser un vampiro?

Bianchi sonrió ligeramente al hacerle la pregunta y Bronson resistió la tentación de darle un

puñetazo en la mandíbula.

—No, inspector. Al igual que yo, y espero que también usted, ella sabe que los vampiros no existen.

—Entonces, ¿por qué la secuestraron?

—Porque, cuando examinamos la primera tumba de San Michele, vio un viejo libro en el fondo de la tumba, debajo de los restos del cadáver, y se lo llevó. Por eso entraron a robar en nuestra habitación de hotel y por eso fue secuestrada Angela.

—¿Por qué no mencionó esto antes? —le espetó Bianchi.

Bronson se encogió de hombros.

—Sinceramente, no le di importancia en el momento. Ahora desearía haberme alejado de aquella tumba abierta y no haber dicho nada a nadie.

—Sí —murmuró Bianchi—. Ver las cosas con perspectiva es una gran herramienta.

—Entonces... —insistió Bronson—. ¿Va a enviar a alguien a examinar esa isla?

Bianchi asintió, aunque de mala gana.

—Ha presentado una denuncia y mi deber es comprobar los hechos, por muy increíbles que sean y a pesar de mis recelos personales. Ordenaré que una de nuestras lanchas policiales vaya allí para hacer algunas preguntas.

Aquella no era la respuesta que Bronson estaba esperando, pero era mejor que nada.

—¿Puedo ir con ellos? —preguntó—. Así podría asegurarme de que se dirigen al lugar correcto.

—Por supuesto que no —contestó Bianchi—. Si encontraran algo, cosa que dudo mucho, lo llamaríamos a su hotel. Estará allí, ¿verdad?

La conclusión era obvia.

—Es posible que salga —dijo Bronson despreocupadamente—, así que sería mejor que me llamara al móvil.

Bianchi lo miró en silencio un par de segundos y después asintió.

—Muy bien, signor Bronson. Manténgase alejado de los problemas. No me gustaría que mis agentes visitaran esa isla y descubrieran que usted ya ha

estado allí. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Por supuesto —dijo Bronson—. Le prometo que no me verán acercarme a esa isla.

Lo que no era exactamente lo mismo que decir que no iría allí, por supuesto, pero esto pareció satisfacer a Bianchi.

Diez minutos después, Bronson caminó rápidamente a través de las abarrotadas calles hasta el lugar donde había amarrado su lancha. Arrancó el motor, soltó amarras y se alejó lentamente, sumido en sus pensamientos.

Sabía que lo primero que tenía que hacer era llenar el depósito de combustible para asegurarse de tener suficiente para lo que la noche pudiera depararle.

También le preocupaba lo reacio que se había mostrado Bianchi a tomarse en serio su relato. Era posible que la isla fuera propiedad de un político italiano, pero a Bronson no se le ocurría ningún país del mundo que no tuviera un amplio y nutrido plantel de políticos corruptos... Y, en Italia, la

corruptibilidad parecía ser un requisito para obtener un puesto en el gobierno.

Su segunda preocupación era que Bianchi, al parecer, iba a enviar una única lancha a la isla, donde los agentes preguntarían educadamente si alguien de la casa sabía algo sobre las chicas asesinadas. Podía adivinar la respuesta. Y eso asumiendo que Bianchi enviara de verdad a alguien.

Bronson había visto las rápidas lanchas policiales azules y blancas en la laguna veneciana, normalmente tripuladas por tres o cuatro agentes armados con pistolas, aunque era posible, suponía Bronson que tuvieran armas más pesadas en el interior de los vehículos. Incluso así, estaba claro que estaban más preparados para enfrentarse a delitos menores, sobre todo infracciones de tráfico cometidas en las aguas de la laguna, que a cosas más serias.

Pero lo que más le preocupaba no era algo que Bianchi hubiera dicho. En realidad era algo que el inspector no había dicho. Concretamente, una

pregunta que el hombre no le había hecho. Por supuesto, era posible que se le hubiera pasado por alto, lo que significaría que no era un policía demasiado bueno, pero Bronson lo dudaba. Por lo poco que conocía a Bianchi, aunque nunca le había gustado demasiado, tampoco le había parecido un incompetente.

La otra explicación posible era que Bianchi no había tenido que hacerle la pregunta porque ya conocía la respuesta, y esa era su verdadera preocupación.

Angela escuchó cómo moría el sonido del motor de la lancha segundos después de llegar al muelle. Poco después, Marco abrió la puerta de la cabina y entró.

Angela se tensó, preguntándose si se atrevería a intentar escapar justo entonces pero, antes de que soltara la esposa que la unía al pasamanos, se dio cuenta de que cualquier intento estaría condenado al fracaso: había otro hombre esperando junto a la puerta de la cabina, preparado por si había problemas. Dudaba que pudiera enfrentarse con éxito a Marco, y en todo caso no podría con los dos, así que permitió dócilmente que le esposaran las manos por delante y la condujeron desde el embarcadero a la casa.

Casi había llegado a la puerta cuando un sobrenatural aullido se oyó desde algún sitio cercano. Angela se detuvo en seco y miró a su

alrededor con ojos asombrados. No podía señalar la procedencia del sonido, pero estaba segura de que había sonado muy cerca.

—¿Qué diantres ha sido eso? —preguntó.

Marco no se molestó en contestar y la condujo a través de la puerta delantera de la casa hacia el salón. Cuando se detuvieron junto al escritorio, le quitó por fin las esposas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Angela.

—Creo que es obvio. Uno de mis hombres está fotocopiando el pergamino; tan pronto como haya terminado, podrás empezar a traducirlo. Y entonces descubriremos la respuesta.

—¿La respuesta a qué?

Pero antes de que Marco pudiera responder llamaron dos veces a la puerta y uno de sus hombres apareció portando media docena de pliegos de papel. Marco los cogió, los miró uno a uno y después los colocó en el escritorio ante Angela.

—Estupendo —dijo—. Puedes empezar.

Angela sabía que no tenía elección. Cogió el

primer folio y lo miró. La caligrafía del pergamino era borrosa y la tinta tenía un descolorido tono gris sobre el marrón del soporte, pero las fotocopias eran bastante claras. Asintió y abrió el diccionario latín-inglés que había estado usando anteriormente.

En cuestión de minutos le quedó claro que lo que estaba leyendo no se parecía en nada al texto en el que había trabajado antes. Las dos primeras páginas parecían contener una lista de nombres dividida en grupos e intercalada por varias palabras en latín con las que no se había topado anteriormente. Palabras como *agnatus*, *abdormitus* y *cognationis* aparecían frecuentemente, y cuando tradujo estas expresiones se dio cuenta de lo que estaba leyendo. *Agnatus* significaba «miembro masculino del linaje», *abdormitus* se traducía como «fallecido» y *cognationis* se refería a «parentesco», un significado que supuso incluso antes de que el diccionario lo confirmara. La lista era una genealogía, una parte de un árbol genealógico.

El primer nombre de la lista le resultaba familiar

porque lo había visto en alguna parte hacía poco, aunque tardó un par de segundos en ubicarlo. La genealogía que estaba traduciendo trazaba la consanguinidad de varias familias italianas con una misma fuente real: la princesa Leonor Isabel Amalia Magdalena de Lobkowitz, la princesa de Schwarzenberg, la mujer que también fue conocida como la Princesa Vampira.

Angela se echó hacia atrás en su silla y miró a Marco, que estaba sentado en su cómoda butaca en el lado opuesto de la habitación. Estaba mirando en su dirección y, cuando sus ojos se encontraron, asintió.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó Angela.

—Sí. Pero no tienes que listar todos los miembros de la familia; solo nos interesan los nombres de aquellos que murieron aquí, en Venecia, a finales del siglo XVIII. De hecho, solo necesitamos que compruebes uno de esos nombres, para confirmar su relación con la princesa.

—¿Cuál?

—Nicodema Diluca.

El nombre no significaba nada para Angela, aunque el apellido le sonaba ligeramente. Volvió a las fotocopias, encontró rápidamente lo que estaba buscando y trazó laboriosamente los nombres de los antepasados de la familia Diluca hasta la princesa de Schwarzenberg. Si los nombres y las relaciones listadas eran correctos, era innegable que Diluca era uno de sus descendientes.

—Según esto, sí, es un descendiente —informó a Marco—. ¿Por qué es importante?

El hombre la miró un instante y después negó con la cabeza.

—No lo comprendes, ¿verdad? Todo está en la sangre. No hay nada más importante que el linaje. Es por eso por lo que no encontrarás el nombre de Carmelita Paganini listado en esas páginas. Ella no era parte de la familia sagrada, aunque evidentemente deseaba serlo. Pero hizo algo bien. Ella, o mejor dicho, su diario, nos señaló la tumba correcta de San Michele.

Entonces se dio cuenta.

—¿La tumba de los ángeles gemelos? —preguntó

Angela—. La encontramos, pero creí que el apellido grabado en la lápida era Delaca.

—Te acercaste mucho. Mis hombres están en la isla ahora mismo, recuperando lo que necesitamos.

Angela no sabía a qué se refería, a menos que en esa tumba también hubiera algún documento o reliquia que necesitaran.

Entonces llamaron urgentemente a la puerta. Antes de que Marco se levantara de la butaca, la puerta se abrió y un hombre al que Angela no había visto antes entró en la habitación. Claramente nervioso, se acercó a Marco y mantuvo una breve aunque animada conversación con él. En cierto momento, ambos se detuvieron para mirar a Angela durante un par de segundos. Entonces Marco sonrió. El otro hombre señaló la puerta y se marchó de la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Angela, consciente de que Marco estaba mirándola de nuevo.

—Tengo buenas y malas noticias para ti, supongo —le dijo—. La buena noticia es que tu exmarido no murió cuando tus secuestradores lo atacaron en

la calle, porque lo han visto merodeando por la laguna en una lancha. La mala noticia es que se encontró con dos de mis hombres en uno de los canales de Venecia y le dispararon.

El rostro de Angela mostró la tempestad de emociones que atravesaron su cuerpo mientras asimilaba las declaraciones de Marco, y durante algunos segundos no pudo hablar.

—¿Está...? —consiguió decir al final.

—¿Muerto? —Marco terminó por ella—. No tengo ni idea. Probablemente. Pero que esté vivo o muerto no supondrá ninguna diferencia para ti. Lo importante es que ya no tenemos que preocuparnos por él. Ahora tenemos las dos cosas que necesitamos, el pergamino y la reliquia, y eso es lo único que importa. Y te mantendremos viva un poco más.

Angela estaba empezando a recuperar la compostura. Conocía a Chris y sabía que era un hombre fuerte; que le hubieran disparado no significaba que estuviera muerto. Y, al menos, eso era algo a lo que podía aferrarse. Se giró

ligeramente para mirar a Marco.

—¿Vais a dejarme vivir? —le preguntó.

Marco asintió.

—Al menos hasta que hayas terminado la traducción —le dijo mientras se acercaba a ella—.

Este pergamino —continuó, señalando las fotocopias sobre el escritorio— es el documento más importante que verás en tu vida. Este es el documento original, el registro sagrado. Esto es lo que hemos estado buscando todos estos años. Olvídate del diario de Carmelita Paganini: este pergamino contiene las respuestas a todas las preguntas que siempre hemos querido hacer. Traducirlo te mantendrá con vida, al menos algunas horas más. —Hizo una pausa y sonrió—. De hecho, si todo sale como esperamos, que vivas o mueras podría no tener importancia.

A pesar de la velada amenaza que Bianchi había hecho a Bronson para que se mantuviera alejado de la investigación, el británico no tenía intención alguna de quedarse sentado en su habitación de hotel esperando a que sonara el teléfono. Angela tenía que estar en esa isla y estaba decidido (después de todo por lo que había pasado) a mantenerse cerca de ella.

Esta vez sabía exactamente adónde iba y condujo directamente desde la entrada del Gran Canal hasta la extensión entre las islas de Giudecca y San Giorgio Maggiore. Cuando se libró del tráfico acuático alrededor de las islas, aceleró hacia su destino. Se mantuvo alerta, buscando cualquier rastro de la lancha policial que Bianchi había dicho que enviaría a la isla para investigar. Vio varias de las características embarcaciones azules y blancas en la laguna, pero ninguna parecía seguir

su misma dirección.

Después de varios minutos navegando casi a máxima velocidad, Bronson llegó a la pequeña isleta en la que se había detenido antes. Aminoró la velocidad, prácticamente detuvo la lancha a unos cincuenta metros de la orilla y, durante un par de minutos, pensó en lo que haría a continuación. El problema era que la casa de la isla en cuestión ocultaba la vista del embarcadero donde debían haber amarrado sus dos adversarios. Lógicamente, sería mucho mejor encontrar una ubicación desde la que pudiera ver esa parte de la isla, aunque solo fuera para observar la llegada de la lancha de la policía... Suponiendo, por supuesto, que apareciera.

Finalmente trazó un plan. Se dirigiría al sur, hacia el fondo de la laguna, como cualquier otro turista explorando esa parte de Venecia, y después giraría para regresar. De ese modo conseguiría dos cosas: obtendría una vista mejor de la isla y, con suerte, encontraría otro punto desde el que vigilar. Tenía que evitar a toda costa alertar a la gente de

la isla. En otras palabras, tenía que jugar la carta del turista.

Rodeó la isleta y se dirigió al sur mirando a su alrededor desde el asiento de plástico de la motora, exactamente como haría cualquier extranjero curioso. Pero, tras sus gafas de espejo, estaba concentrado en la isla a su derecha.

Como había observado antes, era de un tamaño razonable, lo suficientemente grande para que la casa pareciera cómoda en su ubicación, y mientras dirigía el navío al sur, una pequeña isleta apareció ante su vista. En ella podía ver un muelle de madera y a su lado había una lancha un poco más grande que la de Bronson. La isleta no era demasiado grande y, hasta donde podía ver, no habría demasiado espacio para otros navíos si la lancha estaba amarrada allí.

Entonces descubrió algo más. Tras la casa y a medio camino entre la propiedad y la ensenada había una zona de terreno nivelado que parecía haber sido pavimentada y en la que solo podía distinguir algo pintado de blanco. Haciéndose el

turista de nuevo, Bronson miró disimulado a su alrededor y después se giró para observar una vez más la isla. Y ahora, desde su perspectiva ligeramente alterada, podía ver qué era exactamente lo que había en el cemento.

Era un enorme círculo blanco en cuyo interior habían pintado la letra H: un helipuerto, lo que tenía mucho sentido. Bianchi le había dicho que la isla era propiedad de un importante político italiano, así que llegar en lancha seguramente sería un último recurso. Sería mucho más impresionante, y satisfaría la inevitable arrogancia del político, llegar allí en helicóptero.

Bronson continuó navegando sin prisa hacia el sur. Dejó atrás la isla y se dirigió a un grupo de isletas. En la mayoría había casas. Una vez más intentó parecer un turista mientras rodeaba y dejaba atrás aquellos terrenos.

A unos doscientos metros de la isla del político había otra muy pequeña en la que había una estructura que parecía un garaje: un techo plano sobre cuatro vigas verticales con una tosca mesa

de madera debajo. Bronson supuso que era un merendero y que el tejado proporcionaría alguna protección frente al calor del sol de mediodía. Miró atentamente la isla, intentando ver si había alguien allí. Comprobó su reloj. Era última hora de la tarde, en noviembre, y no era probable que hubiera nadie. El lugar parecía desierto.

Bronson vislumbró una estrecha cala en la que creía que podría amarrar fácilmente su lancha. Echó una mirada rápida a su alrededor, pero no había otras embarcaciones cerca y, menos de diez minutos después, estaba tirando de la línea de proa para adentrar la lancha un par de metros sobre la lodosa playa. Apagó el motor, ató la cuerda alrededor del tronco de un pequeño árbol que crecía cerca de la orilla, comprobó que llevaba sus prismáticos y la pistola (solo por si acaso) y atravesó rápidamente la isla hasta que pudo ver su objetivo.

Tenía una vista bastante buena de la fachada de la casa y del pequeño embarcadero con su muelle de madera, en el que había una lancha amarrada. Se

tumbó, se apoyó sobre los codos y miró a través de los prismáticos. No había señales de vida alrededor de la casa, así que dirigió su atención a la laguna.

Y entonces, quizá a medio kilómetro de distancia, vio acercarse una lancha de policía cuyo patrón de color la hacía inconfundible. Parecía que Bianchi había hecho lo que le había prometido y había enviado una patrulla a registrar la propiedad. Bronson se alegraba de que tanto su lancha como él estuvieran fuera de la vista.

Movió los prismáticos de nuevo para volver a mirar la casa. Estaba, como muchas otras mansiones que había visto en las islas periféricas, construida en piedra gris, con contraventanas de madera que protegían los cristales y el tejado cubierto de tejas de terracota. Pero cuando volvió a mirarla se fijó en algo más. Todas las contraventanas estaban bien cerradas y la casa parecía exudar una indefinida sensación de desolación, de vacío. Si no hubiera sabido la verdad, si no hubiera visto llegar a los dos

hombres de la lancha con sus propios ojos, habría asumido que estaba desierta.

Pero entonces recordó las actividades del grupo que había secuestrado a Angela y le pareció improbable que quisieran anunciar su presencia.

La lancha policial estaba ya mucho más cerca. Había aminorado la velocidad y la estela de proa era la mitad de lo que había sido antes. Mientras Bronson miraba, el navío giró alrededor de la isla y redujo la velocidad aún más antes de detenerse en la entrada de la ensenada, donde el conductor de la embarcación dio marcha atrás bruscamente para detener la lancha. No metió el navío en la ensenada, lo que sorprendió a Bronson, hasta que enfocó con sus prismáticos y vio una cadena maciza bloqueando la entrada al muelle.

Dos agentes de policía saltaron ágilmente al muelle desde el puente de mando de la lancha y caminaron sin prisas por un sendero de grava hacia la casa. Se detuvieron ante la entrada y uno de ellos presionó el timbre, pero la puerta permaneció firmemente cerrada sin que los

ocupantes de la casa dieran señales de vida. Al final, los agentes se alejaron un poco y miraron la fachada. Incluso desde donde estaba, Bronson vio que uno de ellos se encogía de hombros; volvieron a la lancha y subieron a bordo. El conductor encendió el motor, giró bruscamente con un repentino rocío de espuma blanca y aceleró alejándose de la isla.

Durante un par de segundos, Bronson siguió mirando la marcha de la patrulla a través de los prismáticos. La descripción más precisa de lo que acababa de ver era «patético». Los agentes no habían intentado siquiera echar un vistazo a la isla, no habían probado a abrir la puerta y ni siquiera habían buscado otra entrada a la casa, ya que estaba seguro de que debía existir una segunda e incluso una tercera puerta en la propiedad.

Suspiró. Si la policía italiana no estaba dispuesta a registrar el lugar, tendría que hacerlo él mismo.

Guiado por una intensa corazonada, se incorporó, echó una última mirada a la casa de la isla y volvió a la pequeña cala donde había dejado su

lancha.

Angela, sentada ante el escritorio, miraba el texto que estaba traduciendo. En su trabajo en el museo Británico a menudo había tenido que traducir párrafos en latín, normalmente secciones de documentos muy antiguos o de inscripciones que databan de casi dos milenios antes del apogeo del Imperio romano, y estaba familiarizada con la sintaxis y la gramática de los escritos de aquel periodo.

Pero también había trabajado en escritos que eran mucho más recientes, desde documentos del Imperio bizantino de finales del primer milenio a textos medievales que apenas tenían unos centenares de años de antigüedad. Siempre se había sentido fascinada por el modo en el que el latín, aunque era una lengua muerta e inmutable, había sido adaptado por sus usuarios a los variables patrones del habla y la escritura de los

distintos siglos. A veces era posible estimar la antigüedad de un extracto de texto sencillamente por el modo en el que había sido escrito, por las palabras que usaba.

Y el pergamino en el que estaba trabajando era claramente mucho más antiguo que el cuaderno. La sintaxis sugería que probablemente databa de finales del medievo, entre el siglo X y XIV, cientos de años antes de que Carmelita Paganini empezara su diario. Eso apuntaba a que Marco había tenido razón en la fecha que había asignado al documento.

En cierto sentido, Angela estaba disfrutando de lo que estaba haciendo, trabajando en el significado de las frases en latín y traduciéndolas a un inglés claro y comprensible. Pero, mientras lo hacía, una creciente sensación de presagio iba reptando sobre ella, un presentimiento que dio paso a una paralizante resignación al comprender la implicación global de la información contenida en el pergamino. Incluso el título del texto era perturbador, aunque no le sorprendió: *El vampiro noble*.

Cuando terminó lo que Marco le había dicho que hiciera con la genealogía, confirmar la consanguinidad que existía entre Nicodema Diluca y la llamada Princesa Vampira, empezó a trabajar en la siguiente página. Pero no tuvo que traducir el principio porque se dio cuenta inmediatamente de que era casi lo mismo que ya había visto en el diario, y que al parecer había sido copiado de la misma fuente. Esa parte del pergamino parecía ser básicamente una introducción al tema e incluía el intento de justificar las ridículas afirmaciones que había hecho el autor y que Angela ya había descifrado.

Pero la segunda parte del manuscrito era muy concreta; trataba sobre los vampiros. Explicaba minuciosamente el modo en el que se suponía que vivían y, según el autor anónimo, la realidad estaba muy lejos de la imagen romántica de los educados y elegantes vampiros del siglo xx que bebían la sangre de unas víctimas consintientes. Era evidente que ningún escritor contemporáneo se había basado en aquel texto o en cualquier otro

documento antiguo con descripciones similares.

Según aquel tratado, los vampiros eran caníbales (lo que no era ninguna sorpresa si tenemos en cuenta que su plato favorito era la sangre succionada de los cuellos de jóvenes núbiles) y carroñeros. De hecho, según el texto, el campo de caza favorito de los vampiros eran los cementerios, donde podían profanar las tumbas recientes y darse un banquete con la carne putrefacta de los cadáveres que allí encontraban. La única regla inviolable era que los cuerpos de los antiguos vampiros (los anfitriones descartados, por así decirlo) se consideraban nobles y no debían ser consumidos.

El modo más fiable de identificar a un vampiro, según el autor del texto, era por el olor a carne podrida que invariablemente exudaban, y que normalmente provocaba que los simples mortales los rehuyeran. Pero esto, explicaba entonces el autor, era un pequeño precio a pagar por el vampiro a cambio del valiosísimo regalo de la vida eterna.

Mientras terminaba de traducir esa frase se estremeció al recordar al encapuchado y el abominable olor que parecía rodearlo como un miasma. Estaba claro que era el líder de aquel grupo de perturbados, y al parecer había decidido parecerse tanto a un vampiro de verdad como pudiera. Suponía que debajo de la túnica llevaba un trozo de carne putrefacta para producir el hedor que ella había notado.

Negó con la cabeza y continuó con la traducción.

Las siguientes frases se referían a los a menudo inútiles y errados intentos de matar a los vampiros, intentos que el texto establecía que con frecuencia eran llevados a cabo por gente que no era capaz de apreciar la nobleza inherente del vampiro. A continuación se especificaba con gran detalle el único modo en el que podía matarse a un vampiro. Lo más efectivo era extraer el corazón del cuerpo de la criatura y enterrarlo por separado, tan lejos del vampiro como fuera posible.

La decapitación también funcionaba, pero atravesar el corazón con una estaca de madera era

inútil, en opinión del autor, porque el corazón permanecía en su lugar, y el corazón del vampiro era tan poderoso que nada salvo su extracción del cuerpo garantizaría la muerte. Una mofa similar se reservaba para la idea de colocar algún objeto (un ladrillo, un trozo de madera) en la boca del vampiro, y el autor citaba dos casos que había conocido personalmente en los que se había enterrado el cadáver con un ladrillo entre las mandíbulas y en los que el vampiro se había levantado sin esfuerzo de su tumba después de librarse a mordiscos del objeto. Una vez más, no concretaba dónde ni cuándo se suponía que habían sucedido tales hechos.

Lo que más molestaba a Angela era la prosaica aceptación del autor de la existencia de los vampiros. Por el tono de sus descripciones podría haber estado hablando de cualquier fenómeno natural con el que estuviera familiarizada la mayor parte de sus lectores. Era como si, en la época en la que escribía el autor, los vampiros hubieran sido miembros normales y aceptados de la

sociedad que, sencillamente, vivían de un modo muy distinto al resto de la gente.

Para Angela, aquella actitud era inaceptable y no dejaba de buscar señales en el texto que indicaran que el autor no estaba hablando en serio. Pero no parecía ser así. Quien había escrito el texto describía los hechos como si fueran totalmente ciertos, o al menos, como si creyera que lo eran. Estaba del todo convencido de que el vampiro era un miembro más (aunque estuviera muerto) de la sociedad en la que vivía.

Una vez más, Angela deseó saber quién había sido el autor y dónde y en qué periodo había vivido. Seguía estando segura, por la sintaxis utilizada, que la época era más o menos medieval, pero era incapaz de concretar algo más.

Leyó por segunda vez la traducción inglesa que había preparado y después se la ofreció a Marco, que se acercó al escritorio y la aceptó con un asentimiento.

Angela suspiró profundamente y estudió el primer párrafo del texto en latín que formaba la

tercera parte del tratado escrito en el pergamino, la sección que al parecer contenía instrucciones detalladas para que cualquiera que lo deseara pudiera convertirse en un vampiro.

Bronson apagó el motor al acercarse a la entrada de la ensenada. Se dio cuenta de que no tenía sentido intentar acercarse a hurtadillas; la isla era demasiado abierta para que una aproximación encubierta fuera viable, así que permitió que la lancha se balanceara lentamente hacia delante hasta que llegó al final del embarcadero, donde saltó a tierra y ató la amarra a la pesada cadena que bloqueaba la entrada a la cala. Al hacerlo, se dio cuenta de que la cadena estaba oxidada, y también el candado que la aseguraba, y por primera vez un atisbo de duda entró en su mente. No parecía que alguien hubiera abierto el candado o movido la cadena desde hacía mucho tiempo; de otro modo, habría desaparecido al menos parte del óxido.

Miró la lancha que estaba amarrada en el muelle. El agua era clara y podía ver la curva del casco

que se desvanecía bajo la superficie. La pintura oscura estaba cubierta de incrustaciones marinas que sugerían que el navío llevaba allí algún tiempo: las embarcaciones que se usaban regularmente tendían a tener los cascos mucho más limpios.

Pero eso, por supuesto, también podía significar que el propietario solía desplazarse en helicóptero. Era una explicación alternativa, aunque no acallaba las dudas que empezaban a carcomerlo. La isla parecía realmente desierta. Sacó la Browning semiautomática, le quitó el cargador y lo examinó antes de volver a colocarlo en la pistola, amortilló el arma y puso el seguro. Entonces caminó lentamente, mirando a su alrededor sin parar, por el camino de grava que conducía desde el muelle hasta la casa, dejando atrás el helipuerto.

No llamó al timbre. Presionó la oreja contra la puerta delantera de madera y escuchó. Dentro del edificio no se oía absolutamente nada. Con la pistola preparada en la mano derecha, caminó

alrededor de la casa y examinó todas las ventanas y puertas. Finalmente aceptó la desabrida verdad: se había equivocado de isla.

No lo entendía. Aquel era sin duda el lugar donde había visto desaparecer a los dos hombres de la lancha azul, aunque el restringido tamaño de la cala y el estado de la cadena que la bloqueaba sugería que la lancha no había amarrado allí.

En aquel momento sonó su teléfono móvil. Era un número italiano y, cuando presionó la tecla para responder, no le sorprendió demasiado escuchar la fría e indiferente voz del inspector Bianchi en su oreja.

—Hice lo que me pidió, signor Bronson —le dijo—. He enviado una lancha a la isla en la que usted cree que tienen a su esposa y los agentes no han encontrado nada. No hay nadie en la isla y la casa tiene cerradas puertas y ventanas. Lo único que ha conseguido es malgastar el valioso tiempo de la policía, que es una ofensa en Italia al igual que lo es en Gran Bretaña, según puedo suponer.

—Lo siento —dijo Bronson. En realidad no

había nada que pudiera decir—. Estaba seguro de que la encontrarían allí.

—Bueno, pues no lo hicimos. Le sugiero que se abstenga de interferir y deje la investigación de este crimen a los profesionales.

Y, dicho esto, colgó. Bronson miró la pantalla un momento y después se guardó el móvil en el bolsillo. Lo único que no iba a hacer era dejar de buscar a Angela.

Repitió la secuencia de hechos en su mente. Visualizó la persecución a través de la laguna y su decisión de observar desde la pequeña isla. Había visto cómo la lancha azul aminoraba la velocidad y desaparecía de la vista. Entonces recordó algo más: en la zona había varias embarcaciones más que iban y venían alrededor de las islas. Quizá los hombres a los que había estado siguiendo, a los que estaba seguro de haber visto mirar a su alrededor al acercarse a la isla, habían detenido la lancha junto al muelle bloqueado y esperado allí un par de minutos hasta que el resto de embarcaciones de turistas abandonaron la zona. Y

después habrían continuado su viaje, con cuidado de no dejar que nadie descubriera su destino final.

Bronson gruñó al darse cuenta. Si esos hombres eran parte del grupo responsable de las muertes de media docena de jóvenes en Venecia, su cautela se daba por sentado. Lo único esperanzador era que había muy pocas islas al sur: su escondite tenía que estar cerca.

Lo único que tenía que hacer era encontrarlo.

Angela había pensado que la segunda parte del tratado era extraño, pero el contenido de la tercera y última parte del texto era espantosamente brutal.

Comenzaba con la afirmación de que era posible que cualquiera que lo deseara se uniera a las filas de los «privilegiados inmortales», como describía a los vampiros. Pero, advertía el autor, el proceso era largo y exigía la mayor dedicación y compromiso. Mientras traducía las siguientes líneas, Angela se dio cuenta de que la dedicación y el compromiso eran solo una parte del sistema. El aspirante a vampiro también tenía que estar preparado para convertirse en genealogista, profanador de tumbas y, por último y lo más espantoso de todo, violador y asesino.

Ante todo era primordial localizar a alguna de las familias de vampiros más importantes. Este concepto ya parecía lo suficientemente extraño,

porque sugería que los vampiros podían reproducirse como la gente normal. ¿Sería suficiente, se preguntó Angela, si solo uno de los padres era vampiro? ¿Bastaría para transmitir la inmortalidad y unas nauseabundas necesidades alimenticias a los niños? ¿O tenían que serlo ambos padres? Negó con la cabeza. Se había sumergido tanto en aquella ridícula obra de fantasía medieval que no estaba pensando con claridad.

La razón por la que había que localizar a una familia de vampiros se explicaba a continuación. Los vampiros, proseguía el autor, tenían la habilidad de desechar el cuerpo que estaban habitando cuando este se debilitaba o cuando les resultaba imposible continuar con su modo de vida.

Tras traducir esa parte, Angela se quedó pensando un instante. ¿Qué significaba eso exactamente? Y entonces se dio cuenta. Aquella era la clave del asunto. Aquella era tanto la razón como la justificación. Así era como la gente que

creía en los vampiros podía reconciliar la afirmación de inmortalidad con el hecho de que los supuestos vampiros realmente envejecieran y murieran. No morían, en el sentido habitual de la palabra: el autor sugería que su esencia vital podía pasar de un cuerpo a otro, que descartaban su cuerpo anterior y se apoderaban de uno nuevo cuando necesitaban hacerlo.

Angela no comprendía cómo se explicaba el hecho de que el nuevo anfitrión del espíritu del vampiro tuviera una personalidad totalmente distinta a la de la persona anterior, pero quizá había una explicación sencilla. Era posible que la gente buscara similitudes en el comportamiento, la apariencia o cualquier otra cosa, y asumieran que el espíritu del vampiro habitaba entonces un nuevo cuerpo. Y, como demostrar lo contrario sería prácticamente imposible, cualquier declaración de inocencia del nuevo vampiro sería rechazada.

Lo importante, explicaba entonces el autor, era que, cuando un cuerpo humano era habitado por el espíritu inmortal de un vampiro, una parte de esa

esencia vampírica quedaba retenida en la carne y los huesos, y sobre todo en el cráneo.

Había dos razones para localizar a la familia de un vampiro, continuaba. La primera era que así podía ubicarse el cadáver del antiguo vampiro y recuperar parte del esqueleto, idealmente el cráneo, para el ritual. Aquella era la primera mención a un ritual o ceremonia, pero Angela estaba bastante segura de que no sería la última.

Así que lo primero que el aspirante a vampiro tenía que hacer era encontrar la tumba de una persona que hubiera sido un vampiro, profanarla y llevarse la cabeza. Aquello ya era muy desagradable, pero no era más que el principio.

Había que coger una porción del cráneo y convertirla en un polvo tan fino como fuera posible, de modo que la esencia del espíritu del vampiro fuera liberada del hueso. Pero esta operación solo podía ser llevada a cabo cuando el otro componente esencial de la fórmula hubiera sido identificado y obtenido.

Aquella era la otra razón por la que era necesario

localizar a la familia del vampiro, porque para que la esencia del vampiro pudiera ser liberada del hueso y recapturada, el cráneo molido tenía que mezclarse con la sangre fresca de una mujer descendiente de esa misma familia.

En ese momento, el autor se desviaba ligeramente del tema para explicar, usando un razonamiento casi científico, que la línea femenina retenía el espíritu del vampiro con mayor fuerza que la masculina. La explicación, sinceramente, no tenía sentido (como casi todo lo demás que Angela había traducido), pero parecía estar relacionada con el periodo menstrual, el momento en el que la mujer «evacua su exceso de sangre para invocar al noble vampiro y expresar así su disposición a ser tomada». La sangre de una niña no servía de nada, «porque la esencia no es todavía suficientemente fuerte en ella», y tampoco la sangre de una mujer que ya no fuera fértil o incluso la de una que ya hubiera dado a luz. «Debía sangrar pero no haber alumbrado hijos», como el autor lo resumía.

El anónimo autor pasaba entonces a enumerar los

detalles del ritual. Primero, una parte del cráneo tenía que ser «convertida en un polvo fino» que se colocaría posteriormente en un envase adecuado. Solo entonces se introducía a la chica en el proceso. Su cuerpo tenía que ser lavado concienzudamente y ella tenía que ser inmovilizada en una «postura práctica para todos». Al menos dos personas tenían que tomar parte en la siguiente fase del ritual, porque uno tenía que violar a la chica, «para asegurar que su sangre fluyera con la suficiente libertad», mientras el otro mordía su cuello para abrir las venas y hacer que empezara a desangrarse. El texto recomendaba que la sangre fluyera hasta que «el corazón dejara de bombear», lo que obviamente significaba que la chica moriría durante la ceremonia, «para que su éxtasis sublime al entregar su alma y espíritu» ayudara a garantizar el éxito de los procedimientos.

La sangre tenía que ser recogida en un receptáculo adecuado y mezclada con el hueso en polvo del cráneo antes de que la bebieran los

participantes. El autor advertía que sería necesario repetir el proceso varias veces antes de obtener el éxito.

En este momento, Angela soltó el lápiz y miró fijamente el texto en latín durante algunos minutos. El documento, aunque sus sugerencias eran innegablemente absurdas, era básicamente una receta y, hasta cierto punto, una justificación para la violación y asesinato en serie excusándose en un ritual casi religioso.

Entonces comenzó a traducir la última parte de la descripción del ritual y quedó totalmente absorta en el texto. El autor aseguraba que existía una sutileza más que era esencial para alcanzar el éxito. Además de los huesos molidos de un vampiro muerto hacía mucho y de la sangre fresca de una de las descendientes de la criatura, la mezcla exigía además la adición de la sangre de otra mujer, alguien que nunca hubiera tenido relación con el vampiro pero que, por lo demás, reuniera los mismos criterios. Esta infusión de sangre, decía el autor, añadiría fuerza a la mezcla

y sería extraída del sujeto del mismo modo, a través de la violación múltiple y del corte en los vasos sanguíneos del cuello.

Cuando Angela lo leyó, cerró los ojos y negó con la cabeza, pensando cómo podía alterar sutilmente la traducción para evitar la inevitable conclusión a la que llegaba.

Pero mientras cogía el lápiz se dio cuenta de que Marco estaba justo a su espalda y de que había leído lo que había escrito.

—Sabía que encontraríamos un modo más divertido de matarte que usando una bala —dijo—. Esta noche será tu turno sobre la mesa.

Bronson se metió la Browning en la cinturilla de sus pantalones y miró las tranquilas aguas de la laguna veneciana. La tarde estaba dando paso a la noche y la luz gris del crepúsculo oscurecía el aguamarina de las aguas alrededor de la isla.

Había dos más justo delante de él, ambas más o menos del mismo tamaño que aquella en la que estaba, y ambas habitadas. Podía ver luz brillando en las ventanas de las pequeñas mansiones que habían levantado en ellas. Parecían acogedoras, agradables, y estaban bastante cerca. Esta yuxtaposición imposibilitaba que una de ellas fuera la ubicación de una actividad ilegal, sencillamente porque todo lo que ocurría en una de ellas quedaba al alcance de la vista de la gente que vivía en la otra. El único modo de que una de ellas fuera el lugar que estaba buscando era que los residentes de ambas estuvieran involucrados en

una especie de conspiración colectiva. Y eso era improbable.

Bronson examinó las islas con los prismáticos, pero no vio nada fuera de lo normal. Entonces miró a la izquierda, donde otro pequeño trozo de tierra era visible en la tenue luz. Pero, por lo que podía ver, no había en ella ningún edificio. Obtuvo un resultado similar cuando examinó la laguna hacia el oeste: solo un par de pequeñas isletas sin señales de estar habitadas. Entonces, ¿dónde se habían escondido exactamente los dos hombres aquella tarde?

Bajó los prismáticos y miró la laguna mientras la desesperación apesaba su corazón. Había estado convencido de haber encontrado el lugar donde tenían a Angela, seguro de que podría rescatarla. Pero la fría y dura realidad era que no estaba más cerca de encontrarla de lo que había estado el día anterior. Lo único que se le ocurría era volver a su lancha y llevar a cabo un examen visual de las islas de los alrededores, por si veía la lancha azul... la lancha azul correcta.

Estaba a punto de liberar la amarra cuando un diminuto resplandor atrajo su atención. Venía de detrás, entre las dos islas deshabitadas que había localizado antes. Al principio parecía que la luz venía de tierra adentro, pero cuando se acercó los prismáticos a los ojos descubrió que había una isla más en la laguna, a bastante distancia al sur, en la que no había reparado. Había estado tan concentrado en la isla propiedad del político italiano que no había pensado en examinar lo que había más allá.

La observó con atención a través de los prismáticos y se dio cuenta inmediatamente de que estaba razonablemente aislada. Lo único que había cerca era una diminuta zona de juncos y maleza a unos cien metros de su orilla oeste. Bronson no estaba seguro de encontrar terreno sólido allí, pero era el único punto desde el que podría ver qué estaba ocurriendo en la isla.

Ahí había otra casa de piedra gris y una especie de edificio anexo. La luz que había visto venía de una ventana de la planta de abajo, una fina línea

que escapaba a través del hueco entre las persianas. Aparte de eso, no veía ningún signo más de vida.

Bronson echó un último vistazo tanto a la isla, donde la fina línea de luz vertical aún marcaba la posición de la casa, como al diminuto grupo de juncos, y fijó sus posiciones relativas en su mente. Entonces desató la cuerda, subió a su lancha, puso en marcha el motor y se alejó lentamente. Al menos la oscuridad lo ocultaría de la vista de cualquiera que pudiera estar vigilando.

Dirigió el navío hacia el oeste y después giró la proa hasta que apuntó directamente a los juncos, aminoró la velocidad aún más y se acercó lentamente. Se mantuvo tan agachado como pudo, sabiendo que la silueta de un hombre en una embarcación era muy característica y que, si se mantenía casi tumbado, con suerte su lancha parecería solo otra sombra más en la penumbra sobre el agua.

Cuando todavía estaba a un par de metros de los juncos, apagó el motor y permitió que la lancha

vagara hasta adentrarse en ellos. Al menos, mantendrían el navío razonablemente sujeto mientras examinaba la isla a través de sus prismáticos.

Un par de minutos después el casco encalló, probablemente en el barro, y se detuvo. Aquello era mejor de lo que había esperado. Bajó de la lancha y tiró de ella para adentrarla aún más en el lecho de juncos. El suelo era suave y esponjoso, y en repetidas ocasiones se hundió varios centímetros, empapando sus zapatos y las perneras de sus pantalones. Pero no le importó. Su búsqueda de Angela estaba de nuevo en marcha.

Se aseguró de que la lancha estaba bien sujeta, volvió a bordo y continuó con su escrutinio de la isla a través de sus prismáticos.

Marco no había terminado con ella. A pesar de su sombría declaración de que estaría muerta (de que moriría gritando de agonía) en cuestión de horas, todavía había que traducir la última parte del texto. Y Angela sabía que no tenía más opción que obedecer.

Con las lágrimas nublando sus ojos, se inclinó una vez más sobre las fotocopias.

Después de describir detalladamente la abominable ceremonia diseñada para convertir a un ser humano en un vampiro y que, casi como algo secundario, exigía la violación y el asesinato de no una sino dos mujeres jóvenes, el autor del tratado había concluido describiendo cómo sabría un iniciado si el proceso había tenido éxito.

Esta parte del texto era quizá la menos precisa de todo el documento. El autor admitía que no existía una prueba definitiva, pero sugería que un

desagrado cada vez mayor por el consumo de carne de animales, de las bestias de los campos, y una aversión a la luz del día eran indicadores positivos. Y si el iniciado descubría finalmente que solo podía alimentarse de la carne de los muertos recientes, entonces estaba claro que viviría para siempre.

Ya conocía el nombre del antiguo monje, como Marco lo había descrito, y dónde había vivido, porque la última parte del texto en latín contenía una única frase que lo identificaba y que sin duda había sido escrita por el miembro de la secta que había transcrito las palabras del autor. La traducción decía: «Inscrito por mi mano el día décimo cuarto del mes de agosto del año mil ciento veintiséis, de las sagradas palabras de nuestro más sagrado e ilustre maestro, el noble y reverenciado Padre Amadeus de Györ, Transdanubia».

Angela ya había oído hablar de Györ: era uno de los condados conocidos en el siglo XVIII como Districtus Trans-Danubianus, la zona de Hungría al

sur y oeste del río Danubio. Győr era uno de los doce condados de Transdanubia cuyos límites habían sido establecidos por Esteban I de Hungría, y que había permanecido sin cambios hasta 1920.

Pero si un monje (expracticante o no) había tenido alguna vez un nombre poco apropiado, era sin duda Amadeus de Győr. Su nombre significaba «el que ama a Dios», y Angela estaba convencida de que rara vez había leído algo más malvado, más contrario a la bondad esencial que predicaba la mayor parte de las religiones, y especialmente la cristiandad, que el tratado que tenía delante.

Se estremeció ligeramente y entregó la página a Marco, que se retiró a su butaca para leer tranquilamente el resto de su traducción.

—¿Qué pasará ahora? —le preguntó Angela con nerviosismo.

Marco le sonrió con frialdad.

—La buena noticia —le contestó— es que conservarás todos los dedos. Pero ya conoces la mala noticia: tomarás parte en la ceremonia de esta noche. De hecho, tendrás un papel estelar.

La ligera sonrisa abandonó el rostro de Marco y asintió mientras sus ojos recorrían el cuerpo de la mujer, evaluándolo.

—Nos habría venido bien que llevaras el pasaporte en el bolso —continuó—. Pero aun así hemos conseguido iniciar una investigación en Gran Bretaña, y en Internet, sobre tu historia familiar, y por lo que sabemos no hay evidencias de que tu linaje, el de cualquiera de tus ancestros, quiero decir, haya estado alguna vez relacionado con una de las nobles familias de los inmortales. Así que eres una candidata ideal para la ceremonia. Estás aquí, en la isla, y de todos modos tenemos que deshacernos de ti, porque ya has visto nuestras caras y sabes demasiado de nosotros. Y, si lo miras por el lado bueno, esto significa que no tendremos que secuestrar a otra chica en Venecia, así que tu muerte salvará la vida de una desconocida.

Angela sintió un escalofrío de puro terror. Abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo. Nada de lo que pudiera decir tendría la más mínima

influencia en su destino. Había caído en las garras de un grupo de personas para quien la santidad de la vida humana no significaba nada, que la mataría sin el menor atisbo de remordimiento o pesar. Lo único que les preocupaba era si su muerte los ayudaría en sus absurdas y horrendas actividades.

Las lágrimas llenaron sus ojos y apoyó la cabeza en las manos. Que algo así le sucediese, que algo así pudiera ocurrirle a cualquiera, en un país civilizado como Italia y en el siglo XXI, era sencillamente horrible. Se preguntaba dónde estaría Chris, si seguiría vivo o si estaría sobre una camilla en algún depósito de cadáveres de Venecia. Pensó amarga y puerilmente que todo había sido un desastre y había ocurrido por su culpa. Las vacaciones en Italia habían sido idea suya. Todo había sido idea suya, incluso la visita a la Isola di San Michele en la que había empezado aquello.

—Vamos —dijo Marco. La puerta del salón estaba abierta y dos hombres fornidos esperaban en el pasillo.

—¿Adónde? —consiguió preguntar Angela con una voz apenas audible.

—Tenemos un sótano preparado. Es allí, de hecho, donde llevamos a cabo nuestras ceremonias. Y hasta esta noche tendrás un poco de compañía, porque la otra chica está ya esperando abajo. Pero no tiene sentido que intentes hacerte amiga de ella —añadió—. Ambas estaréis muertas antes de medianoche.

Angela perdió la razón. Cogió uno de los lápices (lo único que veía que se parecía ligeramente a un arma) e intentó clavarlo con tanta fuerza y rapidez como pudo en los ojos de Marco.

Pero fue como si el hombre hubiera estado esperándolo; bloqueó el golpe sin esfuerzo con su brazo izquierdo a la vez que movía su mano derecha y le propinaba un doloroso golpe en la mejilla.

—Tienes temperamento, eso tengo que reconocértelo —le dijo—. Es una pena que vayas a morir esta noche. Si te hubieras quedado un poco más, podríamos habernos divertido contigo.

Enseñarte un poco de humildad, quizá. Lleváosla.

Bronson había examinado la isla intentando obtener tantos detalles del terreno y los edificios como pudiera bajo la tenue luz. Parecía ser bastante grande y el paisaje estaba dominado por una enorme casa de piedra clara tras la que se encontraba un ruinoso edificio anexo. La mayor parte de los muros estaban aún en pie, pero el tejado había desaparecido. Y a poca distancia había otro edificio mucho menor, aparentemente de madera. En la parte delantera de la casa, apenas visible desde donde estaba Bronson, había una ensenada bastante grande con espacio de sobra para amarrar. Veía al menos dos embarcaciones allí, ambas de colores oscuros, pero quedaba tan poca luz que ya no podía distinguir cuáles.

Terminó su examen visual de la isla y se sentó de nuevo en su lancha. Entonces miró a su alrededor, porque un sonido distante se estaba volviendo

cada vez más audible. Una lancha estaba acercándose a la zona y Bronson giró en su asiento para intentar ver el navío mientras se acercaba. Suponía que no sería más que un turista disfrutando de un paseo marítimo nocturno, o posiblemente una lancha de la policía navegando por la zona como parte de su ruta de patrulla normal.

Sin embargo, era una lancha de buen tamaño que, segundos después, descubrió que se dirigía directamente a la isla. La conclusión obvia era que se trataba de los propietarios (quizá una familia italiana) que regresaban a casa después de pasar el día en Venecia. Y, si este era el caso, Bronson sabría que se había equivocado de nuevo.

Enfocó con sus prismáticos la lancha que se acercaba. Había varias personas a bordo cuyas siluetas eran visibles a la luz del crepúsculo, aunque estaba demasiado oscuro para ver sus rostros. Aminoró la velocidad, se adentró lentamente en la ensenada y, unos segundos después, el sonido del motor se desvaneció y

Bronson aguardó expectante el desembarco de los pasajeros.

Pero, antes de que esto ocurriera, la puerta principal de la casa se abrió y dos hombres y una mujer salieron, brevemente iluminados por la luz que escapaba del interior de la propiedad. ¿Sería Angela? Con el corazón desbocado, Bronson ignoró a los individuos que caminaban desde el muelle hacia la casa y se concentró en intentar ver a las otras tres personas con mayor claridad.

No pudo. La luz era muy pobre, la niebla se posaba sobre el agua y sus rostros eran invisibles porque estaban alejándose de él. Incluso a través de los prismáticos, de lo único que en realidad podía estar seguro era de que había dos hombres de cabello oscuro flanqueando a una mujer rubia. Bronson se tensó. Angela era rubia, pero también lo eran muchas otras mujeres de Venecia. Lo cierto era que podía ser cualquiera, pero siguió vigilando.

Atravesaron un sendero que corría por el lateral de la casa hasta la parte de atrás de la propiedad.

Parecía que la mujer no podía caminar bien; los hombres la sujetaban por ambos flancos. Quizá estaba físicamente impedida o borracha, pensó. La idea de que se estuviera celebrando una fiesta en la casa no se le había ocurrido hasta aquel momento, pero era una explicación posible, casi probable, para lo que estaba viendo.

Las tres figuras le parecieron entonces menos importantes que los recién llegados, y volvió a concentrar su atención en la zona que había entre el muelle y la casa, y en las personas que caminaban hacia la puerta delantera de la propiedad. Lo que veía parecía sustentar la idea de la fiesta. A la luz que salía de la puerta delantera podía ver que los recién llegados eran todos hombres y que parecían estar elegantemente vestidos, con camisa blanca y corbata bajo los abrigos con los que se resguardaban del frío que imperaba en la laguna.

Parecía un grupo de recién llegados a una cena, dispuestos a disfrutar de una velada totalmente inocente. Sabía que tenía que haberse equivocado

de lugar... otra vez. Bajó los prismáticos y se levantó. Volvería a Venecia, compraría algo de comer y se acostaría temprano para empezar su búsqueda de nuevo por la mañana.

Estaba ya con el agua hasta los tobillos, junto a la proa del barco y a punto de empujarlo hacia el agua, cuando un grito resonó en la laguna.

Angela forcejeó mientras sus captores la sacaban de la casa y la empujaban por el sendero que conducía a la iglesia en ruinas, pero estaba tan indefensa como un niño entre los dos corpulentos hombres y sus frenéticos intentos por escapar fueron en vano. Gritó, desesperada; un aullido de terror que resonó en toda la isla.

Uno de los hombres levantó la mano para golpearla, pero el otro lo detuvo.

—No hagas eso —le dijo—. No queremos que sangre. Le daré una descarga.

Sacó un táser de su bolsillo, lo sostuvo frente a la cara de Angela y luego lo presionó contra su blusa.

Angela no comprendió lo que el hombre decía, pero sabía qué aspecto tenía una pistola.

—No, por favor, no. Por favor, no lo hagas.

Su voz se alzó cada vez más antes de detenerse abruptamente cuando el italiano apretó el gatillo.

La corriente la atravesó como si la atropellara un camión; salió disparada hacia atrás y cayó inconsciente al suelo.

—Ahora tendremos que cargar con ella —se quejó el hombre del táser.

Cogieron un brazo de la mujer cada uno, lo pasaron sobre sus hombros y continuaron su breve viaje hasta la iglesia en ruinas.

El grito puso a Bronson en movimiento. Tenía una intensidad casi feroz; era un primitivo aullido de angustia y miedo, el alarido de una mujer que ha rebasado su límite. Y, de algún modo, supo que era Angela. No había podido reconocerla a través de los prismáticos, pero en el instante en el que oyó el desgarrador grito supo exactamente dónde estaba.

Si necesitaba alguna confirmación, se la proporcionó lo que ocurrió a continuación. Se escuchó un alboroto de voces confusas, demasiado lejos para que distinguiera en qué idioma estaban hablando, y a continuación vio un tenue aunque característico resplandor azul y la mujer se derrumbó en el camino.

Bronson supo inmediatamente qué había pasado: habían usado un táser. Entonces miró con horror cómo la arrastraban bruscamente al interior del

edificio en ruinas tras la casa.

Consideró sus opciones durante un par de minutos, aunque eran muy limitadas. No sabía cuánta gente había en la isla, pero ya había visto a los dos hombres con la mujer que estaba seguro de que era Angela y al menos cuatro hombres más habían llegado en la lancha, así que lo sobrepasaban en número. Recordó la vieja cita de Clint Eastwood: «Smith, Wesson y yo»; pero incluso con la Browning Hi-Power como multiplicador de efectivos no estaba seguro de poder con tantos, ya que algunos de ellos debían de estar armados.

Sin duda, necesitaba refuerzos. Sacó su teléfono móvil y marcó el número que Bianchi le había dado en la comisaría de San Marco. Respondieron a su llamada en cuestión de segundos, pero no fue el inspector, que no estaba de servicio. Por un momento, Bronson pensó en intentar convencer al oficial para que enviara un par de lanchas de policías armados a la isla, pero después del fiasco de la «investigación» anterior, dudaba que lo

tomaran en serio. Necesitaba hablar con Bianchi en persona.

—He encontrado a mi mujer —dijo Bronson— y necesito ayuda urgente para rescatarla. Es muy importante que hable con el inspector Bianchi tan pronto como sea posible. ¿Podría darme su número de móvil, por favor?

Bronson casi podía oír el proceso mental del sargento al otro lado de la línea mientras sopesaba las posibles consecuencias de dar el número de móvil del inspector Bianchi a un civil, y las incluso más funestas consecuencias de no dárselo si resultaba que Bronson había localizado realmente a los secuestradores y a la mujer.

—Muy bien —dijo el sargento—. Pero, si alguien pregunta, sacó este número de la guía telefónica; yo no se lo di. ¿Entendido?

—Como quiera —accedió Bronson, y escribió el número en su cuaderno a la luz de la pantalla del móvil.

Todavía loco de preocupación por Angela, volvió a examinar la isla a través de los

prismáticos: los dos hombres volvían ya de las ruinas. Entonces escuchó el sonido de otra lancha acercándose y miró a su izquierda. Podía discernir una embarcación (parecía ligeramente más pequeña que la anterior) que se dirigía a la isla, y un par de minutos después también se adentró lentamente en la ensenada y se detuvo junto al muelle. Llegaba más gente, lo que empeoraba todavía más las posibilidades de Bronson.

Marcó el número que había apuntado, presionó el botón para llamar y se llevó el teléfono a la oreja. Escuchó el tono de llamada y, simultáneamente, el estridente sonido de un teléfono móvil resonó en la laguna. Bronson no podía creerse lo que vio a continuación: uno de los hombres que caminaban hacia la casa se detuvo y sacó el teléfono de su bolsillo. Bianchi era miembro del grupo que había raptado a Angela.

—¿Sí, signor Bronson? —preguntó Bianchi con tono de resignación—. ¿Qué quiere ahora?

Estaba claro que el inspector había reconocido el número de teléfono de Bronson o que lo había guardado en su lista de contactos.

Lo único que Bronson no iba a hacer, ahora que sabía que Bianchi era uno de ellos, era revelar su información. Si el inspector se daba cuenta de que Bronson estaba a apenas cien metros de distancia, estaría muerto en cuestión de minutos. Enviarían a media docena de hombres en un par de embarcaciones, y lo perseguirían y abatirían en la oscuridad.

—Espero no haberle pillado en un mal momento, inspector —dijo Bronson.

—No se preocupe —contestó Bianchi diplomáticamente—. Estoy a punto de sentarme a cenar con mi familia.

Una mentira descarada, evidentemente, ya que Bronson podía ver al hombre de pie en el sendero a través de sus prismáticos.

—Quería saber si hay alguna novedad.

—No, me temo que no. Una vez más, le aseguro que en cuanto descubramos algo se lo diré. Ahora, buenas noches, signor Bronson.

Mantuvo los ojos fijos en la distante figura y vio que el hombre cerraba la tapa de su teléfono. Aquella fue la confirmación final (si es que necesitaba alguna) de que Bianchi estaba realmente en la isla.

Bronson asintió para sí mismo. Aquello también explicaba otra cosa. Cuando le contó al inspector lo del diario que Angela había recuperado en la tumba profanada de la Isla de los Muertos y describió el robo posterior en su hotel, Bianchi no le preguntó cómo habían sabido los ladrones dónde buscar el diario. Los únicos que sabían que Bronson y Angela habían estado en el cementerio aquella noche, y que igualmente conocía el nombre de su hotel en Venecia, eran los carabinieri.

Bianchi no le había hecho la pregunta porque ya conocía la respuesta. Alguien de la policía veneciana (casi seguramente el propio Bianchi) debía haber pasado la información a los hombres de la isla.

Bronson supo entonces que estaba totalmente solo.

Sacó la Browning de su cintura, le quitó el cargador y, a tientas, extrajo todas las balas. Repitió el proceso con los cargadores adicionales que le había quitado al hombre en el cementerio de la isla de San Michele y después volvió a llenarlos cuidadosamente. Era una técnica que había aprendido en el ejército. Las obstrucciones (los atascos en una pistola) eran mucho más probables si el arma llevaba un tiempo cargada. Vaciarla y recargarla ayudaba a evitar el problema. Y lo único que no podía permitirse era la posibilidad de que el arma se atascara.

Hasta aquel momento, Bronson había conservado la pistola solo por protección. Pero si se aventuraba en aquella isla tendría que luchar en el

campo del enemigo, y para eso necesitaría toda ayuda de la que pudiera disponer. Eso incluía llevar la pistola en su pistolera en lugar de metida en la cinturilla, donde podría engancharse con su cinturón o su camisa.

Bronson se colocó tanto la pistolera como la bolsa de la munición a la derecha e izquierda respectivamente de su cinturón. En la bolsa llevaba los dos cargadores adicionales ligeramente separados, para poder acceder a ellos fácilmente. Insertó los cargadores de modo que miraran en la misma dirección, con la lengüeta hacia atrás, para que al sacarlos estuvieran en la orientación adecuada para deslizarlos en la Browning. Un cambio de cargador rápido y sin titubeos podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte en una situación de combate cuerpo a cuerpo.

Metió el último cargador en la Browning, apretó el deslizador para alojar el primer proyectil y se aseguró de que el seguro estaba puesto. Amartillar un arma semiautomática hacía un ruido muy

característico y no quería arriesgarse a hacerlo en la isla, ya que cualquiera podría reconocer el sonido. Se guardó la Browning en la pistolera y comprobó que estaba bien asegurada. Entonces apagó su teléfono móvil y se lo metió en el bolsillo.

Totalmente preparado, Bronson saltó por el lateral del bote hasta la lodosa vegetación y empujó la lancha hacia el agua antes de volver a subir a bordo.

Angela abrió los ojos y miró a su alrededor. O, mejor dicho, lo intentó, porque mirara donde mirara no conseguía ver nada. Una oscuridad estigia, impenetrable, la rodeaba. Por un momento se preguntó si le habrían vendado los ojos, si alguien le habría colocado algo sobre la cabeza o los ojos para bloquear la luz. Se llevó la mano derecha a la mano y se tanteó las mejillas, los párpados y la boca, y se dio cuenta de que no era el caso.

Inhaló profundamente a través de la boca. Sabía que estaba en una habitación muy, muy oscura, y durante varios segundos la confusión de su mente casi la abrumó: no tenía ni idea de dónde estaba, qué había pasado o qué había provocado el dolor que sentía en el centro del pecho, entre los pechos y bajo los mismos. Sus nervios parecían estar gritando tras los efectos de algún trauma y todo su

cuerpo temblaba por la conmoción.

Y entonces recordó las instrucciones que Marco había dado a los dos hombres para que la llevaran al sótano. Y en una súbita oleada también recordó haber forcejeado durante todo el camino por el sendero de grava hasta que uno de los hombres sacó una especie de pistola y le disparó. Instantáneamente, se llevó la mano al torso y sus dedos buscaron el agujero de bala que esperaba encontrar allí. Pero aquello no tenía sentido. Si le hubieran disparado en el pecho estaría muerta, ¿no?

—¿Qué me ha pasado? —murmuró. Se llevó las manos a la cara y solo entonces escuchó el repiqueteo de una cadena y notó la presión del grillete que se cerraba alrededor de su muñeca izquierda.

En ese momento, desde algún sitio cercano, escuchó una voz y se dio cuenta de que no estaba sola.

—¿Hola? ¿Quién está ahí? —preguntó Angela.

—Solo hablo un poco de inglés. Me llamo

Marietta. Seguramente te han disparado con un taser. Te han traído escaleras abajo. Seguro que ahora te duele, pero se te pasará.

Aquello la animó un poco. Al menos, ahora sabía por qué se sentía así. Y no estar sola en la oscuridad era un tremendo consuelo.

—Me llamo Angela y no hablo italiano. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Solo se escuchó un resuello, como si la chica estuviera llorando. Y entonces Angela se dio cuenta de que eso era exactamente lo que estaba haciendo. Marietta, fuera quien fuera, estaba sollozando y durante unos minutos no dijo nada más. Luego la chica pareció recomponerse y pronunció una única frase que heló la sangre de Angela.

—Me han traído aquí para matarme —dijo en voz baja.

No había una respuesta adecuada para aquella información y, durante unos segundos, Angela se quedó tumbada sobre la cama, aturdida y muda. Después volvió a hablar.

—No puedes estar segura de eso. Es posible que...

—Estoy totalmente segura —la interrumpió—. Anoche los vi hacerlo.

Angela no estaba segura de a qué se refería. Era evidente que estaba viva, así que tenía que estar hablando de otra persona, a menos que Angela no hubiera comprendido bien sus palabras.

—¿A qué te refieres?

—Había otra chica aquí abajo. Se llamaba Benedetta.

La voz de Marietta se rompió bajo la tensión emocional que sentía. Hablaba en voz muy tenue.

—Cuéntamelo, Marietta. Tómame tu tiempo.

—Hubo una ceremonia. Me obligaron a lavarme y a ponerme una túnica, pero cogieron primero a Benedetta y yo lo vi todo.

La voz de Marietta se quebró de nuevo y, durante varios minutos, sollozó incontrolablemente antes de recuperar cierta compostura.

Con voz temblorosa y dubitativa, describió el resto del ritual del que había sido testigo. Mientras

lo hacía, el terror de Angela se incrementó. Lo que la chica estaba describiéndole era casi el mismo ritual que se describía en el pergamino, en el documento de *El Vampiro Noble*.

Hasta aquel momento, Angela había albergado una débil y totalmente irracional creencia de que estaba experimentando algo irreal, una elaborada charada o algo así. Pero las palabras de Marietta, al describir la brutal violación y asesinato que se había llevado a cabo en aquella misma sala el día anterior, destruyeron totalmente aquella diminuta esperanza.

Se estremeció al oír la descripción de la violación ritual, pero fue la última parte de la ceremonia, los últimos hechos de los que Marietta había sido testigo, lo que más la asustó.

—Repítame eso, por favor —le pidió Angela.

—El hombre que la mató, el hombre que le mordió el cuello, era un vampiro.

Antes de llegar a Venecia, Angela habría contestado a una afirmación así sin dudar, con una tranquila y razonada explicación. Los vampiros,

habría dicho, no existían ni habían existido nunca. La creencia en esas criaturas era una leyenda premedieval sin base alguna en la realidad.

Se sentía tentada a decirle algo así a Marietta, pero por el momento no lo hizo. Porque, fuera cierta o no la leyenda del vampiro, sabía sin ningún tipo de duda que el grupo de gente que las tenía retenidas creía ciegamente en la existencia de los no muertos. Para ellos, los vampiros eran indudablemente reales.

Y aunque ni siquiera se lo admitiría a sí misma, el encapuchado, el que parecía el líder de la secta, la inquietaba más de lo que se atrevía a reconocer. Su habilidad para moverse en completo silencio, el hecho de no haber visto nunca su rostro porque lo mantenía permanentemente oculto bajo su caperuza y, sobre todo, el hedor a carne podrida que ello acompañaba, parecía tan completamente inhumano que empezaba a dudar de su propia mente. Su cerebro racional todavía rechazaba de plano el concepto de la existencia de los vampiros pero, en aquel momento, bajo aquellas

circunstancias y en aquel lugar, ya no estaba segura de tener razón.

Aun así, intentó convencer a la chica.

—Los vampiros no son reales, Marietta —le dijo para tranquilizarla—. Debes haber visto otra cosa.

—Tú no lo viste. Tenía unos dientes enormes, largos y afilados, y se bebió la sangre de su cuello.

Angela lo dejó estar.

—¿Y qué ocurrió después? —le preguntó.

—No lo sé. Grité, uno de los hombres me disparó con el táser y me quedé inconsciente. Cuando volví en mí, el sótano estaba vacío y Benedetta había desaparecido. Uno de los hombres me dijo que la habían llevado a San Michele, así que sé que está muerta.

Angela se quedó en silencio un par de minutos, preguntándose si debía compartir con ella lo que sabía sobre la secta; sobre el antiguo monje húngaro, Amadeus; y sobre Nicodema Diluca, el veneciano que afirmaba descender de la princesa Leonor Amalia de Schwarzenberg y con quien tanto Marietta como la chica muerta estaban

desafortunadamente emparentadas. Pero sabía que eso no serviría de nada, que no las ayudaría a ninguna de ellas, y por eso contuvo su lengua.

Había una última pregunta que necesitaba hacer, aunque ya conocía la respuesta:

—Pero ¿cómo sabes que van a matarte a ti también?

Marietta contestó entre sollozos.

—Porque me han dicho que esta noche será mi turno sobre la mesa.

El último grupo de hombres que había llegado en lancha (incluyendo al inspector Bianchi) había desaparecido ya en el interior de la casa y no había señal de movimiento alguno en la isla. Pero eso no significaba que no hubiera nadie vigilando, así que Bronson no iba a conducir su lancha hasta la ensenada y amarrarla allí. En lugar de eso, decidió que su mejor opción era tomar una dirección que lo alejara de la isla y que le permitiera acercarse desde el sur, la orilla opuesta al muelle, más lejana a la casa.

Bronson puso en marcha el motor e inmediatamente aminoró la velocidad para amortiguar el sonido de la lancha tanto como pudiera. Entonces se alejó de la isla, hacia el oeste, antes de girar suavemente en semicírculo hacia el sur de su objetivo. El navío avanzaba despacio, pero así estaba bien. Sabía que el

silencio y el sigilo eran mucho más importantes que la velocidad.

Condujo la lancha a poca velocidad hasta que calculó que estaba justo detrás de la casa de piedra gris y entonces giró el volante para dirigir la proa del barco hacia su objetivo. Cuando suponía que estaba a unos cincuenta metros de la orilla, apagó el motor por completo y dejó que la lancha prosiguiera en silencio. Gran parte de las aguas de la laguna veneciana eran poco profundas y suponía que podría vadear hasta la orilla tirando de la lancha. Tendría que haber comprobado el mapa antes de quedarse sin luz, pero ahora era demasiado tarde para intentarlo. En el peor de los casos, una vez que la lancha dejara de avanzar tendría que nadar hasta la orilla tirando de ella.

Pero nada de eso fue necesario, porque la orilla de la isla apareció ante él, en la oscuridad, y a su embarcación aún le quedaba suficiente empuje para llegar hasta ella sin dificultad. La proa de la motora atravesó un grupo de juncos y después se varó en algo sólido. Inmediatamente, Bronson

saltó por la borda, intentando ser tan silencioso como pudo, y ató la amarra de proa a un tocón de árbol. Tras asegurar la lancha, se agachó para evitar que vieran su silueta y examinó el terreno a su alrededor.

A su izquierda había un viejo muelle, mucho más pequeño que el grande que había visto en la parte delantera de la casa, y amarrada en él había una pequeña motora.

Como había descubierto tras su examen de la isla antes de que cayera la noche, el terreno era razonablemente llano y subía solo un par de metros sobre el nivel del agua de la laguna. No había vallas ni barreras a la vista, y el rasgo más distintivo era la casa que se alzaba en el extremo norte y que destacaba contra el cielo nocturno, un enorme monolito gris cuya forma solo se veía aliviada por la silueta de las ventanas cerradas.

Entre Bronson y la casa estaban los muros del edificio en ruinas que ahora pensaba que podían ser los restos de otra casa o de una capilla o iglesia pequeña. La luz no era lo suficientemente

buena para saberlo con seguridad. Y a poca distancia a su izquierda estaba la otra estructura, que parecía un granero o un establo.

Bronson olfateó el aire. Nunca había creído tener un olfato especialmente sensible, pero detectó un olor inusual. Olfateó de nuevo. Fuera lo que fuera, parecía emanar de la estructura de madera.

Miró a su alrededor antes de salir corriendo hacia allí. Había una única puerta en un lateral y una ventana a la derecha a través de la que miró con cautela. El interior estaba totalmente oscuro, pero tenía la extraña sensación de que había algo, algo grande, moviéndose dentro. Presionó la oreja contra la pared de madera y detectó con total claridad un sonido de fricción, como arañazos, en el interior. La puerta estaba cerrada con un candado grande y nuevo y una sólida aldaba, y sabía que no conseguiría abrirla o forzarla sin herramientas. Seguramente podría pegarle un disparo al candado con la Browning, pero aquella no sería una buena idea.

Durante un par de minutos se preguntó si tendrían

a Angela encerrada en el interior y si debería dar un golpecito en el cristal o en la puerta para atraer su atención. Pero algo lo detuvo; una sensación visceral que le dijo que lo que estaba atrapado en el cobertizo no era humano. Con el corazón desbocado, se alejó de la puerta.

Entonces dirigió su atención a la casa de piedra gris y a las ruinas. Eligió su camino con cautela, con todos sus sentidos en alerta por si notaba algún movimiento, y caminó tan silenciosamente como pudo hacia el muro de piedra trasero del edificio derruido.

Mientras se acercaba se dio cuenta de que su suposición anterior había sido correcta: era una iglesia pequeña. Algunos de los puntales del tejado seguían en su lugar, pero los listones, tejas y vigas habían desaparecido hacía mucho. Solo quedaban los cuatro muros de piedra, un par de ventanas y la puerta. Las ventanas estaban por encima de su línea de visión y la puerta estaba cerrada, de modo que era incapaz de ver lo que había dentro.

Bronson rodeó el edificio antes de detenerse junto a la puerta, la única entrada al interior. Miró a su alrededor, alerta, pero la noche era oscura y silenciosa y lo único que se oía era el lamido distante de las olas en la orilla. Las luces parpadeaban a su alrededor, principalmente desde la ciudad de Venecia, al noroeste, y desde el interior, que se extendía en un arco en el norte, pero ninguna de las islas de aquel extremo de la laguna parecía estar habitada.

Hizo una última comprobación antes de agarrar la aldaba que hacía las veces de pomo en la puerta de la vieja iglesia y empujó muy lentamente. Se escuchó un débil chirrido cuando el antiguo metal se movió y la puerta cedió ligeramente. Empujó con suavidad y la puerta se abrió hacia adentro casi en silencio. Miró a su alrededor de nuevo y entró en el ruinoso edificio.

El antiguo suelo de piedra estaba lleno de montones de roca y trozos de madera. Hierba y otras plantas empezaban a crecer en las grietas entre las losas. Era evidente que no habían

intentado restaurar el edificio. El propietario de la isla estaba, al parecer, conforme con dejar que el sitio se cayera a trozos y que la naturaleza lo reclamara. Y, aun así, Bronson se sentía incómodo. ¿Por qué se había abierto la puerta con tanta facilidad? Era casi como si hubieran mantenido lubricadas las bisagras, como si la puerta fuera de uso habitual.

Entonces escuchó que otra puerta se abría y cerraba en alguna parte fuera de la vieja iglesia. Oyó pasos de al menos dos personas que se dirigían hacia allí y supo que no tenía tiempo para salir de la iglesia.

Estaba atrapado en el interior del edificio.

Antes de que Angela pudiera contestar, las luces del sótano se encendieron y alcanzó a ver su prisión por primera vez. Segundos después, un guardia bajó las escaleras y cruzó el suelo de piedra hasta la celda de Marietta. Llevaba toallas, dos cubos de agua caliente y un par de túnicas blancas.

—Es la hora —ordenó—. Preparaos, y daos prisa. Los primeros miembros ya han llegado y no queremos hacerlos esperar.

Tiró una toalla y una túnica sobre la cama, dedicó a Marietta una sonrisa maliciosa y dejó que se lavara. A continuación se detuvo en la entrada de la celda de Angela. Se acercó, lanzó la túnica y la toalla sobre su cama, le dijo algo en italiano, y después se dio la vuelta y salió del sótano.

—¿Qué me ha dicho? —preguntó Angela cuando la puerta del sótano se cerró con estruendo.

Durante algunos segundos, Marietta no respondió. A continuación exhaló un profundo suspiro.

—Te ha dicho que el espectáculo está a punto de comenzar —contestó—, y que ambas seremos protagonistas. Creo que van a matarnos a las dos.

La voz de la chica sonaba inexpresiva y resignada, como si de algún modo hubiera conseguido aceptar la inevitabilidad de su destino.

—Lo sé —contestó Angela, con la voz ahogada por la emoción—. Me dijeron que moriríamos juntas esta noche.

El silencio cayó sobre el sótano durante un minuto y después Angela habló de nuevo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó—. ¿Cooperarás con ellos?

Marietta empezó a sollozar.

—Voy a hacer exactamente lo que me digan que haga —dijo finalmente, y Angela escuchó que empezaba a lavarse—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Si no obedezco sus órdenes, ese guardia cabrón enviará a un par de sus hombres para

violarme y golpearme. Si hago lo que me dicen, solo me violarán durante la ceremonia. Y he visto lo que va a ocurrir, así que te sugiero que tú también cooperes. Al final, eso te facilitará las cosas.

—Dios mío —murmuró Angela mientras asimilaba la horrenda inevitabilidad de su situación.

Bronson sabía que, si intentaba marcharse, seguramente lo verían. Tenía que quedarse donde estaba.

Corrió hacia la puerta; sus zapatillas apenas hicieron ruido sobre el suelo de piedra. Una vez allí, se pegó a la pared contigua. Sacó la Browning de su pistolera y la sostuvo con ambas manos, apuntando hacia el suelo. Quitó el seguro y esperó.

Pero los pasos no se detuvieron en la puerta. En lugar de eso, Bronson oyó que los dos hombres (suponía que eran solo dos por los fragmentos de conversación) dejaban atrás la iglesia y seguían hacia el establo de madera, o eso supuso.

Abrió un poco la puerta, miró a través de la rendija y se dirigió sigilosamente a la esquina, desde donde podía ver el establo. Dos sombrías siluetas estaban junto a la puerta, ambas mirando hacia abajo, al parecer. Uno de los hombres

sostenía una linterna cuyo haz iluminaba el candado mientras el otro hombre lo abría. Se escuchó un tenue repiqueteo metálico y después abrieron la puerta y entraron.

Durante un par de minutos, Bronson no se movió. Si Angela estaba en el establo, podría abatir a los dos hombres con la Browning, subir con ella a la lancha y regresar a Venecia antes de que alguien pudiera detenerlo. Pero eso parecía demasiado fácil. No, Angela debía estar en una ubicación mucho menos accesible.

Por otra parte, lo que había en el cobertizo era sin duda importante. ¿Por qué otra razón mantendrían la puerta cerrada con candado?

Regresó con la intención de caminar por el lado contrario de las ruinas de la iglesia, donde sería invisible para los hombres del establo, pero solo dio tres o cuatro pasos antes de que un sobrenatural aullido rasgara la noche.

Se detuvo inmediatamente. Parecía un perro enorme y, por un breve y aterrador momento, Bronson pensó que la isla podría estar protegida

por perros de presa. Si era el caso, los perros captarían su olor allá donde fuera e hiciera lo que hiciera. La Browning lo ayudaría a acabar con ellos (eso no le preocupaba) pero los hombres de la casa sabrían inmediatamente que se les había colado un intruso y no tendría nada que hacer contra media docena de tipos armados. Tendría suerte si conseguía salir vivo de la isla, y no podría encontrar ni rescatar a Angela.

Entonces se relajó ligeramente. Los perros guardianes, o los que estaban entrenados para atacar a intrusos, o trabajaban en silencio o ladraban y gruñían. El sonido que había escuchado no era ni una cosa ni la otra. Había sido más parecido a un animal agonizante, y había sonado cerca. Los pensamientos de Bronson volvieron al establo de madera. Sin duda, había algo vivo en su interior.

Y allí era a donde los dos hombres habían ido.

Bronson corrió rápidamente alrededor de los viejos muros de piedra de la iglesia, una sombra en movimiento en la profunda oscuridad de la

noche. Tras cubrir algunos metros oyó el aullido de nuevo, que resonó en las piedras a su alrededor y llenó el aire de una sensación de melancolía y desastre inminente. Llegó al final del edificio en ruinas y se agachó tras un arbusto. La puerta del establo se abrió y un tenue resplandor salió por la ventana desde la que había intentado mirar antes.

Bronson volvió sigilosamente, manteniéndose bien pegado al lateral del edificio, hasta el lugar donde había dejado la lancha, y después describió un círculo para acercarse al establo desde atrás. Mientras lo hacía, el animal aulló de nuevo y el sonido se desvaneció en un amenazante gruñido. Entonces todo quedó en silencio, roto solo por un débil gimoteo. Bronson desvió su trayectoria hasta la pared trasera del establo, dobló la esquina y se detuvo junto a la ventana. Esperó un par de segundos, confiando en que sus oídos lo advirtieran si alguien se acercaba en la oscuridad. Pero, aparte de los ruidos que salían del cobertizo, la noche era silenciosa.

Bronson miró a través de la pequeña ventana

espacio y con cuidado. Las paredes del interior eran sobrias, solo madera sin adornos. Los hombres estaban aún fuera de su vista, en algún punto a su izquierda, pero junto a la puerta, que estaba abierta, vio una larga mesa de madera llena de latas, paquetes y varios cuencos metálicos, un puñado de tenedores y cucharas y un par de jarras metálicas que posiblemente contenían agua. Era bastante obvio lo que estaba viendo: era la mesa donde preparaban la comida para el perro.

Bronson se movió lentamente, muy lentamente, hacia la derecha. Cada vez podía ver más del interior del establo, hasta que finalmente consiguió ver el interior al completo. Jadeando por la conmoción, retrocedió. El ocupante del establo no era el perro que había esperado. Y lo que los hombres estaban haciendo con el animal no tenía ningún sentido.

Bronson retrocedió hasta la maleza junto a la vieja iglesia y esperó. Habían pasado unos quince minutos y los hombres acababan de abandonar el establo y estaban caminando hacia las ruinas. Durante un instante pensó que lo habían visto, pero su postura lo tranquilizó: estaban demasiado relajados, demasiado despreocupados.

Todavía hablaban entre ellos cuando pasaron junto a Bronson, y entonces uno de ellos se adelantó, agarró la aldaba de la puerta de la iglesia y la abrió. Ambos entraron en el edificio en ruinas y desaparecieron, dejando la puerta abierta tras ellos.

Bronson se incorporó lentamente. Durante un par de segundos todo se mantuvo en silencio y después escuchó un estruendo distante que parecía venir de algún sitio cercano. Parecía una pesada piedra moviéndose sobre otra.

Bronson se acercó a la puerta abierta, miró el interior... y negó con la cabeza, asombrado. Los dos hombres habían desaparecido. Había examinado el interior del edificio apenas media hora antes, buscando algún modo de salir, y no había encontrado nada. Pero en ese momento, mientras miraba el suelo cuajado de hierbas, de montones de piedras y de madera débilmente iluminado por la luz de la luna, se dio cuenta de que tenía que haber una puerta secreta o una trampilla que no había visto.

Y, estuviera donde estuviera esa puerta, y condujera adonde condujera, se trataba del lugar donde seguramente estaría apresada Angela.

Si hubiera visto adónde habían ido los dos hombres, habría podido esperar fuera y abatirlos. No había punto de comparación entre un hombre armado con una pistola semiautomática y dos hombres desarmados. Había perdido esa posibilidad, pero tarde o temprano tendrían que salir. Y cuando lo hicieran estaría preparado.

Era un plan sencillo, y sin embargo empezó a ir

mal casi inmediatamente.

Marietta levantó la mirada cuando escuchó que la puerta del sótano se abría.

—Tan pronto no, por favor —susurró.

Temblando de miedo, miró con ojos aterrorizados las escaleras y casi lloró de alivio cuando se dio cuenta de que todavía le quedaba algo de tiempo. Los dos hombres iban vestidos de calle, no con las túnicas y capuchas que llevarían para la ceremonia. Uno de ellos portaba una pequeña jarra de metal que colocó en un saliente en la pared tras la mesa de piedra. Luego se acercaron para examinar a Marietta y Angela, probablemente para asegurarse de que habían obedecido sus instrucciones, de que llevaban las túnicas y que estaban preparadas para el ritual.

Uno de los hombres asintió en dirección a Marietta y sonrió, y a continuación ambos se dieron la vuelta y caminaron hacia la escalera de caracol.

Bronson entró silenciosamente en la iglesia en ruinas. La mayor parte de los escombros del suelo eran trozos de piedra o de madera y pequeños montones de basura, todos demasiado pequeños para esconderse tras ellos. Su única opción estaba a medio camino en el muro a su izquierda, donde alguien había hecho un esfuerzo por limpiar parte de la madera y materiales de construcción. El resultado era un montón de escombros de unos sesenta centímetros de alto y dos metros y medio de largo junto a la pared. Era justo lo suficientemente grande para que se escondiera detrás, al menos tumbado, y lo mantendría oculto de cualquiera que entrara por la puerta de la iglesia, aunque si alguien caminaba hacia el lateral del edificio lo vería inmediatamente. Era un riesgo que tendría que correr.

Con la Browning en la mano, se agachó tras los escombros y las viejas vigas. El único sonido que escuchaba era el viento suspirando a través de las ramas del puñado de árboles de la isla, ramas que crujían y gruñían débilmente al moverse. Incluso el

animal aprisionado en el cobertizo parecía haberse quedado en silencio.

Entonces se escuchó un chasquido y un estruendo grave y una oscura forma rectangular se abrió en el extremo opuesto de la iglesia. Al otro lado podía ver luz eléctrica iluminando la parte superior de una escalera incrustada en la pared. Era, evidentemente, una puerta que conducía a un sótano.

Dos individuos (los hombres a los que había visto en el establo) entraron de nuevo en la iglesia. Bronson se tensó, preparado para correr hacia la puerta secreta y bajar las escaleras. Pero entonces se relajó de nuevo. Los hombres habían dejado la puerta del sótano abierta, lo que significaba que bajarían de nuevo. Sería mejor esperar hasta que se marcharan de la iglesia antes de entrar.

Pero entonces se dio cuenta de que había otra posibilidad. Podían haber dejado la puerta abierta para permitir que otra gente entrara en el sótano, y eso cambiaba sus opciones de nuevo.

Cuando los dos hombres llegaron a la entrada,

Bronson escuchó otra cosa: pasos sobre la gravilla que venían desde la casa. Estaba claro que varias personas se dirigían a la vieja iglesia.

Todavía podía ver a la pareja en la puerta de la iglesia; al parecer estaban esperando la llegada de los demás. Bronson miró la puerta secreta, pero sabía que, si abandonaba su escondite, lo verían antes de llegar a ella. Tendría que esperar y elegir el momento apropiado.

Se produjo un breve instante de silencio y después el primero de los recién llegados entró en la iglesia. Bronson lo miró y la sorpresa le nubló la mente.

El hombre (Bronson sabía que era un hombre simplemente por el modo en el que caminaba) llevaba una túnica oscura con capucha, posiblemente negra, bajo la que se ocultaba su rostro. Parecía la caricatura de un monje, aunque no había duda de que los pensamientos y oraciones cristianas estaban muy lejos de sus pensamientos. Bronson suponía, por las pocas pistas que había encontrado, que las muertes de las chicas se

producían en una especie de ritual; lo que no había esperado era que el ritual fuera una ceremonia casi religiosa. Pero eso era lo que parecía estar a punto de ocurrir, porque el encapuchado iba seguido por otros, todos vestidos con las mismas túnicas.

Los individuos caminaban en fila india, arrastrando por el viejo suelo de piedra los dobladillos de sus túnicas. Bronson contó once, más el primer hombre que parecía ser el líder del grupo. Recordó que trece era el número de brujas en los aquelarres y se preguntó si aquello sería importante, si habría ya otro hombre esperando en el sótano.

Entonces escuchó un chasquido suave y vio que las luces de la escalera de piedra se habían apagado. Una nueva fuente de luz, tenue y parpadeante, había cobrado vida tras la puerta secreta. Estaba claro que el líder del grupo había encendido una vela.

Mientras el hombre empezaba a bajar lentamente, Bronson oyó algo más: un grito de angustia que provenía de la cámara inferior. ¿Había sido

Angela? De un modo u otro, iba a descubrirlo.

Sabía que lo sobrepasaban en número y desconocía si alguien del grupo llevaba una pistola debajo de la túnica o si habría armas de fuego almacenadas en el sótano. Fuera cual fuera el caso, tenía que conseguir bajar esas escaleras.

Y de repente vio un modo de conseguirlo. Los hombres que bajaban las escaleras caminaban lentamente, pero estaban demasiado cerca unos de otros para que pudiera abatir a uno sin que el de delante notara lo ocurrido. Cada hombre se detenía en la entrada para encender una vela antes de desaparecer de la vista, lo que significaba que varios de ellos se habían detenido para esperar su turno. Pero entonces el último hombre del grupo regresó a la entrada de la iglesia. Uno de los dos tipos que esperaban fuera de la iglesia en ruinas había dicho algo (Bronson no lo entendió) que había atraído su atención.

El encapuchado caminó rápidamente hacia la entrada de la iglesia, murmuró algo a los hombres de fuera y cerró la puerta. Entonces se dio la

vuelta y regresó a la puerta secreta, a través de la cual acababa de desaparecer el último de sus compañeros. En ese momento, Bronson se guardó la Browning en la pistolera y se puso en acción.

Corrió por el suelo lleno de escombros tras su objetivo. Cuando lo hizo, el encapuchado se giró hacia él; había visto un movimiento periférico. Tras descubrir a Bronson, una repentina expresión de pánico nubló sus rasgos.

Abrió la boca para gritar, pero Bronson no le dio la oportunidad: se lanzó hacia delante y golpeó el pecho del hombre con su hombro izquierdo. El impacto sacó hasta el último vestigio de aire del cuerpo de su objetivo, que cayó hacia atrás, jadeando.

Los dos hombres se desplomaron en el suelo juntos, aunque el cuerpo del tipo que cayó primero amortiguó el impacto de Bronson. Lo golpeó con fuerza en el plexo solar y continuó con un brutal codazo en la barbilla. La cabeza del encapuchado cayó y la parte de atrás de su cráneo crujió al impactar contra una de las losas del suelo. Puso

los ojos en blanco y su cuerpo se quedó lacio.

Bronson se levantó y miró a su alrededor. Sabía que apenas tenía unos segundos para actuar antes de que alguien del grupo se diera cuenta de que el último hombre no había aparecido.

Agarró el brazo derecho del tipo y lo sentó antes de rodearle el pecho y levantarlo como un pesado saco. Lo movió torpemente hasta el montón de escombros tras el que se había escondido antes y lo soltó. El cuerpo laxo del encapuchado cayó al suelo y su cabeza golpeó de nuevo las viejas piedras. En el mejor de los casos, Bronson suponía que tendría una contusión y un horrible dolor de cabeza durante un par de días. En el peor, podría estar muriendo de una hemorragia craneal. Fuera lo que fuera, no le importaba.

Con cierta dificultad, le quitó la túnica. Debajo estaba desnudo, a excepción de un par de sandalias; eso le confirmaba, aunque no era necesario, el tipo de ritual que estaba a punto de tener lugar. Bronson pasó de las sandalias, pero se puso la túnica rápidamente sobre su ropa y corrió

hacia la puerta secreta en el muro de la iglesia. Se colocó la caperuza sobre el rostro para ocultar sus rasgos, cogió una de las grandes velas amarillas que había en un estante junto a la entrada, la encendió con la caja de cerillas que estaba también en el estante y comenzó a bajar lentamente por la escalera de piedra.

En cuanto la luz se apagó, Marietta gritó de terror. Sabía lo que significaba aquella súbita oscuridad: se había acabado el tiempo. La ceremonia estaba a punto de empezar y, en cuestión de minutos, Angela y ella morirían tras una lenta agonía.

Gritó de nuevo cuando el primer encapuchado surgió a los pies de la escalera de piedra, con sus rasgos intermitentemente iluminados por la parpadeante luz de su vela.

En un silencio casi absoluto, el resto del grupo apareció, uno a uno. Entraron en el sótano con el único sonido de sus sandalias de cuero contra el suelo de piedra. Como la vez anterior, rodearon lentamente la mesa y tomaron sus posiciones en lo que parecía una horrible parodia de un oficio religioso.

Angela observó con creciente horror mientras los individuos, vestidos todos con idénticas túnicas

negras, caminaban, silentes y amenazantes, por el sótano. Marietta le había explicado lo que había ocurrido la noche en la que murió Benedetta, y era evidente que el ritual que se avecinaba iba a ser casi idéntico.

Durante un par de minutos, los hombres esperaron, inmóviles y en silencio, alrededor de la mesa de piedra. Dos de ellos se giraron ligeramente para mirar la escalera. Entonces se escucharon unos pasos que descendían hacia ellos y, segundos después, el duodécimo encapuchado entró en la cámara. Solo había un espacio libre en el círculo y el hombre caminó con confianza hacia allí y ocupó su lugar.

El líder asintió, satisfecho. El círculo estaba completo y, cuando el maestro hiciera su aparición, la ceremonia empezaría.

Bronson se detuvo cerca de la mesa de piedra e inclinó la cabeza respetuosamente, intentando emular lo mejor posible la actitud del resto de hombres del sótano. Como ellos, llevaba una vela

en la mano izquierda pero, a diferencia de los demás, su mano derecha se mantenía cerca de la costura vertical que unía las dos mitades de su túnica en la parte delantera.

La prenda solo tenía un bolsillo, y era demasiado pequeño para esconder la Browning, así que tuvo que dejarla guardada en su pistolera. Debido al peso de la túnica sería casi imposible acceder al arma desde arriba, y sabía que, si tenía que sacarla (o mejor, dicho, cuando tuviera que sacarla), tendría que ser rápido y abrir la túnica con tanta celeridad como fuera posible.

Pero sus opciones de éxito eran escasas. Podría disparar a dos o tres de los hombres; sin embargo, en aquel confinado espacio pronto se vería sobrepasado. Tendría que esperar y elegir el momento cuidadosamente.

Era consciente de que había otras personas en el sótano, además de la docena de hombres junto a él. Podía escuchar movimientos sutiles y sollozos que venían de alguna parte en la oscuridad a su izquierda. Aunque estaba convencido de que era

Angela, resistió la tentación de correr en su ayuda. La escena de la que Bronson estaba siendo testigo era extremadamente rara. Lejos de la solitaria isla, la vida en el siglo XXI continuaba, pero lo que veía ante él era medieval tanto en apariencia como, estaba seguro, en objetivo. En aquel sótano, en aquel momento, el mundo moderno había dejado de existir, y el ritual que estaba a punto de tener lugar estaba diseñado para producir un resultado que ni siquiera era medieval. Era algo mucho más antiguo, y más malvado, que eso.

De repente detectó un cambio en la atmósfera. Una sensación de anticipación, de excitación apenas controlada, llenaba el aire.

Y entonces oyó algo: un suave y sibilante sonido que venía de la escalera de piedra a su espalda. Solo podía estar provocado por el dobladillo de una de esas túnicas sobre los peldaños de piedra mientras alguien más descendía al sótano. El resto de encapuchados llevaban sandalias y había oído sus pasos claramente mientras atravesaban la

iglesia en ruinas. ¿Era posible que el recién llegado fuera descalzo?

Detectó un nuevo y desagradable olor y entonces el décimo tercer hombre entró en el sótano. Se movió en silencio hasta el lado opuesto de la mesa de piedra, con sus manos y rostro invisibles en los pliegues de su túnica negra, y el resto de los hombres, incluido Bronson, hicieron una ceremoniosa reverencia.

Durante un par de segundos no ocurrió nada más, y después el recién llegado (Bronson daba por hecho que era el líder) señaló al hombre a su izquierda, que le contestó con una reverencia y sacó una pequeña caja que elevó sobre su cabeza mientras el resto lo miraba con veneración. Bronson intentó mantener el rostro oculto tanto como pudo, pero sabía que para mantener el anonimato tenía que actuar como el resto de acólitos. Así que apartó la vela ligeramente a un lado, de modo que su luz no cayera directamente sobre sus facciones, y levantó la mirada.

El hombre bajó la caja, la abrió y sacó un cráneo

oscurecido y agrietado por el tiempo. Le faltaba la mandíbula inferior y algunas partes más. Al ver la reliquia, todos contuvieron el aliento.

—Contemplad el cráneo de Nicodema Diluca —dijo el hombre—, el legítimo descendiente de la princesa Leonor Amalia, la reliquia que hemos buscado durante tanto tiempo.

Lo que ocurrió a continuación no tuvo sentido para Bronson. Observó, fascinado, como el portador usaba un par de alicates modernos para romper una parte del cráneo y después procedía a molerlo usando un mortero y una mano con lentitud y deliberación, de una forma casi ceremoniosa.

La operación le llevó varios minutos, porque era evidente que el hombre quería reducir el fragmento de hueso a polvo, pero al final pareció sentirse satisfecho y dejó la mano a un lado. Levantó el mortero sobre su cabeza y de nuevo esta acción pareció inspirar una especie de sobrecogimiento en el grupo alrededor de la mesa, ya que la docena de hombres elevó la cabeza para mirar con reverencia el contenedor de piedra.

Por último, el encapuchado bajó el mortero y rodeó la mesa lentamente para mostrar el contenido al líder antes de volver a su lugar en el círculo y dejar el mortero sobre una mesa mucho más pequeña.

Durante un par de segundos nadie se movió. Entonces el líder hizo otro ademán, esta vez al hombre situado a su derecha, que asintió y señaló a los dos encapuchados que estaban a la izquierda de Bronson. Ambos hicieron una pequeña reverencia, se alejaron de la mesa de piedra y se adentraron lentamente en la oscuridad que envolvía la otra parte de la habitación subterránea.

En ese momento un grito rasgó el opresivo silencio y Bronson notó una oleada de excitación casi palpable en los hombres a su alrededor. Tanteó con la mano derecha a través de la gruesa tela de la túnica para asegurarse de que la Browning estaba preparada para disparar.

Entonces oyó otra voz en la oscuridad, envenenada de furia y gritando en inglés, que reconoció inmediatamente. Angela estaba en

aquella habitación, junto a al menos otra mujer más.

El líder del grupo giró la cabeza ligeramente para dirigir sus ojos hacia la voz, como hicieron varios hombres más alrededor de la mesa. Bronson también miró hacia allí, intentando hacerse una idea del trazado de la cámara para evitar chocar contra una pared o tropezar con algo cuando tuviera que entrar en acción. Hasta donde podía ver bajo la intermitente iluminación de las velas, la cámara tenía un techo bajo y ninguna puerta excepto la que conducía a la escalera de caracol. En un lateral de la habitación había muros divisorios que formaban pequeñas habitaciones internas sin puertas. En el pasado posiblemente habían sido almacenes pero entonces, incluso en la tenue luz, podía ver que se usaban como celdas.

Vio a Angela, que no dejaba de gritar desafiante a los hombres, y se preparó para la acción. Y en ese momento oyó un repentino estallido, un breve resplandor iluminó la oscuridad y Angela se calló. Bronson no lo sabía con seguridad, pero parecía

que uno de los hombres había utilizado un taser con ella. *Pagará por esto*, se juró Bronson con los puños cerrados y la sangre latiendo en sus sienes.

El líder del grupo levantó la mano e inmediatamente recobró la atención de todos los hombres alrededor de la mesa. Susurró algo al acólito de su derecha, que había estado actuando como su ayudante durante la primera parte de la ceremonia. Este hombre asintió y también levantó la mano.

—Nuestro maestro ha tomado una decisión — dijo el hombre en un italiano fluido y educado—. Esta noche tenemos dos especímenes disponibles. Como sabéis, una de ellas comparte la sagrada estirpe de Nicodema Diluca y disfrutará del éxtasis al entregar su savia mientras dos o tres de los nuestros ofrecen su indigna semilla a su vientre sagrado.

Por un momento, Bronson no comprendió lo que el hombre quería decir. Entonces se dio cuenta: a pesar de la expresión casi literaria que había usado, en realidad estaba hablando de una

violación múltiple. Bronson notó que todo su cuerpo se tensaba de desprecio y disgusto.

—Nuestro segundo espécimen —continuó— no tiene conexión directa con nosotros, pero casualmente ha demostrado ser de un enorme valor para nuestra empresa. Fue ella quien se llevó el diario de Carmelita Paganini de su lugar de reposo y nos ha proporcionado una traducción del mismo que nos ha guiado hasta la isla de Poveglia, donde recuperamos el documento original, el tratado de *El Vampiro Noble*, escrito por nuestro antiguo y reverenciado maestro, Amadeus. Este texto sagrado ha confirmado la validez de nuestra misión y la precisión de nuestros rituales excepto en un aspecto importante.

Se produjo un silencio repentino en la cámara; Bronson sabía que todos estaban atentos, esperando la explicación.

—Lo que no sabíamos hasta ahora era que, para que el ritual tuviera éxito, teníamos que combinar la sangre de la descendiente de Nicodema Diluca con la de una mujer sin relación alguna con las

familias sagradas. Nuestro líder ha decidido que esta inglesa, que ya no es de ninguna utilidad para nosotros y cuyo espíritu debía ser liberado para nuestra seguridad, ocupe ese papel. Así que esta noche celebraremos el paso de ambos espíritus.

El escalofrío que Bronson sintió al escuchar tales palabras y comprender la intención del hombre no tuvo nada que ver con el frío y húmedo aire del sótano. Estaba claro que Angela también sufriría una violación múltiple antes de ser asesinada. Y por si eso no era lo suficientemente horrible, la siguiente afirmación del hombre mostró las horribles profundidades de la brutalidad de la secta.

—Después, de acuerdo a los principios de nuestra búsqueda y nuestro sagrado conocimiento, disfrutaremos de ella directamente, consumiendo su sangre y su carne aún cálida y madura del modo que describe nuestro sagrado guía y maestro espiritual, el venerable e inspirador Amadeus.

Bronson pudo ver que varios hombres asintieron, aunque las voluminosas caperuzas que cubrían sus

cabezas y rostros escondían casi todos sus movimientos, y escuchó un tenue murmullo de aprobación.

—Ahora, comencemos. Traed al primer espécimen.

Se escuchó un aullido de furia y angustia y los dos hombres volvieron al círculo agarrando el brazo de una chica de cabello oscuro de veintipocos años que forcejeaba con violencia, intentando desesperadamente escapar. Se detuvieron a poca distancia de la mesa de piedra y la inmovilizaron tanto como fue posible.

Dos encapuchados más abandonaron entonces sus puestos en el círculo y se acercaron a ella, uno por delante y otro por detrás.

Bronson miró a la chica, que llevaba grabado en la cara un terror absoluto, con su rostro oculto bajo la caperuza que cubría su cabeza, y a continuación observó a los silenciosos individuos que rodeaban la mesa de piedra. Sabía que tendría que hacer algo pronto; no permitiría que esos hombres hicieran daño a esa chica o a Angela, o

moriría tratando de evitarlo.

Pero justo entonces no era el momento. Cuando las balas empezaran a volar, Bronson quería que las inocentes (la chica que estaba a tres metros de él, esperando su destino y, por supuesto, Angela) estuvieran tan lejos como fuera posible de la línea de fuego. Creía que la ceremonia exigiría que la chica estuviera atada a la mesa, y ese probablemente sería un lugar tan seguro como cualquier otro del sótano. Así que su mejor opción era esperar hasta que la hubieran atado, porque así no podría asustarse y ponerse sin querer en la trayectoria de una bala perdida. Y además todos los de la habitación estarían concentrados en ella. Eso le daría tiempo para retroceder hasta un lugar adecuado y cubrir a los doce hombres con su pistola. Bronson no sabía en qué desembocaría la situación después de eso. Tendría que pensar sobre la marcha y jugar las cartas que le tocaran.

Dirigió su atención a los cuatro hombres que rodeaban a la joven morena. Los dos que la habían arrastrado desde su celda estaban aún sosteniéndola por los brazos. Bronson no sabía qué se suponía que debían hacer los otros dos, pero lo descubrió rápidamente.

Agarraron la túnica blanca de la chica simultáneamente y tiraron violentamente de ella. Las costuras de velcro se separaron y la túnica se dividió en dos mitades, la delantera y la trasera, que los hombres tiraron a un lado antes de retroceder un par de pasos.

La joven emitió un grito de terror aún más fuerte cuando su desnudez quedó revelada, y redobló sus esfuerzos por liberarse. Pero era una contienda desigual y los dos hombres no tuvieron dificultad alguna en mantenerla sujeta. Entonces miraron al líder del grupo y, cuando él les hizo una seña, empujaron a la chica hacia la mesa.

Le dieron la vuelta hasta que su trasero descansó contra la vieja piedra y la levantaron del suelo. Los dos miembros de la secta que le habían

quitado la túnica se acercaron, agarraron sus piernas y la colocaron sobre la mesa. Tardaron un par de minutos en rodearle las muñecas y tobillos con tiras de cuero, mientras otro hombre fijaba su cabeza de la misma manera.

Bronson sabía que era el momento de detener aquello, antes de que le hicieran algo más a la joven.

Los hombres que habían atado el cuerpo de la chica a la mesa retrocedieron y volvieron a ocupar sus lugares en el círculo, donde aguardaron expectantes. Bronson no tenía ninguna duda de cuál iba a ser el siguiente acto de aquel monstruoso proceso grotescamente medieval. Alguien, uno de los hombres alrededor de la mesa, se encaramaría a la mesa y violaría a la chica. Y estaba totalmente seguro de que no iba a quedarse de brazos cruzados y permitir que eso ocurriera.

Disimuladamente, retrocedió un par de pasos y salió del círculo. Sujetó con firmeza la costura de velcro de su túnica, preparado para actuar.

Entonces el líder del grupo habló de nuevo a su

ayudante y Bronson captó el tenue sonido de su voz, aunque no las palabras que dijo. La voz era débil y ronca, como si no la hubiera usado durante mucho tiempo o, sencillamente, no estuviera acostumbrado a hablar. El ayudante asintió, levantó la mirada y extendió la mano, señalando directamente a Bronson. Y, de repente, todos los hombres de la sala lo miraron.

Mientras observaba a los individuos al otro lado de la mesa, Bronson vio el destello de los ojos del líder bajo la caperuza y, bajo este, el brillo de sus dientes, una blanca línea horizontal en la penumbra. Pero había algo más, algo que hizo que su alma se estremeciera y que, literalmente, se le pusiera el vello de punta. Parecía que los caninos superiores del hombre eran al menos dos veces más largos de lo que debían ser, y sus extremos estaban muy afilados.

Antes de que pudiera reaccionar a aquella visión, el ayudante del líder se dirigió a él.

—Tú irás primero —murmuró—. Dale motivos para gritar.

Bronson sabía que la atención de todos los presentes estaba puesta en él. Le pareció que ser elegido el primero para violar a la chica atada a la mesa de piedra, a la chica cuyos desesperados gritos y sollozos resonaban en la cámara subterránea, era una especie de mal presagio. Había esperado que, tan pronto comenzara esa parte del ritual, podría retroceder un poco, alejarse del grupo, y usar la persuasión de nueve milímetros que le proporcionaría la Browning para detener la ceremonia antes de que comenzara.

Estaba claro que eso no iba a funcionar. Tenía que actuar inmediatamente.

Acababa de apartar la costura de su túnica cuando el ayudante del líder elevó la mano y le habló.

—Espera —le dijo—. Veo que estás ansioso, hermano, pero no olvides que hay un paso más que

completar.

Bronson se relajó un poco y soltó la tela.

El ayudante hizo una señal y dos de los hombres abandonaron el círculo y caminaron hasta el extremo opuesto del sótano. Volvieron un momento después con una pequeña jarra y un embudo. Tan pronto como vio estos dos utensilios, Bronson adivinó qué iban a hacer y supo que aún le quedaban algunos minutos.

Los dos hombres vestidos de negro caminaron hacia la chica. Uno de ellos tiró de su barbilla para obligarla a abrir la boca y le metió el extremo del embudo entre los dientes. Lo sostuvo y asintió hacia su compañero, que empezó a verter un fluido blanco por la parte superior del embudo; la chica se vio obligada a tragar. Se ahogaba y tosía, pero era inútil; los dos hombres continuaron hasta que la jarra estuvo vacía.

Tan pronto como terminaron de suministrarle a la fuerza la leche, Bronson se apartó ligeramente del círculo como si estuviera preparándose para quitarse la túnica y llevar a cabo la violación tal

como le había ordenado el líder del grupo.

El ayudante vio que estaba saliéndose del círculo y se dirigió a él:

—Ya podemos empezar. Prepárate, hermano, para la tarea que se te ha asignado, de modo que podamos liberar la savia de esta complaciente mujer... La sangre que nos permitirá alcanzar nuestro destino.

Bronson asintió, aunque el movimiento fue apenas visible debido a la caperuza, y se apartó de la mesa. Por el rabillo del ojo podía ver la sombría silueta de Angela poniéndose lentamente en pie mientras se recuperaba del ataque del táser.

Su plan era muy sencillo. Tenía que quitarse la túnica, porque ese ropaje era pesado y restringiría sus movimientos, tal como obstaculizaría los del resto de hombres del sótano. Que le pidieran que violara a la chica le había proporcionado una oportunidad de despojarse de la prenda sin levantar las sospechas de los demás. Cuando lo hiciera, tendría la Browning y los cargadores adicionales para controlar y, si era necesario,

disparar a los encapuchados.

Pero antes de que pudiera quitarse la túnica se escuchó un golpe repentino en alguna parte a su espalda y un grito ronco resonó desde la escalera de caracol. Las luces de la escalera se encendieron inmediatamente y alguien empezó a bajar las escaleras. Entonces la única bombilla eléctrica sobre la mesa de piedra se encendió, inundando el extremo de la habitación de luz. Segundos después, uno de los dos hombres a los que Bronson había visto fuera de la iglesia entró corriendo en el sótano, con el rostro enrojecido y jadeando.

Espetó algo que Bronson no entendió, aunque creyó captar las palabras «desnudo» y «túnica», y en ese instante supo que habían encontrado al hombre al que había asaltado en la iglesia.

Inmediatamente, todos los hombres alrededor de la mesa de piedra miraron a Bronson,

identificándolo como el impostor.

En un rápido movimiento, Bronson se abrió la túnica, se echó hacia atrás la caperuza y cogió su Browning.

En ese instante Angela gritó su nombre, una estridente sílaba que resonó en la habitación. Pero dos de los encapuchados estaban ya cogiendo sus propias armas y Bronson sabía que lo abatirían en segundos.

Solo había una cosa que pudiera hacer para manejar la situación y, al mismo tiempo, ganar algo de tiempo. Apuntó rápidamente y apretó el gatillo. Pero su objetivo no era ninguno de los amenazadores encapuchados que avanzaban hacia él. A pesar de las circunstancias, Bronson aún no estaba preparado para disparar a un hombre a sangre fría... Al menos mientras tuviera alternativa. En lugar de eso apuntó alto, hacia la única bombilla del techo, y apretó el gatillo.

El sonido del disparo de la nueve milímetros en el confinado espacio del sótano fue ensordecedor, y su estallido resonó en las paredes. La bala con

camisa de cobre falló su objetivo, golpeó el techo de cemento y rebotó en la pared trasera. La energía cinética la hizo botar en la piedra y herir a uno de los encapuchados. Bronson escuchó un grito de dolor y un hombre cayó al suelo.

Disparó otra vez, y otra. Los disparos herían sus tímpanos y las balas rebotaban en las paredes y en el techo mientras fragmentos de piedra y de cobre al rojo vivo caían por todas partes.

La última bala acertó a dar en la bombilla o, lo que era más probable, el portalámparas, porque además de extinguir la única luz del sótano se produjo un repentino fogonazo y las luces de la escalera también se apagaron. Bronson suponía que el impacto del proyectil había hecho saltar los plomos.

Instantáneamente, el sótano se sumió en la oscuridad; la única iluminación restante eran las velas que sostenían los encapuchados, varias de las cuales ya se habían apagado.

Todavía había luz suficiente para ver a los hombres alrededor de la mesa de piedra, y dos de

ellos estaban apuntando a Bronson con sus pistolas. El detective bajó el arma hasta que la mira se alineó con la de uno de los dos tipos. Cuando apretó el gatillo, el otro hombre también disparó y Bronson notó un tirón en el lado izquierdo de la gruesa túnica que llevaba: la bala había atravesado la tela.

Aunque el encapuchado había errado el tiro, Bronson se había tomado medio segundo extra para asegurarse de no fallar su objetivo. El hombre gritó de dolor y cayó hacia atrás, agarrándose el hombro, mientras su arma caía de su mano y repiqueteaba sobre el suelo de piedra.

Uno menos, pero todavía se enfrentaba a once hombres. El segundo hombre disparó, pero Bronson ya estaba en movimiento. Se agachó y dio un par de pasos a su derecha, adentrándose en las sombras que danzaban en el extremo opuesto del sótano. Escuchó el impacto de la bala en alguna parte de la oscuridad a su espalda, apuntó rápidamente al hombre armado y apretó el gatillo.

Falló y su objetivo se lanzó hacia un lado para

cubrirse tras el muro de piedra que señalaba el final de una de las celdas construidas en el lateral del sótano.

Entonces Bronson escuchó una brusca orden y, de inmediato, todas las velas se apagaron.

Durante unos segundos, el único sonido de la habitación fueron los gemidos del hombre al que Bronson había herido. Angela, después de su grito al identificarlo, no había dicho nada más, e incluso la chica sobre la mesa de piedra se había quedado en silencio.

La oscuridad era estigia, impenetrable. Bronson dio dos silenciosos pasos hacia un lado, para no mantenerse en el mismo punto en el que estaba cuando las luces se apagaron. Se quitó la pesada túnica y la tiró a un par de metros de donde estaba. La ropa cayó con un sonido amortiguado sobre el suelo de piedra. Instantáneamente resonó otro disparo y la bala golpeó la pared trasera del sótano a varios metros de él.

De acuerdo, pensó Bronson. Sus asaltantes dispararían en la dirección de cualquier sonido

que oyeran porque él era un único y vulnerable objetivo: si hacía algún ruido, moriría. La única ventaja que tenía era que los hombres probablemente seguirían agrupados cerca de la mesa de piedra, así que al menos sabía dónde estaban. Pero no les dispararía, no en la oscuridad y sin ningún punto de referencia: el riesgo de herir a la joven secuestrada era demasiado alto.

Por el momento, estaban en un callejón sin salida.

Sin hacer ningún sonido, Bronson se incorporó y se movió a lo largo de la pared que tenía a su lado, tanteándola con su mano izquierda; necesitaba tocar las viejas piedras para asegurarse de que iba en la buena dirección. Lo único que quería era poner un poco más de distancia entre el resto de hombres y él. Y, si no conseguía llegar hasta el muro trasero de la habitación, intentaría proseguir hasta la celda donde retenían a Angela para intentar liberarla.

Al otro extremo de la habitación se escuchó una orden brusca. El hombre habló en voz baja y

Bronson no entendió sus palabras, pero el efecto fue inmediato. Escuchó movimiento; alguien cruzó la habitación con cautela y se oyó el susurro de su túnica y sus sandalias de cuero golpeando suavemente las viejas piedras. Suponía que dos hombres, sin duda armados con pistolas, habían recibido la orden de separarse para poder atraparlo en el fuego cruzado.

Aun así, no se atrevía a disparar a ciegas. Podía herir a la chica. Incluso podía herir a Angela. Y, si disparaba, el estallido del arma delataría inmediatamente su posición. Sabía muy bien qué ocurriría en ese caso.

Se movió lentamente, alejándose de la fuente del sonido. Luego se detuvo y se agachó de espaldas al muro, intentando convertirse en un objetivo tan pequeño como fuera posible. Preparó la Browning en su mano derecha, presionó la pared con la izquierda y se dispuso a moverse o disparar según se desarrollaran los sucesos. Desesperado, intentó escuchar con atención y encontrar sentido a lo que oía.

Entonces, en la oscuridad, escuchó otra orden susurrada y casi inmediatamente dos disparos restallaron en lados opuestos del sótano. Las balas golpearon la pared en la que había estado apenas unos momentos antes y rebotaron. El resplandor iluminó a los tiradores durante medio segundo, apenas lo suficiente para que Bronson viera dónde estaban.

Disparó una vez, al hombre de su derecha, antes de lanzarse hacia un lateral para cambiar su posición.

Dos disparos más lo ensordecieron, y supo inmediatamente que su tiro había fallado.

Entonces el hombre habló de nuevo y esta vez estaba lo suficientemente cerca para que Bronson entendiera lo que había dicho.

—Basta. Ya es suficiente —dijo en italiano.

A continuación, otro hombre habló desde el extremo opuesto del sótano.

—Tira el arma, Bronson. —La voz le resultaba familiar y reconoció inmediatamente el tono hostil del inspector Bianchi—. No tienes escapatoria.

Ríndete y te mataremos rápidamente. Pero, si no te rindes, te prometo que tardarás mucho en morir, aunque probablemente no tanto como tu entrometida mujer. Nos aseguraremos de que ella muera primero, y te obligaremos a verlo.

Bronson no se movió ni respondió; estaba sopesando sus opciones. Una regla básica del combate cuerpo a cuerpo es que nunca, nunca, debes entregar tu arma. Sabía eso tan bien como cualquiera que hubiera servido alguna vez en el ejército, y también sabía que, si hablaba, si respondía de algún modo, los hombres abrirían fuego de inmediato.

Pero había algo que podía hacer. Presionó el botón en el lado izquierdo de la Browning y sacó el cargador. Luego sacó uno nuevo de la bolsa de su cinturón y lo colocó en el arma; un tenue clic confirmó que había encajado en su lugar. Guardó el cargador medio vacío en la bolsa.

—Muy bien, Bronson. Tú decides —dijo Bianchi.

Entonces unos gritos enfadados llenaron el aire

seguidos por unos pasos en la escalera de caracol. Los danzantes haces de las linternas iluminaron ese extremo del sótano.

En el momento, Bronson supo que ese era el final. Era obvio que habían llegado refuerzos de la casa; lo encontrarían en un instante con sus linternas e, hiciera lo que hiciera, moriría. En el mejor de los casos se llevaría a un par de ellos con él.

Después escuchó un movimiento repentino desde algún punto a su izquierda. Se oyó un chasquido débil, como el sonido de un latigazo lejano, y se produjo un resplandor de tenue luz azul tan pasajero que Bronson no estaba seguro de haberlo visto en realidad. Lo siguió, un instante después, un ruido sordo, como el de algo pesado cayendo al suelo del sótano. Y entonces alguien empezó a gritar.

Bronson reaccionó instintivamente a los gritos y dio un par de pasos a su izquierda. Entonces se detuvo. El peligro estaba justo ante él, ya que los hombres seguían bajando por la escalera de piedra. Se levantó, blandió la pistola con su mano derecha y se agarró la muñeca con la izquierda, decidido a esperar hasta identificar a uno de sus enemigos. Conseguiría que cada disparo contara. Era lo único que podía hacer.

Pero algo no parecía ir bien. Los hombres del sótano no estaban reaccionando del modo en el que deberían, del modo que él esperaba.

En la parpadeante luz de las linternas podía ver que los hombres a su alrededor corrían hacia los pies de la escalera, la única salida de la habitación. Y entonces comprendió por fin qué estaba gritando la gente que bajaba las escaleras.

Una oscura figura apareció a los pies de los

escalones con una poderosa linterna unida a su arma e iluminando la escena que tenía delante. Pero, en cuanto entró en el sótano, resonó un disparo y cayó hacia atrás, fuera de la vista. Un segundo hombre ocupó su lugar y abrió fuego inmediatamente, una ráfaga de tres disparos que abatió a dos de los encapuchados, que cayeron al suelo entre gritos.

Pero otro disparo de uno de los hombres del sótano lanzó al hombre al suelo antes de que pudiera apretar el gatillo de nuevo.

Otro individuo apareció, vestido con ropa de combate oscura como los dos primeros y Bronson se dio cuenta de que, de algún modo, la policía italiana estaba allí. Estaba siendo testigo del asalto del equivalente italiano a un equipo de SWAT: un grupo de operaciones especiales.

El problema para la policía era entrar en el sótano. Normalmente prepararían el asalto usando múltiples entradas y empleando el mayor número posible de agentes. Pero el único modo de entrar en aquella cámara era a través de la escalera, lo

que ponía al grupo de asalto en una enorme desventaja. Y los hombres del sótano, evidentemente, no tenían nada que perder.

El tercer agente de policía había visto lo ocurrido con sus dos compañeros y probó una táctica diferente: apuntó con su arma el fondo de la cámara y buscó un objetivo con su linterna. Pero las figuras encapuchadas se habían dividido; algunos se habían refugiado tras la mesa de piedra y otros en la celda más cercana a la escalera.

Bronson corrió hasta el muro de su derecha para alejarse tanto como fuera posible de la policía y de los encapuchados. Ninguna bala voló mientras se movía.

La chica atada a la mesa gritó, aterrada. Bronson miró hacia ella a través de la penumbra y lo que vio lo hizo ponerse inmediatamente en acción.

Uno de los encapuchados estaba junto a la mesa de piedra con un cuchillo que acercó al cuello de la joven con la intención de eliminar definitivamente a una posible testigo de sus actividades. Bronson dio un par de pasos hacia

delante para disminuir la distancia, levantó su pistola y apuntó al centro de la oscura sombra. Apretó el gatillo y el hombre cayó hacia un lado. Su cuchillo repiqueteó en el suelo.

Más disparos resonaron; los hombres armados del sótano disparaban al agente de policía y este contestó con dos ráfagas breves, pero las balas golpearon los muros. Una de ellas acertó en el antiguo cráneo que había sobre la pequeña mesa de piedra, que se desintegró en una nube de astillas de hueso viejo.

El sótano se llenó del olor de la cordita y los penetrantes rayos de las linternas de los dos agentes que se cubrían en la escalera (pues un nuevo agente acababa de unirse al que ya estaba ahí) iluminaron erráticamente distintas partes de la cámara al buscar sus objetivos.

Bronson se encogió, intentando hacerse tan pequeño e insignificante como fuera posible. Sabía que aquello solo podía terminar de un modo, porque los hombres encapuchados eran menos, pero la pelea no había terminado aún. Y no quería

que una bala perdida de cualquiera de los dos bandos lo alcanzara.

De repente, bajo la parpadeante luz de las linternas, vio que un objeto redondo golpeaba el suelo justo a un lado de la mesa de piedra. Sabía bien qué era. Inmediatamente, colocó la Browning en el suelo, cerró los ojos y se presionó las orejas con las manos tan fuerte como pudo.

La granada aturdidora explotó medio segundo después, obscenamente ruidosa en el confinado espacio. Bronson abrió los ojos y los cerró de nuevo al ver otra granada rodando por el suelo. Una vez más, el sótano se sacudió con la enorme explosión. Y entonces aparecieron linternas por todas partes: el resto del equipo de asalto había entrado corriendo en la cámara.

La mayor parte de los encapuchados seguía en estado de shock después de las dos explosiones y no ofreció resistencia. Uno de ellos, que llevaba una pistola que había dejado caer al suelo, intentó recuperarla. Pero un miembro del equipo de asalto llegó a él antes de que pudiera hacerlo y le golpeó

la sien con la culata de su arma, dejándolo inconsciente inmediatamente.

Bronson se incorporó, se apoyó contra la pared y levantó ambas manos en el aire. Miró a su alrededor frenéticamente. ¿Dónde estaba Angela? Suponía que se habría escondido al fondo de su celda tan pronto como las balas comenzaron a volar y, si no se había tapado los oídos antes de que las granadas aturdidoras estallaran, probablemente seguiría desorientada. Tenía que estar cerca, en alguna parte, pero justo entonces no podía verla.

Dos miembros del equipo de asalto caminaron hacia él apuntándole el estómago.

—¿Eres Bronson? —le preguntó uno de ellos en italiano.

Aquello era lo último que habría esperado que dijeran. Tras darse cuenta de que eran agentes de policía, Bronson había supuesto que lo arrestarían junto al resto de los presentes y lo llevarían a Venecia.

Asintió.

—Sí. ¿Cómo...?

—El pasaporte —le espetó el otro policía—.
Rápido.

Bronson buscó con su mano izquierda, sacó el documento del bolsillo de sus vaqueros y se lo entregó. Uno de los policías italianos lo abrió, miró la fotografía y levantó su arma para que la luz de su linterna iluminara el rostro del detective inglés. Asintió, le devolvió el documento y bajó el arma.

Bronson insistió.

—¿Cómo sabéis quién soy?

Otro individuo, todavía vestido con la túnica negra, se acercó a los tres hombres y se quitó la caperuza.

—Lo sabían —dijo el inspector Bianchi—,
porque yo se lo dije.

—Pero pensaba...

—Sé exactamente qué pensabas. Casi arruinaste nuestra operación. He tardado casi seis meses en introducirme en este grupo y conseguir que confiaran en mí. Descubrí dónde operaban esta

misma noche, cuando me trajeron a esta isla.

—Entonces, ¿cómo supo el equipo de asalto a dónde ir?

—Hay un chip de rastreo en mi teléfono móvil. Teníamos refuerzos en la laguna, seis lanchas de policía, para vigilar adónde me llevaban. Si hubieras hecho lo que te dije, si nos hubieras dejado esta operación a nosotros, habríamos conseguido cogerlos a todos vivos. Pero ahora tengo un montón de cadáveres que identificar.

—Vi que dos de tus hombres fueron tiroteados al intentar entrar. ¿Están bien?

—Sí, solo magullados. Ambos recibieron disparos en el torso, pero llevaban chalecos antibalas. —Bianchi sonrió por primera vez desde que se había topado con Bronson—. Bueno, tengo que ocuparme de todo esto. No abandones la isla hasta que hayas firmado una declaración escrita completa, y mantente localizable. Probablemente tendrás que volver como testigo para el juicio de estos bastardos.

Con un suspiro de alivio, Bronson cogió la

Browning, puso el seguro y se la guardó en la pistolera. Nadie le había pedido que la entregara, así que pensó que la conservaría por el momento. Entonces caminó hasta la celda donde Angela había estado encarcelada.

No había ni rastro de ella. Bronson se frotó los ojos mientras reparaba en la anticuada cama y el colchón, y en el grillete que la había mantenido encadenada a la pared. Estaba abierto, así que sabía que alguien (quizá uno de los policías) debía haberla liberado. Volvió al centro del sótano y miró a su alrededor.

Los miembros heridos de la secta estaban sentados contra la pared con las muñecas esposadas a la espalda. Algunos estaban recibiendo tratamiento médico básico, pero había poco que los miembros del equipo de asalto pudieran hacer por ellos. Bronson suponía que había una ambulancia de camino. Los muertos estaban aún donde habían caído, esperando la llegada del equipo forense.

La chica que había estado atada a la piedra ya

había sido liberada. Estaba envuelta en una manta y se aferraba a uno de los agentes de policía italianos como si no quisiera dejarlo ir. Bronson apenas podía imaginar la tormenta de emociones que estaría atravesándola en aquellos momentos.

Pero seguía sin ver a Angela. Quizá ya la habían llevado al exterior. Quizá. Sin embargo, un nudo de ansiedad estaba formándose en su pecho. Se acercó a Bianchi, que estaba dando órdenes y dirigiendo a sus hombres.

—¿Dónde está Angela? —le preguntó—. ¿Dónde está mi esposa?

Bianchi señaló al otro extremo del sótano.

—Está en la última celda.

Bronson negó con la cabeza.

—No, no está. ¿Estás seguro de que ninguno de tus hombres la ha llevado arriba?

—Nadie ha salido de aquí, excepto algunos de mis agentes. Debe de estar aquí.

Bronson se fijó en otra cosa.

—Falta uno de ellos —dijo, señalando a los encapuchados.

—¿Quién? —preguntó Bianchi.

Los miembros de la secta se habían quitado las caperuzas. Y, al mirarlos uno a uno, Bronson se dio cuenta de que el hombre que había estado dirigiendo las operaciones no estaba allí.

—El líder —dijo—. ¿Dónde está?

Bianchi espetó una orden y dos de sus hombres empezaron a registrar el sótano inmediatamente.

Bronson se quedó allí, pensando frenéticamente. Si Bianchi tenía razón y nadie había abandonado el sótano por la escalera de caracol, debía haber otro modo de salir.

De algún modo, el líder había conseguido escapar en la confusión del asalto policial y se había llevado a Angela con él.

Bronson gruñó. Había estado muy cerca, tan seguro de que había conseguido salvarla... Pero, una vez más, había desaparecido. Y esta vez no tenía la más mínima idea de por dónde empezar a buscarla.

Bronson se apoyó contra la pared del sótano mientras repasaba los hechos que acababan de ocurrir. Había visto a Angela en la entrada de su celda. La había oído gritar su nombre.

Nadie se había acercado a ella a partir de entonces. La atención de los hombres encapuchados había estado concentrada por completo en la chica atada a la mesa de piedra. Entonces empezó el tiroteo y la gente comenzó a moverse por todo el sótano, intentando cubrirse de las balas o disparando.

Al recordar estos sucesos, descubrió algo más: justo antes de que empezaran los gritos había escuchado el ruido de algo pesado al caer al suelo. Pero ¿podría haber sido otra cosa? ¿Podía haber sido el sonido de una puerta de piedra al cerrarse?

—Creo que hay otro modo de salir de aquí —le dijo Bronson a Bianchi.

Este parecía dudar.

—Una cámara subterránea ya es lo suficientemente inusual en la laguna Veneta, y esta es bastante grande si tenemos en cuenta el tamaño de la isla. Es muy improbable que haya otros espacios aquí abajo.

Bronson cogió una linterna del chaleco de asalto de un policía que estaba junto a Bianchi. El agente intentó recuperarla, pero el inspector lo detuvo.

—Muy bien —dijo, suspirando—. Pero, si encuentras una puerta, llámame y evaluaremos la situación.

Bronson corrió hasta la celda donde Angela había estado encerrada. Era el punto obvio (el único, de hecho) por el que empezar. Pero allí solo estaba la tosca cama de madera, un delgado colchón y una almohada. Debajo de la cama había un oxidado cubo de metal y un rollo de papel higiénico medio usado. El único otro objeto que veía era la cadena de acero sobre el colchón cuyo extremo estaba asegurado a un cáncamo grande en la pared de piedra. El grillete abierto descansaba

en el suelo.

Bronson se dirigió a su derecha, hacia el extremo opuesto del sótano desde la mesa de piedra. Si había una puerta secreta (y aquella era la única explicación que tenía sentido) tenía que estar en alguna parte más allá de la hilera de celdas.

Echó una mirada rápida al muro de la celda y dirigió el haz de la linterna a la sólida pared del sótano. Las viejas piedras estaban húmedas y frías y no se movieron cuando las presionó. Bronson usó las palmas de ambas manos y empujó con firmeza cada piedra a la altura del pecho mientras avanzaba lentamente hacia la pared opuesta del sótano. Llegó a la esquina, miró atrás brevemente y después continuó su constante y metódico progreso. Usando la misma técnica, analizó la otra pared del sótano con la misma falta de resultados. Todas las piedras que empujaba parecían ser totalmente inamovibles.

Pero Angela había desaparecido del sótano. No había subido la escalera de caracol, y eso significaba que tenía que haber otra salida.

Bronson había comprobado los muros sin resultado, así que comenzó a examinar el suelo.

Iluminó las viejas losas, desgastadas por el paso de incontables pies en el transcurso de los años, con la linterna. No parecía que ninguna de ellas se hubiera movido en décadas, posiblemente en siglos. Las examinó de todos modos buscando cualquier señal de movimiento, unos bordes sospechosamente limpios o algo así. Nada.

Tenía que haber obviado algo, alguna pista que le mostrara la ubicación de la entrada secreta. Entonces se dio cuenta de algo que estaba perturbando su subconsciente. Había visto algo, o sentido algo... algo que no estaba totalmente bien, algo fuera de lugar. Bronson corrió hacia el lateral del sótano y comenzó a caminar lentamente junto a la pared, mirando y tocando las piedras. Cuando llegó al final, empezó con la pared a su espalda. Y entonces lo descubrió.

Las piedras del lateral estaban húmedas, tanto al tacto como a la vista, y también las de la pared trasera, todas excepto tres de ellas en una línea

horizontal, a un metro y medio de la unión de los dos muros. Esas piedras eran sólidas y estaban frías, pero no tanto como las contiguas, y sus dedos no detectaron en ellas ni rastro de humedad.

Tanteó las piedras que había por encima y por debajo de las tres que había localizado y todas mostraban las mismas características: eran sólidas y estaban frías, pero no húmedas. Había encontrado la puerta secreta. Lo único que tenía que hacer era descubrir cómo abrirla.

Bronson iluminó la pared. Ahora que había identificado la puerta, su forma era bastante obvia. Miró con atención los espacios entre las piedras. En una línea casi vertical, desde el suelo hasta un metro y medio de altura, había un borde recto en el que no se veía cemento.

Pero todavía no sabía cómo abrirla. Pasó los dedos por el borde vertical, buscando un cierre o una palanca. Empujó cada una de las piedras, por si una de ellas funcionaba como resorte secreto, pero una vez más sin resultado.

Tenía que haber un modo de abrir la puerta. Casi

desesperado, apoyó el hombro izquierdo contra la pared, ancló sus pies al suelo y empezó a empujar. Cuando volvió a poner su peso sobre su pie derecho, sintió, más que escuchar, un chasquido bajo la suela de su zapato y la puerta de piedra se abrió en silencio hacia fuera.

Lo había pillado totalmente desprevenido y se cayó por la abertura al suelo del otro lado. Inmediatamente, unos poderosos muelles cerraron la puerta de nuevo y la sólida estructura volvió a su lugar con un golpe sordo, el mismo sonido que había oído minutos antes.

Se puso en pie y sacó la Browning de su funda. A continuación volvió a guardarla. La cámara estaba totalmente oscura y, si no podía ver, no podría disparar. Necesitaba luz.

La linterna se le había caído de la mano al tropezar a través de la abertura, así que se agachó y tanteó el suelo, buscándola. Sus dedos rozaron algo apergaminado y peludo y los retiró. Una rata muerta, seguramente. En unos segundos, su mano se cerró alrededor de un frío cilindro metálico, y

suspiró de alivio.

Pero esa sensación no duró. Cuando encendió la linterna no ocurrió nada. La sacudió y escuchó un débil traqueteo en su interior. Estaba claro que la bombilla o alguna otra pieza se había roto al caer.

Tendría que encontrar el camino a ciegas. Se aseguró de que llevaba la pistola bien guardada en la pistolera, porque si se le caía quizá no podría encontrarla de nuevo, extendió ambos brazos hacia delante y empezó a avanzar.

Entonces se detuvo en seco. En alguna parte, en la oscuridad frente a él, se escuchaba movimiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el inspector Bianchi.

El agente vestido de negro negó con la cabeza.

—No lo sé, señor. Hace un instante, el inglés estaba junto a la pared trasera del sótano. Aparté la vista un par de segundos, escuché un ruido y...

—¿Qué tipo de ruido?

El policía negó con la cabeza de nuevo.

—Una especie de golpe, supongo. Y cuando

volví a mirar en esa dirección, había desaparecido.

—Bien. —Bianchi llamó a un par de agentes de policía que habían bajado un reflector alimentado con una batería al sótano—. Encended esa luz e iluminad la pared trasera. Tenemos que descubrir adónde ha ido Bronson... ahora mismo.

Bronson buscó desesperadamente el menor ápice de luz que le permitiera ver lo que lo rodeaba. Pero no había nada, ninguna luz en absoluto. Lo único que lo ayudaría a avanzar sería lo que sus oídos consiguieran captar, o lo que sus manos pudieran tocar. La buena noticia era que, si él no podía ver nada, los demás tampoco.

Lo que oía parecía el sonido de alguien moviéndose con cautela sobre un suelo de piedra, una especie de sonido sibilante que no parecía estar demasiado cerca. Movi6 el brazo izquierdo en un semicírculo e hizo lo mismo con el derecho antes de dar un precavido paso hacia delante. A continuación repiti6 la secuencia de movimientos, y avanz6 lenta y cautelosamente.

Había cubierto unos cinco metros en total oscuridad cuando los ruidos se detuvieron por completo. Quien fuera, o lo que fuera, ya no se

movía.

El inspector caminó hasta la pared trasera del sótano. Los dos agentes ya habían colocado el reflector a pocos metros de distancia y, mientras Bianchi se acercaba, lo encendieron. Instantáneamente, esa esquina de la habitación quedó fuertemente iluminada; la luz blanca rebotaba sobre las viejas piedras.

Durante un par de minutos, el grupo de policías miró fijamente el muro. Luego Bianchi se dirigió a su compañero.

—Cuéntame otra vez lo que has visto —le ordenó.

Una vez más, el agente le explicó la secuencia de hechos.

—¿Y no podría haberse marchado por la escalera?

El policía negó con la cabeza.

—Vale, vosotros dos, examinad esa esquina del sótano. No paréis hasta encontrar la puerta.

Entonces se acercó al grupo de esposados que

todavía estaban sentados de espaldas a la pared en el otro extremo de la cámara. Los miró uno a uno hasta que encontró al hombre con el que había intimado para conseguir unirse al grupo.

—Stefano —dijo, agachándose ante él—. Vas a ir a la cárcel, seguramente durante mucho tiempo. No voy a ofrecerte un trato, pero si respondes correctamente a mi siguiente pregunta, al menos le diré al juez que intentaste ayudarnos cuando fuiste arrestado. Sabemos que hay una puerta secreta en el otro extremo de esta habitación. ¿Cómo se abre?

—Judas —le espetó el hombre llamado Stefano—. Debí imaginar que era demasiado bueno para ser verdad. ¿Un policía importante deseoso de aprender nuestros secretos y compartir nuestro triunfo? ¿Un hombre que podría alejar cualquier pregunta y proporcionarnos cierta protección de la ley? Jamás deberíamos haber hablado contigo.

—¿Debo tomarme eso como un no, despreciable pedazo de mierda? —Bianchi señaló a dos de sus agentes—. Tan pronto como hayáis sacado a los heridos, llevaos a este grupo arriba. Antes de

hacerlo, separadlos e interrogadlos individualmente sobre una puerta oculta y una cámara secreta. Probablemente no hablarán, pero merece la pena intentarlo.

Entonces caminó hasta el otro extremo del sótano, donde sus hombres estaban aún examinando la pared.

—¿Habéis encontrado algo? —les preguntó.

Uno de los agentes se giró para mirarlo.

—Creo que hemos encontrado una salida, señor. Hay una línea vertical aquí, entre las piedras, que podría ser el borde de una puerta, pero todavía no sabemos cómo abrirla.

—Debería haber algunas herramientas en una de las lanchas. Que uno de vosotros vaya a buscar un martillo y un cincel, o una palanca. Si no descubrimos cómo se abre, quizá podamos romperla.

Bronson tomó aliento profundamente y lo contuvo para minimizar el sonido de su respiración y oír mejor lo que estaba ocurriendo.

Se escuchó un arrastrar a su izquierda, un sonido

que crecía y disminuía erráticamente. Oyó un chillido furioso que venía de la misma dirección y supuso que probablemente se trataba de una familia de ratas. Entonces se produjo otro sonido en algún lugar ante él. No era fuerte, pero sí inconfundible. Podía oír el batir de unas alas y varios chirridos.

Bronson se relajó ligeramente. Además de las ratas, al parecer compartía el espacio con murciélagos. Y esa era una buena noticia, porque significaba que tenía que haber una salida al exterior, aunque cómo demonios la encontraría en aquella oscuridad total era otro tema.

Y entonces escuchó un sonido que lo hizo estremecerse. Un grito de dolor, que se cortó en seco, resonó a través del sótano. No parecía estar cerca, pero sí fue muy claro. En ese instante, Bronson supo que Angela estaba por ahí, en alguna parte.

Todos sus instintos le gritaban que corriera, que la encontrara tan rápido como fuera posible, pero en lugar de eso se quedó donde estaba, intentando

ubicar la dirección exacta desde la que había venido el sonido. A continuación empezó a moverse, tan lenta y cuidadosamente como había hecho antes, porque en la oscuridad era el único modo de asegurarse de que no se toparía contra un muro o tropezaría con algo.

Se detuvo de nuevo; había notado movimiento cerca. No era algo que hubiera oído, sino un sutil cambio en el aire, una débil ráfaga en el rostro. Y entonces olió algo rancio y profundamente desagradable que lo horrorizó. Tardó un momento en localizarlo entre el resto de olores a humedad y putrefacción que cargaban el aire. Carne podrida. El olor de la carne en descomposición. Estaba compartiendo aquella cámara con un cadáver.

Pero no comprendía por qué el olor era cada vez más fuerte. Había dejado de moverse, así que el hedor debería haberse mantenido más o menos constante. Sin embargo, no era así. Estaba incrementándose, sin duda, lo que solo tendría sentido si estuviera acercándose al cadáver.

Un horrible pensamiento lo apresó. Retrocedió

un par de pasos, pero el hedor se hizo más fuerte. Algo (algo fétido) estaba acercándose.

No podía ver nada, pero la sensación de repulsión era mayor a cada segundo y sabía que tenía que hacer algo.

Casi sin pensar, Bronson sacó la Browning de su funda, apuntó hacia el techo de la cámara y apretó el gatillo. El disparo fue ensordecedor; la bala rebotó contra el techo de cemento y cayó al suelo a pocos metros de él.

Se estremeció, pero su reacción no tuvo nada que ver con el disparo. Lo que lo sobrecogió fue la imagen que el resplandor de su pistola había iluminado durante una mínima fracción de segundo. A menos de dos metros de distancia había visto el espeluznante espectro del líder que había raptado a Angela, con los brazos extendidos y las manos formando garras con las que tanteaba buscando a su presa. Se había quitado la caperuza para revelar una cabeza totalmente calva, unos ojos negros hundidos en sus cuencas y una boca abierta en la que se veía una hilera de dientes

afilados con dos caninos tan largos que se extendían bajo su labio inferior.

Fue una imagen que se grabó en el cerebro de Bronson.

Bajó la pistola, apuntó al lugar donde pensaba que debía estar el individuo y apretó el gatillo.

El inspector Bianchi y sus hombres oyeron claramente la detonación al otro lado de la pared de piedra. Había cuatro agentes inspeccionando el muro, buscando un pestillo y presionando las viejas piedras sin resultado.

—Encontrad esa maldita palanca —gritó Bianchi—, y rápido. Si Bronson pudo encontrarla solo en la oscuridad, no se me ocurre ninguna razón por la que vosotros cuatro no podáis hacer lo mismo. Al menos podéis ver lo que estáis haciendo.

Esta vez, el resplandor del disparo de la Browning no reveló nada aparte de la oscuridad del sótano. Bronson retrocedió, giró a su derecha y disparó de

nuevo con el mismo resultado. La figura de pesadilla había desaparecido. Y el hedor, el olor a cadáver putrefacto, era ahora poco más que un recuerdo desagradable en sus fosas nasales.

Se escuchó un chirrido en alguna parte y, casi inmediatamente, una tenue luz iluminó una entrada rectangular a unos diez metros de distancia. Estaba claro que habían abierto la puerta que conducía al exterior. Y, casi al mismo tiempo, Bronson escuchó un ruido sordo a su espalda: uno de los agentes italianos se había detenido por fin sobre la piedra correcta. De inmediato, la luz del reflector iluminó el interior de la cámara secreta y, por primera vez, pudo ver lo que lo rodeaba.

Estaba en una habitación que tenía aproximadamente la mitad del tamaño de la que usaban para las ceremonias, pero carecía de muebles y estructuras. Las ratas, tras haber desaparecido asustadas por los disparos, habían regresado y correteaban por el perímetro de la cámara. Un puñado de pequeños murciélagos volaba en círculo cerca del techo.

Bronson por fin podía ver lo que hacía, de modo que corrió hacia la salida. Podía oír al inspector Bianchi gritándole que se detuviera, pero aquella no era una opción.

Se detuvo junto a la entrada. Frente a él había un pasillo corto con dos portones a la izquierda y una pesada puerta de madera, entreabierta, al fondo. Suponía que el líder había atravesado esa puerta para salir del edificio. Con Angela.

Abrió la puerta. Ante él, las aguas de la laguna veneciana, negras bajo la luz de la luna, lamían una pequeña playa lodosa. Miró rápidamente en todas direcciones, pero no había nadie a la vista. Un sendero, poco más que hierba aplastada y tierra comprimida, se alejaba hacia la derecha. A su izquierda, una ladera casi vertical bloqueaba el camino.

Bronson giró a la derecha, la única ruta posible, y corrió por el sendero. La luz de la luna proyectaba su pálido resplandor blanco sobre el terreno, y era lo suficientemente brillante para que pudiera ver dónde estaba. La casa se alzaba a su

derecha y la iglesia en ruinas estaba justo delante. Cerca de la casa había varios individuos, armados y vestidos con ropa oscura: eran, evidentemente, otros agentes de la policía italiana, así que sabía que el líder no habría huido hacia el embarcadero principal. De hecho, el único lugar al que podría haberse dirigido era el viejo muelle, en el otro extremo de la isla, donde Bronson había visto la pequeña motora. No había más vías de escape.

Dio la espalda a la casa y comenzó a correr, pero después de un par de segundos vio una sombra oscura derrumbada a un lado del camino.

Bronson se detuvo y la apuntó con la pistola. Dio un par de pasos cautos hacia delante y después murmuró una maldición. El agente de policía había tenido tiempo de sacar su arma, porque Bronson podía ver una Beretta de nueve milímetros en el suelo a su lado. Pero el arma no le había servido para nada, porque estaba muerto, con la garganta rasgada y la cabeza descansando sobre un enorme charco de sangre.

Bronson echó a correr, temiendo por Angela y

con la sangre latiendo en sus oídos. Miraba a derecha e izquierda y de vez en cuando echaba un vistazo a su espalda, solo por si su presa había decidido volver sobre sus pasos. Escuchó alboroto a cierta distancia y supuso que Bianchi y sus agentes lo habían seguido al exterior y acababan de encontrar al policía muerto.

Entonces vio algo, a unos quince metros de distancia, una sombra oscura contra la oscuridad del cielo. Captó un olor repentino a carne putrefacta y supo que había acertado. El hombre se dirigía al antiguo muelle.

Bronson salió del camino y continuó por la hierba. Estaba demasiado lejos del líder para usar su arma, y no podía ver si llevaba a Angela con él.

Corrió, aprovechando al máximo la luz de la luna para elegir su ruta entre las hierbas, y acortó la distancia entre ellos tan rápido como pudo. Entonces vio una mata de cabello rubio a la derecha de la túnica oscura del individuo y supo que el hombre llevaba a Angela en sus brazos. Parecía estar inconsciente; por lo que Bronson

podía ver, su cabeza colgaba lacia.

Estaba a unos veinte metros de ellos cuando el hombre notó su presencia y miró hacia atrás. Bronson le vio la cara, y también la sangre que le manchaba la boca y la barbilla. Levantó la Browning para apuntar sin saber si se atrevería a disparar. Era demasiado arriesgado. La luna se ocultó de repente tras una gruesa nube y el individuo desapareció de su vista. El camino estaba totalmente vacío.

Negó con la cabeza, incrédulo, y siguió avanzando. No vio nada durante otros cien metros y entonces, mientras se acercaba a la cala donde estaba el viejo muelle, oyó el estruendo de un motor y vio al hombre de nuevo. Estaba ya en la proa de la lancha, soltando la amarra. Angela estaba en el centro del bote, sobre uno de los asientos.

Bronson se detuvo, apuntó y apretó el gatillo.

La Browning retrocedió en su mano, pero era demasiado tarde. El hombre se había agachado, se había movido hasta la popa del bote y había acelerado. Bronson no se atrevió a disparar de nuevo, porque, una vez más, estaba demasiado cerca de Angela. Se guardó el arma y corrió hacia su lancha, amarrada a apenas quince metros de distancia.

Empujó la proa de su barca pero, durante varios agonizantes segundos, esta no se movió. Entonces cambió de táctica: levantó la proa ligeramente, empujó de nuevo, y esta vez se movió. Subió a bordo y, jadeando, puso el motor en marcha, giró en un círculo cerrado, y partió tras la otra lancha.

El inspector acababa de ordenar a sus hombres que comenzaran una búsqueda por toda la isla cuando escuchó el creciente rugido del motor de

una lancha. Miró en la dirección del sonido y vio dos embarcaciones tallando estelas blancas a través de las oscuras aguas de la laguna veneciana. Por lo que podía ver, en cada lancha había una única persona, e inmediatamente supo qué había pasado.

—Vosotros cuatro —ordenó—, coged una lancha y alcanzad a esos dos. Vosotros tres, venid conmigo. Usaremos el otro bote.

Un par de minutos después, el profundo estruendo de los motores diésel de las lanchas resonó en el muelle mientras las dos embarcaciones empezaban la persecución.

Bronson aceleró tanto como pudo y, mientras giraba al final de la isla, vio la otra embarcación a unos setenta metros por delante. A su derecha escuchó el sonido de otro motor arrancando y supuso que al menos una de las patrullas policiales estaba siguiéndolos.

En un instante supo que su embarcación era más rápida que aquella que estaba persiguiendo. Solo

un poco más rápida, pero lo suficiente. Inexorablemente, acortó la distancia entre ambos: cincuenta metros, cuarenta, treinta...

Entonces una patrulla de la policía aceleró hasta posicionarse justo por delante de él, en un claro intento de alcanzar primero al navío a la huida.

Bronson maldijo y giró alrededor de la popa antes de reanudar la persecución. Había perdido algo de terreno, pero seguía acortando la distancia con la otra lancha. El barco de la policía iba casi a la misma velocidad que él, en una ruta paralela.

Bronson quitó una mano del volante, sacó la Browning de su funda y apuntó hacia la embarcación mientras esperaba tener una línea de tiro clara.

Veinte metros... diez. Estaba claro que el líder sabía que Bronson y la lancha policial iban tras él, pero no había nada que pudiera hacer para alejarse de los otros navíos, que eran más rápidos.

Cuando la lancha de Bronson se acercó a menos de un par de metros, el líder giró con fuerza el volante a la derecha para golpear su proa. Bronson

reaccionó instantáneamente e imitó las acciones del hombre, de modo que su lancha viró de un modo igualmente abrupto. Pero era demasiado tarde... Se escuchó el chirrido de la fibra de vidrio al rasgarse cuando los dos botes colisionaron, y la zona a babor de la lancha de Bronson golpeó el lado de estribor del otro navío.

Los dos botes se agolparon; la borda de la lancha de Bronson, que era ligeramente más grande, cabalgó sobre el lateral del otro navío. Instintivamente, aminoró la velocidad. Al hacerlo, la Browning se le cayó de la mano e impactó contra el suelo.

A unos metros de distancia, el hombre encapuchado lo miraba fijamente con el rostro blanco bajo la luz de la luna y unos hilillos de sangre, claramente visibles, que caían por su barbilla. Vio que Bronson no tenía el arma en la mano, se incorporó con los brazos extendidos y se dirigió hacia su siguiente víctima.

Y en ese momento Angela recuperó la consciencia y gritó.

Mientras buscaba desesperadamente la pistola, Bronson observó, aterrorizado, al abominable espectro que se cernía sobre él. El hedor de la descomposición lo asaltó en una nauseabunda oleada mientras su mano se cerraba al fin sobre el frío metal. Quitó el seguro de la Browning, apuntó directamente al centro de la oscura forma que tenía delante y apretó el gatillo.

Disparó una vez, dos, tres veces, y el sonido de los disparos atravesó las oscuras aguas. Mientras disparaba, Bronson sabía que las balas con camisa de cobre de la nueve milímetros no podían fallar su objetivo. No a menos de dos metros de distancia.

Pero, aun así, la figura siguió avanzando hacia él hasta bloquear la luna con su túnica negra.

Bronson nunca llegó a saber con seguridad qué había pasado a continuación. Disparó de nuevo mientras la oscura silueta lo envolvía y después se tambaleó hacia atrás, tropezó y se golpeó la nuca contra el asiento.

Cuando volvió en sí, Angela estaba a su lado, en la popa del bote, acunándole la cabeza entre las manos.

—Despierta, Chris, maldita sea. Despierta —susurró la mujer. Entonces, cuando abrió los ojos, ella se inclinó y lo besó en los labios—. Gracias a Dios.

A lo lejos, Bronson escuchó el estruendo del motor de otra lancha. Un bote de la policía estaba acercándose. El inspector Bianchi, de pie en la popa, miró las dos lanchas, aún unidas y balanceándose sobre la agitada superficie de la laguna.

—¿Dónde está? —les gritó Bianchi.

Bronson miró a Angela.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé —le contestó—. Lo vi abalanzarse hacia ti después de que las lanchas chocaran, y entonces le disparaste. Me pareció que caía justo encima de ti, pero cuando llegué había desaparecido y lo único que quedaba era su túnica. No había cuerpo, ni sangre. No lo escuché caer al agua, pero debió hacerlo.

Bronson se incorporó, se pasó la palma sobre la herida de la nuca (ya estaba bastante hinchada y sangraba) y miró al inspector.

—No lo sé —le explicó en italiano—. Me golpeé la cabeza cuando subió a mi lancha, así que no lo vi. Angela dice que debe de haber caído al agua.

—De acuerdo —contestó Bianchi, y se dirigió al agente de policía que conducía la lancha—. Ordena al otro equipo que divida la zona en cuatro. Probablemente busquemos un cadáver, pero es posible que el hombre siga vivo. En cualquier caso, quiero que lo encontréis.

Con un rugido gutural de su motor turbodiésel, la segunda lancha de policía viró. Encendieron dos focos y comenzaron la búsqueda.

—Le disparaste —dijo Bianchi, una afirmación más que una pregunta.

—Disparé en su dirección, inspector —contestó Bronson—, que no es exactamente lo mismo. Se quitó la túnica —añadió antes de pasársela al agente.

—Será mejor que vuelvas a Venecia, Bronson. La herida que tienes en la cabeza parece bastante fea y debería vértela un médico. Nos quedaremos aquí hasta que encontremos el cuerpo, y enviaré a alguien a vuestro hotel por la mañana para que os tome declaración. Ha sido una noche larga para todos nosotros. Oh, antes de irte, será mejor que me entregues esa pistola, a no ser que hayas conseguido una licencia en las últimas doce horas. Y la munición que tengas guardada.

Bronson le entregó la pistola, la funda y los cargadores extra, y después pasó un par de minutos separando su lancha de la del líder de la secta. En

cuando liberó la popa, se despidió de Bianchi con la mano, puso en marcha el motor y se alejó.

Mientras se dirigían de vuelta a las luces de Venecia, Bronson rodeó con el brazo los hombros de Angela, que apoyó la cabeza contra él.

—¿Cómo está tu cabeza? —le preguntó.

—Sobreviviré —le contestó Bronson—. Es una herida fea, pero no creo que necesite puntos. Lo que de verdad me apetece es volver al hotel y darle la espalda al mundo. Ha sido una noche infernal para todos nosotros, y especialmente para ti.

Angela se estremeció.

—Gracias a Dios que ya ha terminado todo. Estaba segura de que moriría en ese maldito sótano. Cuando te vi allí, armado con una pistola, no me lo podía creer.

—Bueno, ahora estás a salvo. No pienses más en lo que ha pasado esta noche.

Angela se quedó en silencio durante un par de minutos y después volvió a mirar a Bronson.

—¿Estás seguro de que está muerto? Me refiero a

ese nauseabundo ser.

Bronson asintió.

—A esa distancia es imposible que haya errado el tiro. Le disparé cuatro o cinco veces a dos metros de distancia. Si eso no lo mató inmediatamente, se habrá desangrado en cuestión de minutos. Está muerto, sin duda. Mañana, Bianchi nos dirá que ha recuperado el cadáver y todo habrá terminado.

Bronson y Angela entraron en el comedor del hotel a la mañana siguiente solo un par de minutos antes de que dejaran de servir el desayuno. Angela había lavado y vendado la herida de Bronson tan pronto como volvieron a su habitación la noche anterior, y después se metieron en la cama. Hablaron un par de minutos sobre los sucesos traumáticos de los días anteriores, y sobre las últimas y frenéticas horas en la laguna, antes de que el agotamiento los sobrepasara y rápidamente se quedaran dormidos.

Bronson cogió una jarra de café, un par de tazas y la última cesta de pan y cruasanes que quedaba y se lo llevó todo a la mesa junto a la ventana donde Angela estaba sentada. La mujer se lanzó sobre la comida como si estuviera desfallecida.

—Dios, estoy hambrienta —dijo entre bocados de cruasán.

—No me sorprende.

Bronson le sirvió una taza de café, se echó hacia atrás en su silla y la miró.

—¿Qué? —le preguntó ella, sonriendo.

—Me gusta mirarte, eso es todo —le contestó Bronson—. Y durante un tiempo creí que no podría volver a hacerlo.

Angela se estremeció.

—No me lo recuerdes —le dijo—. No creí que fuera a salir viva de allí. ¿Sabes? Todavía me cuesta creer que consiguieras encontrarme.

La noche anterior, Bronson le había contado su visita a la Isola di San Michele y lo que había ocurrido a continuación.

—Si te hubiera perdido por segunda vez no me lo habría perdonado —le dijo, cogiéndole la mano—. ¿Sabes? Estaba seguro de que el inspector Bianchi era uno de los malos, pero ahora me alegro de haberme equivocado. Si lo hubiera sido, creo que ambos estaríamos muertos.

Angela asintió y, con voz entrecortada, le relató detalladamente la traducción que la habían obligado a hacer.

—Era terrorífico —terminó—. El pergamino que encontré en el campanario de Poveglia, que es un lugar escalofriante, por cierto, era como una patente de corso para salir a cometer violaciones múltiples y asesinatos en serie. Ni más ni menos. Pero lo que realmente me inquietaba era el tono general del texto. Hablaba con demasiada naturalidad de los vampiros, como si fueran una parte más de la sociedad que todo el mundo debía conocer. Oh, y daba a entender que cualquiera podía convertirse en uno, si realmente lo deseaba y se preparaba para llevar a cabo el ritual.

—Tengo una pregunta sobre eso —dijo Bronson—. Tenían una loba encadenada en un establo y, antes de que empezara la ceremonia, dos hombres entraron en el cobertizo y la ordeñaron. Y después obligaron a la pobre Marietta a tragar su leche. ¿Qué demonios tiene eso que ver con convertirse en un vampiro?

El rostro de Angela palideció y se tensó al recordar por lo que había pasado.

—Eso es algo que entendieron mal. Supongo que

los miembros de la secta vampírica examinaron toda la literatura antigua. Sin duda leyeron sobre la Princesa Vampira de los Schwarzenberg: Leonor Amalia, que vivió en el siglo XVIII. Casi todas las fuentes de su época afirman que era una vampira y que examinaron su cuerpo después de su muerte, algo que se hacía muy rara vez en aquella época, y casi nunca a miembros de la aristocracia. Ahora se cree que el procedimiento no fue efectuado para descubrir por qué había muerto, sino solo para poder sacarle el corazón. Como era de sangre real no podían decapitarla o quemar su cadáver. Extraer el corazón de un vampiro, supuestamente, era un modo de asegurarse de que permaneciera muerto.

»Pero una de las cosas más extrañas sobre Leonor era que bebía leche de loba, y supongo que los miembros del grupo lo descubrieron y pensaron que era otra de las cosas que ellos, o más bien sus víctimas, debían hacer. Aunque, según otras fuentes, Leonor Amalia no creía ser una vampira, y si bebía leche de loba era por una

razón totalmente distinta, aunque se basaba en otra antigua leyenda: la de Rómulo y Remo. Estaba intentando incrementar su fertilidad.

Angela dejó de hablar y miró a Bronson. Entonces hizo la pregunta que rondaba la mente de ambos.

—Anoche... El líder de ese grupo... ¿Crees que realmente era un hombre?

Bronson negó con la cabeza, impotente.

—No lo sé —murmuró—. Lo que sé es que fue lo más aterrador que he visto nunca.

—Cuando volví en mí después de que me dispararan con el táser estaba en sus brazos, y te diré una cosa: era increíblemente fuerte. Durante la mayor parte del tiempo me llevó con un solo brazo. Tú eres fuerte, Chris, y estoy segura de que podrías levantarme con facilidad, pero dudo mucho que pudieras llevarme demasiado lejos, sobre todo en un terreno tan escarpado. —Angela hizo una pausa. Le temblaban las manos—. Hay otra cosa que me inquieta. Sé que no es una prueba definitiva, pero hay un factor constante que

aparece en todos los registros sobre...

Se detuvo cuando la puerta del comedor se abrió y el inspector Bianchi entró. Se acercó a la mesa, separó una tercera silla y se sentó.

—Buenos días, inspector —lo saludó Bronson en italiano—. ¿Te apetece un café?

Sin esperar una respuesta, cogió una copa limpia de la mesa contigua, sirvió café y se lo ofreció.

—Buenos días. Creo que casi hemos terminado en la isla —dijo Bianchi en inglés para que Angela lo entendiera—. El equipo forense está aún allí, y se quedará un tiempo más, pero estoy bastante seguro de que tenemos todas las pruebas que necesitamos, incluida la pistola que usaron para matar a mi superior. Espero que esto ponga fin a todas esas desapariciones y asesinatos. —Se detuvo un momento para probar el café y miró a Angela antes de continuar—. Pero me temo que todavía no hemos encontrado ningún cuerpo en la laguna. Sin embargo, es solo cuestión de tiempo. Las corrientes de la laguna son muy fuertes. Creo que el cadáver de ese hombre se hundió tan pronto

como cayó al agua y que lo arrastró la marea. Encontrar un cadáver en el agua por la noche es muy difícil.

—Pero ¿estás seguro de que ha muerto? —le preguntó Angela.

Bianchi asintió.

—Si hubiera intentado huir nadando, seguramente lo habríamos visto. Y hay agujeros de bala en su túnica, tanto en la parte delantera como en la trasera, así que no hay duda de que estaba gravemente herido. Si su cadáver no aparece en los próximos días, probablemente será señal de que ha sido arrastrado al Adriático. En ese caso, nunca lo encontraremos.

Bronson abrió la boca para objetar, pero Bianchi levantó la mano para impedirselo.

—No dudo que tienes tu propia visión sobre el asunto, Bronson, pero lo que acabo de describir nos parece lógico y será eso lo que diga nuestro informe final sobre el asunto. Ya hemos detenido a sus cómplices y, teniendo en cuenta las circunstancias de su arresto, el juicio podría ser

casi una formalidad.

—Quizá tengas razón —le dijo Bronson, asintiendo lentamente—. Ese es, probablemente, el mejor modo de manejar todo esto: limitarse a los hechos, identificar los cadáveres, interrogar a los sospechosos y dejar que la justicia haga su trabajo.

—¿Y Marietta? —preguntó Angela—. ¿Cómo está?

Bianchi se terminó el café y sonrió.

—Está bien. Bueno, obviamente sigue muy traumatizada por la experiencia, pero ha vuelto con su familia y su novio.

—Envíale un cariñoso saludo —dijo Angela con voz temblorosa—. Fue muy valiente en ese sótano.

—Lo haré. —Bianchi se levantó—. No olvidéis venir a la comisaría de San Marco antes de abandonar Venecia, por favor. Ambos sois testigos materiales en este caso y la fiscalía podría necesitaros aquí durante el juicio, así que es básico que tengamos vuestros datos de contacto. Por lo demás, disfrutad de vuestras vacaciones en Venecia. Y, si aceptáis una sugerencia, por favor,

evitad acercaros a cualquier otro cementerio o iglesia mientras sigáis aquí.

Bianchi extendió la mano y Bronson se la estrechó; besó a Angela en ambas mejillas y se marchó del comedor.

Bronson se sentó de nuevo y miró a Angela.

—Ya tienen a los secuestradores —dijo—, y los procesarán por los asesinatos. Podrían necesitarnos como testigos, pero tendremos que esperar a ver. Eso significa que podríamos hacer otro viaje a Venecia, a gastos pagados.

Angela lo miró un instante.

—¿Ibas a decirle algo al inspector? ¿Algo sobre el cuerpo?

Bronson asintió.

—Dos cosas, de hecho. Sé que anoche estaba oscuro, pero eché un vistazo rápido a la túnica antes de entregársela a Bianchi. Tiene razón sobre los agujeros de bala, pero no vi sangre. Y los cadáveres no se hunden... Flotan.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? ¿Que sigue vivo?

—No, no puede estarlo. Eso sería imposible. Es solo un poco extraño, el modo en el que ha ocurrido todo al final. ¿Y tú, no ibas a decir algo cuando Bianchi llegó?

—Oh, sí —recordó Angela—. Es solo un detalle. Si repasas todos los relatos de vampiros de todos los países que tienen una tradición sobre los no muertos, encontrarás un sinfín de contradicciones. Unos dicen que solo puedes matarlos decapitándolos, otros que los crucifijos los aterrorizan o que pueden mantenerse a distancia con ajo. En algunos países, la luz del sol los mata. Por lo que sé, solo hay dos cosas que parecen comunes a todas las culturas. Primero, y lo más evidente, es que los vampiros se alimentan de sangre humana. —Se detuvo un instante y miró a Bronson—. Y lo segundo es que los vampiros tienen un olor muy característico. Apestan a putrefacción, a carne podrida.

Bronson contuvo el aliento al recordar su experiencia en la cámara secreta y lo que había oído cuando el líder del grupo lo atacó.

—Creo que no te he oído bien —le dijo, intentando sonreír—. ¿De verdad eres tú, mi preciosa, lógica y científica Angela? ¿Estás diciendo que crees que nos hemos encontrado con un vampiro de verdad?

Angela negó con la cabeza lentamente.

—Los vampiros no existen, todo el mundo lo sabe. Pero hemos estado en contacto con una persona muy extraña, alguien que nunca, nunca querría volver a ver. —Se levantó y se desperezó—. Nos queda un día más en Venecia. No voy a visitar ninguna de las islas y sin duda me mantendré alejada de las iglesias, pero ¿qué te parecería salir a hacer unas compras? Siempre he querido tener unos guantes de cuero artesanales.

Bronson también se levantó y la rodeó con los brazos.

—Después de lo que pasó ayer —le dijo—, estaré encantado de comprarte diez pares.

Epílogo

Venecia es un laberinto de calles estrechas y canales rodeados de viejos edificios. Debido a sus continuos problemas con las inundaciones y a su progresivo hundimiento, muchas de las propiedades más antiguas, y sobre todo un gran número de los primeros palacios, los *palazzi*, han sido abandonados debido a que los daños del agua en sus pisos inferiores han debilitado gravemente toda la estructura. Tristemente, ruinosos y en algunos casos demasiado peligrosos, estos antiguos edificios aguantan sobre todo por el apoyo de las propiedades contiguas. Sin esto, la mayoría se habría derrumbado décadas e incluso siglos atrás.

Junto a un pequeño canal en el extremo sur del distrito Cannaregio hay un alto y estrecho edificio que data casi de la fundación de la ciudad. Fue habitado por última vez a principios del siglo XIX

y sus puertas (la entrada del canal y la de la calle) están cerradas y atrancadas. Sus contraventanas están cerradas y se han mantenido así durante décadas. Es imposible restaurarlo y sus cimientos se desmoronan lentamente bajo las aguas. De vez en cuando, los ocupantes de las propiedades cercanas oyen el estruendo y las salpicaduras cuando un trozo de mampostería se derrumba y cae al interior del edificio.

Se han acostumbrado a estos sonidos y rara vez reparan en ellos. Pero no son los únicos ecos que últimamente resuenan en el viejo edificio.

A veces, durante la noche, la familia que habita la vivienda contigua puede oír un susurro suave, un silbido que parece provenir de una de las habitaciones de la planta superior del edificio desahuciado, una sala que saben que no se ha ocupado en muchos años. A veces, los ruidos son tan fuertes que despiertan a sus hijos. Y ninguno de sus gatos entra nunca en las habitaciones del lado de la casa que limita con la propiedad abandonada.

No saben qué provoca esos ruidos pero, debido al olor, tienen sus sospechas. Débil pero penetrante, la casa en ruinas está empezando a oler a carne podrida. Evidentemente, algo ha debido entrar y morir allí, se dicen unos a otros. Y quizá los ruidos sean las ratas, alimentándose de los restos.

Recientemente, los ruidos han empezado a ser más estruendosos, y el olor más fuerte.

Nota del autor

Las auténticas crónicas sobre los vampiros

Vampiros en la historia

Mucha gente piensa que el mito de los vampiros es un fenómeno relativamente reciente, pero lo cierto es que el origen de esta creencia en una criatura de la noche chupadora de sangre puede rastrearse hasta mil años atrás, y hay una escuela de pensamiento que sugiere que el asesinato más famoso de todos los tiempos fue quizá el resultado del ataque de un vampiro.

La Biblia, curiosamente, guarda silencio sobre el arma que usó Caín para matar a su hermano. En el Génesis solo se dice que «Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató». Con el tiempo, se sugirieron numerosos objetos como el arma probable, normalmente rocas o trozos de madera

de algún tipo, aunque otra teoría establece que fue la mandíbula de un animal cuyos dientes estaban especialmente afilados. Shakespeare hace una referencia a esto en *Hamlet*.

Pero el Zohar, el grupo de libros que forman la base de la cábala judía, sugiere algo totalmente distinto. En esa obra no hay ninguna duda sobre las circunstancias de la muerte de Abel: establece explícitamente que Caín muerde la garganta de su hermano. Así que puede argumentarse que el primer vampiro conocido fue en realidad el Caín bíblico.

A diferencia de la mayor parte de monstruos y demonios, cuya creencia se ve a menudo restringida a una zona geográfica o un grupo lingüístico concreto, la leyenda del vampiro parece haber arraigado en casi todos los países del mundo. En Irán (la antigua Persia) se encontró una jarra que representaba a un hombre siendo atacado por una enorme criatura que aparentemente intentaba succionar su sangre. La deidad mítica babilonia llamada Lilith,

posiblemente la mujer que se supone que fue la primera esposa de Adán, era famosa por beber sangre de bebés. Algunos textos chinos del siglo vi se refieren a los llamados «retornados» o muertos vivientes. Otras culturas del mundo, desde los aztecas a los esquimales, desde la India a Polinesia, tienen leyendas sobre unas criaturas que son inquietantemente parecidas a los vampiros de las obras de ficción europeas.

Durante el siglo xi, la sangre (y especialmente la sangre de las vírgenes) se convirtió en un importante remedio para las enfermedades. Era prescrita tanto por brujas como por doctores, e incluso la iglesia católica reconocía y se sumaba a la importancia simbólica de esta creencia, ofreciendo vino como «la sangre de Cristo» durante la sagrada comunión.

La creencia en los vampiros aumentó durante el Renacimiento, pero llegó a proporciones casi epidémicas en el centro de Europa durante el siglo xiv. Popularmente se creía que la peste negra, la enfermedad que diezmó la población europea,

estaba causada por vampiros. Según una teoría, con las prisas por deshacerse de los cadáveres, es bastante probable que mucha gente fuera enterrada en las fosas de la peste mientras seguían con vida. Sus frenéticos esfuerzos por salir de la tierra podrían haber alimentado las historias sobre el mito vampírico, ya que los muertos eran vistos levantándose literalmente de sus tumbas. Y existen casos documentados de supuestos vampiros que eran asesinados simbólicamente antes de ser enterrados, a menudo por decapitación.

También existían los vampiros auténticos, o la gente que reunía las características adecuadas para recibir ese título. A mediados del siglo xv, un hombre llamado Gilles de Rais, un respetado militar francés, empezó a torturar y a asesinar niños para usar su sangre en distintos experimentos. Se cree que asesinó entre doscientos y trescientos niños antes de que lo atraparan y lo sometieran a juicio.

En el este, Vlad Tepes Dracula (*Tepes* significa «empalador» y *Dracula*, «el hijo de *Dracul*»), que

a su vez significaba «demonio» o «dragón»), el príncipe de Valaquia, ahora parte de Rumanía, también se bañó en sangre, aunque a través de un mecanismo totalmente diferente. Como el nombre *tepes* sugiere, su especialidad era empalar, y mató a miles de personas de su propio pueblo así como a todos los enemigos de su país sobre los que puso las manos. Disfrutaba especialmente comiendo al aire libre rodeado de sus víctimas recién empaladas, que podían sobrevivir durante días antes de morir por fin. Y, por supuesto, sirvió de inspiración para el villano de la novela de Bram Stoker, o al menos para su nombre.

En el siglo XVI y XVII, también en Europa del Este, la condesa Isabel Báthory de Ecsed (más tarde conocida como la «Condesa Sangrienta» o la «Reina Sangrienta») estaba tan obsesionada con la conservación de su juventud y aspecto que, según algunas fuentes, recurrió al estudio de la alquimia y del ocultismo para encontrar un método que funcionara. Una vez más, la respuesta fue la sangre, y comenzó a secuestrar y asesinar a chicas

jóvenes (el concepto de la virgen de nuevo), supuestamente para obtener su sangre, que bebía o con la que se bañaba.

Con el paso del tiempo se elevó el estatus social de las víctimas que elegía, ya que la condesa creía que la sangre de la nobleza era más pura y efectiva que la sangre de las campesinas, que habían sido sus primeras víctimas. Las sospechas cayeron finalmente sobre ella debido al enorme número de muertes inexplicadas en la zona, pero gracias a su posición se libró del juicio y de la ejecución. En 1610 fue encerrada hasta el fin de sus días en una torre sin ventanas de su hogar (el castillo Csejte, conocido hoy día como Cachtice, entonces en Hungría y ahora en parte de Eslovaquia). Sus cuatro cómplices, los criados que había usado para elegir, secuestrar y torturar a sus víctimas, fueron sometidos a un juicio rápido y tres de ellos fueron ejecutados. Según algunos registros, la condesa y sus criados fueron responsables de unas seiscientas cincuenta muertes, aunque se les condenó por solo ochenta de ellas.

Las historias sobre sus baños de sangre salieron a la superficie por primera vez considerablemente más tarde, en el siglo XVIII, y actualmente se cree que, aunque la condesa y sus cómplices fueron sin duda responsables de un gran número de asesinatos, su motivación podría haber sido simplemente el sadismo, ya que muchos de los cadáveres portaban señales inconfundibles de tortura, incluidos golpes, mutilación y quemaduras.

Las supersticiones sobre vampiros y hombres lobos empezaron a ganar terreno en Europa del Este más o menos en esta época. Había una creencia persistente según la que los *vrykolakas* (la palabra eslava para «hombre lobo») se convertían en vampiros tras morir, lo que relacionaba ambas leyendas. Y los lobos (los normales) que merodeaban por los bosques europeos en aquella época también se vieron asociados con la leyenda del vampiro.

Entre la población europea, mayoritariamente analfabeta, el vampiro era más que una leyenda. Para mucha gente, la criatura de la noche era tan

real como cualquier otra cosa de sus vidas, un monstruo que temer y al que matar siempre que fuera posible. Y los resultados de ese temor, y de las medidas que se tomaban para que los vampiros no se levantaran de sus tumbas, pueden ser vistos aún hoy día.

En unas excavaciones que tuvieron lugar en el año 2000 en uno de los cementerios más antiguos de Cesky Krumlov, en Bohemia, se descubrió un panteón del siglo XVIII que contenía once cuerpos, tres de los cuales habían sido enterrados de un modo inusual. Normalmente los cadáveres se colocaban de este a oeste, pero estos estaban dispuestos de norte a sur. Un esqueleto había sido decapitado; tenía el cráneo entre las piernas y una piedra entre las mandíbulas. Se creía que alejando la cabeza del cuello se evitaría que el vampiro volviera a colocarla sobre sus hombros, y la piedra impediría que las mandíbulas pudieran masticar, un primer paso esencial para que un cadáver se convirtiera en vampiro. Los tres esqueletos habían sido cubiertos con pesadas

piedras planas, para retenerlos.

Los restos se llevaron a Praga para su examen antropológico, donde se determinó que los tres eran hombres. El análisis de nitrógeno confirmó que los esqueletos databan de entre 1700 y 1750, el apogeo de la oleada antivampiro en el centro de Europa. El esternón de uno de los cadáveres tenía un agujero en el lado izquierdo del pecho, sobre el corazón, por haber sido atravesado con un objeto afilado.

La identidad de los tres cadáveres no ha sido establecida y casi con toda seguridad nunca lo será, debido a la escasez de registros. Pero otros «vampiros» fueron mucho más notorios, e incluso famosos.

La princesa Leonor Amalia

El prólogo de esta novela describe el enterramiento de la princesa Leonor Amalia de la dinastía Schwarzenberg, y es preciso en casi todos los aspectos. Leonor enfermó alrededor de 1740 y su salud empeoró rápidamente. En aquella época,

el único tratamiento conocido para cualquier enfermedad grave era la sangría, que se creía que expulsaba a los espíritus malignos. La princesa se mudó de Krumlov a Viena para obtener el mejor tratamiento médico posible, pero murió a las seis de la mañana del cinco de mayo de 1741 en el palacio Schwarzenberg.

Los mejores médicos del imperio se reunieron para realizar una autopsia, un paso inusual ya que tales exámenes normalmente no se realizaban a la aristocracia, como ya he mencionado. Al parecer tenía un enorme tumor en la parte baja del abdomen que había hecho metástasis e invadido sus pulmones (cáncer, en resumen), pero externamente parecía que su cuerpo se había desangrado poco a poco, algo a lo que, obviamente, habían contribuido las sangrías. Su médico de confianza era el doctor Franz von Gerschstov, que además dirigía varias comisiones a cargo de la investigación de los vampiros y que creía que el vampirismo era contagioso. Es posible que la autopsia (que fue extremadamente

cara) fuera en realidad una intervención para evitar que la vampira se levantara de su tumba, y que extrajeran su corazón para evitar la indignidad del empalamiento o la decapitación.

Pero, si la princesa era una vampira, sin duda debía haber otro en la zona, muy poderoso, que la hubiera infectado. La fiebre antivampiro asoló la región y los cadáveres de los sospechosos fueron exhumados y quemados, decapitados o empalados. Los Schwarzenberg eran enterrados, tradicionalmente, en la cripta familiar de la iglesia de los Agustinos en Viena, pero el cadáver de la princesa regresó a Bohemia la misma noche de su muerte para su enterramiento, al parecer por un deseo propio que fue establecido en su última voluntad, escrita un par de días antes de su muerte. Esta podría haber sido falsificada para evitar el enterramiento de un vampiro en el centro de Viena.

En el castillo de Krumlov, tras someter un retrato de tamaño natural a un examen de rayos X, se descubrió que la cabeza de la princesa había sido eliminada y que un nuevo trozo de lienzo se había

cosido en su lugar. ¿Una decapitación simbólica, quizá?

La leche de las lobas

A Leonor, después del nacimiento de su primera hija, María Ana, en 1706, le había resultado difícil concebir y finalmente había recurrido a un viejo remedio para potenciar su fertilidad: bebía leche de loba. Se creía que esta leche fortalecía el sistema reproductor de la mujer y que animaba al nacimiento de varones, basándose en la leyenda de los gemelos Rómulo y Remo. Leonor hizo que construyeran jaulas en el castillo en las que cruzaban a lobos capturados para más tarde ordeñar a las hembras, una tarea difícil que provocaba que los animales aullaran, un espeluznante y penetrante sonido que podía oírse en kilómetros a la redonda. En aquel momento, los lobos eran criaturas muy temidas que se creían aliadas de demonios y amigas de vampiros.

En 1722, a la edad de cuarenta y un años, Leonor dio por fin a luz a un niño. En 1732, el mismo año

en el que la palabra «vampiro» apareció por primera vez en el idioma alemán, su marido murió accidentalmente en una cacería cerca de Praga después de resultar herido por una bala disparada por el emperador, Carlos VI. A Leonor le arrebataron a su hijo para llevarlo a vivir a la corte del emperador, cerca de Viena, y ella pasó el resto de sus días vagando por los pasillos de Krumlov Zamek, el castillo familiar.

Vampiros contemporáneos

Después de las supersticiones y leyendas que caracterizaron los periodos medievales y renacentistas, en el siglo XVIII llegó el Siglo de las Luces. Los eruditos y sacerdotes intentaron desechar el mito del vampiro, así como otras supersticiones que aún prevalecían en la época. Pero la leyenda del vampiro resultó ser casi tan inmortal como las criaturas a las que describía, y las historias y creencias persistieron.

Los vampiros empezaron a emigrar de los cementerios y los bosques de Europa del Este a las

páginas de las novelas góticas y los versos de los poetas románticos. *El vampiro*, de John William Polidori, se menciona en esta novela y fue seguido en 1847 por *Varney el vampiro*, la novela más larga escrita sobre el tema hasta esta fecha. Hasta cierto punto, la popularidad de los vampiros en la ficción decayó a continuación, pero disfrutó de un repentino resurgimiento cuando *Drácula*, de Bram Stoker, fue publicada. Desde aquel momento, los vampiros siempre han estado con nosotros, de una forma u otra.

Nosferatu en la letra impresa y en la gran pantalla

El origen de la palabra *nosferatu* es oscuro. La primera referencia de la que se dispone es en un artículo de una revista de 1885, y tres años después en un diario de viaje llamado *La tierra más allá del bosque*, ambos escritos por la autora británica Emily Gerard. El diario de viaje describe la región de Transilvania (cuyo nombre en latín se traduce así, «la tierra más allá del

bosque»). En ambos, la autora afirma que *nosferatu* era la palabra rumana para «vampiro», pero no existe ningún término conocido o identificable en ninguna forma del idioma rumano, antiguo o moderno. Lo más parecido es *necuratul* («el demonio») y *nesuferitul* («el insufrible»).

Una explicación alternativa que ha sido aceptada por muchos escritores es que *nosferatu* deriva de una vieja palabra eslava, *nesufur-atu*, que al parecer proviene del griego *nosophoros* (νοσοφόρος), que significa «el portador de la plaga» o «el enfermo». La objeción más obvia a esta etimología es que el rumano y otros idiomas eslavos son de origen románico y contienen muy pocas palabras en griego. También es significativo que, aunque la palabra *nosophoros* es una compuesta válida en griego (es decir, que las dos partes de la palabra compuesta son individualmente válidas y están correctamente combinadas) no hay evidencia alguna de que haya existido en alguna etapa del idioma griego. Así que esta etimología se basa en una palabra griega

desconocida que de algún modo dio origen a una palabra desconocida rumana, lo que parece bastante improbable.

También se ha sugerido que *nesufuratunosferatu* era un término técnico en antiguo eslavo que se había trasladado al uso común, pero que nunca apareció en un diccionario rumano. Este es un argumento difícil de sostener, dado que el único propósito de un diccionario es registrar palabras de uso común y sería razonable esperar que, de algún modo, hubiera registros al respecto.

Así que probablemente nunca conoceremos el origen exacto de *nosferatu*, pero lo más probable es que Emily Gerard entendiera mal una palabra rumana o que estuviera mal informada.

Bram Stoker, por supuesto, usó la palabra en su novela *Drácula*, pero su uso sugiere que probablemente significaba «no muerto» o «muerto viviente» en rumano, no «vampiro», y que lo usó como un calco o palabra prestada.

La gran pantalla mostró al mundo el rostro del vampiro por primera vez en 1922, con la película

Nosferatu: Eine Symphonie des Grauens (*Nosferatu, el vampiro*), con Max Schreck como el vampiro. Su apariencia está directamente tomada de las descripciones en el folclore: orejas de murciélago, palmas peludas y dientes afilados. En 2010, la película ocupaba el puesto número veintiuno en la lista de las cien mejores películas del mundo, publicada por la revista *Empire*, aunque era básicamente una versión cinematográfica no autorizada de *Drácula* de Bram Stoker. La palabra *nosferatu* se popularizó a partir de entonces porque el estudio no había obtenido los derechos de la novela y, por tanto, tuvieron que hacer varios cambios. El conde Drácula se convirtió en conde Orlok, y usaron la palabra *nosferatu* como sinónimo de vampiro, significado que todavía conserva hoy día.

Bela Lugosi asumió el papel del vampiro cuando Hollywood se interesó por el personaje, mientras que en Inglaterra, un par de años después, Christopher Lee adoptaba el rol del elegante, atractivo y casi romántico antihéroe. Desde

entonces, los vampiros están por todas partes y en una desconcertante variedad de formas, desde las estrellas con chaqueta de cuero de *Jóvenes ocultos* hasta el héroe casi trágico de las novelas de Anne Rice, la violencia extrema de *Abierto hasta el amanecer* y las desenfadadas y sensuales aventuras de *Buffy, cazavampiros*.

En este sentido, al menos, el vampiro parece ser realmente inmortal.

¿Por qué Venecia?

Venecia es una ciudad hermosa, romántica y misteriosa con una historia fascinante y tremendamente pintoresca. Y los vampiros (tanto en la ficción como en la realidad) tienen cabida en esa historia. En 1988 se rodó allí la película *Nosferatu en Venecia*, protagonizada por Klaus Kinski, y más recientemente la serie de televisión *Doctor Who* emitió un capítulo llamado *Los vampiros de Venecia*.

Eso en ficción, pero a continuación tenemos la realidad.

Esta imagen muestra el cráneo de una supuesta vampira del siglo XVI que fue descubierto en una tumba colectiva (una fosa de la peste) en Venecia en marzo de 2009. El ladrillo que tiene entre las mandíbulas pretendía evitar que se alimentara de las otras víctimas de la peste enterradas junto a ella.

Así que Venecia parecía una ubicación ideal para esta novela. Hay más de cien islas repartidas por la laguna, algunas con grandes asentamientos, otras demasiado pequeñas para vivir en ellas, y otras en las que antiguas casas en ruinas se alzan como crudos recordatorios de las dificultades de establecer una morada viable en las saladas aguas pantanosas.

La propia Venecia puede ser espeluznante dependiendo del día. Cuando la niebla llega con el Adriático, incluso las figuras más pequeñas pueden proyectar sombras enormes en las estrechas calles y canales. En la laguna, las islas se convierten en mundos aislados donde, en mi

imaginación, casi todo podría ocurrir. Y en esta, ocurre.

James Becker

Principado de Andorra, 2011